



El hombre de Alaska

James Oliver Curwood



Lectulandia

El hombre de Alaska es un cuento típico de Curwood, con maravillosas descripciones del paisaje de Alaska, la vida silvestre, la vegetación y las poblaciones locales. La trama está salpicada de emocionantes giros y vueltas, personajes memorables y, de hecho, es una gran lectura para grandes y pequeños.

Esta historia se abre con una joven que viaja sola a las tierras salvajes de Alaska para escapar de su trágico pasado. Luego continúa con un joven que protege apasionadamente el medio ambiente prístino, las personas y la forma de vida en este país nevado. Finalmente, un especulador codicioso llega a la narrativa cuyo único objetivo es llenar sus bolsillos. Cuando estos tres personajes se encuentran en las llanuras rígidas y nevadas, es un choque de ideales y las chispas comienzan a volar.

El hombre de Alaska de James Oliver Curwood es una de sus historias de aventuras de romance de aventura muy atrapante y fue un *bestseller* instantáneo, como la mayoría de sus libros, cuando se publicó por primera vez en 1923.

Lectulandia

James Oliver Curwood

El hombre de Alaska

ePub r1.0
mandius 21.12.17

Título original: *The alaskan*
James Oliver Curwood, 1923
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

El capitán Rifle, agrisado y envejecido en el servicio de los vapores de Alaska, no había perdido su espíritu juvenil a pesar de los años. El ánimo romántico no había muerto en él, y la lumbre alimentada por las aventuras nobles y la agrupación de hombres vigorosos ante un país inmenso, no dejaba todavía de encender la sangre de sus venas. Aún percibía el valor de lo pintoresco, la emoción de lo extraordinario, y a veces los cálidos recuerdos de su ayer se le agolpaban de tal manera, que lo pasado le parecía presente y se le antojaba hallar a Alaska en plena juventud, impresionando al mundo con su llamada a aquellos que tuvieran valor para ir a disputarle a vida o muerte sus tesoros.

Aquella noche, entre el leve palpitar musical de su barco y la luna amarilla que iba descendiendo detrás de los riscos de las sierras alaskanas, se apoderó de él la sensación de la soledad, y sólo pudo exclamar:

—¡He ahí Alaska!

Una señorita que estaba a su lado, apoyada en la borda, no se volvió ni dijo nada, por el momento. La veía claramente perfilada como un camafeo sobre una luz viva, y en este resplandor los ojos de la muchacha estaban abiertos y llenos de un fuego oscuro; tenía los labios entreabiertos y su esbelta figura estaba en una dulce tensión mientras contemplaba la maravilla de la luna que recortaba la silueta de los ásperos torreones de las cúspides de las montañas, encima de las cuales las suaves nubes grises parecían lucientes colgaduras.

Luego ella se ladeó un poco y movió la cabeza.

—¡Sí; Alaska! —dijo, y el capitán se imaginó advertir un levísimo estremecimiento en aquella voz, que volvió a decir:

—Su Alaska, capitán Rifle.

De la lejana y clara noche llegaba hasta ellos un ruido como el ahogado rumor de los truenos. Dos veces lo había oído ya Mary Standish, y por fin preguntó:

—¿Qué es eso? No es posible que sea una tormenta brillando así la luna y estando en lo alto tan claras las estrellas.

—Es el hielo de los glaciares que se desgaja y cae al mar. Nos hallamos en los Estrechos de Wrangel y muy cerca de la costa, señorita Standish. Si fuera de día oiríamos cantar a los pájaros. Esto es lo que llamamos el Paso Interno. Siempre lo he llamado el paraje de las aguas maravillosas; más bien puedo estar equivocado, porque vea... nos hemos quedado casi solos en la cubierta, a este lado del barco. ¿No es ello una prueba? De estar yo en lo cierto, las mujeres y los hombres que están ahí dentro bailando, jugando a las cartas, conversando, estarían apiñados a esta baranda.

¿Concibe usted así a las criaturas humanas? Pero, claro, ellos no pueden ver lo que yo veo, porque soy un viejo embobado que se complace en despertar recuerdos. ¡Ah! ¿Percibe usted, señorita Standish, el olor de las flores y de los bosques, el aroma de los verdes de la tierra que nos envía el aire? Es muy tenue, pero yo lo noto.

—También yo.

Ella respiró profundamente aquel dulce aire, y luego se volvió de espaldas a la baranda, para observar las luces encendidas del navío.

La melodiosa cadencia de la música llegó a sus oídos, lenta y arrulladora, y también oía el pisar de los que bailaban. Las risas se mezclaban al rítmico rumor de la maquinaria del buque; levantáronse unas voces más allá de las ventanas iluminadas, y mientras el viejo capitán contemplaba a la mujer, advirtió un movimiento en su expresión que le fue imposible interpretar.

Había subido a bordo de una manera extraña en Seattle, llegando en el último momento sin que nadie la acompañase, y arrojó el pasar por donde a medio centenar de personas no les había sido permitido. Tuvo la suerte de llamar la atención del capitán. En el trance desesperado acudió a él, y éste descubrió un extraño terror disimulado con gran esfuerzo bajo su aparente tranquilidad. Desde aquel instante la había vigilado paternalmente, muy de cerca, con la prudencia que le daban los años.

Y más de una vez la había sorprendido en aquella actitud expectante, retadora, con que entonces fijaba la mirada en las ventanas del salón.

Le había dicho que tenía veintitrés años y que se dirigía a reunirse con unos parientes residentes en Nome. Había nombrado a alguna gente. Y él la había creído. Era imposible no creerla. Y admiraba la decisión con que había quebrantado todos los trámites oficiales para embarcarse.

Para él, era por varios conceptos grata y sociable, aunque la experiencia le revelaba que en el fondo estaba nerviosísima. No tenía duda de que se trataba de una escapatoria; pero con la táctica de sus sesenta y tres años, no le permitió sospechar que lo estaba adivinando.

La vigilaba de continuo sin que ella lo notara. Estaba en aquel momento lindísima, de una manera silenciosa, poco corriente. Tenía un algo que ejercía una atracción irresistible sobre él, evocándole viejas historias que se le reproducían claramente en el corazón. Era grácil como una niña. A la luz del día había visto que tenía los ojos bellamente claros y grises, y su cabeza, de suave y exquisita negrura, pulcramente rizada, como si llevara una corona, le sugería la idea de la expresión del puritanismo en su mayor sencillez. A veces dudaba de si tendría veintitrés años. Menos le habría costado creerla si le hubiera dicho que tenía diecinueve o veinte. Pero él tenía la obligación de ver muchas cosas que los demás no advertían, y guardó silencio.

—No estamos tan solos —dijo ella—. Ahí hay alguien más. E hizo un ligero ademán señalando a otras dos personas que se hallaban más allá, junto a la borda.

—Son el viejo Donald Hardwick, de Skagway —dijo él—, y Alan Holt.

—¡Ah, ya!

Volvió a contemplar las montañas, con los ojos resplandecientes por la luna. Tocó suavemente con la mano el brazo del viejo capitán.

—¡Oiga! —murmuró.

—Es otro témpano que se desprende del Old Thunder. Estamos muy cerca de la costa y ésta tiene glaciares en toda su extensión.

—¿Y ese rumor como un viento bronco, en una noche tan serena, qué puede ser?

—Ese ruido suele oírse cerca de las grandes montañas, señorita Standish. Lo produce el agua de centenares de corrientes y arroyadas que se precipitan al mar. Siempre que se funde la nieve de las sierras se oye su canción.

—¿Y ese hombre que se llama Alan Holt —observó ella, refiriéndose a sus palabras anteriores— está muy vinculado a todo esto?

—Posiblemente más que nadie, señorita Standish. Nació en Alaska antes de que hubiera noción de Nome, Fairbanks y Dawson City. Creo que fue el 84... Déjeme calcular sus años...

—Entonces, treinta y ocho —se apresuró a decir ella de manera que, al pronto, lo desconcertó.

—Veo —dijo guturalmente y sonriendo— que tiene usted facilidad para los números.

Y sintió casi imperceptiblemente el contacto de sus dedos en el brazo.

—Esta noche, después de comer, el viejo Donald me encontró sentada y sola. Me dijo que se encontraba solo también y que quería hablar con alguien... con alguien como yo. Casi me ha asustado con su barbaza gris y su pelo espeso. He estado pensando en fantasmas mientras hablaba con él en aquella penumbra.

—El viejo Donald pertenece a aquellos tiempos en que los Chilkoot y los White Horse se comían a los hombres vivos, dejando un rastro de víctimas del canibalismo desde Summit hasta Klondike, señorita Standish —dijo el capitán Rifle—. Encontrará usted muchos así en Alaska. Ellos se acuerdan. Fácilmente se les lee en el rostro; se acuerdan de aquellos días idos para siempre.

Ella inclinó ligeramente la cabeza mirando al mar.

—¿Y a Alan Holt, le conoce usted bien?

—Pocas personas deben de conocerle bien. Puede decirse que él mismo es algo inseparable de Alaska, y a veces he creído que su vida está más aislada que las montañas. Sin embargo, le conozco. Todo el norte de Alaska sabe de Alan Holt. Él conoce un camino de renos que se pierde al otro lado de las montañas de Endicott, y está obsesionado con la idea de llegar al más remoto límite, a la última frontera.

—Debe de ser muy valiente.

—Alaska produce hombres heroicos, señorita Standish.

—¿Y hombres honrados... hombres en quien se pueda fiar, los hay también?

—Sí.

—Es raro —dijo ella, modulando temblorosamente una leve sonrisa que le puso

una nota de pájaro en la garganta—. No he estado nunca en Alaska, y algo me llega ya de esas montañas que me da la sensación de que hace mucho tiempo que las conozco. Diría que me están dando la bienvenida y que me voy acercando a mis propios lares. Alan Holt es un hombre afortunado. Yo también quisiera ser de Alaska.

—¿Pues qué es usted?...

—Americana de los Estados Unidos —le dijo con una fugaz y fina ironía en los labios—. Un pobre producto recién elaborado, capitán Rifle. Voy al Norte para aprender...

—¿Sólo para eso, señorita Standish?

Esta pregunta, casi impronunciada y desprovista de intención, exigía una respuesta. El bondadoso rostro del hombre, atezado por el sol y las intemperies de largos años en el mar, estaba lleno de una digna ansiedad cuando ella se volvió a mirarle frente a frente.

—Debo insistir en la pregunta —dijo—. Como capitán del buque, y en realidad de padre, es un deber que tengo. ¿Hay en ello algo que sólo puede decírmelo en el terreno de la más estricta confidencia? ¿Le parece bien así?

Ella dudó un instante. Luego, agitando la cabeza, afirmó:

—No hay nada de eso, capitán Rifle.

—Pero usted saltó a bordo de una manera extraña —observó él con apremiante intención—. No olvide que lo hizo sin tener departamento previamente reservado, puede decirse que sin equipaje...

—Se olvida usted de mi maleta de mano —rectificó ella.

—Bien; pero no es posible ir al Norte de Alaska con un solo maletín en el que apenas cabe una muda de ropa blanca, señorita Standish.

—Pues yo lo hago, señor capitán Rifle.

—Cierto. Y yo la vi debatirse, para salvar la guardia, como un gatito salvaje. No tiene precedente.

—Lo siento. Pero eran estúpidos y difíciles de salvar.

—Fue verdaderamente casual que yo lo viera, criatura. De lo contrario, el reglamento de a bordo me habría obligado a hacerla volver a tierra. Estaba usted azorada. No lo niegue. Huía usted de algo.

Asombróse el capitán al ver la infantil simplicidad con que le contestó:

—Efectivamente... iba huyendo de algo.

Tenía los ojos hermosísimos, claros y tranquilos y, sin embargo, él percibió en aquellos momentos, una vez más, una fuerza en la muchacha que la empujaba a escaparse.

—¿Y no puede usted decirme por qué o de qué huía?

—Esta noche no puedo. Se lo diré antes de llegar a Nome. Pero es posible... es posible que...

—¿Qué?

—Que nunca llegue a Nome.

De pronto él le estrechó una mano. Los dedos femeninos se le apretaron en los suyos, y luego, con una leve nota de brío en la garganta, dijo llevándose la otra mano al pecho:

—Sé muy bien lo mucho que le debo por las bondades que está usted teniendo conmigo. Quisiera poderle contar por qué vine de esta manera a bordo. Pero no puedo. Vea, vea esas montañas, por si halla una razón en ellas —y así diciendo, extendió el brazo que le quedaba libre señalando a la cordillera—. Detrás de aquellas montañas se producen la epopeya, la aventura y el misterio que vienen de hace siglos, y durante unos treinta años, usted, capitán Rifle, ha estado cerca de todo eso. Nadie podrá sentir lo que usted ha sentido, ver lo que ha visto, ni olvidar las cosas que habrá tenido que olvidar. Lo sé. Sin embargo, ¿no podrá, no querrá olvidar la manera como me vio llegar a este barco? Como ve, es una cosa insignificante, desprovista de importancia en cuanto la relegue usted a su pasado. ¡Yo se lo ruego, capitán Rifle... yo se lo suplico!

Tan rápidamente que ni él mismo tuvo tiempo de caer en la cuenta, la muchacha se llevó a sus labios una de sus venerables manos y se la besó. La impresión cálida de aquellos labios fue instantánea, y le dejó mudo, falto de voluntad.

—Yo le tengo un vivo afecto por lo bueno que ha sido usted conmigo —dijo ella finalmente.

Y con la misma prontitud con que le había besado la mano, se fue de su lado, dejándole solo junto a la borda.

Capítulo II

Alan Holt vio la delgada figura de la joven, recortada su silueta sobre la vivida luz que brilló al abrirse la puerta del salón de la cubierta superior del buque. No la contempló, ni reparó ahincadamente en el cuadro imponderablemente sugestivo que formó deteniéndose allí un instante, luego de separarse del capitán Rifle. No era ella para él más que uno de los quinientos átomos humanos que iban llenando la vida de enorme interés en uno de los primeros buques de la estación que hacen la travesía hacia el Norte. El azar, por el involuntario medio de la administración del buque, le ponía en contacto un poco más directo con ella que a los otros; pero no mediaba otra cosa. Dos días había ocupado la pasajera el mismo sitio a la mesa, casi frente por frente de él. Habiendo perdido ella dos veces la hora del almuerzo y habiendo pasado él por alto dos desayunos, apenas habían tenido ocasión de extremar la cortesía natural entre vecinos de mesa, y se habían limitado a cruzar una docena de palabras. Alan se alegraba, porque no se sentía dado a la conversación y era de índole poco comunicativa.

Tenía algo de egoísmo despreocupado su amor al silencio, pues su reserva no le impedía ser un gran oyente y un analista penetrante. Conocía a ciertas personas que se veían siempre obligadas a hablar; a otras que sentían como un grave peso al tener que sujetarse la lengua; pero a él no se le hacía un sacrificio guardar silencio.

Admiraba a Mary Standish de la manera fría y casual que le era propia.

Era muy callada, y le gustaba por eso mismo. No podía, por supuesto, dejar de advertir la hermosura de sus ojos y la fina sedosidad de las largas pestañas que los oscurecían. Mas, semejantes detalles, si le eran gratos, no llegaban a emocionarle. Y su cabello le gustaba sin duda más que sus ojos grises, aunque no se sentía tan interesado como para entretenerse en consideraciones sobre nada de ello. Sin embargo, de apuntar uno de sus encantos, le señalaría la cabeza, no tanto por el color del pelo como por su esmero en el tocado. A la luz del comedor había visto que era negro, surcado de reflejos; pero lo que merecía su íntimo asentimiento era la manera que tenía de sujetárselo en sedeños rizos a su linda cabeza. Era un gran descanso, después de haber soportado la visión de tanta cabeza presuntuosa, oscilante y de ondulación “Marcel” durante siete meses pasados en los Estados Unidos. Gustábale, en suma, la muchacha, porque nada en ella le era antipático.

No le preocupaba, desde luego, lo que ella pudiera pensar de él viéndole con su cara tan inexpresiva y su fría indiferencia, enteco como un indio y con el pelo rubio y espeso surcado por un gris mechón. No había llegado a inquietarse hasta ese extremo.

Aquella noche no estaba para interesarse por ninguna mujer, sino como un casual

observador del género humano, según solía. Una emoción más poderosa se había adueñado de él desde que sintió el pulso palpitante de la maquinaria del *Nome*, al subir a cubierta en Seattle. Era que se dirigía a su hogar. Y su hogar era Alaska. Ello significaba las montañas, las vastas *tundras*^[1], los espacios abiertos, adonde la civilización no había llegado todavía con sus estridencias y su tumulto; los amigos, las estrellas conocidas, sus hatos, todas las cosas que tanto amaba. Tal fue su reacción después de una ausencia de seis meses, medio año de soledad y desolación por ciudades que había aprendido a aborrecer.

—No volveré a hacer este viaje, al menos por todo un invierno, como no me lleven bajo la amenaza de un fusil —dijo al capitán Rifle un momento después que Mary Standish se fue de cubierta—. Un invierno esquimal es bastante largo; pero el invierno en Seattle, Minneápolis, Chicago y Nueva York se me hace mucho más largo todavía.

—Tengo entendido que lo enviaron a usted para entrevistarse con el Comité de Estudios Económicos sobre Alaska, en Washington.

—Allí fui con Carl Homen, de Nome. Homen era el más indicado. Él tiene cuarenta mil cabezas de reno en la Península de Seward, y le han tenido que atender. Ahora ya tenemos libertad de acción.

—¿De veras? —murmuró el capitán Rifle, insinuando sus dudas—. Alaska está esperando hace diez años nueva protección y nuevos tratos. No sé si van a obtener nada. Mientras los políticos de Iowa y South Texas sean quienes digan lo que necesitamos y lo que dejamos de necesitar a cincuenta y ocho grados al Norte, ¿qué sacaremos de ellos? También podría ser que Alaska acabase por liquidar.

—Pero esta vez no renuncia —repuso Alan Holt con gesto sonriente, la cara bañada en luz lunar—. Han hecho cuanto han podido por acabar con nosotros, y nos han obligado a cerrar muchas puertas. En 1910 éramos treinta y seis mil súbditos blancos en el territorio. Desde entonces los políticos de Wáshington han hecho salir a nueve mil, que es la cuarta parte de la población. Pero los que quedamos estamos muy curtidos. No estamos dispuestos a abandonar el país, capitán. Muchos somos alaskanos, y no nos asusta pelear.

—¿Quiere usted decir que...?

—Que vamos a gozar de un trato más razonable, o se nos dirá qué pasa. Y durante otros cinco años vamos a enviar un millón de ciervos muertos anuales a los Estados. A los veinte años podremos ya enviar cinco millones. Mal negocio para los magnates de la ganadería, ¿verdad? Pero creo que será más bien una suerte para los cien millones de americanos que están convirtiendo sus dehesas en granjas, cruzadas por sistemas de regadío.

Alan Holt se cogía fuertemente con una mano a la baranda.

—Hasta que no fui allá abajo este invierno no pude comprender bien lo detestable que es aquello —dijo con un timbre de voz dura, como de hierro—. Leman es un diplomático, pero yo no; a mí me dan ganas de pegar cuando veo estas cosas, pero

ganas de luchar de veras, con un fusil. Porque ahí arriba se ha encontrado oro se creen que Alaska es una naranja que hay que exprimir cuanto antes, y que, una vez exprimida, se podrá tirar como un despojo. ¡Es muy moderno; pero le regalo a usted, si lo quiere, el americanismo que sólo va a la caza del dólar!

—¿Pero no es usted americano, señor Holt? —dijo en aquel momento otra voz.

Era tan suave y tan cercana, que los dos se volvieron a mirar. Detrás mismo de ellos, tranquilo e inundado de luna su bello rostro, estaba Mary Standish.

—¿Me hace usted a mí esa pregunta, señorita? —dijo Alan Holt inclinándose cortésmente—. Pues, no, no soy americano, sino alaskano.

La boca de la muchacha se entreabría en una sonrisa, los ojos le brillaban claramente.

—Perdón —dijo— por haber escuchado. No pude menos; soy americana^[1]. Quiero a América; y de una manera como no quiero a nada en este mundo. Más que a mi misma religión. *América*, señor Holt —subrayó—. Y América no quiere decir un gran número de americanos. Yo me complazco en pensar que nací a bordo del *Mayflower*. Por eso me llamo Standish. Y lo que quería advertirle es que Alaska es América.

Alan Holt se quedó un poco sorprendido. El rostro de la joven no estaba ya plácido y sereno. Le fulguraban los ojos. Él notó la emoción reprimida de su voz, y estaba seguro de que, a ser de día, le hubiera visto las mejillas encendidas. Se sonrió, y en aquella sonrisa no pudo ocultar la indelicadeza de un pensamiento:

—¿Y usted qué sabe de Alaska, señorita Standish?

—Nada —respondió ella—, y, sin embargo, la amo. —Y señalando a lo lejos añadió: Quisiera haber nacido entre esas montañas. Usted tiene esa suerte; pero tendría que amar a los Estados Unidos, que es nuestra América.

—¡Alaska, quiere usted decir!

—No; los Estados.

Cruzó un relámpago de desafío por sus ojos. No hablaba con atenuantes. Decía francamente lo que sentía.

La ironía desapareció de los labios de Alan. Con una risita se inclinó otra vez en reverencia y dijo:

—Puedo ser amonestado, si estoy en presencia de la hija del capitán Miles Standish, venida al mundo a bordo del *Mayflower*. Usted debe ser una autoridad en materias americanas, si no me equivoco al suponer su filiación.

—Dice usted bien —contestó ella moviendo con cierto aire de orgullo su radiante cabeza—. Si bien hasta hace poco no he comprendido lo que ello significa y la responsabilidad que me crea. Así es que les ruego me disculpen por la intromisión. Lo hice sin pensar. Pero ya está hecho.

No esperó que le contestaran, y sonriéndoles dulce y brevemente, siguió hacia el paseo de cubierta.

La música había cesado y la animación se acababa por fin en los salones. Alan

observó:

—Ésta es una notable mujercita. Supongo que el espíritu del capitán Miles Standish estará ufano de esta verde rama de su árbol genealógico. Puede decirse que de tal palo, tal astilla. Casi podría suponerse que, casado con Priscilla, esta joven fue un resultado definido, aunque algo indirecto.

Se rió de una manera peculiar en él, que no tenía otra causa aparente sino las palabras dichas. Su voz adquiría un carácter que no podía dejar de llamar la atención cuando, como entonces, con un humorismo irónico adquiría un dejo especial, involuntario.

En seguida se olvidaron de Mary Standish, y él le preguntó al capitán una cosa que le bailaba en la cabeza:

—¿No es verdad que el itinerario de este barco es un poco complicado?

—Un poco —asintió el capitán Rifle—. Las otras travesías las haremos directamente de Seattle a Nome; pero esta vez tenemos que recorrer el Inside Passage hacia Juneau y Skagway, y seguiremos el Aleudan Passage, vía Córdova y Seward. Un antojo de los navieros, que no han creído necesario explicarme. Seguramente esos excursionistas canadienses que vienen a bordo tienen algo que ver con esto. En Skagway los dejaremos en tierra, y de allí pasarán el Yukon por la vía de White Horse Pass. Un viaje de placer para gente frívola. Cuando me acuerdo de aquellos días...

—Yo también —dijo moviendo la cabeza Alan Holt, mirando hacia las montañas, tras las cuales se pierden las rutas sembradas de muertes, por donde buscaron el oro las plantas de una generación anterior—. Me acuerdo; y también el viejo Donald está evocando esta noche aquel infierno mortal que hay al otro lado de esa cordillera. Estaba muy impresionado esta noche. Ojalá todo se le olvide.

—No es fácil que un hombre olvide a una mujer como Jane Hope —advirtió por lo bajo el capitán.

—¿La conoció usted?

—Sí. Fue allá con su padre en mi barco. Hace veinticinco años, a contar del último otoño, Alan. ¿Es tiempo, verdad? Y le digo que cuando veo a Mary Standish y oigo su voz... —se interrumpió al llegar a estas palabras, para proseguir así—: No puedo dejar de pensar en la joven por quien luchó Donald Hardwick, saliendo vencedor, en ese hondón tétrico de White Horse. Grande desventura es que tuviese que morir.

—¿Si no ha muerto! —dijo Alan, perdida la aspereza de su voz—. No ha muerto —insistió—. Ésa es la lástima, porque la ve hoy tan viva en su recuerdo como lo era en la realidad hace veinte años.

Y al cabo de un momento el capitán observó:

—Hoy al anochecer ha estado hablando con él, Alan.

—¿Quién? ¿La señorita capitán Miles Standish? —preguntó Alan, con buen humor.

—Sí. Por cierto que algo encuentra usted en ella que le divierte.

Alan se encogió de hombros:

—No lo crea. Tengo la idea de que es una personita por todos conceptos admirable. ¿Quiere usted fumar un cigarrillo, capitán? Voy a pasear un poco. Me sienta bien mezclarme en la bulla de los buscadores de minas.

Los dos encendieron el cigarrillo con la misma cerilla y luego Alan se fue por su lado, mientras el capitán se dirigía a su camarote.

Para Alan, aquella noche, el barco *Nome* era algo más que un bastimento de acero y madera. Era un ser palpitante de vida, que tenía la pulsación de los latidos de toda Alaska. El runrún de las poderosas máquinas parecía producirlo una voluntad humana entonando como un arrullo una cadencia gozosa. Para él la lista del aglomerado pasaje tenía una significación casi épica, y sus nombres representaban algo más que simples hombres y mujeres. Eran la fibra vital de la tierra de sus amores, la sangre de sus venas, su viva realidad. Sabía que con la palpitación de aquellas máquinas iban al Norte la aventura, la tragedia y la esperanza, y con ellas también la arrogancia y la ambición. Iban a bordo centenares de elementos antagónicos: gentes que habían luchado por Alaska; otras que trabajarían para engrandecerla, y otras para destruirla.

Aspiró el humo del cigarrillo y avanzó codeándose con gentes en las que ni parecía reparar. Sin embargo, observaba. Conocía a los turistas casi sin mirarlos. El espíritu del Norte no se había apoderado de ellos todavía. Se mostraban movedizos y fácilmente excitables ante las bellezas y lo imponente de los nuevos panoramas. Los buscadores de minas estaban sumidos aquí y allá, en los rincones, contemplando en la sombra la lejanía, o paseaban sobre cubierta fumando sus cigarrillos y sus pipas, imaginando las cosas que había más allá de las montañas. Para Alan, entre ellos, los que iban al país por vez primera, y los antiguos concedores del mismo, andaba toda la gama de las emociones humanas, el nervio y la sangre de toda la vida que iba a desarrollarse al norte del grado cincuenta y cuatro. Y hubiera podido señalar de uno en uno a todos los que pertenecían a lugares de más allá del grado cincuenta y ocho.

Detrás del salón de fumadores, en la parte de popa, se detuvo, sacudiendo la ceniza del cigarrillo en el borde de la baranda. Junto a él había un grupo de tres hombres que en seguida vio que eran jóvenes ingenieros salidos de la academia y que iban a trabajar en el ferrocarril del Gobierno, entre Seward y Tanana. Uno de ellos hablaba lleno de entusiasmo por su primera aventura.

—Os aseguro que la gente no está enterada como debiera de las cosas de Alaska —decía—. En los colegios nos dicen que es una eterna caja de hielo llena de oro, y que allí se halla el cuartel general de Santa Claus, puesto que está poblada de ciervos. Nos hacemos hombres y seguimos creyendo lo mismo. ¿Por qué tener esta idea? —dijo, respirando profundamente—. Alaska es nueve veces más extensa que el Estado de Wáshington, doce veces mayor que el de Nueva York, y se la compramos a Rusia a menos de dos centavos por acre. Si lo referimos al mapa de los Estados Unidos, nos encontramos con que la ciudad de Juneau correspondería a la de St. Augustine, en Florida, y que Unalaska correspondería a Los Ángeles. Tal es su importancia, y en

realidad el centro geográfico de nuestro país no es Omaha ni Sioux City, sino San Francisco de California.

—¡Bien está eso, muchacho! —dijo una apagada voz a espaldas del grupo—. Su visión geográfica es exacta. Y para ilustrar sobre su punto de vista a la gente, hay que añadir que Alaska está sólo a treinta y siete millas de la Siberia bolchevique, y que nuestra población está recibiendo apremiantes estímulos, por las ondas hertzianas, de sublevación contra el Gobierno de Wáshington. Hemos pedido a Wáshington cañones y hombres para la defensa de Nome; pero se ríen de nosotros. ¿Es esto moral?

Si Alan había empezado a escuchar por divertirse, fue poniéndose en tensión nerviosa. Vio rápidamente la figura flaca y vieja, de barba gris, que acababa de hablar, pero no la reconoció. Y mientras volvía a alejarse, aquel hombre como un bulto de sombra a la luz de la luna añadió con la misma voz profunda y reposada, muy claramente:

—Y si os importa la suerte de Alaska, tendríais que pedir a vuestro Gobierno que ahorcase a algunos sujetos como John Graham, muchacho.

Al oír este nombre, la sangre se le encendió súbitamente a Alan. Sólo a un hombre odiaba sobre la faz de la tierra con un aborrecimiento eterno, y este hombre era John Graham. Iba a seguir observando, para procurar identificar la figura del desconocido que había dejado asombrados a los jóvenes ingenieros, cuando vio que entre él y la luz de las ventanas de la sala de fumadores aparecía otra persona. Era Mary Standish. En su actitud adivinaba que ella había oído también las palabras del ingeniero y las del hombre de la barba gris; pero a quien estaba mirando era a él. Y no recordaba haber visto nunca una mirada semejante de mujer. No era de miedo, sino un terror nacido del pensamiento y la imaginación, ajeno al de un daño físico. Era la segunda vez que ella causaba un cambio, una reacción, por exceso de recelo, en su ánimo, a propósito de cosas en las que nada parecía irle a ella. Así es que dijo a los jóvenes que se habían quedado silenciosos casi a su lado:

—Ése se engaña, señores. A John Graham no hay que ejecutarlo. La horca es poco para él.

Y reanudó su paseo, inclinando la cabeza al pasar por delante de ellos. Mas, apenas había salido del alcance de sus miradas, oyó unos pasitos presurosos a su espalda, y sintió que la mano de la joven le tocaba levemente el hombro.

—Perdone, señor Holt...

Se detuvo, pensando que el roce de aquella mano no era una cosa totalmente desagradable. Ella dudó un momento, y cuando volvió a hablar, sólo le rozaba el brazo con las yemas de los dedos, mientras miraba hacia la costa, permitiéndole a él contemplar el tesoro radiante de su incomparable belleza. Luego le miró de frente, retadora, con un rayo de fulgor en las honduras grises de sus ojos.

—Estoy, sola en el barco —dijo—. No tengo un solo amigo. Quisiera ver algo, hacer algunas preguntas. ¿Sería usted tan amable que me ayudase en esta curiosidad?

—Si usted lo quiere, yo tendré gran placer en ello.

Intrigado al principio, pronto empezó a ver el lado humorístico de la cosa, y se extrañaba de la extraordinaria seriedad de la muchacha. Ella no se sonreía. Tenía los ojos muy fijos, como pensando en cosas graves, y esta gravedad realzaba su adorable belleza.

—Del modo que usted me lo pide no hay manera de rehusar —añadió—. Ahora bien, para contestar a sus preguntas, acaso el capitán Rifle fuese más indicado que yo.

—No quiero molestarle —respondió—. Tiene muchas cosas en que pensar, en tanto que usted está solo.

—Sí, completamente solo. Y sin muchos asuntos que atender.

—¿Usted comprende el sentido de mis palabras, míster Holt? Tal vez no; acaso no quiera. Pero es que voy a un país que me es desconocido y siento vivas ansias de enterarme de cuanto pueda antes de poner en él los pies. Tengo curiosidad por muchas cosas; por ejemplo...

—Sí, diga.

—¿Por qué dijo usted eso de John Graham? ¿Qué quería decir aquel hombre cuando afirmaba que merecía ser ahorcado?

Era tan directa su manera de preguntar, que al pronto Alan se quedó estupefacto. Ella había retirado la mano con que le había tocado el brazo y esperaba, suspenso el aliento, que le contestara. Se habían vuelto un poco, de modo que la luna le daba de lleno en la blancura de flor de su rostro. Con su fino y radiante cabello, la palidez de su cara bajo la sedosa negrura del mismo, y la luminosidad de sus ojos, tuvo un momento a Alan en suspenso, luchando con aquel algo extraño que veía en ella y que, a pesar suyo, le estaba llenando de interés. Por fin sonrió con un súbito brillo en los ojos.

—¿Ha visto usted alguna vez un perro luchando? —le preguntó.

Ella titubeó, como recordando, y murmuró levemente:

—Sí, una vez.

—¿Y qué pasó?

—Era mi perro, un perrito mío. Le destrozaron el cuello.

—Exactamente —dijo él, moviendo la cabeza—. Esto es precisamente lo que John Graham está haciendo con Alaska, señorita Standish. Es un perro..., un monstruo. Figúrese usted un hombre que está resguardado por un inmenso poder bancario y que se vale de ello para desollar a un país nuevo, para esclavizarlo a fin de satisfacer sus concupiscencias y ambiciones políticas. Tal es el caso de John Graham, desde su estrado financiero levantado en los Estados Unidos. Él representa un poder bancario. ¡Maldito sea! Dinero... y un hombre sin noción de la conciencia. Un hombre que no repara en miles ni en millones para realizar sus fines. Un hombre que es un criminal en toda la extensión de la palabra...

Dio ella un grito agudo que le interrumpió. Se le puso más pálido el rostro, si cabe, y Alan vio que se llevaba crispadamente las manos al pecho, mientras su mirada le retiró de los labios su sonrisa habitual de estoica indiferencia.

—Veo que he herido sus sentimientos puritanos, señorita Standish —le dijo inclinándose un poco—. Para desagaviar lo delicado de su sensibilidad, permítame que me excuse por haber lanzado una maldición y llamado criminal a otro hombre. Le pido perdón; y ahora, si no tiene inconveniente, podemos divagar un poco por el barco.

Desde una regular distancia los tres jóvenes ingenieros se quedaron mirando a Alan y a Mary Standish, que se alejaban.

—¡Vaya una muchacha linda! —exclamó uno de ellos, respirando fuertemente—. Nunca vi una cabeza y unos ojos más bonitos... ni...

—Yo como en la misma mesa que ella —interrumpió otro—. Soy el segundo a su izquierda, y todavía no me ha dirigido tres palabras; en cambio, ahora va con ese tipo que parece un témpano de la tierra del Labrador.

Y Mary Standish iba diciendo a Alan:

—No sabe usted, señor Holt, cómo envidio a esos ingenieros. ¡Cuánto me gustaría ser hombre!

—Si es su gusto yo también lo quisiera —dijo Alan por galantería.

Después de lo cual, Mary Standish olvidó la dulzura de sus labios y los contrajo duramente. Pero Alan no estaba para fijarse en esto. Estaba gozando de su cigarro y de la caricia del aire.

Capítulo III

Alan Holt era un hombre que se hacía notar con insistencia de los otros. Con las mujeres era otra cosa. No era, en ningún sentido de intimidad, un hombre de partido entre las damas. Él las admiraba de una manera abstracta, y siempre estaba apercebido para luchar por ellas, dispuesto a dar su vida, si preciso fuera. Pero sus sentimientos eran puramente cuestión de sentido común. Su caballerosidad había nacido y se había desarrollado en las montañas, al aire libre, y nada tenía que ver con los modales insinceros que se estilan en el seno de los ambientes lujosos y muelles de la civilización. Muchos años de soledad habían dejado su huella en su persona. Los hombres del Norte, al leer sus arrugas comprendían lo que éstas significaban. Pero una mujer, sólo en contados casos podía darse cuenta. Sin embargo, algo había en Alan Holt que hacía que, en un momento apremiante, cualquier mujer ante un peligro acudiera instintivamente confiada a él.

Tenía una vena de humorismo que a pocos había sido dado descubrir. Las montañas le habían enseñado a reírse en silencio. En él un simple murmullo tenía tanta elocuencia o tanto sentido como en otros una carcajada, y sabía experimentar gozosas emociones sin alterar sus rasgos faciales. Una sonrisa suya no era siempre síntoma de un pensamiento humorístico. En ocasiones expresaba así un pensamiento muy distinto más elocuentemente que con palabras.

Así es que, conociéndose perfectamente y dándose clara cuenta de la situación, no pudo menos de tomarla de un modo divertido. No podía dejar de ver la equivocación que cometía la señorita Standish escogiéndole a él, cuando pudo haber escogido a uno de aquellos jóvenes ingenieros que serían materia de fácil entusiasmo amoroso para la aventura de una travesía. Se sonrió con un subrayado gutural, y Mary Standish, oyendo aquella ahogada nota de buen humor, dio a su cabeza aquel mismo movimiento vivaz de pájaro que él había observado antes, cuando la vio hablando con el capitán Rifle. Pero ella no dijo una palabra. Como haciendo frente a un reto, se apoyó en su brazo.

A mitad de su vueltecita por la cubierta, Alan empezó a convencerse de que la cosa no dejaba de tener un grato aroma de galantería. La mano de la muchacha no le rozaba simplemente el brazo, sino que se lo oprimía confidencialmente, y ella estaba por tanto tan cerquita de él, que cuando éste se inclinaba, casi sentía en la cara el roce de sus rizos de seda. Aquella proximidad y el dulce contacto opresor de su mano eran un reactivo contra la impasibilidad más estoica.

—No me parece ni medio mal —dijo con toda franqueza—. Creo, señorita Standish, que voy a pasar un rato delicioso contestando a sus preguntas.

—¡Oh! —exclamó ella, irguiéndose vivamente—. ¿Acaso puede usted creer que sea una mujer peligrosa?

—Un poco. Yo no comprendo a las mujeres. En conjunto creo que son la más maravillosa obra de Dios, particularmente no me preocupan mucho. Ahora bien, usted...

Ella movió la cabeza aceptando la galantería.

—Es usted muy galante; pero no debe pensar que yo sea una mujer distinta de las otras. Todas las mujeres somos lo mismo.

—Es posible, excepto en la manera de hacerse el tocado.

—¿Le gusta cómo me peino?

—Mucho.

Estaba asombrado de sí mismo, de suerte que echó una gran bocanada de humo en señal de íntima protesta mental.

Habían llegado otra vez al salón de fumadores. Era éste una innovación en el *Nome*. No había otro en los vapores del servicio de la línea de Alaska puesto con tanto lujo, que fuera tan cómodamente acogedor, que tuviera un espacio para tertulias tan propicio al fondo, a fin de que las señoras pudieran acompañar a sus maridos mientras éstos fumaban después de la comida.

—Si quiere usted saber cosas de Alaska y de su gente podríamos entrar —indicó él—. No hallaremos mejor sitio. ¿Le molesta el humo?

—No. Yo fumaría, si fuese hombre.

—¿Y acaso siendo mujer...?

—No, no fumo. El día que lo hiciera empezaría por deshacerme el peinado y cortarme el pelo.

—Lo cual sería un crimen —replicó él, tan vivamente que volvió a extrañarse de sí mismo.

Cuando entraron en el *parloir* había dos o tres damas rodeadas de su pequeña corte. La gran sala principal ocupaba una tercera parte de la cubierta de popa. Estaba llena de un aire azulado por el humo. Una veintena de hombres jugaban a las cartas en torno de unos veladores redondos. Y más o menos el doble estaban esparcidos en grupos, charlando, mientras otros iban y venían sin objeto, midiendo con sus pasos el suelo alcatifado. Aquí y allá había sentado algún solitario. Algunos se habían quedado dormidos, lo cual hizo a Alan consultar el reloj. Entonces vio que Mary Standish observaba con curiosidad los numerosos bultos de mantas cuidadosamente arrolladas que estaban esparcidos por el suelo. Había uno a sus pies. Ella lo tocó con la punta del zapato.

—¿Qué significan estos bultos?

—Que llevamos sobrecarga —le aclaró él—. Los vapores alaskanos no tienen camarotes de proa, como suelen llevar otros barcos. No es por pobreza por lo que se suprime esa clase en estos viajes. Siempre se suele encontrar un millonario o dos en la cubierta inferior. A muchos de los que ve usted aquí, cuando tengan sueño, los verá

desenrollar estos bultos para echarse a dormir en el suelo. ¿No ha visto usted nunca a un conde?

Comprendió que tenía obligación de informarla, puesto que la había hecho entrar para eso, y así llamó su atención sobre la tercera mesa de su izquierda. Alrededor de ella había tres hombres sentados.

—Ese que está de frente, de la cara fofa y el bigote gris, es un conde... No me acuerdo cómo se llama —dijo él—. No lo parece, pero es un auténtico deportista. Va al Norte a cazar osos de Kadiak, y duerme en el suelo. Los del grupo de detrás, que ocupan la quinta mesa, son mineros de Treadwell, y aquel tipo de patillas que casi le llegan al chaleco, que ve usted apoyado en la pared medio dormido, es Stampede Smith, antiguo socio de George Carmack, descubridor del oro de Bonanza Greek en Ninety-six. El ruido de la primera palabra descubridora de Carmack tuvo eco por toda la redondez de la tierra, señorita Standish. Pues ese caballero de las patillas revueltas era el segundo por su actuación, descontados Skookum Jim y Taglish Charlie, dos indios de Siwah que acompañaban a Carmack cuando el descubrimiento. También puedo decirle, si la parte romántica de ese hombre le interesa, que estuvo enamorado de Belinda Mulrooney, la más valerosa de cuantas mujeres hayan ido al Norte.

—¿Qué es lo que hacía la tal valiente?

—El haber llegado sola a un país de hombres, sin apoyo ni defensa de nadie, decidida a labrarse una fortuna en medio de las otras. Pero murió. Mientras aliente un buscador de minas de Dawson, será piadosamente recordada Belinda Mulrooney.

—Luego dio prueba de lo que es capaz una mujer, señor Holt.

—Cierto; pero no tardó en demostrar también cuán locamente puede una mujer obrar, señorita Standish. Llegó a ser la mujer más rica de Dawson. Sobrevino un sujeto que pasaba por conde. Casóse Belinda con él, y se fueron a Paris. No pasó nada más. En cambio, si se llega a casar con ese Stampede Smith, el de las largas patillas...

No terminó la frase. A media docena de pasos se puso en pie un hombre que estaba junto a una mesita, y se quedó mirándoles. Nada extraño había en él, a no ser su manera decidida de mirar a Mary Standish. Parecía conocerla y que la insultaba con su imprudente fijeza. Por fin frunció un poco los labios; se encogió de hombros y se alejó.

Alán miró rápidamente a su compañera. Tenía los labios apretados y las mejillas ardorosamente encendidas. Aunque también él participaba de cierta agitación en las venas, no podía dejar de admirar cuán bellamente se indignaba la muchacha.

—Si usted me lo permite —dijo pausadamente—, voy a rogarle que me explique...

Rápidamente se cogió al brazo de él.

—Por favor, no siga —le suplicó—. Es usted muy amable interesándose, y precisamente me parece hombre capaz de sentir una cosa así; pero sería absurdo insistir en ello, ¿no le parece?

A pesar del esfuerzo que realizaba por hablar con calma, le temblaba la voz, y a Alan le sorprendió ver la rapidez con que el color volvía a quebrársele, poniéndole la cara raramente blanca.

—Estoy a su disposición y no he de contrariarla —repuso inclinando fríamente la cabeza—. Pero si usted fuese hermana mía, no le consentiría viajar en esta forma desventajosa.

Y se quedó mirando al extraño personaje hasta que desapareció por la puerta que daba al exterior, sobre cubierta.

—Ése es uno de los satélites de John Graham —dijo—. Es un tipo llamado Rossland, que va, según tengo entendido, a explotar una vez más la industria pesquera del salmón. En dos años acabarán con ella. Es curioso hasta dónde puede llegar esa vil cosa que llamamos dinero, ¿no es verdad? Hace dos inviernos pude ver varias aldeas de indígenas que perecían de hambre; y las mujeres y los niños se morían por culpa del dinero de John Graham. La excesiva pesca, que atrajo la codicia de éste, les acarreó tal resultado, ¿comprende? ¡Si hubiera usted visto a aquellos pobres seres, hechos pura piel y huesos, clamando por un poco de pan...!

La mano de la muchacha le oprimió el brazo.

—¿Cómo pudo hacer semejante cosa John Graham? —murmuró.

Él se rió desagradablemente y dijo:

—Cuando pase usted dos años en Alaska no lo preguntará, señorita Standish. ¿Quiere saber cómo? Pues llenando sus fábricas de conserva y apoderándose de toda la pesca de los ríos, que venía constituyendo el aprovechamiento de aquellas gentes de generación en generación. En otros términos, el capital que él maneja constituye el *trust* del pescado... y otras cosas que paso por alto. Le ruego que no me interprete mal. Lo que yo sostengo es que Alaska necesita capitales para su propio desenvolvimiento. Sin ello, no sólo dejaremos de progresar, sino que acabaremos pereciendo. Y cuidado que no hay tierra sobre la faz del planeta que ofrezca hoy día ocasiones más oportunas para el empleo del dinero que Alaska. Diez mil grandes fortunas están esperando allí a las personas que quieran interesar su capital.

Dijo, y reanudó:

—Pero John Graham no es el tipo de capitalista deseado. Es un expoliador, uno de esos individuos cuyo solo afán consiste en convertir los recursos naturales directamente en dólares, lo más de prisa posible, aunque para ello se tengan que esterilizar el agua y la tierra. Piense usted que el Gobierno de Alaska, hasta hace bien poco, según lo manejaba la política de Wáshington, no se hallaba en mejores condiciones que los Estados Unidos en el momento de rebelarse como colonia en 1776. Es duro decirlo tratándose del país que más se ama, ¿no le parece? Pues John Graham es el daño mayor que tenemos, él con todo el dinero que garantiza su poder. Tales son las circunstancias en que nos tiene el expedienteo y la detestable política, que ni los grandes capitales ni los pequeños se atreven a mirar a Alaska más que al soslayo, sin interesarse por ella. Calcule usted, señorita Standish, que hay treinta y

ocho oficinas separadas en Washington encargadas de los asuntos de Alaska, que está a cinco mil millas de allí. ¿Es de extrañar que el paciente esté debilitado? ¿Es de maravillar que, estando así las cosas, pueda un hombre sin honor, corrupto hasta el alma, sentar sus reales en tan generoso campo de acción?

Hizo otra pausa.

—Pero estamos aprendiendo mucho y vamos saliendo poco a poco de la sombra que durante tanto tiempo ha estado ahogando los intereses de Alaska. Se cuenta ahora con un creciente núcleo de autoridades y personas responsables. Tanto el ministro del Interior como el de Agricultura están dándose cuenta de que Alaska es un formidable imperio en potencia, y con la ayuda suya vamos a ponernos a la cabeza del progreso, a pesar de todos los enemigos. Sólo temo a hombres como John Graham. Pero un día u otro...

Súbitamente se interrumpió.

—Veo que estoy extendiéndome demasiado sobre política, y lo que a usted le interesa son cosas más entretenidas y agradables —dijo excusándose—. ¿Quiere usted que bajemos a las otras cubiertas?

—O salgamos al aire libre —insinuó ella—. Temo que este humo me cargue la cabeza.

Él había notado que ella se ponía mal, pero no atribuía sólo este cambio al humo que espesaba el ambiente. Parecíale que la inexplicable crudeza con que le había mirado Rossland la había impresionado más de lo que ella quisiera.

—Abajo, en lo que ocuparían los camarotes de tercera, van unos indios Thlinkit con un oso domesticado. ¿Le gustaría verlo? —le preguntó al salir—. Las muchachas Thlinkit son las mujeres indias más guapas que existen, y entre la gente de abajo hay dos, según el capitán, extraordinariamente bonitas.

—A mí me las ha presentado ya —dijo ella sonriendo—. Kolo y Haidah se llaman las jóvenes. Tienen una gran dulzura y me gustan de veras. Mucho antes de que usted se levantara me desayuné en compañía de ellas.

—¡Qué calladito se lo tenía usted! Así comprendo por qué no comió usted con nosotros esta mañana, ni ayer.

—¿Lo había notado? —preguntóle Mary con escrúpulo.

—No era fácil dejar de ver una silla desocupada. Además, uno de los jóvenes ingenieros me llamó la atención, suponiendo que estaría usted enferma.

—¡Oh!...

—Diría que ese joven se interesa mucho por usted —añadió Alan—. Me hace gracia ver cómo se tortura para mirarla con el rabillo del ojo. Se me había ocurrido que sería una obra de caridad cambiar mi sitio por el suyo.

—Con lo cual los ojos de usted no sufrirían, por supuesto.

—Es probable que no.

—¿Han sufrido alguna vez?

—Que recuerde ahora, no.

—¿Al contemplar a las muchachas Thlinkit, por ejemplo...?

—¡Pero si no las he visto!

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Antes hubiera creído que era usted una persona anodina, míster Holt. Pero ahora creo que es usted incalificable. Y me es grato por su singularidad. ¿Tendría usted la bondad de acompañarme hasta mi camarote? Es el dieciséis de esta cubierta.

Al avanzar volvió a apoyar una mano en un brazo de él.

—¿Cuál es su camarote?

—El veintisiete, señorita Standish.

—¿De esta cubierta?

—Sí.

Hasta que ella le dio las buenas noches, muy bajito y sin tenderle la mano, no le sorprendió la intimidad de su última pregunta. Murmuró algo y encendió un cigarrillo. Se le ocurrieron muchas cosas a la vez mientras daba un par de vueltas sobre cubierta. Luego se retiró a su camarote y hojeó los papeles que llevaba para Juneau. Eran datos y la relación de sus gestiones con Carl Lomen ante el Comité de Estudios Económicos sobre Alaska, de Washington.

Era casi medianoche cuando terminó. No sabía si Mary Standish estaría dormida. Le fastidiaba un poco la insistencia con que su memoria buscaba el recuerdo de ella. Era una muchacha muy lista, lo reconocía. Él no le había hecho la menor pregunta acerca de su persona, y ella se había abstenido de decirle nada respecto de sí misma, en tanto que él se había mostrado muy charlatán. Se avergonzaba un poco pensando como había volcado sus ideas personales ante una señorita a quien habían de tenerla muy sin cuidado los asuntos políticos de John Graham y de Alaska. Pero no era del todo culpa suya. Ella le había abordado como una catapulta, y él creía haberse conducido correctamente dadas las circunstancias.

Apagó la luz y se quedó de pie, mirando por el ventano redondo que estaba abierto. Sólo oía el resuello de las máquinas del navío, que se dirigía a Frederick Sound a lo largo del último Estrecho. Por fin, todo el mundo dormía a bordo. La luna se alzaba en su cenit, sin dar claro fondo a la silueta de las montañas, dejando fuera de su húmedo halo a la tierra sumida en la oscuridad. Sobre esta sombra, levantándose como otra más densa aún, Alan empezó a discernir débilmente el enorme macizo de la Isla de Kupreanof. Y le extrañaba que, en vez de ir por aquel paso, cuyos peligros conocía y cuya anchura no excedía en algunos sitios de la longitud del barco, no hubiera escogido el capitán Rifle la vía que rodea el Cabo Decisión. Notaba que la costa se alejaba, pero, no obstante, el *Nome* avanzaba con la voz lenta de su campana de proa, y desde el barco se percibía aún el fresco olor de las algas, y Alan respiraba hondamente el aire que le llegaba perfumado de las selvas de ambas orillas.

De pronto aguzó el oído al notar un ruidito de pasos que se acercaban lentamente. Luego parecía que dudaban; oyó una voz apagada de hombre, y la de una mujer que

le contestaba. Instintivamente retrocedió un paso y se quedó recatado en la sombra. Cesaron las voces, y aquellas personas pasaron de largo, en silencio, mostrándosele claramente a la luz de la luna. Una de ellas era Mary Standish; la otra, Rossland, aquel hombre que la había mirado tan descaradamente en la sala de fumadores.

Se apoderó de Alan un gran asombro. Encendió la luz y se dispuso a acostarse. No estaba dispuesto a espiar a Mary Standish ni al agente de Graham, pero en su fuero interno se sentía defraudado y sorprendido en su buena fe, pues lo que acababa de ver le convencía de que Mary Standish conocía a Rossland bastante mejor de lo que había aparentado. No es que le hubiese mentido. No había dicho nada; pero era evidente que le había dejado sin una explicación o excusa a propósito de aquel detalle. Era evidente que la joven le había llevado ventaja en la conversación, pero los asuntos de ella no se relacionaban para nada con los de su vida. Seguramente había reñido con Rossland, y ahora rehacían las paces. Esto le parecía muy probable; pero, ¿por qué tenía que ser tan tonto que se preocupara por tales cosas?

Así, pues, volvió a apagar la luz y se acostó. Era un placer descansar tumbado de espaldas, sintiendo el amable balanceo del buque y oyendo la música de su rumor. Era doblemente grato para él porque pensaba que regresaba a sus lares. ¡Cuán infernalmente largos se le habían hecho aquellos siete meses pasados allá abajo, en los Estados Unidos! ¡Y cómo había echado de menos todo lo que le era conocido, hasta a sus enemigos!

Entornó los ojos y vislumbró la casa que todavía estaba a varios centenares de millas; las interminables tundras, las azules y purpúreas estribaciones de las Montañas de Endicott, y el rancho o colonia de Alan, al comienzo de las mismas. La primavera estaba allí floreciendo; por las tundras y las vertientes del Sur el tiempo era ya cálido, y los botones de los sauces saltaban de sus cálices como el trigo en la tolva.

Rogaba a Dios que el tiempo de aquellos meses hubiera sido propicio para su gente, para los de sus montañas. Era muy larga una ausencia como aquélla para quien tanto amaba a los suyos. Estaba seguro de que Tautuk y Amuk Toolik, sus principales pastores, habrían velado por sus cosas lo mismo que él. ¡Pero en siete meses pueden acaecer tantas cosas! Nawadlook, la reyezuela de su distante reino, al salir de él no se encontraba muy bien. Le preocupaba mucho. La pneumonía que tuvo hacía algunos inviernos le había dejado huella. ¿Y Keok, su rival en belleza? Se sonrió sumido en la oscuridad pensando en cómo se habían ido arreglando los asuntos sentimentales de Tautuk, algún tiempo desesperados. Porque Keok era una pequeña destructora de corazones que se había distinguido mucho tiempo gozándose de los sufrimientos de Tautuk.

Y Alan se complacía en verla como a un arcángel de iniquidad; pero merecedora de que todo hombre que tuviera una gota de sangre racial en las venas expusiera la vida por ella. Por lo que hacía a sus rebaños, estaba justificado todo temor. Diez mil cabezas de ganado eran ciertamente algo digno, a la vez, de orgullo...

De súbito se le cortó el aliento. Alguien se acercaba y se paraba a su puerta. Por

dos veces había oído pasos fuera, pero habían seguido adelante. Sentóse, y los muelles de la cama crujieron. Notó que algo se movía; percibió gran ruido de algo que huía rápidamente... y dio la luz. Poco después abrió la puerta. No había nadie. El largo pasillo estaba desierto. Luego oyó, a cierta distancia, el ruido suave de otra puerta que se abría y se cerraba.

Entonces fue cuando sus ojos vieron en el suelo un objeto blanco arrugado. Lo cogió y volvió a entrar en el camarote. Era un pañuelo de mujer. Recordaba haberlo visto antes. Había admirado su primorosa puntilla aquella misma noche en la sala de fumadores. Y le pareció bastante chocante encontrarlo ahora a la puerta de su cuarto.

Capítulo IV

Durante unos minutos después del hallazgo del pañuelo femenino, Alan experimentó un sentimiento mezcla de curiosidad y desencanto... y sintió también un poco de despecho. La sospecha de que estaba siendo víctima de unas redes que iban a envolverlo, no era del todo agradable. La velada había sido bastante entretenida, hasta cierto punto. Claro que pudo haber pasado un rato más ameno rememorando viejos tiempos con Stampede Smith, o discutiendo con el conde inglés acerca de los osos de Kadiak, o trabando amistad con el desconocido de barba gris a quien había oído lanzar su opinión sobre John Graham. Pero no se arrepentía del tiempo perdido, ni hacía cargos por ello a Mary Standish. Al fin y al cabo, lo único que le fastidiaba era lo del pañuelo.

¿Por qué lo había dejado caer a su puerta? No parecía aquel pañuelo materia peligrosa, con su ribete de puntilla fino como una película y ridículamente diminuto, Así pensando, se le ocurrió si sería posible que una nariz, aunque lindísima como la de Mary Standish, pudiera servirse cómodamente de él. Pero era muy bonito, y como su dueña y la simple gracia de su peinado, el pañuelo tenía algo sumamente exquisito. No es que Alan analizara estas cosas. Fue un pensamiento que le acudió a la imaginación por sí mismo, mientras dejaba la pequeña prenda de batista empuntillada encima de su velador de cabecera. Indudablemente, el haber caído frente a su camarote había sido una pura casualidad. Ésta fue la deducción definitiva. Y añadió para sus adentros, encogiéndose de hombros, que toda mujer, joven o vieja, tenía derecho a pasar de largo por delante de su puerta, si le daba la gana, y que él era un bobo suponiendo lo contrario. Era éste un argumento aceptable sólo a medias; pero a Alan no le atraían los asuntos misteriosos, sobre todo cuando mediaba en ellos la mujer; tanto más en aquel caso en que lo que terciaba era una cosa tan absurda e inconsecuente como aquel pañuelo.

Acostóse por segunda vez. Se durmió pensando en Keok y Nawadlook y en la gente de sus haciendas. Había recibido de algún sitio el don de soñar agradablemente, y Keok se le representaba real y verdadera, con su dulce sonrisa y su embriagadora faz; y los grandes y suaves ojos de Nawadlook se le antojaban más resplandecientes que la última vez que los vio. Se le representó Tautuk, apesadumbrado como siempre por la dureza de corazón de Keok. Estaba tañendo al parche un *¡pom-pom!* sugerido por las campanadas de a bordo, y a este ritmo Amuk Toolik bailaba la danza del oso, en tanto que Keok aplaudía con exagerada admiración. Aun en sueños Alan murmuraba. Se percataba bien del asunto: los rientes ojillos de la muchacha delataban que se estaba divirtiendo a costa de los celos de Tautuk. Éste era tan tonto que no lo

quería comprender. Tal era la parte cómica de la cosa. Y se puso a arremeter furiosamente contra el bombo, hasta cerrar sañudamente los ojos de la fuerza que hacía, mientras Keok no podía reprimir una carcajada.

En este punto Alan se despertó, y oyó la última campanada del barco. Todavía estaba oscuro. Encendió la luz y miró el reloj. El bombo de Tautuk redobló ocho toques al son de la campana marina: eran las ocho de la mañana.

Por la ventana de babor abierta entraba el olor del mar y de la tierra, acompañado de un aire fresco que Alan aspiró profundamente, desperezándose después de despertarse. Produjo en su sangre el efecto de un vino. Se vistió fumando un cigarrillo que dejara en la mesilla, comenzado a medianoche. Hasta estar vestido del todo no volvió a prestar atención al pañuelo, que también había dejado allí. Si hacía unas horas aquella prenda pudo sugerirle algo, había dejado ya de preocuparle. Que la señorita se había distraído, perdiéndolo. ¿Para qué más explicaciones? Se lo devolvería. Mecánicamente se guardó el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta antes de salir a cubierta.

Presumió que iba a encontrarse solo, y lo había adivinado. El paseo estaba desierto. A través de la albina humedad de la mañana vio las filas de sillas vacías, y las luces mortecinas que alumbraban la cabina del timonel. El monzón asiático y el rápido calor de la corriente del Japón habían llevado una temprana primavera al Archipiélago de Alejandra, y mayo había despojado ya a junio de una gran parte de sus suaves encantos.

Pero los crepúsculos de aquellos días eran fríos y grises; la humedad y las nieblas se asentaban en los valles, y como un leve humo rodaban por las vertientes de las montañas hasta el mar, de suerte que un barco navegando aguas adentro palpaba su ruta como un niño gateando por las sombras.

A Alan le gustaba este carácter de la costa alaskana; el misterio fantasmal de la misma era un estimulante de la imaginación, y en medio de los peligros era como el desafío atractivo de un señuelo. Notaba las precauciones con que *Nome* seguía su camino hacia el Norte. Sus máquinas zumbaban suavemente y su movimiento era un leve y cuidadoso resbalar, felino y algo tembloroso, cual si todos los pedazos de acero de la nave fueran nervios sensibles en un despierto alerta. Sabía que el capitán Rifle no estaría durmiendo y que unos ojos avizores atisbaban a través de la blanca niebla desde la caseta del timonel. Al lado oeste, en peligrosa proximidad, debían estar las peñas de la Isla del Almirantazgo; al Este se hallaban las aún menos piadosas y glaciales areniscas y la granítica costa con el brazo mortal bañado por un rizo marino, a lo largo del cual tenían que deslizarse para llegar a Juneau. Y Juneau no podía estar ya muy lejos.

Se apoyó en la baranda de la borda sacudiendo la ceniza del cigarrillo. Estaba anhelante por reanudar sus tareas. Juneau, Skagway y Córdova no significaban para él otra cosa sino que aquello era Alaska. Deseaba ver los lugares que se hallaban aún más al Norte, las vastas tundras y la formidable naturaleza que se alzaba allá enfrente.

La sangre le entonaba un himno de nueva posesión; así es que no podía estar triste por el tiempo perdido durante siete meses de soledad por los Estados Unidos. Había comprobado por sus propios ojos que ahora era cuando Alaska iba a ser dueña de sí misma. ¡Oro! Se rió. El oro era su señuelo, su leyenda, su emoción; pero ¿qué era todo el oro junto de las entrañas de sus montes comparado con esta otra realidad que él estaba ayudando a levantar? Le parecía que a todas las personas que había conocido en el Sur su presencia no les había despertado otra idea que la del oro, al enterarse de que era alaskano. Siempre oro... esto ante todo, y luego hielo, nieve, noches interminables, desolados eriales y ásperas montañas que se levantaban ceñudas sobre una tierra hostil, donde en la lucha contra los elementos sólo sobrevive el más fuerte. El oro había sido el destino de Alaska; pensando en ello la gente no veía nada más allá de los días de pánico de Chilkoot, White Horse, Dawson y Circle City. Desconocía la leyenda, la ilusión y las tragedias de las víctimas de aquella época; mas ya comenzaba a creer. Empezaban a abríseles los ojos. Hasta el Gobierno se estaba despertando después de comprobar que era algo más que un injerto la construcción del ferrocarril al norte del monte San Elías. Varios senadores y parlamentarios de Wáshington le habían escuchado con gran seriedad, y aún más a Carl Lomen. Y los reyes del ganado, más perspicaces que nadie, habían tratado de sobornarlos para que se retirasen a cambio de una inmensa fortuna en que cotizaban las cuarenta mil cabezas de ciervos que poseía Lomen en la península de Seward. Esto era una prueba del despertar, una prueba incontestable. Encendió un nuevo cigarrillo y su imaginación saltó por en medio de la disolvente humedad hasta las dilatadas tierras de sus lares. Ya algunos alaskanos habían vituperado a Teodoro Roosevelt por establecer lo que ellos llamaban “depósitos de conservación” en su país. Pero Alan, al menos, no lo hacía. La previsión de Roosevelt había mantenido allí a los acaparadores, y sabiendo que ello crearía gran poder monetario y codicia, había logrado que Alaska no estuviera a estas horas completamente despojada, y así se hallaba hoy dispuesta a servir con sus poderosos recursos a la madre que durante una generación la había tenido en abandono. Pero ahora se preparaba una formidable lucha al levantarse aquel gran país. Era necesario hacerlo valiéndose de todos los recursos y con gran inteligencia. Una vez hundidas las barreras, la mano escondida de Roosevelt no podría seguir manteniendo poderes profanadores como el de John Graham y el sindicato por él representado.

Pensar en Graham era cosa desagradable, pues al recordarlo su rostro adquiría una dura expresión en medio de la niebla del mar. Los mismos alaskanos tenían que luchar contra los despojadores autorizados. La lucha sería dura. Él había visto la obra de pillaje que habían realizado estos saqueadores financieros en una docena de Estados durante el pasado invierno: en unos los bosques habían sido talados, en otros los lagos y los ríos explotados y estropeados, convertidas sus riquezas en mundo esqueleto. Estaba horrorizado, y aún le duraba un poco el miedo que le causara la desolación de Michigan, ayer la más pródiga región de bosques de América. ¿Qué

pasaría si el Gobierno de Wáshington estaba dispuesto a consentir otro tanto en Alaska? La política y las finanzas habían entrado ya en lucha para lograrlo.

Así discurrendo, dejó de percibir el ruido de las máquinas del barco, pues se imponía su íntima agitación con el ritmo de su cerebro y de sus músculos, como si el pensamiento se le volviera fuerza física. Sentíase dispuesto a luchar por su ideal hasta el último momento de su vida. Con unos cuantos compatriotas demostraría al mundo que los millones de acres de tundras desprovistas de arbolado del Norte no eran el último rincón de la tierra; ellos las repoblarían, y los llamados *barrens* resonarían al paso innumerable de las manadas de ciervos como nunca resonaron las praderas americanas. No pensaba en los tesoros que él cosecharía al brillar el arco iris de los éxitos que estaba fantaseando. Las riquezas sólo por el dinero le causaban repulsión. Sólo la realización de los hechos le impulsaba; su pasión por abrir un camino por el cual su adorada patria llegase un día a emanciparse, y el deseo de ver realizado el triunfo final, que consistiría en nutrir a la mitad de aquella América que se había reído de este problema y lo había tratado a puntapiés al ser planteado ante ella.

El toque de la campana del barco le sacó de esta lucha interior en la que se había dejado sumergir. No acostumbraba tenerse compasión cuando caía en uno de estos estados de ánimo que él calificaba de espasmos mentales. Sin advertirlo, se sentía un poco orgulloso por cierta tolerancia desapasionada que le distinguía: era un dominio filosófico de las propias emociones que a veces le hacía parecer un hombre de sangre de hielo, por lo cual algunos creían que más se asemejaba a las peñas que a las criaturas de carne y hueso. Se guardaba para su capote todas las emociones que sentía. Pero entonces dulce sensación le distrajo conmoviéndole un poco, al encontrarse con que inconscientemente sus dedos habían trenzado el diminuto pañuelo que introdujera en su bolsillo. Lo sacó e hizo un movimiento como para arrojarlo por la borda; pero murmurando algo entre dientes, comprendiendo cuán absurda era esta acción, volvió a guardarse el pañuelo y reanudó lentamente su paseo hacia la proa.

Pensaba, mientras contemplaba la ascensión de la niebla, lo que pasaría de tener una hermana como Mary Standish, o cualquier persona de relación familiar, siquiera un tío que se interesase por él. Recordaba vívidamente a su padre; a su madre no tanto, porque murió cuando él tenía seis años, mientras a su padre lo perdió a los veinte. Por encima de todas las cosas se erguía la presencia de éste como las montañas que tan caras le eran. Siempre estaría con él su padre inspirándole, estimulándole, fortaleciéndole para hacerle conducirse en la vida como un caballero, para hacerle luchar como un hombre y para enseñarle a morir sin sombra de temor. De esta manera había vivido y había muerto el viejo Alan Holt. Pero a su madre, con su rostro y su voz, apenas la recordaba, sobre el abismo de los años, y más que un ser viviente parecía una memoria abstractamente evocada. Hermanos o hermanas nunca los tuvo... A menudo había sentido esta falta. Siquiera una hermana... pero murmuró en seguida en rechazo de este pensamiento, ya que una hermana significaría

su encadenamiento a la civilización. Probablemente se sentiría vinculado a las ciudades, se sentiría sometido acaso a los Estados Unidos; y él detestaba esta esclavitud de la vida. Sabía apreciar la inmensidad de su libertad. Una Mary Standish, aun siendo hermana suya, sería una catástrofe. No podía concebirla a ella, ni a ninguna mujer semejante, conviviendo con Keok y Nawadlook y la otra gente que moraba en el corazón de las tundras. Y las tundras serían siempre su hogar porque en ellas arraigaba su corazón.

Había dado la vuelta a la cabina del timón y se encontró de repente con una figura hundida en una silla; era Stampede Smith. A la luz creciente que iba haciéndose al desvanecerse la niebla, Alan vio que éste no estaba dormido. Detúvose sin ser visto. Stampede se estiró, murmuró y se puso en pie. Era un hombre bajito y su bigote fieramente hirsuto, húmedo de rocío, era bastante espléndido para la cara de un gigante. Su cabeza de pelo moreno, crespo como su bigote, contribuía a darle un aspecto piratesco de la nuca para arriba; pero el resto de su persona nada tenía capaz de infundir miedo al más frágil corazón humano. No faltaba quien se sonriera al verle. Otros, desconociéndole, se reían francamente. Si existen unos bigotes chocantes, indudablemente éstos eran los de Stampede Smith. Pero Alan ni se sonreía ni se reía, pues en el fondo del corazón sentía algo muy próximo al amor del hermano de que carecía, porque aquel hombrecillo había escrito su nombre en infinitas páginas de la historia de Alaska.

Aquella mañana, cuando Alan lo encontró, Stampede Smith no era el más rápido tirador conocido entre White Horse y Dawson City. Más bien estaba convertido en un sentimental evocador de antiguas jornadas, de aquellos días en que sin más ayuda que sus manos acorralaba a Soapy Smith y a su cuadrilla. De aquellos tiempos en que la aparición de Stampede Smith en nuevos campos significaba la llegada de un ciclón, de aquella época en que su nombre se pronunciaba confundido con los de George Carmack, Aleck Mac-Donald y Gerome Chute, y en que cien hombres como Curlet y Monroe y Joe Barret medían sus pasos por los de él. Para Alan era trágica aquella soledad en que le veía mientras le envolvía la mañana gris. Veinte veces había sido millonario, y sabía que Stampede Smith volvía a estar arruinado.

—Buenos días —le dijo, tan de improviso que el hombrecillo se volvió con la rapidez de un latigazo, costumbre que conservaba de los antiguos días de lucha—. ¿Por qué tanta soledad, Stampede?

Stampede hizo un gesto de sonrisa; tenía unos azules ojos humorísticos enterrados bajo unas cejas tan fieramente crespas o mas que su bigote.

—Pienso —le dijo— qué cosa más estúpida es el dinero. Pero, buenos días, Alan.

Movía la cabeza y empezó a hablar en un murmullo mirando la niebla que ya se desvanecía, y Alan observó que se apoderaba de él el viejo humor que siempre había sido su última fortuna en los momentos de fracaso. Acercósele y se paró a su lado, tan cerca que los hombros de ambos se tocaban mientras se inclinaban sobre la baranda.

—Alan —dijo Stampede—. Yo no tengo a menudo grandes ideas, pero hoy toda la noche me esta desvelando un gran pensamiento. Yo no me he olvidado de Bonanza; ¿y usted?

Alan movió la cabeza y dijo:

—Mientras exista un alaskano, no nos olvidaremos de Bonanza, Stampede.

—De allí saque un millón, después del descubrimiento de Carmack... y al poco tiempo me arruiné, ¿lo recuerda?

Alan asintió sin hablar, moviendo otra vez la cabeza.

—Pero aquello no me ocurrió precisamente en Gold Run Creek, allá, en las montañas —agregó Stampede rumiando sus recuerdos—. ¿Se acuerda usted de Aleck Mac-Donald, el escocés, Alan? En la limpia de Ninetyeight necesitamos setenta sacos para llevarnos el oro, y nos faltaron treinta para rematar la empresa. Novecientos mil dólares en una simple leva, y aquello apenas era el comienzo. Pues bien; otra vez quebré, y el viejo Aleck quebró poco más tarde. Pero él tenía una mujer lindísima, una joven de Seattle. Yo tuve que saltar de allí.

Permaneció unos instantes mudo, acariciándose el húmedo bigote, mientras observaba la primera mancha rosa del sol que se abría en la bruma, entre ellos y las invisibles cumbres. Y reanudó su relato diciendo un poco orgulloso:

—Después, otras cinco veces me enriquecí y me arruiné. ¡Y arruinado estoy ahora!

—Lo sé —dijo Alan.

—Me dejaron sin un centavo, en Seattle y en Frisco^[1] —agregó Stampede frotándose regocijadamente las manos—, y luego me sacaron un billete para Nome. Magnífica cortesía, ¿no? No podían portarse más honradamente. Bien sé que a aquel muchacho llamado Kopf era hombre de corazón. Por eso le confié mi dinero. Si lo perdió no fue por gusto.

—Eso sí —asintió Alan.

—Y siento cierto arrepentimiento de haberle disparado un tiro. Lo siento por una cosa...

—¿Le mató usted?

—No llegué. No hice más que picarle una oreja para que tuviese recuerdo, y fue en la finca de Chink Holleran. Lo lamento muy de veras. No podía comprender entonces cuán bien se portaba conmigo sacándome billete para Nome. Lo hice en un impulso de arrebató, pues en realidad me hacía un favor dejándome sin nada, Alan. ¡Sí, fue un favor! No tiene usted idea de lo libre, lo cómoda, lo hermosa que es la vida cada vez que se encuentra uno arruinado.

Sonriendo con una expresión infantil en su rara fisonomía, cubierta de la fogosidad de su pelambre, sorprendió una sonrisa en los ojos y el gesto del otro. Entonces asió a Alan de un brazo, y sacudiéndole le dijo:

—¡Alan, lo digo tal como suena! Por eso creo que el dinero es una cosa loca. No es el poder gastar dinero lo que me da a mí la felicidad. Es encontrarlo, descubrir el

oro en las montañas lo que me ilusiona, agitando la sangre de mis venas. Una vez encontrado no sé para qué sirve. Entonces me gusta arruinarme. De lo contrario, me volvería perezoso y gordo, y algún doctor de la moderna cirugía me tomaría como objeto de sus operaciones para hacerme perecer. Están haciendo muchos experimentos de esta clase en Frisco, querido Alan. Una vez sentí unos dolores, y se empeñaban en que tenían que cortarme algo de mi entrecejo. ¡Calcule a lo que está expuesto el hombre que tiene dinero!

—¿Habla usted en serio, Stampede?

—Por vida mía, que sí. Estoy atormentado hasta encontrarme en plena intemperie, bajo el cielo, Alan. ¡Ah, las montañas y ese metal dorado que va a ser mi compañero de juego hasta que me muera! Alguien me hará saltar luego de Nome.

—No lo harán —replicó rápidamente Alan—; no lo harán en tanto esté yo para impedirlo. Stampede, yo le quiero, le necesito allá, al pie de las montañas de Endicott, donde tengo diez mil cabezas de reno. Es la tierra de nadie; podremos hacer allí lo que nos plazca. No es el oro lo que a mí me seduce. Es otra cosa lo que a mí me importa. Pero se me ocurre que las laderas de Endicott deben de estar llenas de ese amarillo camarada que a usted le interesa. Es una región nueva. Usted la desconoce. Sólo Dios sabe lo que puede encontrar allí. ¿Quiere venirse?

El guiño humorístico desapareció de los ojos de Stampede. Se había quedado mirando fijamente a Alan.

—¿Que si quiero ir? ¿Va el cachorro a criar a su madre? Sería tan absurdo negarme... A ver, pregúnteme. Vuelva a decirme todo eso.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Con una sonrisa, Alan movía la cabeza mirando al Este. La última bruma se desvanecía rápidamente. Las cumbres de las lomas de Alaska se destacaban sobre un cielo azul sin nubes, y el sol de la mañana relumbraba sonrosado sobre las cimas nevadas. Stampede movió igualmente la cabeza. Sobraban las palabras. Se comprendía perfectamente, y un estremecimiento producido por la vida que apetecían corrió transmitiéndose de uno a otro por sus manos apretadas.

Capítulo V

Casi había pasado la hora del almuerzo cuando Alan entró en el comedor. Sólo había dos sillas desocupadas de su mesa. Una, la suya; la otra, en el sitio de Mary Standish. Había algo casi de desafío. Saludó sugestivo en aquella ausencia simultánea de los dos con un movimiento de cabeza al sentarse, y en los ojos tenía un fulgor de ironía viendo la mirada que ponía el joven ingeniero. Se le veía a la vez celoso y acusador, muy ajeno a que sus sentimientos le estaban traicionando revelándose claramente en su rostro. La situación le sazonó el postre con pensamientos divertidos y agradables. Se acordaba del nombre de aquel pollo. Se llama Tucker. Era un mozo de cara rasurada, atlético y de simpático aspecto. Un idiota adivinaría lo que pasaba, se decía Alan. El joven ingeniero estaba algo más que pasajeramente interesado por Mary Standish: estaba enamorado de ella. No era un descubrimiento que hacía en aquel momento. Era un hecho evidente, y cuanto antes pudiera remediaría la lamentable omisión que había cometido no presentándola ya a los demás comensales, a fin de ponerlos a los dos en contacto. Esta presentación le libraría indudablemente de cierta responsabilidad que, sin saber cómo, sentía sobre sí.

Hizo un esfuerzo por entregarse a sus pensamientos; pero no le fue posible. La imaginación se le iba al sitio vacío de la mesa, a pesar de su anterior propósito. Se resistía aquella silla a desaparecer de su mente, y cuando otras fueron quedando vacías, porque los comensales se iban levantando, terminada su comida, aquella que tenía enfrente no dejaba de ser la única que le obsesionaba. Hasta aquella mañana, siempre que la había visto vacía le pareció lo mismo que las otras. Pero ahora se le hacía insoportable, tanto más cuanto que le recordaba aquella escena guñolesca de la medianoche en que había visto a Mary Standish con Rossland, el agente de Graham.

Fue el último en levantarse. Tucker, que había prolongado la comida hasta perder la esperanza de ver a Mary Standish, se fue con otros dos. Éstos salieron por la puerta que conducía desde fuera al comedor, y en aquel instante el joven ingeniero se detuvo. Alan le observó detenidamente y vio que el rostro se le demudaba. Pronto se lo explicó. Era que llegaba Mary Standish. Pasó por delante de Tucker, sin dar muestras de notar su presencia, y dirigió a Alan un frío saludo al sentarse a la mesa. Estaba muy pálida. No quedaba vestigio del rosado encendido que tenía en sus mejillas la víspera. Cuando bajó un poco la cabeza para arreglarse el vestido, un rayo de sol puso jugando una diadema en ella. Alan la miraba estático cuando la joven levantó los ojos. Eran bellamente, fríos; miraban francamente, sin recelo. Un íntimo sentimiento de Alan estimulaba su hermosura. Parecía imposible que semejantes ojos tomaran parte en una traición o desengaño y, sin embargo, estaba convencido de ello.

Si se hubieran bajado un instante, si hubieran revelado un resquicio de sentimiento, él podría interpretarlo como una explicación. Mas, lejos de tener tal prueba de inocencia, Alan se encontraba con que su mano estaba oprimiendo el pañuelo que tenía en el bolsillo.

—¿Ha descansado usted, señorita Standish? —le preguntó cortésmente.

—Ni un momento —replicó ella, con tal franqueza que las suposiciones de Alan se quebrantaron un poco—. He procurado empolvarme para disimular las ojeras, pero se ve que no lo he logrado. ¿Me lo dice usted por eso?

Él seguía con la mano en el bolsillo del pañuelo.

—Ésta es la primera mañana que la veo a la hora de la comida. Daba por supuesto que habría usted dormido bien. ¿Es esto de usted, señorita Standish?

Le observó la cara mientras cogía ella el pequeño trozo de batista arrugado que le presentaba. Se sonrió en seguida la muchacha, y fue la suya una sonrisa nada forzada de satisfacción femenina, lo cual desconcertó a Alan, que esperaba descubrir en aquel rostro algún rasgo delator de turbación.

—¡Oh, mi pañuelo, señor Holt! ¿Dónde lo ha encontrado usted?

—Al pie de la puerta de mi camarote, poco después de las doce de la noche.

Así lo dijo, con esta brusquedad, al dar los detalles en forma que produjeran algún resultado. Pero no fue así. No logró más que prolongar un poco la sonrisa de la muchacha y hacer que se encendiera más viente aún la profundidad de sus bellos ojos. Su mirada recta era tan inocente como la de un niño; la veía y pensaba en eso, en un niño, en un precioso chiquillo, y de tal manera se le desbarató todo su análisis mental, que se levantó y le dirigió un saludo glacial.

—Muchas gracias, señor Holt —le dijo ella—. Figúrese usted si se lo agradezco, que sólo me traje tres pañuelos a bordo. Éste es, además, el preferido.

Ella comenzó a buscar qué pedir en la carta del menú, y Alan oyó al irse que pedía al camarero fruta y unas pastas. Le ardía la sangre, pero no se le notaba en la cara. Tuvo, la sensación desagradable le que ella le miraba hasta transponer la puerta. No volvió la cabeza. Algo anormal le pasaba, y se daba cuenta de ello. Aquel capullo de muchacha con su aspecto suave y sus ojos claros, había puesto tina brizna de polvo en el delicadísimo mecanismo de su propio dominio, y aquello entorpecía un poco lo que había sido siempre norma de su vida. Parecía loco. Encendió un cigarrillo y se empezó a reprochar duramente.

Alguien le rozó, dándole un golpe en el brazo cuya mano tenía la cerilla encendida. Levantó la cabeza. Era Rossland. El hombre tenía una mera apariencia de sonrisa en los labios. Le miró con los ojos fríamente apreciadores al tiempo que inclinaba la Cabeza.

—Usted perdone —le dijo.

Su palabra era condescendiente; le cayó con dejadez por encima del hombro de Rossland. Pudo igualmente haberle dicho: “Lo siento, muchacho; pero no se me ponga al paso”.

Alan se sonrió a su vez y le devolvió el saludo. Una vez, con su gracia descaradilla, Keok le había dicho que cuando estaba rabioso se le ponían los ojos como a los gatos en celo; así los tenía cuando devolvió el saludo y la sonrisa a Rossland. A Rossland se le desvaneció su sonrisa burlona al entrar en el comedor.

Alan pensó que se trataría de una previa combinación entre Mary Standish y el agente de John Graham. Apenas había media docena de personas a la mesa y la combinación sería, por supuesto, ponerse a comer Rossland al lado de la señorita Standish. Al parecer, por esta causa había recibido a Alan con tan fría cortesía. Ahora comprendía las ganas que ella parecía tener de que la dejase sola a la mesa.

Sacudió la ceniza del cigarrillo. El tropiezo con Rossland no se lo había dejado encender a gusto, y encendió otra cerilla. Esta vez le fue posible, e iba ya a extinguir el cabo de la cerilla cuando tuvo un momento de duda y se quedó parado hasta que la llama le tocó los dedos. Mary Standish salía por la puerta del comedor. Asombrado por la rapidez de tal aparición, no acertó a hacer otra cosa más que arrojar la cerilla. Le fulguraban los ojos a la joven y tenía dos llamas en las mejillas. Le vio y se inclinó lo menos posible ante él al pasar. Apenas desaparecida, no pudo él menos de atisbar hacia el salón. Como había supuesto, Rossland estaba sentado en una silla al lado de la que ella acababa de dejar, y se le veía leyendo la carta con toda tranquilidad.

Parecióle a Alan que todo esto sería muy interesante para un aficionado a los rompecabezas; él, por su parte, no tenía ganas de resolver charadas y le extrañaba haber tenido aquel impulso de curiosidad que acababa de hacerle mirar a Rossland. Al mismo tiempo se sentía un poco ufano viendo el glacial recibimiento que evidentemente la señorita Standish acababa de dar al desagradable sujeto que le había tropezado al pasar.

Salió a la cubierta. El sol se derramaba en un iridiscente esplendor sobre las cumbres nevadas de los montes, y parecía que podía tocarse con las manos. Dijérase que el *Nome* se hallaba deslizándose por en medio del corazón de un paraíso de montañas. Al Este, muy cerca, se veía la costa principal, y a no mayor distancia, a estribor, de suerte que hubiera llegado a oírse desde allí la voz de un hombre, estaba la isla Douglas, mientras al frente, extendiéndose como una cinta de plata azul, se veía el Canal del Gastineau, Las ciudades mineras de Treadwell y Douglas estaban a la vista. Alguien le dio un golpecito; y se encontró con Stampede Smith al lado.

—Éste es el sitio de Bill Treadwell —le dijo—, que ayer fue uno de los lugares mineros de oro más ricos de Alaska. Está ahora inundado. Yo conocí a Bill en ocasión en que se le hacía un problema agenciarse un par de botas. Se tuvo que comprar unas de lance y arreglárselas él mismo. Pero luego tuvo suerte. Logró, no sé cómo, cuatrocientos dólares y compró los derechos que ahí tenía un tal French Pete. Llamaron al sitio el Hoyo de la Gloria, pues llegó a haber en él novecientas prensas trabajando a un tiempo. ¡Mire usted eso, Alan, que vale la pena!

A decir verdad, la llamada de Stampede y su oportuna información no lograron

ganar el ánimo de Alan. La cubierta estaba llena de pasajeros mientras el barco se dirigía a Juneau, y él empezó a vagar entre ellos con un visible sentimiento de desencanto que estaba apoderándose de su ánimo. Se daba cuenta de que pensaba en Mary Standish con un interés persistente, que no era pura casualidad, y se alegró de que Stampede se pegara a otro amigo y le dejase a él solo. No le hacía gracia descubrir lo que pasaba, pero era cierto y tenía que reconocerlo. La brizna del polvo se hacía cada vez más molesta. No se iba, como él había esperado; antes bien, se convertía en el motivo obsesionante de su pensamiento. El conato de deseo que había despertado en su espíritu, siendo cada vez más gravemente tenaz, se apartaba menos de su imaginación. El pequeño drama del comedor había producido efecto, a su pesar. Le gustaba todo lo que significara lucha; y Mary Standish, si bien era sumamente femenina en su silenciosa gentileza, le había descubierto el ardoroso ánimo que la alentaba al dejar hacía un rato a Rossland en el comedor, saliendo con los ojos encendidos y las mejillas arrojadas. Empezó a pensar también en Rossland. Deseaba que llegase un encuentro con él.

No bajó a la cubierta inferior hasta que Juneau apareció con todo su pintoresco encanto como suspendida ante sus ojos, literalmente escalonada en la verde falda del monte de su mismo nombre. Los pocos pasajeros que tenían que hacer tierra se apiñaban junto a la salida con sus equipajes. Alan iba a pasar por delante de ellos cuando se detuvo súbitamente. Un poco más allá del grupo, situado de manera que vería a todos los que bajarán del buque, estaba Rossland. Se le veía en la cara que le pasaba algo agriamente desagradable, mientras tocaba nerviosamente la funda de su reloj y contemplaba la escalerilla desde arriba. Aquel acecho estremeció impensadamente a Alan, el cual tuvo una idea rápida como un disparo. Se llegó al lado de Rossland y le tocó en un brazo.

—¿Espera usted ver a la señorita Standish? —le preguntó.

—Sí...

No había evasivas en tal respuesta. Tenía la fuerza que suelen tener las palabras de aquel que siente amparada su actitud en una autoridad que se halla detrás de él.

—¿Y si ella salta a tierra...?

—Yo también. ¿Pero es eso cosa de usted, señor Holt? ¿Le ha dicho ella que trate conmigo de este asunto? Porque en tal caso...

—No; la señorita Standish no me ha dado el menor encargo.

—Entonces ocúpese en sus cosas. Si se aburre, yo le prestaré unos libros para matar el tiempo; tengo un montón en el camarote.

Y sin esperar que le contestara. Rossland se fue de allí. Alan no le siguió. No tenía motivo de resentimiento, ni tenía por qué pedir explicaciones, como no fuera a su propia locura. Las palabras de Rossland no estaban pronunciadas insultantemente. Tenía razón, pues probablemente se había inmiscuido en una cuestión particular sin duda sumamente delicada. A lo mejor se trataba de una rencilla doméstica. Así pensando, se escurrió, pues una sensación de humillación le dominaba. Celebraba que

Rossland no se hubiera vuelto siquiera a mirarle. Intentó ponerse a silbar mientras subía la escalera de la cubierta superior. Rossland, aunque le era persona ingrata, había estado con él como debía. ¡Si quería entretenerse le enviaría unos libros! Le había devuelto bien la pelota. Y no era cosa para pasarla por alto. Irguió un poco los hombros, y se encontró con el viejo Donald Hardwick y con Stampede Smith. No se separó de ellos hasta que el *Nome* reanudó la marcha por el Canal de Gastineau, hacia el de Skagway, después de dejar algunos pasajeros con sus equipajes. Luego se fue al salón de fumadores, donde permaneció hasta la hora del almuerzo.

Aquel día Mary Standish estaba frente a su sitio en la mesa. Al entrar la vio sentada de espaldas a él; así es que no le vio acercarse y pasar por detrás rozándole levemente la piel. Luego la miró de través y le envió una sonrisa al sentarse. Ella correspondió igualmente, pero de una manera que le pareció forzada cortesía. Se veía que no se encontraba bien, y su presencia en el comedor parecía un animoso esfuerzo por disimular algo relacionado con otra persona. Casualmente, Alan miró por encima del hombro izquierdo. Allí estaba Rossland, en su sirio, al lado opuesto de la sala. Aunque había dirigido esta mirada con sumo disimulo, vio que la joven había comprendido cuán significativa era. Ella misma inclinó un poco la cabeza y sus largas pestañas le ensombrecieron los ojos un momento. Alan se extrañó al notar que el pelo de la muchacha era lo primero que atraía siempre su mirada. Ejercía un influjo muy grato en su ánimo. Se lo había observado bien y veía que desde el desayuno había sido objeto de un cuidadoso retoque; los leves rizos que la coronaban con un intrincado misterio eran más suaves que el terciopelo. Se le ocurrió la idea ridícula de que le gustaría verle suelta la cabellera, desbordándole por los hombros. Sería aún más hermosa suelta y libre de ataduras.

Mary estaba extraordinariamente pálida. Tal vez lo hacía la luz que por la ventana le daba de frente. Pero cuando volvieron a cruzar la mirada observó en sus labios un imperceptible temblor. Y él empezó a contarle algunas cosas sobre el canal de Skagway, con cierto descuido, como sin darle importancia, para hacer ver que no había observado que ella estaba disimulando algo. Se le animó un poco la mirada a Mary, y casi se le iluminó con una luz de agradecimiento. Con su conducta, él acababa de deshacer una situación tirante; la había librado de una tensión nerviosa inexplicable. Él advirtió que si pedía algo de comer lo hacía por mero pretexto. Apenas probaba bocado de nada, y estaba seguro de ser el único que había reparado en semejante esfuerzo de ánimo; ni siquiera había caído en ello Tucker, el ingeniero enamorado. Parecía que Tucker la envolvía en una especie de halo poético viéndola tan desgana, y que se deleitaba, con semejantes delicadezas, en realzarla como a una angélica virtud.

Sólo Alan, sentado frente a ella, adivinaba la verdad. La mujer sostenía una lucha formidable; pero no había nervio en su cuerpo que pudiera continuar resistiendo. Cuando se levantó, él también corrió hacia atrás su silla, y al mismo tiempo vio que Rossland se levantaba y acudía presurosamente desde el lado opuesto. La muchacha

salvó la puerta primera; siguióla a unos doce pasos Rossland, y detrás, casi hombro con hombro, salieron Alan y Tucker. Aquella salida tuvo algo de cómica; pero sucedió en seguida una cosa que le hizo fruncir amargamente la boca.

Al pie de la escalera, lujosamente alfombrada, que conducía del comedor a la cubierta principal, la señorita Standish se detuvo y se volvió a Rossland. Sólo le miró un segundo. Luego sus ojos se dirigieron rápidamente a Alan. Se le encendieron las mejillas, pero no se le alteró la voz por la violencia de la escena, sino que distinta y claramente, para que lo oyese Rossland, dijo:

—Creo que nos acercamos a Skagway, señor Holt; ¿quiere usted acompañarme a la cubierta para contarme algo sobre ese canal?

El agente de Graham se detuvo también al pie de la escalera y se disponía reposadamente a encender un cigarrillo. Recordando Alan la humillación sufrida pocas horas antes en Juneau, cuando el otro le había demostrado secamente que era un entrometido, le fue imposible pronunciar en seguida una palabra. Antes de darle tiempo de contestar, Mary Standish le cogió del brazo confiadamente. No dejó de ver él cómo se le encendió la cara de rubor, aunque la envolvió para ocultarlo. Se mostraba, de una insospechada y maravillosa manera, bellamente desconcertante y fría como el hielo, menos en sus rojas y dulces mejillas. Alan vio que Rossland los miraba de hito en hito, un poco ladeado; pero como estaba acostumbrado a sonreír ante el peligro, se sonrió sin decir una palabra. La muchacha moduló una risita ahogada. Con el brazo le empujó un poco, y Alan se vio conducido por delante de Rossland, que estaba asombrado, pero pasivo, mirándole con una intención que le transmitió un leve estremecimiento.

En lo alto de la escalera, ella murmuró inclinándose hacia su hombro:

—¡Es usted un caballero! Gracias, señor Holt.

Estas palabras, acompañadas de un ademán que hizo la mujer retirando su brazo, le hicieron el efecto de un chorro de agua fría. Rossland no pudo haberlos visto, a menos de seguirlos. La joven había desempeñado muy bien su papel, y por segunda vez él se encontraba con que había desempeñado el papelón de loco atontado. Pero este pensamiento no le irritaba. Había para él una gran parte de comicidad en todo aquello, más aún viéndose metido en la situación, así es que Mary Standish le oyó reírse guturalmente al salir a cubierta.

Le oprimió, dolida, un brazo, y le dijo, reprobándole:

—No es cosa de broma. Es trágico el verse acosada por un hombre como ése.

Comprendió él que aquello era una amabilidad, pues que así le anticipaba una explicación que pudo él pedirle y no sabía lo que podía suceder si le revelaba que la había visto a medianoche sola con Rossland. La miró penetrantemente, y ella sorprendió aquella mirada escrutadora sin molestarse. Es más: le sonrió, y a él le pareció que sus ojos eran los más redomados mentirosos que jamás había visto. Sintió el estímulo de una emoción desusada por una especie de orgullo que despertaba en ella, y se propuso no hablar de Rossland. Estaba todavía absurdamente convencido de

que no le importaban más que sus asuntos particulares. Mary Standish, por supuesto, le creería ciego; pero no haría el menor esfuerzo por destruir su ilusión. Semejante conducta tendría, sin duda, un final mucho más satisfactorio.

Parecía que ella ni se acordaba ya del incidente que había habido al pie de la escalera. Una mirada más luminosa la animaba al paso que se acercaba a la proa, y Alan creyó oír una leve exclamación de ella al ver en torno el paraíso de Taiga Inlet. Al frente seguía recta la cinta lila de agua que conducía a la boca del estrecho de Skagway, y a ambos lados alzábanse empinadas montañas, pobladas de verdor hasta la cima nevada, que tendía sus resplandores como amplia sábana de las nubes. En aquella estación del deshielo llegaba hasta ellos, dominando el rumor con que palpitaban las entrañas férreas del barco la sinfonía de cien cascadas; y de una cumbre que parecía gravitar sobre, sus frentes saltaba una alegre corriente cristalina desde cien metros sobre el mar, levantando nubes de bruma y trenzándose en medio del fulgor solar, como un gigantesco ser viviente entregado a sus juegos. Y sucedió entonces algo que parecía milagro, algo que al mismo Alan lo dejó suspenso, pues el barco parecía quedarse fijo mientras la montaña se deslizaba suavemente, como si una mano poderosa e invisible abriera las puertas de una nueva naturaleza, con lo cual empezaron a aparecer en el panorama graciosos oteros y colmas al pie del gran monte, salpicados de granjas y casas que brillaban de blancura; era que Skagway, corazón de leyenda, monumento alzado a los hombres bravíos y a las hazañas emocionantes, se salía, al parecer, lentamente de su oculto lugar, Alan se volvió para decir algo; pero viendo la expresión del rostro de la muchacha se le cortó la palabra. Tenía ésta la boca entreabierta de sonrisa, y miraba extasiada al frente como si algo inesperado se apareciera a sus ojos, algo que la trastornaba y que casi le causaba un santo terror.

Y como hablando consigo misma y no con Alan Holt, dijo a media voz:

—Yo he visto esto otra vez. Hace mucho, mucho tiempo. Acaso cien o mil años. Pero yo he estado aquí mucho antes de ahora. Sí, yo he vivido al pie de esta montaña de la cascada alta...

Recorrió su cuerpo un temblor, y se dio cuenta de que estaba con Alan. Le miró y encontró que estaba intrigado. Él, por su parte, adivinaba un contenido y hermoso misterio en aquellos ojos.

—Ahí quiero ir a tierra —dijo la muchacha—. No esperaba encontrar tan pronto mi sitio. ¿Hace el favor...?

Le tocó con la mano el brazo y se volvió. Él, que seguía mirándola, vio que la extraña luz se desvanecía rápidamente de su mirada. Siguiendo su visual, dieron sus ojos con Rossland, que estaba de pie a unos seis pasos detrás.

Inmediatamente ella volvió a mirar el mar y a amparar su brazo en el ángulo que hacía al doblarse el de Alan.

—¿Nunca ha sentido usted algo así como ganas de matar a un hombre, señor Holt? —preguntó riéndose de una manera glacial.

—Sí —respondió él, casi sin premeditarlo—. Y si un día se presenta el caso, tengo que matar a un hombre, al hombre que asesinó a mi padre.

Ella lanzó una exclamación de horror.

—¿A su padre lo mataron?

—De una manera indirecta. No fue con cuchillo ni arma de fuego señorita Standish. El dinero fue el arma que emplearon. El dinero de cierta persona. Y John Graham fue el que dio el golpe. Día vendrá, si existe la justicia, en que yo vengue a mi padre. Ahora, pues, ¿me permite que le haga una pregunta relacionada con ese individuo, con Rossland?

Su mano le oprimió el brazo. Luego, lentamente, se lo soltó.

—Le ruego que no me pida explicaciones acerca de él —le dijo—. Y si fuese él quien se las diera, usted me odiaría. Cuénteme algo de Skagway, señor Holt. ¿Quiere? Será más agradable.

Capítulo VI

Hasta que comenzó a oscurecer a la sombra de las altas montañas del Este, y el *Nome* empezó a navegar otra vez hacia el pleno Océano Pacífico por los estrechos angostos, no se dio clara cuenta Holt de la significación de todo lo ocurrido. Había estado aquellas horas dominado por un presentimiento de algo que no acababa de alcanzar y que en circunstancias normales no hubiera admitido ni un momento. Había acompañado a Mary Standish al muelle, y ella estuvo dos horas paseando con él, haciéndole preguntas y escuchando sus explicaciones con una curiosidad que nadie había tenido nunca a su lado. La puso al corriente de lo que es el Skagway. Le hizo una pintura del cañón azotado por el viento, donde en un día se establecían centenares de tiendas y en una semana miles; le trazó una visión de los viejos días de epopeya, aventura y muerte; le habló de Soapy Smith y su partida de gentes al margen de la ley, y estuvieron un rato juntos ante la tumba hundida de Soapy, hasta que las montañas proyectaron sobre ellos sus primeras sombras.

Pero entre todo y por encima de todo había un hecho, el que ella le hubiera preguntado con interés varias cosas sobre su persona. Y él la había complacido. Hasta entonces no se dio cuenta de lo muy confiadamente que se había mostrado ante ella. Parecíale que el mismo espíritu de aquella delgada y linda mujercita que había paseado con él le había estado sonsacando insensiblemente una porción de indiscreciones personales en confidencia. Creía haber sentido latir el corazón de Mary dentro del suyo mientras le describía las tierras que al pie de las montañas de Endicott se extienden con sus dilatadas tundras, su población y sus grandes rebaños. Le había dicho que allí se estaba cimentando un nuevo mundo, y el brillo de sus ojos y el raro temblor que ella ponía en su boca eran un estímulo que le hacía olvidar que Rossland estaba junto a la pasadera, a cubierta, esperando que regresaran. Había estado levantando, para ella, castillos en el aire, y lo particular del caso era que ella había colaborado en su fantasía. La puso al corriente del cambio que la realidad de Alaska estaba experimentando; de cómo los senderos montaraces estaban siendo reemplazados por calzadas y carreteras para vehículos, de los ferrocarriles que se estaban construyendo, del crecimiento de las ciudades allí donde antaño se levantaron deleznales tiendas. Fue entonces, al contarle el progreso de la civilización, dominador de los últimos obstáculos de la Naturaleza por medio de la ciencia y la inventiva, cuando vio una nube de duda en sus ojos grises.

Y ahora, de pie los dos en la cubierta del *Nome*, contemplando las cimas blancas que se fundían en la desvaída bruma del crepúsculo, continuaban sus ojos llenos de una duda y una perplejidad más hondas todavía, y dijo:

—Me gustaría que continuaran existiendo las mismas antiguas tiendas y los mismos obstáculos de la Naturaleza. Envidio a Belinda Mulrooney, de quien me ha hablado usted esta tarde. Aborrezco las ciudades y las carreteras y los automóviles y todo lo que nos traen, y me da pena ver que todo eso está invadiendo a Alaska. Mi odio también alcanza a ese hombre que se llama John Graham.

Estas palabras sorprendieron a Alan.

—Y ahora quisiera que me dijese usted qué es lo que él va a hacer con su dinero —le preguntó ella, helada la voz y apretada una mano a la baranda de la borda, cosa que él observó.

—Ha despojado de pescado nuestros ríos, de modo que la pesca no volverá a ser lo que era, señorita Standish. Pero no acaba aquí todo. Creo que pongo las cosas en su punto cuando digo que ha matado a muchas mujeres y niños arrebatándoles lo que era su sustento, al quitar de los ríos los recursos alimenticios de los naturales del país desde hacía cientos de años. Lo sé porque con mis propios ojos los he visto sucumbir.

Parecióle que por un momento ella se oponía a su criterio.

—¿Y no hay más que eso?

Él se rió amargamente:

—Acaso haya quien lo crea poca cosa, señorita Standish; pero es que, además, los tentáculos de su poder alcanzan a todos los puntos de nuestro país. Sus agentes hormigean por todo el territorio, y le digo que el mismo Soapy Smith era un caballero, aun situado fuera de la ley, al lado de esos mercenarios y su amo. Si a hombres como John Graham se sigue permitiéndoles hacer y deshacer a su antojo, en diez años de abuso anularán por completo la obra que en doscientos años de política conservadora rooseveltiana no podrían reedificar.

Ella levantó la cabeza y, en la oscuridad, su rostro pálido se quedó contemplando los picos fantasmales, todavía visibles a través de la creciente sombra de la noche vecina.

—¡Cuánto me alegro de que usted me haya hablado de Belinda Mulrooney! —exclamó—. Empiezo a comprender algo, y esto solo me da ánimo para ser una mujer como ella. Sabía lo que es luchar, ¿no? ¿Era capaz, no es cierto, de emprender sus trabajos como un hombre?

—Sí; y así lo hizo.

—Aunque no tenía dinero en que apoyar su fuerza. Me ha contado usted que arrojó al río Yukon el último dólar que le quedaba porque así le traería suerte.

—Lo arrojó al agua en Dawson. Y no le quedaba más que la absoluta pobreza, el hambre.

Él vio que la muchacha levantaba la mano derecha, que lucía en un dedo una sola sortija, y que con calma se la quitaba.

—Pues también vaya allá esto a traerme buena suerte —dijo riendo, al mismo tiempo que echaba la sortija al mar.

Luego se volvió a él como extrañada de no haber sido detenida en aquel rasgo; y

agregó:

—Le advierto que no lo hago por ponerme dramática. Lo hago por lo que digo, pues creo en ello. Quiero que haya algo mío en el fondo del mar a la entrada de Skagway, lo mismo que Belinda quiso que el fondo del Yukon guardara para siempre su último dólar.

Entonces le dio la mano de la cual se había quitado la sortija, y le hizo sentir brevemente su tibio contacto.

—Muchas gracias por haberme hecho pasar una tarde tan maravillosa. Es ya la hora de comer y tengo que decirle: buenas noches.

Él siguió con los ojos a la linda figura hasta que desapareció. Cuando volvió a entrar en su camarote, su pensamiento recayó de un salto sobre Rossland. El incidente que habían tenido era irritante. Ninguno de los dos se dijo una palabra, pero la mirada de Rossland se detuvo impasible en los ojos de Alan, como si aquel hombre fuera de piedra, puesto a reprimir sus emociones. La impresión que tenía Alan de él empezó a variar, dentro de la antipatía con que le prejuizaba. Había un algo que iba tomando importancia en él, una especie de aire que no podía tomarse por impostura. Podía ser un canalla, pero bajo su frente había que reconocer que se percibía la maquinación de un cerebro inaccesible a las minucias del momento. No le gustaba aquel hombre. Le consideraba, por ser agente de John Graham, como a un enemigo, y encontraba que su relación con Mary Standish era tan misteriosa como la misma personalidad de la joven. Y hasta que se encontró solo en su camarote, Alan no percibió claramente la sensación que la presencia de Rossland daba de estar protegido por una fuerza autoritaria.

No despertaba el caso por si mismo su curiosidad, porque Alan había vivido siempre muy en contacto con el áspero lado de la realidad práctica y no acostumbraba desvanecerse en vanas conjeturas sobre las cosas. Ahora bien: si por algo le preocupaba la relación que pudiera existir entre Mary Standish y Rossland era simplemente porque se veía él envuelto en ella, lo cual le ponía en una situación en exceso delicada para poderle resultar agradable. No podía atraerle como diversión una aventura semejante, y le encendía de indignación la sola suposición de que Mary Standish y Rossland pudieran haberle juzgado ligeramente queriendo interpretar su actitud. No le importaba pata nada Rossland, y sólo pensaba en él con él mismo deseo de hacerlo desaparecer igual que a todos los secuaces de Graham. Y se daba a si mismo por seguro de que, por lo que hacia a la muchacha, su interés por ella no pasaba de una anécdota circunstancial. No se había esforzado por saber su historia. No le había hecho preguntas personales. No había tenido la ligereza de mostrar curiosidad por sus asuntos íntimos; y ella por su parte no había hecho la menor alusión a su vida, ni le había dado la menor luz sobre aquella especie de espionaje que Rossland parecía ejercer sobre él. Hizo un gesto sonriente al considerar cuán cerca había estado del peligro de que la joven se refiriera a ello... y no pudo menos de admirar la gran sensatez de que le había dado prueba al mantenerse reservada

también sobre este punto. En verdad le había evitado el tener que rendir excusas a Rossland, o el verse en el caso de arrojarlo por la borda.

Llevaba una especie de idea retadora al dirigirse al comedor, pues se obstinaba en la decisión de mantenerse a salvo de su creciente amistad con Mary Standish. Aunque su trato le hubiese proporcionado un gran deleite, sentía que le deslizaba hacia inesperados acontecimientos. Si Mary Standish hubiese leído su pensamiento, no se hubiera conducido de una manera más discreta y oportuna mientras comían. Había algo, a pesar de todo, que hacía aquella situación seductoramente provocativa. Ella le saludó al verle llegar, con una ligerísima inclinación de cabeza y una fría sonrisita. Su actitud no invitaba a que le hablaran Alan ni sus vecinos de mesa, y, sin embargo, nadie hubiera dicho que se mantenía deliberadamente reservada.

El verla mantenerse en aquella disposición inabordable era una nueva revelación para él; y, a pesar de haberse impuesto una norma de conducta de alejamiento, se sentía inevitablemente atraído hacia ella. No podía dejar de enviarle miradas disimuladas a su sedoso cabello cuando bajaba la cabeza. Aquella noche se lo había peinado de manera que parecía de terciopelo más suave que nunca, con raros brillos que lo surcaban, y Alan no pudo sustraerse al pensamiento de cuán delicioso sería acariciar aquel cabello. Semejante ocurrencia era un descubrimiento: Keok y Nawadlook tenían un pelo hermoso, pero viéndolas a ellas nunca se le hubiera ocurrido una cosa así. Tampoco había ido nunca a pensar en la boca de Keok de la manera que estaba pensando en los labios de la joven que tenía frente por frente. Se sentía incómodo, y se alegraba de que Mary Standish no reparase en él en aquellos momentos de zozobra mental. Cuando se levantó de la mesa, la muchacha apenas se dio por enterada. Se diría que se había valido de él hasta entonces, y que ya, realizado su propósito, lo dejaba de lado. Esforzóse Alan por reír, mientras subía en busca de Stampede Smith. Por fin le encontró en la cubierta inferior dando de comer a un oso cautivo. Pensó que era una cosa extraña que un oso enjaulado fuera conducido a la región del Norte. Stampede le desvaneció esta perplejidad diciéndole que aquel animal era un compañero favorito que había pertenecido a los indios Thlinkit. Eran siete, que salieron de Córdoba. En aquel momento, Alan sorprendió a las dos jóvenes que los estaban observando atentamente y que hablaban por lo bajo. Eran lindísimas, con sus ojos grandes y oscuros y con sus mejillas encendidas. Uno de los hombres ni siquiera los miró, sino que permanecía sentado cruzado de piernas y volviendo la cara a otra parte.

Acompañado de Stampede entró luego en el salón de fumar, donde estuvieron lo menos una hora conversando acerca de los macizos que había aún más allá de los montes de Endicott y de los planes que tenía Alan para lo por venir. A primera hora de la noche. Alan salió una vez para ir a su camarote en busca de unos mapas y fotografías. A Stampede le brillaron los ojos en cuanto intuyó que allí había una posible aventura. Se trataba de una tierra inmensa, de un país desconocido. Y Alan iba a ser su primer explorador. El antiguo entusiasmo resucitó agitando la sangre de

Stampede, y su influencia fue tal en el ánimo de Alan, que éste se olvidó de Mary Standish y de todo en absoluto, a excepción de las millas que los separaban aún de las tundras del otro lado de la Península de Seward. Sería la medianoche cuando Alan se retiró a su camarote.

Se sentía feliz. El amor a la vida era un estremecimiento que le recorría las venas. Y respiró con deleite el airecillo marino que penetraba por la puerta abierta al lado oeste. Había encontrado, al fin, en Stampede Smith al camarada que estaba necesitando, la voz que se correspondía con los deseos algo salvajes y libres que siempre habían ardido ahogadamente en su corazón. Miró las estrellas y sonrió, pues se sentía lleno de un raro agradecimiento al ver que no había llegado tarde al mundo para realizar sus propósitos. Pasada otra generación, ya no existiría una última frontera por descubrir. En solo veinticinco años, el mundo entero daría en la insensibilidad de lo científico, de la mecánica, de lo que la Humanidad llama el progreso.

Dios era benigno con él en esto. Le hacía posible pensar en trazar la última página de la historia de las exploraciones, historia que pasaría a la memoria de los tiempos, empezada a escribir con la ardorosa sangre de los hombres que abrieron las primeras rutas hacia lo desconocido. Más allá no habría ya fronteras. A la siguiente generación no le restarían regiones desconocidas, ni misterios de tierras por explorar. Se acabarían los azares para los templos arriesgados. Toda la tierra estaría dominada y de súbito se acordó de Mary Standish y de lo que ella le había dicho envueltos en la penumbra del crepúsculo. Era extraño que también a ella le hubiera ocurrido lo mismo, que también, amara los vivaces, los viejos caminos y los obstáculos de la Naturaleza, y que le causara aborrecimiento el ver como se iban haciendo grandes ciudades y líneas férreas en Alaska, y como todo se iba llenando de automóviles. Se encogió de hombros. Era indudable que ella habría adivinado sus pensamientos, porque era muy inteligente, extraordinariamente lista.

Apartó los ojos de su reloj al sonar un golpecito en su puerta. Eran las doce y cuarto, hora poco indicada para que nadie fuera a llamar a su camarote.

Se repitió el golpe, le pareció que medrosamente. Luego insistieron con nerviosismo y decisión. Se guardó el reloj en el bolsillo y abrió.

Era Mary Standish, que se detuvo mirándole.

Al pronto sólo le vio los ojos, de par en par, extraños, llenos de miedo. Luego, cuando la joven avanzó pausadamente, sin esperar que él le dijera nada o la invitara a pasar, observó que venía sumamente pálida. Y la misma Mary Standish cerró la puerta, mientras él la contemplaba como pasmado de asombro volverse de espaldas a la puerta, espigada, fina, pálida, preguntándole:

—¿Se puede?

—¡Por Dios —exclamó Alan—, si ya ha entrado usted, si *ya esta conmigo!*

Capítulo VII

Que fuera más de media noche y que Mary Standish entrara deliberadamente en su camarote y cerrara la puerta, sin previa invitación a hacerlo, ni aun con un simple movimiento, se le antojaba a Alan punto menos que imposible. Después del primer momento de asombro, permaneció sin palabras, en tanto que la muchacha le miraba firmemente y aceleraba un poco su aliento. Pero no la veía alterada. Aun en medio de su sorpresa se dio perfecta cuenta de ello. Lo que al momento le pareció susto, había desaparecido de sus ojos. Pero nunca la había visto tan descolorida, y nunca la había visto tan delgada y anulada como en esta ocasión en que la tenía delante, la puerta cerrada a su espalda.

La palidez de su rostro evidenciaba la negrura de su cabello. Hasta los labios tenía blancos. Pero, no revelaba indecisión. Se le había despejado y serenado la mirada, y la postura de su cabeza y la actitud de todo su cuerpo delataban una firmeza de propósitos que le tuvo que impresionar. Empezó a despertársele un sentimiento de enojo, casi de resentimiento personal, en los momentos en que esperó que ella rompiera el silencio. Así pagaba, a la postre, todas las atenciones que había tenido con ella. El valerse de él de aquella manera era una indignidad y una ofensa y cruzó por su mente la idea de que Rossland debía estar apostado al otro lado de la puerta.

En cualquiera otra ocasión le hubiera faltado tiempo para apartar a la intrusa y abrir; pero la serenidad con que le miraba le contuvo. Iba desvaneciéndose la tensión nerviosa de aquella cara. Vio que los labios le temblaban, y algo parecido a un milagro sucedió: a sus dilatados y hermosos ojos se agolparon unas lágrimas. Ni aun así bajó la cabeza ni la ocultó entre las manos, sino que le miraba decidida, sintiendo resbalar como diamantes las lágrimas por sus mejillas. Él sintió que su corazón cedía. Le había leído el pensamiento, adivinaba sus sospechas, y estaba equivocado.

—¿No se sienta usted, señorita Standish? —le dijo por fin un poco en tono de excusa, inclinando la cabeza hacia el lado donde estaba la silla del camarote.

—No, gracias; déjeme estar de pie —le contestó dando un profundo suspiro—. Es una hora muy desacompañada, ¿verdad, señor Holt?

—Cierto que lo es para una visita así —repuso él—. Para mayor exactitud, son las doce y media. Supongo que serán cuestiones muy graves las que le han hecho dar este paso a bordo, señorita Standish.

Ella estuvo un instante callada, y él observó que el corazón le latía con fuerza imprimiendo un tierno latido en su blanca garganta.

—¿Cree usted, señor Holt, que Belinda Mulrooney hubiera juzgado de osadía este paso? En un caso de vida o muerte, ¿no cree que también ella se habría refugiado en

su habitación, aunque fuera a bordo? De esto se trata para mí ahora, de vida o muerte. No hace todavía una hora que me he resuelto. No podía esperar a mañana. Era necesario verle a usted esta misma noche.

—Mas, ¿por qué a mí? —le preguntó—. ¿Por qué no a Rossland, al capitán Rifle o a otro? ¿Es que por ventura...?

No terminó la frase. Había visto alguna sombra asomarse a los ojos de ella, como si momentáneamente sufriera el golpe de una humillación o de dolor; pero la sombra se desvaneció tan fácilmente como había acudido. Luego, muy reposadamente, casi sin revelar emoción alguna, le contestó:

—No dejo de hacerme cargo de su manera de sentir. He procurado ponerme en su lugar. Todo esto es, como usted dice, en verdad muy anormal. Pero no me siento avergonzada. Vengo a usted lo mismo que hubiera querido que una mujer que se hallase en mi situación acudiera a mí, de ser yo hombre. Si observarle a usted, pensar en usted, contar con usted es valerme de su cortesía, entonces he obrado indelicadamente, señor Holt. Pero no me arrepiento de ello. Se lo aseguro. Sé que me juzgará como una persona buena, después de haberme mostrado como todo lo contrario. Vengo sencillamente a pedirle ayuda. ¿No haría usted cuanto pudiera por evitarle a otra persona una tragedia, si estuviera en su mano?

Parecióle que su juicio peligraba. Si se hallara analizando fríamente tal situación en medio del distinguido ambiente del salón de fumar, no dudaría en calificar de loco al hombre que en tal caso titubeara en abrir la puerta. Pero ahora no se le ocurría esto. Pensaba en el pañuelo que había encontrado la noche anterior. Por dos veces se había acercado Mary a su camarote a altas horas de la noche.

—No hay duda —le contestó— que así lo haría a serme posible. La tragedia es una cosa repugnante.

Ella percibió el tono de ironía con que le hablaba. Si algo influyó en ella fue para tranquilizarla un poco. No estaba dispuesto a soportar lagrimeos, ni un femenino juego de desamparo y hermosura. Dejó de temblarle su linda boca, y su fina barbilla ponía más firme la línea del mentón.

—Por supuesto —le dijo— que yo no podría pagarle en ninguna forma. Usted es de los caballeros que se darían por ofendidos si se les quisiera compensar por un favor de la índole del que yo quisiera pedirle. Yo necesito ayuda. Si no se me presta, o si tarda mucho —y al decirlo se encogió de hombros y trató de sonreír—, ha de pasarme algo muy desagradable, señor Holt.

—Si usted me permitiera que yo le pusiera en manos del capitán Rifle...

—No; el capitán Rifle me sometería a un interrogatorio, me pediría explicaciones. Lo comprenderá usted cuando vea qué clase de favor pido. Y se lo pediré sin vacilación como usted me dé palabra de honor de guardarme el secreto, tanto si puede complacerme como si no. ¿Quiere prometérmelo?

—Si tal promesa ha de tranquilizarla, concedido.

Y así contestando, se mostró con una impasibilidad punto menos que cruel y

alargó la mano para coger un cigarrillo, sin advertir el movimiento de ella, que estuvo a punto de salirse de la habitación, ni como su pecho se agitaba poniendo una leve palpitación en su garganta. Cuando se volvió él de frente a ella, en las mejillas de la joven había un ligero rubor.

—Quiero salir del barco —le dijo.

La aparente simplicidad de tal deseo le dejó a él mudo.

—Y tengo que salir del barco —añadió ella— esta noche, o mañana por la noche, antes de hacer escala en Córdova.

—¿Es ése su problema? —le preguntó asombrado.

—No; sino que tengo que hacerlo de tal manera que todos crean que me he muerto. No tengo que llegar a Córdova con vida.

Por fin abordaba directamente la cuestión, y él la miró dudando si Mary estaba en sus cabales. Sus ojos serenos y hermosos se fijaron en los de él con penetrante insistencia. Un tumulto de conjeturas se agolpó en el pensamiento del hombre, pero se abstuvo de formular pregunta, alguna.

—Usted puede ayudarme —prosiguió ella en voz bastante baja para que no se oyese desde fuera—. No tengo plan alguno, pero sé que usted puede trazar algo, si quiere. Es necesario que parezca que me ha ocurrido un accidente. Debo desaparecer por la borda, es decir, hacer algo para que así aparezca a los ojos de todos, como si me hubiera muerto. Es necesario y no puedo decirle por qué. No, no puedo.

Díjolo en un tono dramático, mas al punto recuperó la serenidad, y su voz volvió a sonar segura y fríamente. Por segunda vez intentó sonreír. Se adivinaba su animoso esfuerzo y algo de reto en el fulgor de sus ojos.

—Sé lo que está usted pensando, señor Holt. Se pregunta usted si estaré loca, si habré cometido algún delito o qué motivos me impulsan, y por qué no habré acudido a Rossland, al capitán Rifle, o alguna otra persona antes que a usted. Mas la única contestación que puedo darle es que creo que es usted el único caballero del mundo que en estos instantes puede inspirarme confianza. Si no me niega su ayuda, un día llegará a comprender... Pero, si no quiere...

Se interrumpió, y él dijo con un gesto:

—Sí, ¿qué pasará si yo me niego?

—Me veré obligada a hacer lo inevitable —dijo ella—. Es algo raro, ¿verdad?, el pedir ayuda para salvar la vida. Pues esto es lo que yo hago.

—Temo no comprender...

—¿No está claro, señor Holt? No me gusta ser espectáculo de nadie; así es que no quiero que me suponga usted que estoy obrando teatralmente en este momento. Detesto esas actitudes. Lo único que puede usted creer es que yo no puedo llegar viva a Córdova. Si no me ayuda a desaparecer, ayúdeme para seguir viviendo, y a la vez procure que todos crean que he perecido; el resto corre de mi cuenta. No tengo más remedio que morir.

Un momento, los ojos de él brillaron llenos de irritación. La hubiera cogido por

los hombres y la hubiera sacudido, como a un chiquillo a quien se le quiere arrancar una verdad.

—¿Pero viene usted a asustarme con una amenaza así señorita Standish? ¿Quiere amenazarme con que se va a suicidar?

—Si lo quiere llamar así, eso es.

—¿Y pretende que lo tome en serio?

—Confiaba que me iba usted a creer.

El empezaba a ponerse nervioso. Se le veía perder la serenidad. La creía a medias, y de hacer ella el menor el esfuerzo por influir en su ánimo sentimentalmente, habría dejado de creerla del todo al punto. Pero no dejaba de creer que estaba luchando intensamente consigo misma, aunque hubiera en ello algo de engaño, y mostraba un tonto sentido de propia estimación que le desconcertaba. No era humillante lo que hacía. A pesar de ver que él no se decidía a qué lado inclinarse, no hizo nada para esforzar la balanza a su favor. Había expuesto la situación en la forma que decía ser cierta. Ahora se limitaba a esperar. Le brillaban un poco sus largas pestañas. Pero la mirada era clara y su pelo relucía tan fina, tan delicadamente, que nunca lo podría olvidar, como tampoco el deseo que sentía de acariciarle la cabeza, viéndola inmóvil, de espaldas a la puerta.

Cortó un extremo del cigarro y encendió una cerilla, diciendo:

—¿Se trata de Rossland? ¿No es cierto que teme usted a Rossland?

—En cierto modo, sí; pero en gran parte, no. Me reiría de Rossland si no fuera por lo otro.

¡Lo otro! ¿Por qué diablos había de usar de una ambigüedad tan irritante? Y no estaba dispuesta a dar más explicaciones. Muda estaba esperando sencillamente a que el se decidiera.

—¿Qué significa ese *otro*? —le preguntó al fin.

—No se lo puedo decir. No quiero que usted me aborrezca. Y me odiaría si le dijera la verdad.

—Luego usted misma confiesa que esta mintiendo —insinuó él indelicadamente.

Pero ni aun así consiguió alterarla como hubiera querido. No se sintió enojada ni ofendida. Se limitó a llevarse la pálida mano el pañuelo a los ojos. Él se volvió hacia la ventanilla abierta simulando sacudir la ceniza del cigarro pues comprendía que la muchacha estaba esforzándose por contener las lágrimas. Y lo consiguió.

—No; no he mentado. Todo lo que he dicho es cierto, porque no quiero mentir es por lo que sigo hablando. Muchas gracias, señor Holt, por haberme estado escudando. Ha tenido usted la bondad de no hacerme salir de su camarote, y se lo agradezco de veras. Me he equivocado; no hay más. Yo creí...

Mas él la interrumpió así:

—¿Cómo debía conducirme en vista de sus palabras?

—¡Qué sé yo! Usted es hombre; confiaba que le sería posible concebir un plan, trazar un camino; pero me doy cuenta de lo alocada que he sido. No hay remedio.

Ya había puesto la mano en el picaporte.

—Sí, eso es de persona alocada —dijo entonces él, suavizando la voz—. No consienta que la dominen a usted semejantes ideas, señorita Standish. Recójase en su camarote y procure pasar la noche en un sueño. No se preocupe por Rossland. Si quiere que yo arregle cuentas con ese...

—Buenas noches, señor Holt —dijo ella cortándole la palabra.

Empezó a abrir la puerta y, al salir, se volvió un momento para mirarle y decirle otra vez, sonriendo, mientras sus ojos se le arrasaban en lágrimas:

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Se cerró la puerta. Él oyó como se alejaban sus menudos pasos. No bien hubo pasado medio minuto cuando la hubiera ido a llamar. Pero ya era tarde.

Capítulo VIII

Media hora pasó Alan fumando el cigarro. La cabeza le daba vueltas. Mary Standish se había dirigido a él como un soldado, y como un luchador se había ido. Pero al mirarla por última vez había sorprendido en ella algo que la traicionaba: un suspiro que, mientras había durado la entrevista, pudo contenerse. Y ello podía significar la existencia de un dolor que produjo aquellas lágrimas mezcladas a una sonrisa, o bien que ella había experimentado un sentimiento de orgullo, acaso la había rozado al fin una sombra de humillación..., mas también podía ser lástima por él. No estaba seguro; pero desde luego no se trataba de una desesperación. Ni por un momento se había asomado semejante sentimiento a sus ojos ni a sus labios, ni aun cuando no pudo seguir conteniendo las lágrimas, y empezaba a notar que se ahincaba en su conciencia la idea de que aquella noche era él y no Mary Standish el que acababa de mostrarse lleno de miedo. Sintió entonces un poco de vergüenza, porque hasta aquel momento era evidente que no se le había ocurrido considerar su propia actitud ante ella, para quien tal vez no sería tan loco como pudo haber supuesto. Cuanto más pensaba, menos acertaba a juzgar de lo ocurrido.

Era la primera vez que se entregaba de lleno a pensar analizando a una mujer. Era una cosa ajena a él. Pero, hijo del Norte, y en el Norte criado, el comprender dónde había valor era tan natural como el respirar. Y la fuerza de ánimo de aquella joven era extraordinaria, pensándolo así, detenidamente. El pensar en la sangre fría y en la serenidad con que se había resistido a influir en él con insistencia, le devolvía un poco la tranquilidad. Parecíale que una mujer que en realidad estuviese jugándose la vida hubiera puesto más entusiasmo en defender su causa. Sus temores, cuando él la objetaba reflexivamente, pudieron hacer del apremio circunstancial de dar mayor patetismo a su postura. Pero en realidad no había querido decir eso. La idea de que una mujercita como Mary Standish pudiera suicidarse era un enorme imposible. La serenidad de sus bellos ojos, su hermosura y el exquisito tacto con que había mantenido su apostura evidenciaban cuán absurda era semejante suposición. Había ido hasta él de una manera extraña. No podía dudarse. Pero había exagerado un poco la trascendencia de la visita.

Hasta no haber acumulado infinidad de argumentos en su imaginación, para dejar por conclusa definitivamente su certeza, no le fue posible sentirse aliviado. Contra su voluntad estuvo reconstruyendo las escenas desagradables que desde que conoció a Mary Standish se habían sucedido con violencia de imprevistas emociones. Lanzó una carcajada para ahuyentar lo absurdo de sus ideas, y a fin de cambiar el tono de las cosas, tiró el medio cigarro que le quedaba y encendió su pipa de negra cazoleta.

Luego empezó a medir con sus pasos el camarote, como un enorme animal que estuviera encerrado en una pequeña jaula, hasta que por fin se asomó a la ventanilla para contemplar las estrellas, echando el humo de su tabaco, que era impulsado por la blanda brisa marinera.

Se iba sintiendo más tranquilo. Volvió a predominar en él la razón, después de conseguir domeñar al sentimiento. Si había estado esta noche un poco áspero con la señorita Standish, mañana la desagruaría con una cortés excusa. Entre tanto, ella habría recobrado el sentido común, y los dos se reírían de aquel nerviosismo y de la pequeña aventura. Así lo haría. Una secreta voz seguía diciéndole: “No me importa gran cosa lo que le haya pasado, ni siento la menor curiosidad por enterarme de los motivos que la impulsaron a entrar en mi camarote”. Pero fumaba con fruición morbosa y sonreía extrañamente mientras se le ahogaba esta voz en sus adentro. Le hubiera gustado anular a Rossland en sus pensamientos. Pero Rossland insistía en evidenciarse, y con él estas palabras de Mary Standish: “No se lo puedo decir. No quiero que usted me aborrezca, y me odiaría si le dijera la verdad”. Le parecía recordarlas exactamente, o muy aproximadas. Y no se esforzaba en ver si las recordaba al pie de la letra... porque no era cosa suya.

En este estado de ánimo, repartidos en dos partes sus pensamientos, apagó y se acostó. Y empezó a pensar en sus montañas. Resultaba mucho más grato. Por enésima vez se reprodujo la distancia que todavía faltaba hasta allí, donde las moles polares de la montaña de Endicott se levantaban esperando dar su bienvenida a los suyos que regresaban. Carl Lomen, que viajaba en el buque siguiente se encontraría con él en Unalaska. Irían juntos hasta Neme. Luego pasaría cosa de una semana en la península y después partiría para Koyukuk y las fuentes del Norte; pero aún seguiría más allá, pasadas las últimas huellas de la civilización, donde moraban sus gentes y discurrían sus ganados. Y con él se hallaría Stampede Smith. Después de un riguroso invierno de nostalgia de los mares, se presentaba una perspectiva de invitación al descanso y a los más gratos sueños. Sin embargo, de algún lado venía una nota de mal augurio en medio de sus buenos presentimientos. Stampede Smith se separaba de él y Rossland ocupaba su lugar. Al mismo tiempo, Keok, riéndose, se convertía en Mary Standish con sugestión de diablesa. “Es lo mismo que Keok —se decía adormecido—, siempre tenía que atormentar a alguien”.

A la mañana siguiente se encontraba mucho mejor. Un gran sol doraba la pared de su camarote cuando se despertó, y a sus pies sentía el rumor del mar. Al Este la costa alaskana era una bruma de azul oscuro, pero los blancos picachos de la sierra de San Elías se elevaban hacia el cielo inundado de sol, lo mismo que blancas banderas. El *Nome* avanzaba a toda marcha, y a Alan se le agitó toda la sangre de sus venas sintiendo el estremecimiento de las máquinas, las cuales latían como corazones mellizos con la fuerza poderosa que lo llevaba velozmente. Esto era acción. Significaba que habían dejado atrás muchas millas de olas y espuma y que faltaba un rauda apresuramiento para salvar el espacio que aún los separaba de Unalaska, a

medio camino de las Aleusanas. Sentía que estuvieran perdiendo tiempo por desviarse antes hacia la costa de Córdova, y al pensar en Córdova volvió el recuerdo de Mary Standish.

Se levantó y bajó a desayunarse, pensando todavía en ella. La idea de encontrarla otra vez le molestaba bastante, porque era ya casi inminente volverla a ver, y temía hallarse en situación turbada, por más que no se sintiera él responsable de ello. Pero Mary Standish le evitó todo remordimiento de conciencia que pudiera asaltarle por la falta de caballerosidad cometida aquella noche.

La encontró a la mesa, y no pareció alterarse cuando él se sentó frente a ella. Sus mejillas tenían buen color, ese matiz de cálido fuego que suele tener el corazón de las rosas silvestres de las tundras. Y le pareció que sus ojos tenían una luz más profunda, más bella que nunca.

Ella le saludó con un ligero movimiento de cabeza, y reanudó la conversación que sostenía con una dama sentada a su lado. Era la primera vez que Alan la veía interesada así en un diálogo. No tuvo él intención de escuchar, pero un instinto perverso vencía sus propósitos. Se enteró de que aquella dama iba de profesora a una escuela indígena de Noorvik, a orillas del Kobuk y que durante largos años había estado dando lecciones en Dawson y estaba al corriente de la historia de Belinda Mulrooney. Comprendió que Mary Standish había demostrado un vivo interés, pues la señorita Robson, la profesora, le prometió mandarle una fotografía de Belinda Mulrooney si la señorita Standish le dejaba sus señas. La joven titubeó al pronto. Luego dijo que no estaba segura de adonde iría, pero escribiría a la señorita Robson Noorvik.

—¿Se acordará usted de esa promesa? —dijo con insistencia la señorita Robson.

—Sí, me acordaré.

Alan tuvo una sensación de alivio. Había pronunciado estas palabras tan quedamente, que él creyó que no quería que se enterase. Era evidente que unas horas de sueño y la hermosura de aquella mañana habían obrado en ella un cambio absoluto en su actitud mental, y el viajero dejó de tener la sospecha de una responsabilidad que de una manera persistente se había aferrado en su ánimo. Sólo un loco, se decía muy convencido, creería ver en ella indicio alguno de tragedia. Tampoco cambió la joven a la hora del *lunch* ni a la comida de la noche. Durante el día no supo nada de ella, salvo que le pareció verla cuidadosa de no ponerse al habla con él. No le contrariaba. Ello le permitía coger otros cabos de ideas por que interesarse de una manera equilibrada y normal. Estuvo discutiendo sobre política alaskana en el salón de fumadores; fumó en su negra pipa sin preocuparse de no molestar a nadie y escuchó las conversaciones de a bordo con una holgura de espíritu que no había sentido hasta entonces desde su primera conversación con Mary Standish. No obstante, cuando aquella noche subió para dar el paseo de dos millas recorriendo varias veces la cubierta, sintió que se apoderaba de él una sensación extraña de soledad. Algo le faltaba. No supo qué era hasta que apareció, como para convencerle, Mary Standish,

que salió por la puerta del corredor de su camarote y se quedó inmóvil junto a la baranda. Tuvo un momento de duda, pero luego se acercó despacio a ella.

—¡Qué hermoso día hemos tenido, señorita Standish; sólo faltan unas horas para llegar a Córdova!

Apenas volvió ella la cara, y continuó mirando hacia el mar a través de las sombras que lo iban amortajando.

—Sí, señor Holt; un día maravilloso —asintió ella—. Y sólo faltan unas horas para llegar a Córdova.

Luego, en el mismo tono de voz, sin emoción, agregó:

—Tengo que darle a usted las gracias por lo de anoche. Me hizo usted tomar una gran decisión.

—Lamento no haberla ayudado a usted...

Acaso fue una ficción de las sombras que los envolvían el indiferente encogimiento de hombros que él creyó sorprender en la joven.

—Creí que había dos salidas —añadió ella— pero usted me ha demostrado que sólo hay *una* —y recalcó mucho esta palabra. Parecía que la voz le temblaba un poco—. Estaba loca. Pero le ruego que lo olvidemos. Deseo pensar en cosas más agradables. Tengo que hacer una prueba heroica y necesito para ello de todos mis arrestos.

—Saldrá usted victoriosa, señorita Standish —sentenció él con firmeza—. De todo lo que se proponga, saldrá usted victoriosa. Estoy convencido de ello. Si la prueba de que usted habla consiste en la aventura de ir a Alaska en busca de fortuna, en busca de la propia vida, su éxito será magnífico. Puedo garantizárselo.

Calló la joven un rato y luego dijo:

—Siempre ha tenido para mí lo desconocido una atracción singular. Cuando nos hallábamos al pie de las montañas de Skagway le di a entender que siento la rareza de creer que he vivido otra vez hace mucho tiempo, siendo América todavía muy joven. Este sentimiento es a veces tan poderoso que despierta en mí una verdadera fe. Tal vez sea locura; y, sin embargo, cuando dejábamos esas montañas ayer y se cerraban como una gran puerta ante el paso de Skagway, comprendí que alguna vez, en algún sitio, yo había visto algo semejante. Y luego he tenido extrañas visiones de ello. Puede ser, sí, que se trate de un toque de locura. Pero la fe nacida de ello es lo único que me da ánimos para llevar adelante mi empresa. ¡Cuento con eso... y con *usted!* —De súbito le miró con los ojos encendidos—. Sí, con usted... y con su suspicacia y con su rudeza —agregó ella sin perder el temblorcillo de su voz e irguiéndose rígidamente ante él—. No pensaba decírselo, señor Holt; pero usted mismo me ha dado ocasión para ello y puede que sea mejor para usted... pasado mañana. Acudí a usted porque le juzgué equivocadamente. Creí que era usted distinto, como sus montañas. Sufrí una gran confusión; le había puesto sobre un pedestal de claridad y de valor, donde daba crédito a todo lo bueno, mientras no se demostrase lo contrario..., pero ya ve usted, he perdido; ha sido una tremenda equivocación. Los

primeros pensamientos que usted tuvo acerca de mí, cuando entré en su camarote, fueron de suspicacia. Tenía usted enojo y miedo. Sí, *miedo*... Estaba medroso ante algo que pasaba y que hubiera querido poder evitar. Casi llegó a pensar que me movía alguna culpa. Y me juzgó como una mentirosa, y así me lo dijo. No era noble, señor Holt, no era leal. Se trataba de algo que yo no podía revelar, pero bien le dije que Rossland lo sabía. No se lo oculté todo completamente. Y pensaba que usted era bastante mayor para creer que no le causaba deshonor alguno brindándole mi... amistad, aunque lo hice entrando en su camarote. ¡Ah! Estaba muy segura de mi fe..., no creía que pudieran interpretarse equivocadamente la pureza de mis sentimientos y mi veracidad.

—¡Por Dios, por Dios! Oiga usted, señorita Standish...

Pero ella había desaparecido tan raudamente que el movimiento que él hizo para detenerla fue del todo inútil. Y salvó la puerta antes que él pudiera alcanzarla.

Volvió a llamarla, pero los pasos de ella habían recorrido ya casi todo el pasillo. Él retrocedió, helada la sangre, crispadas las manos en la sombra, pálido el semblante como antes lo tuviera la muchacha. Sus palabras le habían petrificado y enmudecido; se había visto descubierto en lo más íntimo, tal como ella le penetraba, y esto le producía una especie de horror, pero ella se confundía. Lo que él había hecho era atenerse a lo que le pareció su buen juicio y sentido común. Ahora bien, si al hacerlo había obrado como loco...

Cortó el discurso resueltamente y se dirigió al camarote de ella pensando rectificar el juicio erróneo que de él había formado. Por la rendija inferior salía un rayo de luz. Llamó, pero no obtuvo respuesta; esperó un rato y volvió a llamar esperando descubrir algún ruido. Y cada momento que pasaba le iba volviendo en sí mismo, casi alegrándole que la puerta no se abriese. Creía que la señorita Standish estaría dentro, pero no querría aceptar razón alguna para sus excusas.

Volvióse a su camarote y su razón se rebelaba cada vez más contra el falso concepto que el creía que la señorita Standish había formado de él. No se tranquilizaba por más que considerase la cosa en todos sus aspectos, pues sus ojos claros, su cabello finamente aureolado, juntamente con la altivez y el valor con que le había mirado, seguían obsesionándole. No podía ahuyentar la visión de la joven parada ante él de espaldas a la puerta, adornadas de lágrimas como diamantes sus mejillas. Algo había dejado de percibir. Lo reconocía. Algo había escapado a su razón y no podía comprenderlo. Ella se lo reprochaba.

Aquella noche no le interesó lo más mínimo la charla del salón de fumadores. Eran forzados todos sus intentos por intervenir en la conversación. El concierto de piano e instrumentos de música con aires de *jazz-band* le molestaba, y poco después estuvo siguiendo el baile con tal gesto de contrariedad que algunos tuvieron que notarlo. Vio a Rossland dando vueltas por la sala bailando con su linda y rubia pareja. La joven le miraba a los ojos sonriente, y apoyaba sin ruborizarse la mejilla en su hombro; así es que Rossland hundía su rostro en el hueco cabello cuando se

entremezclaban entre las otras parejas. Alan tuvo que ahuyentar un molesto pensamiento que le hacía ver, por una rara asociación imaginativa, en aquella actitud a Mary Standish con Rossland. Se salió con indolencia a la popa. La gente Thlinkit se había recogido en un cerco hecho con una blanca cortina de sábanas, y pensó que dormirían, a juzgar por el silencio que reinaba. Se le hacía luego la noche muy larga, y por fin se encerró en su camarote y buscó distracción en las páginas de un libro. Era una obra que se había prometido leer, pero al cabo de un rato no sabía si se trataba de un escrito estúpido, o si era él quien se hallaba estupidizado. La emoción que había sentido otras veces leyendo la misma obra se desvanecía ahora por completo. Aquello carecía de inspiración; las palabras estaban muertas. También el tabaco que ardía en su pipa estaba falto de aroma, y lo cambió por un cigarro..., también cogió otro libro. Pero el resultado fue el mismo. Su pensamiento se resistía a funcionar y el cigarro no tiraba.

Se daba cuenta de que empezaba a luchar contra un nuevo elemento, aunque para su capote se dijera lo contrario. Estaba resuelto a vencer; era una lucha con Mary Standish, pero con la Mary que había estado de espaldas a su puerta. Mary Standish..., su esbelta hermosura..., su esforzado ánimo..., cosas todas ellas que no habían llegado a su vida hasta entonces. Se desvistió y se puso la bata de fumar y las zapatillas, resistiéndose a admitir la dignidad con que estas emociones pugnaban por ser reconocidas en su ánimo; estaba un poco trastornado, completamente loco, se decía. Pero esta convicción no le hacía ningún bien.

Se acostó acomodándose contra las almohadas y volvió a esforzarse por leer. Casi había logrado interesarse en la lectura. A las diez cesó la música y la danza y el mayor silencio reinó en toda la nave. Después de lo cual volvió a encontrar ameno el primer libro que abriera, volvió a experimentar el mismo placer que en otras ocasiones. Encendió de nuevo el cigarro y aspiró el humo con delicia. A lo lejos sonaron las campanas del buque; eran las once de la noche; luego dieron las once y media y las doce. Las letras impresas se le volvían oscuras, y medio dormido puso una señal en el libro, lo dejó en la mesilla y se tumbó a dormir. Debían de estar cerca de Córdova. Tal vez habían rebasado el cabo de San Elías y se dirigían a la orilla.

Entonces se oyó súbitamente un grito espantoso de mujer. Era una exclamación de terror, una exhalación de agonía que le heló la sangre en las venas al mismo tiempo que le hacía saltar del lecho; oyóse por segunda vez, terminado ahora en un lúgubre quejido y en una honda interjección masculina. Oyó que alguien corría al pie de su ventana. Luego otro grito, y una voz de mando. No percibió claramente las palabras; pero se decía que el buque obedecía inmediatamente a una orden. En seguida empezó a moderarse el trepidar de los motores y se notó la sacudida violenta de un viraje contrario y la insistente señal de alarma de un címbalo que avisaba a la tripulación para echar los botes salvavidas.

Alan miró la puerta del camarote. Comprendía lo que había pasado. Alguien se había caído al agua. Y en aquel instante todas sus fuerzas le abandonaban y se sentía

sin vida, pues la cara pálida de Mary Standish parecía aparecérselo, y en voz muy queda le decía otra vez: “Ésta era la otra salida que me quedaba”. Se quedó blanco como el papel; se puso la bata y salió precipitadamente al corredor, escasamente iluminado.

Capítulo IX

Cuando Alan llegó a la cubierta libre, la contramarcha de las máquinas no había vencido aún la inercia del buque. Luchaba entre la proa, que aún avanzaba, y la fuerza que lo retenía por la popa con las hélices. Alan oyó pasos presurosos, voces precipitadas, el rechinar de las poleas, y llegó a tiempo para ver cómo el primer bote salvavidas empezaba a mecerse sobre el mar liso. El capitán Rifle estaba delante de él, a medio vestir, y el segundo de a bordo daba rápidas órdenes. Del salón de fumadores salieron unos doce pasajeros. Sólo había entre toda la gente allí reunida una mujer. Estaba un poco echada hacia atrás, sostenida por los brazos de un caballero, escondida la cara entre las manos. Alan observó al hombre y comprendió que la dama era la que había lanzado aquellos gritos.

Percibió el chapoteo del bote al caer en el agua y el rumor de los remos. Parecía venir de muy lejos. En la angustia que le atenazaba, sólo oía con claridad una cosa: el sollozar de aquella mujer. Se acercó a la pareja. La cubierta parecía obedecer a sus pies. Se daba cuenta de que toda una tripulación acudía a ocupar los botes salvavidas, pero lo único que le llamaba la atención era el grupo de aquella mujer y aquel hombre.

—¿Ha sido una mujer o un hombre? —les preguntó.

Él mismo desconocía su voz. Le salían las palabras con un gran esfuerzo. Y el otro, el que tenía la cabeza de la mujer apoyada en el hombro, al mirarle se encontró con un rostro petrificado.

—Una mujer —repuso—. Ésta es mi esposa. Estábamos sentados aquí, cuando la mujer se encarama a la barandilla y se arroja de cabeza. Viéndola desaparecer, mi esposa se ha puesto a gritar.

Ella levantó la cabeza. Todavía estaba sollozando, sin lágrimas en los ojos, con mirada de espanto solamente. Clavaba los dedos en el brazo de su marido. Ella quiso hablar, pero no pudo, y él le acarició la cabeza para aliviarla. El capitán Rifle apareció a su lado. Traía una expresión hosca, y una sola mirada bastó para que Alan comprendiera que estaba enterado de algo.

—¿Quién ha sido? —preguntó.

—Esta señora cree que se trata de Mary Standish.

Alan no se movió ni pronunció una palabra. Algo parecía trastornarse en su cerebro. No percibía ya el trajín que había a sus espaldas, y lo que tenía frente por frente le parecía un manchón que le cegaba. Pero esta sensación se le desvaneció instantáneamente, sin traducirse en un gesto siquiera de su pálido rostro.

—Sí, la joven que se sentaba a la mesa de usted. Aquella joven tan linda a quien

había visto en este mismo sitio, con toda claridad, primero, y luego..., luego...

Así dijo la señora. Pero el capitán intervino, mientras ella tenía un ataque de tos, con aliento entrecortado.

—Es posible que se engañe usted. No puedo creer que la señorita Standish haya hecho una cosa así. Pronto lo sabremos. Han salido las barcas, y la última está bajando ya.

Dijo las últimas palabras volviendo la cabeza por encima del hombro, mientras se alejaba apresuradamente.

Alan no hizo el menor movimiento por seguirlo. Empezaba a despejarse su cerebro, y una extraña serenidad comenzaba a librarle de la impresión recibida. Y se sorprendió a sí mismo preguntando:

—¿Está usted segura de que era la joven que se sentaba frente a mí en la mesa? ¿No es posible que la haya usted confundido?

—¡Ca! —repuso la señora—. Estaba tan callada y era tan bonita, que muchas veces me había fijado en ella. La vi distintamente al resplandor de las estrellas. Y ella me miró en el momento de ir a subirse a la baranda para dejarse caer. Aseguraría que me sonrió y que quiso decirme algo. Pero en aquel momento... desapareció.

—Yo no me había fijado y me enteré al oír gritar a mi mujer —observó el caballero—. Acudí precipitadamente, pero ya no vi nada, sino la estela del barco. Se debió de hundir al punto.

Alan los dejó. Se introdujo entre un grupo de personas que se hacían preguntas y comentaban lo ocurrido con gran nerviosismo; pero él apenas oía lo que decían, ni se daba cuenta de sus voces. Ya no tenía la prisa por moverse con que salió del camarote, y se dirigió lentamente al camarote donde debía estar Mary Standish, de no ser ella la persona que se había arrojado al mar. Dio un solo golpe a la puerta. Luego la abrió; no se oyó voz ninguna de miedo o de protesta, con lo cual se convenció, antes de encender la luz eléctrica, de que en la habitación no había nadie. Lo había adivinado desde el primer momento, en cuanto la señora lanzó su primer grito. Mary Standish no existía ya.

Contempló su lecho. La almohada conservaba la huella de su cabeza, en la sobrecama había un pañuelo arrugado y retorcido. Los escasos objetos que poseía estaban ordenados cuidadosamente encima de la mesa. Entonces vio sus zapatos y sus medias y un vestido encima de la cama; cogió uno de los zapatos con la mano helada. Era un lindo y breve zapato. Lo oprimieron sus dedos y crujió como si fuera de papel.

Aún no lo había soltado, cuando notó que alguien entraba, y se volvió para dar la cara al capitán Rifle. Ambos permanecieron mudos unos instantes. El capitán Rifle miró el zapato aplastado por la mano de Alan. Y dijo con voz áspera:

—Los botes han salido a toda prisa; no hemos pasado de la tercera milla; si sabe nadar, todavía hay esperanzas.

—No nadará —respondió Alan—; no se arrojó para nadar. Ha desaparecido.

De una manera vaga, pero notoria, se sorprendió de la serenidad de su propia voz.

El capitán Rifle observaba cómo se abultaban las venas en sus manos crispadas y en sus sienes. Durante muchos años había tenido ocasión de presenciar tragedias de todo género; estos dramas le resultaban familiares. Pero algo hubieron de sorprenderle las palabras de Alan, al cual miró con asombro; fue cosa de unos segundos el contarle sin pormenores lo sucedido la noche anterior. Cuando Alan terminó su relato, el capitán tenía puesta una mano en su brazo, y, al oprimírselo, sus dedos notaron que aquellos músculos tenían la rigidez y la dureza del acero.

—Hablaremos con Rossland cuando vuelvan los botes —le dijo.

Sacó a Alan del camarote y cerró la puerta.

Hasta que entró en su camarote no cayó Alan en la cuenta de que aún llevaba el zapato en la mano. Lo dejó encima de la cama y se vistió. Lo hizo en unos minutos. Salió luego y se encontró con el capitán otra vez. A la media hora regresó la primera barca. La segunda llegó cinco minutos después. Y en seguida la tercera. Alan se quedó de pie, solo, detrás de los pasajeros que se agolpaban a la baranda. Sabía lo que iban a ver. Y, en efecto, a sus oídos llegó un rumor de desconsuelo... No la habían encontrado. Fue como un sollozo brotado de varios pechos a la vez. Se retiró. No quería encontrarse con la mirada de nadie. Ni tenía ganas de hablar, ni de oír lo que unos y otros dirían. Y mientras se alejaba subió a sus labios un grito ahogado, lleno de agonía, que le daba la sensación de que perdía su fortaleza. Le daba miedo sentirse así. Era la primera condición de su temperamento que se erguía contra el golpe recibido, y tuvo que mantener una verdadera lucha contra el deseo de tender los brazos al mar invocando a Mary Standish para que se levantara entre las olas y le perdonase.

Andaba como una figura mecánica. La palidez de su rostro era una máscara que no descubría la vehemencia de su dolor, y en los ojos tenía una frialdad mortal. La señora que había dado los gritos de alarma hubiera dicho que le encontraba como sin sangre en el corazón. Y lo habría adivinado, porque el corazón se le acababa de ir.

Al llegar al pasillo de arriba había dos personas juntas a la puerta de Rossland. Eran el capitán Rifle y Marston, el médico de a bordo. Al unirse a ellos Alan, el capitán golpeaba con los nudillos la puerta. Probó a abrir; pero estaba cerrada con llave.

—No hay manera de despertarle —dijo—. Y entre los pasajeros no le he podido ver.

—Tampoco le he visto yo —dijo Alan.

El capitán Rifle hurgó con su llave ganzúa, observando:

—Creo que las circunstancias lo exigen.

En seguida se volvió a ellos y dijo intrigado:

—Está cerrado por dentro y la llave puesta.

Dio un puñetazo en la hoja de la puerta. Siguió dando con el puño casi hasta hacerse sangre. Pero seguían sin responder.

—¡Es extraño! —dijo.

—¡Verdaderamente extraño! —asintió Alan.

Apoyó el capitán la espalda en la puerta y dio tan fuerte empujón que la hundió. Un tenue rayo de luz se filtró desde la lámpara del corredor, y los tres miraron adentro. Rossland estaba en la cama. Vieron que estaba boca arriba, envuelto en sombra, mirando al techo. Pero seguía sin moverse ni decir nada. Penetró Marston y encendió la luz.

Se quedaron unos segundos pasmados. Luego Alan se dio cuenta de que el capitán Rifle cerraba la puerta, y el doctor Marston exclamaba:

—¡Santo Dios!

Rosslund estaba descubierto, en traje de noche y tumbado de espaldas. Tenía los brazos extendidos, la cabeza caída hacia atrás, la boca entreabierta. La blanca sábana que tenía debajo estaba manchada de sangre que, resbalando hasta los bordes, caía al suelo goteando. Los ojos se le habían cerrado por sí mismos. Pasada la primera impresión, el doctor reaccionó fácilmente. Se inclinó hacia Rossland, y en este momento los ojos del capitán Rifle y los de Alan se encontraron. Se cruzaron un mismo pensamiento, en el que al punto dejaron de creer.

Marston hablaba en fríos términos profesionales:

—Una cuchillada junto al pulmón derecho, si es que no ha llegado a penetrarlo, y una lesión desagradable en un ojo. No está muerto. No le muevan de como está mientras vuelvo con los instrumentos y lo necesario.

Apenas salió el médico, Alan dijo:

—La puerta estaba cerrada por dentro. Y la ventana, cerrada. Esto parece un suicidio. Acaso los dos estuvieran de acuerdo... y Rossland escogería este medio, en vez del mar.

El capitán se había arrodillado para mirar debajo de la cama y escudriñar los rincones, y levantó la parte que colgaba de la manta y la sábana.

—No hay ningún cuchillo —dijo lleno de extrañeza. Y agregó en seguida—: En la ventana hay unas manchas rojas. No se trata, pues, de un intento de suicidio, sino de un...

—Asesinato.

—En caso de que Rossland muera, sí. El atentado se ha perpetrado a través de la ventana. Alguien se acercó, llamó a Rossland, le dio la puñalada y cerró luego la ventana. Y es posible, suponiendo que hubiera estado aquí sentado o paseando, que un largo brazo de hombre armado le asestara el golpe. Yo estoy en que ha sido un hombre, Alan. Debemos creer que ha sido un hombre. Sí, un *hombre* le ha herido.

—Por supuesto, ha sido un hombre —asintió Alan con un movimiento de cabeza.

Oyeron los pasos de Marston, que volvía, y alguien le acompañaba. El capitán Rifle hizo un movimiento, volviéndose hacia la puerta.

—Será mejor que se vaya usted ahora —le advirtió—. Esto es un asunto privado del buque, y usted no tiene ninguna necesidad de verse mezclado en él. Dentro de media hora vaya usted a mi camarote; deseo hablar con usted.

El segundo oficial y el sobrecargo llegaban con el doctor Marston cuando Alan se cruzó con ellos. Oyó que se cerraba en seguida la puerta del camarote de Rossland. Otra vez el buque empezaba a trepidar. Reanudaron la ruta. Se dirigió al camarote de Mary Standish, recogió pausadamente todos los objetos que ella había dejado y los puso dentro de la pequeña maleta que constituía todo el equipaje de la muchacha... Sin hacer el menor esfuerzo por ocultarla, se la llevó a su cuarto, donde preparó también su equipaje. Hecho lo cual subió en busca de Stampede Smith y le dijo que un cambio inesperado de proyectos les obligaba a detenerse en Córdova. Llegó cinco minutos más tarde a la cita que tenía con el capitán.

El capitán Rifle estaba sentado en su escritorio cuando Alan entró en la cabina. Le indicó que se sentara en una silla.

—No tardaremos una hora en llegar a Córdova —dijo—. El doctor Marston asegura que Rossland se salvará; pero, naturalmente, no podemos entrar en el puerto hasta que no le sea posible pronunciar algunas palabras. Le agredieron por la ventana. Esto lo juraré. ¿Se le ha ocurrido a usted algo?

—Una sola cosa —contestó Alan—: la resolución de saltar a tierra cuanto antes. Haré los posibles por recuperar el cadáver de ella y hacerme cargo de él. Mary Standish no tiene nada que ver con el atentado a Rossland. Han sido dos hechos simplemente coincidentes, pero nada más. ¿Quiere usted decirme cuál era la situación del barco en el momento de echarse ella al agua?

Se estaba esforzando por mantenerse tranquilo, por ocultar su vehemencia, para que el capitán Rifle no viera del todo lo que la tragedia de la muerte de la joven significaba para él. El capitán le contestó:

—Estábamos a siete millas de la costa del río Eyak, un poco al Sudoeste. Si el cadáver es empujado a la orilla, será encontrado en la isla o en las playas Este del río Eyak. Me alegro de que esté usted dispuesto a hacer lo que pueda por ella. Está muy dentro de lo posible encontrarla. Es más: creo que lo logrará.

El capitán Rifle se levantó y empezó a andar de un lado a otro, nerviosamente.

—Es un mal golpe para el buque. Precisamente en esta primera excursión..., pero no, no es el *Nome* lo que me importa ahora. Pienso en Mary Standish. ¡Señor, qué espanto!... Cualquier otra persona que hubiera sido... sí, cualquier otro... —Se interrumpió un instante sorprendido él mismo de lo que decía, e hizo un ademán de desesperanza—. Es difícil, casi imposible —agregó—, creer que se haya quitado voluntariamente la vida. Cuénteme usted, cuénteme lo que pasó en su camarote.

Ahogando lo mejor que pudo sus emociones. Alan relató brevemente algo de lo que ocurrió en la visita que le hizo la muchacha. Pero ocultó ciertos detalles que ella le había revelado sólo como confidencias reservadas. Nada dijo del dominio que ejercía sobre ella Rossland, ni del miedo que le tenía. El capitán Rifle comprendió el esfuerzo que Alan estaba haciendo, y le estrechó la mano mirándole significativamente.

—No tiene usted la culpa —le dijo—; su responsabilidad no es ni con mucho tan

grande como cree. No le dé usted a eso demasiada importancia. Pero búsquela. Y encuéntrela. Luego comuníquemelo. ¿Me complacerá usted en esto?

—Sí, le comunicaré el resultado.

—Por lo que hace a Rossland... tiene tantos enemigos, que casi aseguraría que su agresor está todavía a bordo.

—Sin duda.

Luego el capitán vaciló un momento, y dijo por fin, sin mirar a su interlocutor:

—En el camarote de la señorita Standish no hay nada. Hasta su maletín ha desaparecido. Creí haber visto algunos objetos cuando entré con usted. Se me figuró ver que tenía usted algo en la mano. Pero pudo ser una equivocación. Es probable que lo arrojase todo al mar, antes de echarse ella.

—Es una suposición muy posible —repuso Alan evasivamente.

El capitán dio unos golpecitos con la yema de los dedos encima de su escritorio. A la luz de la habitación, recogida por la pantalla, el capitán tenía una expresión de hosquedad y envejecimiento. Entonces dijo:

—Ya no hay remedio. Bien sabe Dios que daría mi vieja vida por traerla otra vez al barco, pues se me figuraba ver en ella otra persona fallecida hace mucho tiempo. Por eso la admití en el barco, contra toda ordenanza, cuando se presentó a bordo de una manera tan extraña. Ahora lo lamento. Le debí haber mandado salir del buque. Pero ahora que ha desaparecido para siempre, más valdrá que guardemos silencio sobre lo que suponemos, aunque no sea mucho, acerca de ella. No dudo que la encontrará usted, y en tal caso...

—Yo le pondré a usted unas líneas.

Se estrecharon la mano, y la del capitán Rifle no se apartó hasta que se acercaron a la puerta y la abrieron. Se había operado un cambio en la atmósfera. Habían desaparecido las estrellas, y parecía levantar el vuelo sobre el agua del mar un gran rumor gimiente.

—Se avecina una tempestad —dijo el capitán.

Había perdido su propio dominio. Dobló un poco la espalda, y el temblor que delataba su voz obligó a Alan a perder la mirada en la oscuridad de afuera. Luego dijo:

—Rossland, si no muere, será trasladado al hospital de Córdova.

Alan no repuso nada. Se cerró la puerta suavemente cuando hubo salido del camarote y se encaminó sin prisa hacia el paseo de cubierta, y allí estuvo de pie, rodeado del rumor gimiente del mar, que salía de un abismo de tinieblas. Muy lejos rodaba un ronco trueno.

Le costó mucho dominarse mientras se dirigía de nuevo a su camarote. Stampede Smith le aguardaba con su impedimenta metida en una maleta de piel lustrosa. Alan le puso al corriente del cambio que habían sufrido los proyectos. Los asuntos que le detenían en Córdova le harían perder algún buque y puede que se retrasara un mes su llegada a las tundras. Stampede tenía que irse solo a las montañas del Norte. Podía

hacer un buen viaje por la línea del ferrocarril del Gobierno a Tanana. De allí partiría para Allakakat, y más al Norte hasta llegar a la región de Endicott. No era empresa difícil para un hombre como Stampede llegar a las sierras. Alan le dio un mapa y algún dinero y le dijo que no se entretuviera queriendo encontrar oro en el camino. Y así como a él le era preciso echar pie a tierra cuanto antes, en cambio a Stampede le hizo prometer que no dejaría el barco hasta entrada la mañana. Stampede se lo juró.

Nada dijo Alan de lo que motivaba sus prisas, y se alegraba de que Stampede no le hubiese apremiado con sus preguntas. No se paraba en juzgar si era o no razonable lo que quería hacer. Sólo sabía que todas las fibras tensas de su cuerpo necesitaban ponerse en acción para no romperse. Sentía un afán que parecía locura, una extraña sensación que, gracias a un gran esfuerzo de voluntad, lograba dominar. Hacía los posibles por desvanecer la visión de una cara pálida que salía del mar. Pero el mismo buque le iba destruyendo toda su resistencia. Desde hacía una hora —cuando oyó el grito de una mujer— había empezado a aborrecer el barco. Deseaba sentir que pisaba tierra firme. Ansiaba con toda el alma llegar a la franja de arena adonde el cadáver de Mary Standish debía ir flotando.

Pero tanto se dominaba que al mismo Stampede no le pasó inadvertido el ardor que le consumía. Este estado de tensión nerviosa no empezó a pasarle a Alan hasta que pisó tierra firme y vio Córdova hundida como un gran hoyo entre montañas. Alejándose del muelle con su equipaje, se detuvo para respirar profundamente el hálito fragante que llegaba de las montañas. Alguna que otra lucecilla mortecina que brillaba aquí y allá le hacía ver aquella oscuridad como un mar de tinta que amenazara devorarlo. No había estallado aún la tormenta, pero se acercaba y el aire estaba lleno de una reptante amenaza. El fragor de los truenos era muy débil, pero cercano, como si una mano que velara por la tierra los suavizase para que ésta no los oyera.

Alan se abrió camino a través de aquel pozo de sombras. No se perdía. Hacía tres años que habría ido unas veinte veces a la residencia del viejo Olaf Ericksen, a media milla de la costa, y estaba seguro de que Ericksen estaría todavía allí donde se había establecido hacía veinte años y de donde había jurado no moverse hasta que el mar mismo estuviera dispuesto a llamarlo. Así, pues, encontró fácilmente el camino, y al emprenderlo estalló un trueno en lo alto. Los elementos de la noche estaban desencadenados. Alan percibía el tumulto que se hacía en las montañas ocultas tras la muralla que ponía la oscuridad. Súbito brilló un rayo que le alumbró el camino. Fue una ayuda. Vio una extensión de arena a lo lejos, y allá se encaminó presuroso. Y subía del mar un clamor cada vez más recio. Antojábasele que avanzaba entre un ejército y una armada que ponían en conmoción el mar y la tierra.

Brilló otro relámpago y fue seguido de un trueno que hizo temblar el suelo. Fue rodando a lo lejos, repercutiendo de eco en eco por las montañas, como los estampidos de unas señales de artillería, cada vez más lejanas. Un ramalazo de aire frío le sacudió el rostro despertándole un estremecimiento que se asoció a la

tormenta.

Siempre le habían renovado sugerencias los fragores del trueno por las montañas y el resplandor de los relámpagos entre las cimas. En una noche como aquélla, en que las furias de la tormenta envolvían la casa de su padre, había venido él al mundo. El amor a los temporales con sus retumbos de trueno formaba parte de su alma, y a veces esperaba, con la nostalgia con que se desea la llegada de la primavera, lo que él llamaba el diálogo de los montes. Recibió con alegría la tormenta, mientras sus ojos escrutaban las sombras en busca de la tenue luz que desde el ocaso al alba solía brillar en la casa de Olaf Ericksen.

Por fin la vio; era una pupila glauca, atisbando por una ranura del muro negro de la caseta. Al cabo de un momento la sombra alta de la casa se levantaba delante de él y un relámpago le mostró la puerta. En el breve silencio en que esperó empezó a oír el ruido de los goterones que daban en el techo. En tanto, soltó los bultos que traía y comenzó a llamar con el puño para despertar al sueco. Luego abrió decidido la puerta entornada y entró y empujó adentro sus maletas, al mismo tiempo que daba en voz alta el viejo saludo que Ericksen todavía reconocería, aunque hacía ya casi un cuarto de siglo que había errado por las montañas juntamente con el padre de Alan. Había sacado un poco de mecha de la lámpara de aceite que había encima de la mesa, cuando apareció en el marco de una puerta interior el mismo Ericksen en persona, con sus anchas y cargadas espaldas, su enorme cabeza, sus fieros, ojos y su blanquecina barba, caída abundantemente sobre el desnudo pecho. Le miró fijamente, y Alan se quitó el sombrero. Mientras la tempestad estallaba en terribles truenos y ráfagas de viento, allí dentro sonó una fragorosa voz que pronunciaba unas palabras de reconocimiento. Se estrecharon las manos.

El vozarrón del sueco dominaba los truenos, la lluvia y el estrépito de las ventanas abiertas sacudidas por el viento, y empezaba a narrar algo de hacía tres años, restregándose aún los ojos para echar al sueño, cuando la extraña mirada de Alan le obligó a callar para oír lo que éste había ido a decirle.

A los cinco minutos de conversación salieron a la puerta, donde, mirando el negro mar, Ericksen lo señaló con el brazo tendido, como un fiscal. El viento irrumpió revolviéndole las barbas ya albinas sobre los hombros; y con el viento entró una rociada de lluvia que lo caló de humedad. Cerró con fuerza la puerta y se volvió a mirar a Alan, como el fantasma de un hombre aparecido al resplandor glauco del candil.

Hasta el amanecer estuvieron esperando. Y apenas despuntó el alba, la barca vieja y negra de Olaf, el sueco, emproó las aguas, mar adentro.

Capítulo X

Había cesado el viento, pero continuaba cayendo una lluvia torrencial, y en las sierras retumbaban medrosamente los truenos; desde la barca no se veía ya la ciudad, y a unos cincuenta pies más de la tajante proa sólo se percibía una muralla gris. El agua le caía a chorros por el impermeable, y la gran barba de Olaf goteaba como un harapo viejo. Era como una gigantesca gárgola que manejaba el remo, y adentrándose en la impenetrable tiniebla impulsaba al *Norden* dándole una velocidad que le hacía parecer un torpedo taladrando el agua.

Alan había oído como en un desvarío en la casa de Olaf la escasa posibilidad que había de encontrar el cadáver de Mary Standish. Entre el río Eyak y Katalla había una extensión de arrecifes, de ocultos peñascos y un archipiélago donde una escuadra de piratas hubiera encontrado cien escondidos refugios. Durante veinte años de experiencia, no había oído nunca Ericksen que se hubiese encontrado un cadáver empujado por las olas, y afirmaba rotundamente que él creía que la joven estaría en el fondo del mar. Pero el anhelo de seguir adelante no decreció en el ánimo de Alan, sino que iba en aumento al compás del esfuerzo afanoso del *Norden*, mientras el casco resbalaba por el agua.

El mismo retumbo de los truenos y el azote del agua le espoleaban. No había para él absurdo alguno en la rebusca que se había propuesto. Era lo menos que podía hacer, lo único que honradamente podía llevar a cabo, se decía en sus adentros. Por otra parte, alguna posibilidad había de encontrarla. Durante toda su vida había tenido en cuenta el elemento azar; habitualmente se había debatido contra los improbables y había ganado siempre; así es que aquella gris madrugada aumentaba la fe, casi la seguridad que tenía de ganar una vez más, es decir, que encontraría a Mary Standish dondequiera que fuese, en el mar o en la costa extendida entre el río Eyak y la primera de las islas contra las cuales iba la corriente marina. Luego, si la encontraba...

No había pensado en lo que podría hacer después, pero ahora le oprimía esta idea y por momentos le obsesionaba hasta ver a la joven en un estado que se esforzaba por apartar de su imaginación. La idea de la muerte se la representaba de la manera más realista. Seguía imaginándose una franja de arenas, y en esta playa el frágil cuerpo de la muchacha esperando que él lo recogiera, el pálido rostro vuelto hacia el sol de la mañana, extendido el cabello sobre la arena. Era una visión que le impresionaba y que en vano quería disipar. Si la encontraba de esta manera, ya sabía, por fin, lo que iba a hacer: desmoronaría la última fortaleza interior, acabaría el hundimiento del otro Alan Holt, cuyas leyes negativas y cuya ceguera impuesta habían conducido a

Mary Slandish a la muerte.

La verdad parecía burlarse de él arrancándole de la invulnerable actitud que había adoptado su orgullo egoísta. Ella había acudido a él en el momento de mayor angustia, cuando había otras quinientas personas a bordo del *Nome*; había tenido fe en él, le había brindado su amistad y su confianza, y finalmente puso su vida en sus manos. Y cuando él no respondió a su llamamiento, a ella no se le ocurrió acudir a nadie más. Mantuvo su palabra demostrándole que no era una mentirosa y una impostora, y entonces comprendió el arrojo femenino y la verdad de estas palabras: “Mañana lo comprenderá usted”.

Pero no quiso desahogarse. Olaf no advirtió su gran trastorno, aun cuando la aurora iba iluminando la mañana. Los firmes rasgos de su fisonomía y la mirada resuelta de sus ojos no se alteraron lo más mínimo. Por su parte, Olaf no insistió en decirle cuán loca aventura era aquella, sino que mantenía el *Norden* emproado contra las olas, dándole cada vez mayor impulso, conforme iba apareciendo la enorme sombra de la costa, delatando la isla de Hinchinbrook. Al paso que se hacía de día, la lluvia amainaba; se convirtió en fina llovizna y acabó por cesar. Alan se quitó el impermeable y se sacudió el agua de las cejas y la cabeza. Comenzaron a levantarse unas brumas blancuzcas, y los débiles rayos rosa de la hora las calaban delicadamente. Olaf aprobó con un gruñido lo que Alan hacía y también se sacudió él la barba. El sol rompía por encima de las cumbres, y allí donde la niebla se desvanecía mostrábase un cielo radiante y azul.

En media hora acabó de hacerse total el maravilloso cambio. La lluvia había purificado y tonificado el aire. Emanaba el mar un aroma salobre. Olaf se levantó y se estiró, sacudiendo la humedad que le cubría todo el cuerpo y aspirando con embriaguez la dulzura del aire. Hacia la costa, Alan empezó a ver como las montañas se delineaban y como se iban sonrosando sucesiva y escalonadamente con tintas de ser viviente, tocando con las cúspides la lumbre solar. Grandes extensiones de bosques empezaron a brillar; las verdes laderas se despojaban de un velo de vaporosa humedad, y por fin —en medio de un alarde triunfal del sol— se reveló a su vista plenamente la costa alaskana, en todo su esplendor. El sueco hizo un amplio ademán de liberación, sonriendo a su acompañante, con expresión de orgullo y de entusiasmo por la vida en su velludo rostro. Pero Alan no había cambiado lo más mínimo. Sentía lleno de tristeza la maravilla de la mañana y del nacimiento del sol por encima de las inmensas cordilleras, camino del mar; pero algo faltaba en aquella naturaleza. Se le había ido el alma, y el antiguo entusiasmo se le había muerto. Percibía la tragedia del momento, y ni aun al ver la sonrisa del otro dejó de comprimir los labios, pues ya no estaba dispuesto a esforzarse como antes por cegarse a la verdad.

Olaf comenzó a adivinar lo que en el fondo del alma de Alan pasaba, porque ahora le veía claramente la cara, a la luz despiadada del día, y no tardó en comprenderlo todo. Aquella rebusca no era el cumplimiento de un deber, ni le había dado instrucciones para ello el capitán del *Nome*, como Alan le había querido hacer

creer. Algo más hondo que un mero gesto era lo que se veía en la cara de Alan; y tenía los ojos llenos de una especie de tristeza. Poco después observó la ansiedad con que aquella mirada escrutaba la superficie del mar, blandamente ondulada.

Por fin, dijo:

—Si el capitán Rifle no se equivocó, la muchacha cayó *allí*.

Y señaló con el dedo, permaneciendo de pie.

Pero Olaf repuso:

—Ahora ya no es posible que esté allí.

Él se imaginaba de veras que el cadáver halaría descendido al fondo. Viró hacia la costa como arrastrándose; a la sombra de las montañas veíase la blanca arena al pie de éstas, a unas tres o cuatro millas de distancia. Al cabo de un cuarto de hora vieron destacarse una espiral de humo de las rocas y el arbolado, que casi llegaba a la orilla.

—Ahí está McCormick —dijo Olaf.

Alan no le contestó. Mirando con los anteojos de Olaf distinguió la caseta del escocés. Era la morada de Sandy McCormick, según acababa de asegurarle Olaf, el cual conocía todos los repliegues y recovecos a lo largo de una costa de cincuenta millas, y era capaz de descubrir el cadáver de Mary Standish con los ojos cerrados en cuanto apareciera. Fue, en efecto, Sandy quien acudió a recibirlos cuando Ericksen ancló donde el agua era ya poco profunda.

Saltaron, y, con agua que les cubría a la altura de media pierna, anduvieron hasta la playa, y a la puerta de la cabaña que se veía a cierta distancia Alan discernió la figura de una mujer que los miraba llena de asombro. Sandy era joven y de expresión ruda, con más aspecto de muchacho que de hombre. Se dieron las manos. Luego Alan contó la tragedia que había surgido a bordo del *Nome* y explicó cuál era su propósito. Hizo un gran esfuerzo por hablar serenamente y se figuraba conseguirlo. En efecto, no reveló un solo latido de emoción, ni aun la voz se le quebró, de modo que no era posible que se le adivinara su ansiedad. McCormick, cuyos medios de subsistencia eran con frecuencia más deseados que positivos, sintió algo así como una emoción al oír la recompensa que se le prometía a cambio de ciertos servicios: cincuenta dólares por cada día de trabajo, más cinco mil dólares si lograba dar con el cadáver de la joven.

Nada significaban para Alan estas cantidades: no estaba haciendo cálculos monetarios, y si en vez de tales cifras hubiese dicho dos mil o veinte mil, habría permanecido de la misma manera sin conceder la menor importancia al detalle de la recompensa. Contaba con esas cifras en los Bancos de Nome, y con algo más; de suerte que, de ser necesario, hasta sus rebaños de ciervos hubiera ofrecido si con ello garantizara la posesión de lo que buscaba. McCormick sorprendió en la cara de Olaf una mirada que le explicó en cierto modo el caso. Alan Holt no estaba loco; le pasaba lo que a cualquier hombre que pierde lo más preciado que había para él en el mundo. E inconscientemente, mientras cerraba el contrato por el que se aceptaba su ofrecimiento, dirigió la mirada a la mujer que estaba de pie a la puerta de la rústica

vivienda.

Alan fue hacia ella. Era una mujercita reposada, de dulce mirar. Cuando llegaron a ella, sonrió con modestia a Olaf, dio la mano a Alan, y se le dilataron los ojos al oír lo que había ocurrido a bordo del *Nome*. Alan se separó de los tres y volvió a la playa, en tanto que el sueco, cargando y encendiendo su pipa, puso al corriente a la pareja de lo que él adivinaba, es decir, de que el cadáver de la joven, que no sería nunca empujado por las olas a la costa, significaba para Alan Holt el comienzo y el fin del mundo.

Aquel día recorrieron en su rebusca varias millas de playa, en tanto que Sandy McCormick bogaba incesantemente entre los islotes, al Sur y al Este, en una barca ligera de playa. Por una parte, era un verdadero Paul Revere derrochando inteligencia, y por otra, con sagacidad escocesa hacía un bonito negocio. En doce chozas dio pormenores de cómo era la mujer ahogada y ofreció una recompensa de quinientos dólares al que encontrase el cadáver. Con lo cual, más de veinte hombres y rapaces y unas diez mujeres anduvieron a la rebusca antes que anocheciera.

—Y tened en cuenta —les decía Sandy— que si no es empujada a la costa antes de tres días, poca probabilidad quedará ya de encontrarla.

Al anoecer de aquel día, Alan se encontraba con que había andado diez millas por la costa. Estaba solo, pues Olaf y McCormick habían ido en sentido opuesto. Era otro el Alan que contemplaba ahora el sol, que se hundía tras el horizonte marino, y que tenía a sus espaldas las doradas laderas de las montañas. Parecíale que había pasado la crisis de una grave dolencia y de la lejana tierra de sus mayores llegaba hasta él, penetrándole el cuerpo y el alma, una nueva llamada a la vida. Seguía reflejándose la desesperanza en su rostro, pero con cierta suavidad. Las líneas que se habían marcado en sus facciones como muestra de su obstinada voluntad, habían dejado de contraer su boca; no tenía ya llenos los ojos de oculta angustia, y toda su personalidad parecía la del hombre purificado por una hoguera consumidora. Comenzó el regreso marchando por la entreluz de la hora, cada vez más apagada, y a cada milla que retrocedía volvía a apoderarse de su ánimo aquel algo que se había enseñoreado de él ante la muerte de Mary Standish, y que estaba seguro de no poder sacudir jamás de su espíritu. Y en tanto que se operaba este cambio en él, el pausado retumbar de la noche parecía decirle que el mar no le entregaría su muerta.

Cuando a la media noche llegó a la caseta, Olaf, Sandy McCormick y la mujer de éste se hallaban reunidos. Regresó exhausto. Siete meses de vida en los Estados Unidos decía que le habían debilitado. No preguntó el resultado de las pesquisas de los otros. Lo suponía. Al entrar leyó en los ojos de la mujer una ansiedad casi maternal. Le había preparado café y algo de comer, y le obligó a tomarlo. Sandy contó lo que había hecho, y Olaf fumaba mucho en su pipa y procuraba distraerlos alegrándose del buen tiempo que sin duda se preparaba para el día siguiente. Nadie nombró a Mary Standish.

Alan comprendió que se hallaban todos en un momento de embarazo y que su

presencia era la causa de ello, por lo cual se decidió a encender su pipa, después de comer alguna cosa, y se puso a conversar con Ellen McCormick, elogiando la hermosura de las montañas del otro lado del río Eyak, y haciendo notar cuánta suerte era la suya por tener su casa en tan paradisíaco rincón del mundo. Pero sorprendió un resplandor de algo triste en los ojos de la mujer. Aquél era un sitio muy solitario para una mujer como ella, sin compañía de hijos, y ello hizo que en aquel momento, con la sonrisa en los labios, le dijera algo acerca de los hijos de Sandy. Sí: tendrían hijos... muchos hijos. Sandy se encendió de rubor y Olaf se rió soltando una bocanada de humo. La mujer, en cambio, se puso seria y no se ruborizaba.

—Nos estamos haciendo otra casita —dijo él— y allí tendremos dos habitaciones a propósito para los chicos.

Díjolo con orgullo y encendiendo vanamente la pipa, que ya tenía bien encendida, y también era de orgullo la mirada que envió a su mujer. Al cabo de un momento, Ellen McCormick cubrió tiernamente con su delantal algo que estaba puesto en una mesita, junto a la puerta por donde Alan tenía que pasar para entrar en el cuarto que se le había preparado. Olaf hizo un guiño con los ojos Pero Alan no se percató de nada. No pensaba más sino que llegaría a haber niños en aquella vivienda, puesto que en ella había amor; pero no se le ocurrió hasta entonces, como extraño que era en la casa, pensar en tales cosas.

Al día siguiente reanudaron la busca. Sandy sacó un mapa intrincado de algunos lugares ocultos de la costa oriental donde algunos arrecifes y corrientes encontradas revolvían mucho el mar. Hacia esta costa fuese Alan en el *Norden*, que Olaf impulsaba con el remo. Era ya el ocaso cuando regresaron, y en medio de la calma del maravilloso anochecer, bajo la sonrisa que las montañas les enviaban desde la altura, Olaf creyó que había llegado la hora de decir lo que tenía entre ceja y ceja. Empezó hablando de las burlas traidoras con que solía jugar el agua de los mares alaskanos y de unas fuerzas extrañas que había en el fondo, de las que no le había querido decir nada todavía, y le contó como se le cayó una vez un barril al mar y una semana más tarde lo encontró que iba rumbo al Japón. Hizo resaltar cómo juegan al escondite y cuán traicioneras son las corrientes submarinas.

Y luego abordó bruscamente la cuestión. Más valdría que Mary Standish no fuera arrastrada nunca a la costa, pues tardaría bastantes días, acaso varias semanas en llegar, y el cuerpo sería inidentificable. Era preferible que yaciera en un lugar de reposo en el fondo del mar. Eso era para él “un lugar de reposo”, y en su deseo de mitigar un dolor ajeno, ahondó más en lo horroroso del caso, imaginando qué quedaría de los músculos y la osamenta de un cadáver entre aquellas corrientes y peñascos, de manera que a Alan llegó a parecerle que aquellas palabras llegaban a tener fuerza de realidad. Cuando llegaron a la vista de la casa de McCormick, sintió un gran alivio. Sandy los esperaba cuando echaron pie a la playa. La expresión de su rostro era desusada. Al menos así le pareció a Alan, y su corazón se paralizó un instante en una contenida expectación. Pero el escocés movió la cabeza

negativamente y se acercó a Olaf Ericksen. No sorprendió Alan la mirada que ellos se cruzaron. Entró en la casita, y Ellen McCormick le puso la mano en un brazo, cosa imprevista en ella. Sus ojos brillaban con una luz que no tenían el día anterior, y en las mejillas tenía un arrebol, y su voz un timbre nuevo y extraño. Era casi una exaltación, un entusiasmo difícilmente reprimido.

—¿Ustedes... ustedes no la han encontrado? —le preguntó.

—No —respondióle con voz cansada y como vieja—. ¿Cree usted que puedo seguir teniendo esperanza?

—No de encontrarla como usted creía posible —repuso ella sosegadamente—. Nunca aparecerá en esa forma. ¿Daría usted mucho por volver a verla?

Y al hacerle esta pregunta se veía que se esforzaba por ocultar algo. Pero era una pregunta infantil de puro absurda, y era, en efecto, una chiquilla aquella mujer al mirarle de aquella manera. Él simuló una sonrisa y respondió:

—Claro, cuanto poseo.

—¡Ah, usted... usted estaba enamorado de ella!

A Ellen le temblaba la voz. Era incomprensible que hablara así. Pero no picó en aquel anzuelo de tanteo que ella le echaba. Allí había algo más que la mera curiosidad femenina, y el tono de suavidad con que le hablaba le pareció un buen augurio. Hasta entonces no se había percatado de cómo deseaba poder decir, en contestación a aquella pregunta, no para sí mismo solamente, sino para que alguien más lo oyera:

—¡Sí, la amaba!

Tal confesión le sorprendió a sí mismo. Parecía desconcertante semejante confidencia, sobre todo dado lo reciente de aquella relación. Y no dijo más, aunque en los ojos de Ellen McCormick brillaba una viva expectación. Entró en el cuartucho que había sido su dormitorio y salió en seguida con su maleta. Extrajo de ella el maletín que encerraba los objetos pertenecientes a Mary Standish y se lo entregó a la mujer de Sandy. Aquello iba a ser un negocio, y en tal plan se disponía a hablar.

—Aquí dentro están sus cosas. Las recogí en su camarote. Si después de mi partida la encontrarán, entonces las necesitará usted. Usted me entiende. De lo contrario, guárdemelas. Un día u otro volveré.

¡Cuán duro le era dar tales instrucciones! Luego prosiguió:

—No pienso continuar aquí. En un Banco de Córdova dejaré un cheque firmado con encargo de que le sea entregado a su marido, si la encuentra. Si apareciese, confío que usted la cuidará, ¿no es verdad, señora McCormick?

Ellen titubeó un poco al contestarle que le prometía cumplir el encargo. Siempre la recordaría como a una criatura agradable. Media hora más tarde, después de dar instrucciones a Sandy, al despedirse de Ellen, a ésta le temblaba extrañamente la mano. Maravillóse él, y al dirigirse a la playa dijo a Sandy que era una felicidad inestimable la suya.

El cielo aterciopelado palpitaba con el latido cordial de las estrellas, cuando la

brillante estela del *Norden* se alargaba una vez más mar adentro. Alan se volvió para verlas, y su espíritu se remontó al espacio infinito que se abría en lo alto. Nunca lo había medido en su inmensidad. La vida le había ocupado avaramente. Pero ahora lo contemplaba admirado de tanta amplitud, y sus montañas en la tierra de las tundras le parecían tan lejanas, que invadió su ánimo la sensación de una enorme soledad, en el momento en que miraba otra vez atrás, donde la línea blanca de la arena, ya borrosa, se esfumaba insensiblemente en la oscuridad que se agolpaba al pie de las montañas.

Capítulo XI

Alan pasó aquella noche en la casa de Olaf y reanudó sus interrumpidos planes. No se esforzaba por atenuar la magnitud de la tragedia que había turbado su vida, y sentía que sus efectos perdurarían a lo largo de la misma dando siempre a Mary Standish lugar preferente en su pensamiento, cualquiera que fuese su suerte futura. Pero no era hombre para dejar, por eso, agitar ninguna de sus cualidades, ni de adolecer hasta la muerte porque un contratiempo hubiera oscurecido de momento su visión de las cosas. Todos sus antiguos proyectos se ofrecían en perspectiva, con sus ambiciones y sus sueños de conquista. Parecíale en aquella situación que tales propósitos se habían entibiado y desfallecían, pero comprendía que ello era debido a que todo el fuego de su entusiasmo se había consumido de momento. Así pensando, veía cuán necesario y vital era aventar nuevamente las brasas del rescoldo. Así, pues, escribió ante todo una carta a Ellen McCormick, dentro de la cual puso otra cuidadosamente cerrada, que únicamente podría abrirse en caso de aparecer Mary Standish, y en la cual decía algo que le había sido imposible formular en casa de Sandy. Sería trivial y enojoso para contado, mas para él tenía gran importancia. Luego tomó las últimas medidas para que Olaf le trasladara en el *Norden* a Seward, pues el buque del capitán Rifle navegaría ya rumbo a Unalaska. El pensar en el capitán le movió a ponerle unas líneas contándole brevemente cuán infructuosa había sido su rebusca.

A la mañana siguiente se sorprendió de pensar que se había olvidado por completo de Rossland. Mientras él arreglaba sus asuntos en un Banco, Olaf se enteró de que Rossland se hallaba mejorando en el hospital, y que de diez probabilidades, nueve eran de que se salvaba. No tenía Alan intención de visitarle. No quería saber nada de lo que pudiera revelar acerca de Mary Standish. Pensar en ciertas cosas, tal como ahora consideraba él a Mary Standish, era una especie de profanación. Se daba perfecta cuenta del cambio que volvía a operarse en él, pues aquello era un despertar bastante sorprendente del originario y auténtico Alan Holt. Podía dirigirse a Rossland con el deliberado propósito de escudriñar, como si se tratara de un negocio, la verdad de lo que había pasado, hasta enterarse de todo, a fin de poder luego desechar de su conciencia todo temor de responsabilidad y rehabilitarse a sus propios ojos. En propia defensa sí hubiera dado a Rossland ocasión de desvanecerle con frías razones de algo de intranquilidad de conciencia que inconscientemente alimentaba él mismo. Quería desvanecer aquella sensación, pero también le placía fomentarla, y, por consiguiente, se fue con ella, indemne de las verdades o mentiras que Rossland podía haberle contado.

Salieron de Córdova a primera hora de la tarde. Y al anochecer abordaron en la punta de una isla llena de bosques, a una o dos millas de la costa continental. Olaf, que conocía aquella isla, la había escogido por propia conveniencia. Era una isla intacta y estaba palpitante de pájaros. A Olaf le gustaban los pájaros y le encantaba la algarabía de sus gorjeos vesperales; durante la noche consolarían con sus rumores el desvelo de Alan. Éste empuñó un hacha, y otra vez, desde hacía siete meses, sus músculos respondieron al vigor de su sangre, al blandir la herramienta. Ericksen, en tanto, con la vejez de sus años encaminada al país del Norte, se puso a silbar recio y aún deslizó una áspera tonada entre la crespa barba, y se ocupaba en encender una hoguera, viendo que la medicina del espacio libre comenzaba a ejercer de nuevo sus efectos en la naturaleza de Alan. Para éste, aquello era como encontrarse una vez más en los umbrales de su hogar. Parecíale que había transcurrido en un momento una era, una infinidad de tiempo, al percibir el crujir del jamón puesto en una sartén destapada y el hervor del café, encima de las brasas de madera, en medio de la misteriosa oscuridad de los bosques que se apiñaban alrededor. Después de cortar leña encendió su pipa y se puso a mirar cómo Olaf partía una hogaza medio cocida. Le hizo pensar en su padre. En mil ocasiones habían acampado los dos, cuando Alaska estaba inexplorada y no había mapas que les indicaran lo que había al otro lado de las tierras.

Olaf sentía sobre su conciencia una especie de responsabilidad doctoral, y, consumida la cena, se sentó respaldándose en un tronco y empezó a narrar cosas de sus días de antaño, como si se tratara del día anterior o del otro, y todo terminaba en la olla de oro que durante treinta años había perseguido a la vista de un perpetuo arco iris. Dijo que hacía una semana que cumplió sesenta años y empezaba a creer que no seguiría mucho tiempo en la bahía de Córdova. Siberia le estaba atrayendo como un mundo prohibido, propicio a la aventura y al misterio y lleno de estupendas ocasiones de empresa, mundo que se extendía al otro lado del estrecho, sólo a unas millas de la península de Seward. En su entusiasmo se olvidó del drama de Alan. Habló de la ley cosaca y de las medidas prohibitivas que dificultaban la entrada a los americanos. Allí había más oro del que nunca pudo soñarse en Alaska; las montañas y los ríos carecían todavía de nombre; y a esta tierra quería ir él como le restaran todavía un año o dos de vida, para hallar su fortuna o su desenlace en las montañas de Stanovi. Entre las tribus Chukchi dos veces lo había intentado desde que su viejo compañero falleciera y dos veces le habían hecho regresar. Pero ya sabía perfectamente en qué forma tendría que hacerlo la próxima vez, con lo cual invitó a Alan a que le acompañara.

Era estremecedora la conversación sobre una tierra que estando tan próxima, una noche de travesía por el cuello del mar de Bering, era, no obstante, tan impenetrable como las sagradas mesetas del Tibet. Con esto se le agitaba a Alan la sangre en las venas, porque sabía que de todas las fronteras del mundo la siberiana sería la última en entregarse al hombre y también la más vasta; las potencias tomarían parte en

explorarla. Vio que la mirada de Olaf se encendía de un rojo fuego.

—Y como no vayamos nosotros los primeros, tarde o temprano los amarillos nos tomarán la delantera —gruñó el rudo viejo, sacudiendo su pipa en el hueco de la mano—. Y como lleguen, no vendrán de uno a uno, a pares, ni de tres en tres, sino a millones; esto pasará como los chinos se decidan, y, por consiguiente, deben poner antes que nadie la planta en esas tierras unos cuantos alaskanos. ¿Quieres ir?

Alan movió la cabeza.

—Alguna vez será, mas no ahora.

En sus ojos volvía a brillar el viejo entusiasmo, pues ya sentía la sugestión de nuevas luchas, las encaminadas a librarse de las trabas que les ponía el actual desgobierno en Alaska y a llamar la atención del mundo sobre la nube amarilla que los amenazaba con arrollarlos un día.

—Pero tiene usted razón al señalar el peligro —agregó—. No pasará la invasión del Japón a California, sino que se derramará como una inundación a lo largo de Siberia y saltará a Alaska en una sola noche. Y no es ése el único peligro, Olaf. Hay que pensar en el bolchevismo, con que nos amenaza la más negra de las Rusias; es éste el mal que, como cruce el pequeño brazo de agua y se enseñoree de Alaska, trastornará el continente americano y lo dejará reducido a las piedras rasas. Puede que tarde una generación, acaso un siglo, pero ello es tan cierto como que la luz nos viene de Dios, y será inevitable si consentimos que Alaska se hunda. Ahora bien: yo discrepo de usted en cuanto a los medios para evitarlo.

Se puso a mirar la fogata y vio como el rescoldo brillaba y se consumía.

—No me siento orgulloso de los Estados Unidos —prosiguió como si hablara a alguien que se encontrase oculto en las brasas—. No puedo estarlo teniendo en cuenta que su propaganda poco inteligente y su legislación han acarreado tanta ruina sobre Alaska. Sin embargo, son nuestra salvación y las circunstancias empiezan a cambiar. Reconozco que contamos con distintos partidos y que no nos ponemos de acuerdo sobre nuestras aspiraciones. Será en gran parte por falta de preparación. No podemos llevar Alaska a los Estados Unidos; debemos, por lo contrario, procurar que ellos vengan a nosotros. Tenemos que hacérselo comprender a una gran parte de los ciento diez millones de norteamericanos. Hay que hacer que venga un millón de ellos antes que sobrevenga esa invasión de que hablamos, procedente del Golfo de Anadyr. Es la Tierra de Dios la que tenemos al Norte del 58°, Olaf. Poseemos una riqueza veinte veces mayor que la de California. Podemos muy bien dar vida a ese millón de habitantes. Pero la mala política y las opiniones erróneas que cunden en Alaska lo mismo que en Wáshington no los dejan venir. Teniendo en nuestro suelo carbón suficiente para mil años de explotación, estamos comprando combustible a los Estados Unidos. Tenemos yacimientos de cobre y petróleo que producirían billones, pero no podemos tocarlos. Podríamos contar con algunas de las más gigantescas fábricas, pero nos está vedado, porque se nos niegan todos los elementos necesarios. Insisto en que esto no es obra de conservación. Si se hubieran preocupado un poco de

la industria del salmón..., pero no lo han hecho y el salmón está desapareciendo lo mismo que se extingue el búfalo en las llanuras.

Hizo una pausa y reanudó en seguida su discurso:

—El aniquilar el salmón nos demuestra lo que sucedería si se les quitaran de pronto las barreras aduaneras a los bandidos financieros. La razón y el sentido común aconsejan que hay que guardar las fronteras. La batalla en que debemos vencer, Olaf, es la de llegar a un arreglo honroso y razonable. Y esta lucha va a librarse aquí mismo, en Alaska, y no en Siberia. Ahora bien, si no venciéramos...

Levantó los ojos, que aún tenía fijos en el fuego, y miró sonriendo el rostro velludo de Olaf.

—Digo que en tal caso podemos dar por segura la invasión a través del brazo de mar desde el Golfo de Andyr. —Y sus últimas palabras fueron éstas—: Mas, ¡ay si esto llega a suceder! Entonces los Estados Unidos comprenderían lo que Alaska pudo haber significado para ellos.

La fuerza de su espíritu joven volvió a impulsar la voluntad de Alan, y después de sus palabras creyó estar viendo largo rato algo vivo entre el resplandor de la lumbre que Olaf seguía alimentando. Era el recuerdo de Mary Standish, que le miraba con sus hermosos y serenos ojos, mientras en las espirales vaporosas del humo parecían formarse los rasgos de su pálido rostro. Representábasela su imaginación en el resplandor de las llamas tai como la viera aquel día que le estuvo escuchando en Skagway cuando le contaba las luchas que le esperaban en su tierra. Y le era grato pensar que, de no haber muerto, se hubiera unido a él, para defender la suerte de Alaska. Era éste un pensamiento que le hacía algo dificultosa la respiración, pues todas las visiones que él tenía y que Olaf no podía vislumbrar terminaban en la evocación de aquella escena en que Mary Standish, de espaldas a la puerta de su camarote, le miraba fijamente, los labios temblorosos y los ojos arrasados en lágrimas, herido su orgullo en el último momento en que le instaba por conservar la vida.

Al día siguiente no sabía cuántas horas había dormido. Los sueños habían estado rondándole toda la noche en un delirio incesante, despertándole con frecuencia, y se quedaba mirando las estrellas procurando ahuyentar todo pensamiento. A pesar de la tristeza que le llenaba el alma, le era grato ensoñar de aquella manera, como si en su subconsciencia actuase una secreta fuerza que disipara las sombras de la tragedia. Volvía a ver a Mary Standish a su lado, entre las montañas de Skagway; luego iban juntos por el corazón de las tundras, brillantes de sol los cabellos y los ojos de ella, rodeados de la maravilla de las rosas silvestres, de mares de tallos de algodón irisados, rojizos y blancos, de margaritas como ojos de pupila dorada y en medio del cantar de los pájaros en la delicia del verano. Hasta los pájaros oía; y la voz de la muchacha que les contestaba en un concierto de felicidad, y que por los ojos le comunicaba a él toda su dicha. Al despertarse lanzó un leve grito, como si le hubieran dado un golpe. Ya estaba Olaf preparando el fuego, y la aurora apuntaba mostrando

sus rosados resplandores sobre las montañas.

Capítulo XII

La primera noche, la primera alborada que Alan pasó en el corazón de su naturaleza, que le enviaba una nueva oleada de vitalidad en la luz de las altas cumbres de las sierras de Chugach y Kenai, determinaron la reacción que había de sacarle del abismo sentimental en que había caído. Ahora comprendía cómo su padre pudo durante muchos años haberse acordado constantemente de una mujer, que a su parecer había muerto hacía una infinidad de tiempo. Incontables veces había sorprendido el milagro de su presencia en la mirada de su padre, y recordaba que una vez, estando ambos contemplando el valle que quedaba a espaldas de la montaña inundado de sol, Holt padre dijo:

—El día doce del mes pasado hizo veintisiete años que tu madre anduvo conmigo por ese valle, Alan. ¿Ves una suave curva en la hondonada, donde hay un peñasco que brilla al sol? Allí estuvimos descansando. Tú no habías venido aún al mundo.

Había hablado de aquel día como si se tratara de la jornada de la víspera. Y Alan guardaba claro el recuerdo de la expresión de felicidad de su padre al contemplar a lo lejos algo que sólo él era capaz de ver.

Era una felicidad extraña, agridulce dicha como la que ahora comenzaba a poner su albergue en el corazón de Alan, al lado de un latente pesar. No sería nunca aquel corazón una morada desierta. No volvería a encontrarse solo. Comprendía que aquello formaba ya parte inextinguible de su existencia, como le había pasado a su padre, causándole un dulce dolor, infundiéndole ánimo y despertando en su conciencia la esperanza de que hay un más allá que es lugar de nuevos y definitivos encuentros. Durante varios días estuvo desarrollándose en él este sentimiento, sin que pupila humana alguna pudiera percatarse de ello. Era un íntimo secreto aislado tras un muro de reserva que lo mantenía aparte de la estoica pasividad de su carácter, que muchos calificaban de indiferencia. Olaf veía algo más que los otros, porque había conocido al padre de Alan como a un hermano. Siempre había sido así Holt padre: recto, limpio de sentimientos, hondo en sus afectos, y en los momentos más adversos tenía la sonrisa en los labios. De esta manera le había visto dar cara a la muerte. También le había visto armarse de un imponente valor por conjuro de una bella imagen que a sus ojos adquiría vida corpórea, y reanudar denodadamente luchas pasadas en el mundo reducido a cenizas. Algo de esto veía también Olaf en el hijo, durante los días que los dos se encaminaban a la costa alaskana. Alan sólo pronunciaba para sus adentros el nombre de Mary Standish, de la misma manera que su padre conservara como cosa sagrada el nombre de Elisabeth en el corazón. Olaf, con sus ojos benignos y su poderosa retentiva, observaba cuán parecido era el hijo al

padre, pero la discreción le ataba la lengua, y no reveló a Alan ninguno de los pensamientos que le ocupaban.

Le hablaba de Siberia, siempre de Siberia. Y no se apresuraba por llegar a la costa de Seward. Tampoco Alan sentía gran prisa por llegar. Los días eran tibios gracias a las anticipadas brisas estivales. Las noches eran frescas y se cuajaban de estrellas. De día en día iban apareciendo nuevas montañas como castillos cuyas almenas rozaban los cortinajes y banderas de las nubes. No se apartaban mucho de la costa, y avanzaban entre islas, acampando todos los días antes de caer el sol. A millares se dirigían los pájaros al Norte, y todas las noches, de la fogata que encendía Olaf salía el olor de la carne que guisaba o del asado. Cuando llegaron, por fin, a Seward y Olaf tuvo que despedirse, lo hizo con un raro parpadeo en la mirada. Alan, para consolarle, le dijo que confiaba poder ir un día con él a Siberia. Luego se quedó viendo como el *Norden* se alejaba, hasta que la navecilla hubo desaparecido en la extensión del mar... Al encontrarse solo, Alan sintió como nunca el deseo de llegar a su tierra. Acompañóle la suerte, pues a los dos días de su llegada a Seward el buque que llevaba subsistencias al cordón de establecimientos que se extiende a lo largo de mil millas por el Pacífico, zarpó de la Bahía de Resurrección y consiguió que le librasen pasaje. Y empezó un ir dejando atrás islotes del Pacífico septentrional, teniendo constantemente a la vista, a lo lejos, los grises cantiles de la península de Alaska y las cordilleras que se levantaban más allá escalonadamente, relumbrantes de glaciares, con algunas humaredas volcánicas y tan empinadas que a veces se pierden en las nubes. Haciendo previa escala en los criaderos de Kurluk y en los viveros de Uyak y Chignik, el paquebote visitó los establecimientos de la isla de Unga, desde donde hizo rápidamente un trayecto de trescientas millas hasta Puerto Dutch y Unalaska, Otra vez estuvo de suerte, pues a la semana de desembarcar pudo hacerse acomodar en un buque mercante, y el 12 de junio echó pie a tierra en Nome.

Su llegada al hogar no fue anunciada, pero la sola vista de la pequeña ciudad gris con sus negruzcas y seculares sombras, su multitud de chimeneas domésticas y las dos altas y solitarias chimeneas fabriles de ladrillo, le ahogó un poco de emoción, cuando ya desde cubierta las iba viendo delinear y crecer, antes de desembarcar. No alcanzaba a ver más que una de las dos únicas chimeneas de ladrillo que hay en todo el norte de Alaska, en la cual el sol se reflejaba; veinte millas al fondo se alzaban los picos desgarrados de la sierra de Saw-Tooth, como si se pudiera llegar a ella en media hora, y sobre toda la tierra que quedaba en medio se posaba una brumosa oscuridad. Allí había pasado muchos días de su vida, allí había tenido alegrías y dolores y habían sucedido las cosas más inolvidables; por lo tanto, los edificios que le recibían nuevamente, las torcidas callejas y todo lo que a otros pudiera antojárseles feo y desagradable, a él le causaba una cálida e íntima emoción. Allí estaba su gente, hombres y mujeres guardadores de la puerta norte del mundo, país de epopeya, lleno de corazones valerosos y amantes de la Naturaleza como de la propia vida. De aquella limitada región, cerrada al mundo durante medio año, hombres y mujeres

jóvenes salían para las Universidades del Sur, para las grandes ciudades, atraídos por el deslumbramiento y el señuelo de afuera, Pero siempre regresaban. Nome los atraía con su soledad en invierno, la penumbra gris de sus primaveras y sus magníficos otoños y veranos. Era el plantío de una nueva raza, y ésta lo amaba de la misma manera que Alan. Para él valía más la negra torre del telégrafo sin hilos que la estatua de la Libertad; más las tres agujas, batidas por los elementos, de las iglesias que las colosales obras arquitectónicas de Nueva York y de Wáshington. Junto a una de aquellas iglesias había jugado él de muchacho, había visto pintar los campanarios. Había tomado parte en la formación de aquellas calles torcidas. Allí había sufrido, gozado y muerto su madre, y las huellas de los pies de su padre habían cruzado las blancas arenas de la playa cuando ésta se cubría de blancas tiendas como un bando de gaviotas.

Cuando hubo echado pie a tierra la gente le miraba y le dieron la bienvenida. No le esperaban, y la misma sorpresa de su llegada hacía que los apretones de mano fueran más fuertes que nunca. Jamás había oído voces como aquéllas en los Estados Unidos, voces de una alegría que casi era una exaltación. Los chiquillos acudían a él corriendo, y entre las personas blancas, los esquimales le, daban la mano sonriendo. Rápidamente se esparció la noticia de que Alan Holt acababa de llegar de los Estados Unidos. A las veinticuatro horas ya se sabía en Shelton, en Candle, en Keewalik y en Kotzebue Sound. Tal fue el comienzo de su regreso a su casa. Pero casi adelantándose personalmente a la noticia encaminóse por Front Street y se detuvo en el restaurante de Bahlke para beber una taza de café y luego, casi al azar, se dirigió a la oficina de Lomen en el edificio del Tin Bank.

Una semana permaneció Alan en Nome. Carl Lomen había llegado unas semanas antes que él, y sus hermanos habían bajado de las montañas de la península Choris. Habían tenido un buen invierno, y se esperaba un verano estupendo. Los rebaños de Lomen aumentarían en cuarenta mil cabezas. También prosperaban otros cien rebaños, y los esquimales y los lapones estaban rollizos y llenos de bienestar. Había en Alaska más de trescientos mil renos, y los ganaderos estaban entusiasmados. ¡Espléndidos eran los datos, teniendo en cuenta que en 1902 no llegaban las cabezas de ganado a cinco mil! En otros veinte años llegarían a diez millones.

Mas a pesar de tanta prosperidad presente, que prometía ser mayor todavía en lo por venir, Alan advertía que en Nome se notaba una oculta corriente de intranquilidad y de recelo. Después de esperar otro invierno inacabable, mientras sus hombres más conspicuos abogaban en Wáshington por la salvación de Alaska, andaba ya de boca en boca, de establecimiento en establecimiento, de cordillera en cordillera, el comentario de que la burocracia, que desde millares de millas les malgovernaba, no estaba en disposición de mover la mano para aliviarlos. Los capitalistas federales, que dominaban la situación, no estaban dispuestos a renunciar a su poder maléfico, y sus procedimientos opresores continuarían como siempre. El carbón extraído de las minas de Alaska a diez dólares la tonelada seguiría costando treinta. El almacenaje de

los comestibles en Nome seguiría haciéndose pagar a cincuenta y dos dólares la tonelada, debiendo costar sólo veinte. La piratería comercial continuaría teniendo carta de naturaleza; las oficinas mercantiles y financieras se combatían mutuamente por conquistar mayor poder, y en este torbellino de intereses Alaska continuaba encadenada en su maravillosa tierra, lo mismo que si un hombre se muriese de hambre y lo maniataran delante de unos manjares. El pauperismo, la degeneración de la raza, el crimen evidente, la política del desgobierno que había ya mermado en un veinticinco por ciento la población de los hogares alaskanos, continuaría lo mismo indefinidamente. Un presidente de los Estados Unidos había prometido visitar las magníficas tierras del Norte y ver lo que allí pasaba con sus propios ojos. Pero ¿sería cierto que iría? Otras promesas se les habían hecho, muchas promesas que siempre habían sido vanas. Y, no obstante, la esperanza se infiltraba por todo Alaska; con esta esperanza, aquella gente, cuyo ardor era invencible, comenzaba a edificar. Aunque despacio, la libertad se abría paso. Como siempre, la justicia triunfaría a la postre. Las llaves enmohecidas abrirían por fin los cerrojos que habían privado de sus riquezas y recursos naturales a los alaskanos. Y aquellas gentes estaban decididas a seguir construyendo, contra todas las adversidades, para estar mejor preparados el día en que llegara la libertad de desenvolverse cada cual según sus posibilidades.

En aquellos días, en que los anhelos de los hombres emprendedores necesitaban ser espoleados y no frenados, ni Alan ni Carl Lomen insistieron en la amenaza de las formidables entidades financieras como la dirigida por John Graham (estas entidades luchaban para suprimir al mejor amigo que tuvo nunca Alaska: el Servicio Biológico, y respaldaban con todo su poder la ruinosa legislación que ponía a Alaska bajo el control de un grupo de cinco hombres para hacer posible un engrandecimiento, mucho más fatal que la sofocante política conservadora). Muy al contrario, exteriorizaban un optimismo de hombres poseídos de una inextinguible fe. Habían pasado ya los días negros. Se disipaban las nubes. La comprensión se iba abriendo paso como con resplandores de nuevo sol. La libertad de Alaska iba a ser muy pronto una realidad. Así predicaban, y tenían razón, porque los hombres que le quedaban al país, después de muchos años de desesperanza y miseria, eran verdaderos luchadores. Y sus mujeres eran las madres y las esposas de una nueva nación que empezaba a edificarse.

Alan observó bien a estas madres y a estas esposas durante su estancia en Nome. Hubiera dado la vida porque pudieran llegar a conocer a tales mujeres unos millones de personas de los Estados Unidos. Algo notable pasaría entonces, pues la fraternidad de medio continente —el que posee el poder de los sufragios— les abriría los brazos. Desaparecerían hombres como John Graham. Alaska tendría derecho a renacer. Porque tales mujeres eran de las que todos los días saludan al sol —en invierno a la penumbra— con un sentimiento más fuerte que la misma esperanza. También ellas eran constructoras. Sentían en lo más hondo de su alma el temor de Dios y el amor a la tierra; siempre se hallaban al lado de los varones en la obra de levantar una nación

en el extremo del mundo.

Varias veces durante aquella semana sintió Alan necesidad de hablar de Mary Standish; pero ni siquiera a Carl Lomen le dijo una palabra acerca de su desaparición. Cada día que pasaba le hacía más íntimo el recuerdo de ella, dándole la sensación de que constituía una parte oculta de su propia existencia, de la cual no podía decir nada a nadie. Así es que cuando le interrogaban acerca de lo que había visto y hecho en Córdova y durante el viaje, procuraba eludir la conversación. Y era curioso que cuanto más aislado de los demás se encontraba, más cerca la sentía a ella. Se acordaba de que lo mismo le pasaba a su padre, que nunca se sentía tan dichoso como cuando se encontraba en las intrincadas montañas y las inacabables tundras. Asimismo Alan se emocionó con un íntimo placer cuando, terminado el trabajo que le retenía en Nome, llegó el momento de partir.

Carl Lomen le acompañó hasta el gran hato de la península de Choris. Recorrieron cien millas hacia Shelton arrastrados por perros en un pequeño vehículo, sobre unos estrechos raíles, y a veces se le antojaba a Alan que Mary Standish iba con él por aquel camino, a lo largo de un mundo selvático. La *veía*. Tal fue la extraña sensación que empezó a dominarle. Por momentos los ojos de la joven le enviaban su resplandor y sus labios una sonrisa. Su presencia era tan real, que le hubiera dicho algo, de no estar allí al lado Lomen. No hacía nada por librarse de esta visión. Le era muy grato pensar que ella le acompañaba en la ruta del corazón de Alaska, guiando al pintoresco *pupmobile* o carro tirado por perros, perdiéndose entre sus montañas y sus tundras, sintiendo el gozo de ver como se abría ante ella, poco a poco, un mundo desconocido como la revelación de un gran misterio. Eran cosa de maravilla y de gloria aquellas millas que recorrían y que iban quedando atrás, y el prodigio que los atraía hacia el Norte. Los días eran más largos. La noche, tal como la conocía Mary Standish, había desaparecido. En 20 de junio el día tenía veinte horas, con un opaco y hermoso crepúsculo que duraba de once a una. El sueño no se regulaba por la salida y la puesta del sol, sino por las agujas del reloj. Un mundo helado hasta las raíces durante siete meses se abría como una inmensa flor.

Alan y su compañero fueron luego, desde Shelton, a visitar a los ochocientos o novecientos moradores de Candle, y de allí se trasladaron, por el río Keewalik, a la ciudad de este nombre, en Kotzebue Sound. Una nave empujada por lapones les trasladó a la península de Choris, donde los dos permanecieron una semana entre la gran manada de quince mil renos de Lomen. Alan estaba deseando proseguir el viaje, pero disimulaba su impaciencia. Sentía que algo le apremiaba, le espoleaba para apresurar la marcha. Por vez primera, desde hacía meses, oyó el trepidante trueno que producen las pezuñas de tantos renos al correr, y aquella música era como una ruda llamada de sus rebaños apremiándole para que llegara a casa. Tuvo una gran alegría cuando, pasada la semana, ya no había nada que hacer allí. El vapor le trasladó a Kotzebue. Era de noche según su reloj, cuando salió del delta del Kobuk en una barcaza de una Sociedad de descarga, en compañía de Paul Davidovitch. Pero no

estaba oscuro. Una tarde, a los catorce días, llegaron a Redstone, a doscientas millas al norte de la embocadura del río Kobuk, lugar donde éste da una vuelta. Cenaron juntos en la arena, y después Paul Davidovitch se volvió, impulsado por la suave corriente y agitando la mano al aire hasta desaparecer.

Hasta que se dejó de oír el motor de la barcaza del ruso, no tuvo Alan plena sensación de la inmensa libertad que le rodeaba. Por fin, después de tantos meses, que se le habían hecho años, volvía a estar solo. Hacia el Noroeste se alargaba la ruta sin señales que él conocía tan bien. Eran ciento cincuenta millas de marcha sin camino, por un paisaje del que los mapas no dan cuenta, las que había que recorrer, como en un vuelo de pájaro, hasta la linde de sus tierras, en la falda de los montes de Endicott. Una ligera exclamación brotada de sus propios labios le causó un poco de sobresalto. Le había hecho el efecto de que había llamado a Tautuk y a Amuk Toolik, a Keok y a Nawadlook para decirles que estaba camino de casa y que no tardaría en llegar. Nunca le había parecido tan codiciable aquella escondida tierra que él había descubierto. Había algo en aquel apartamiento que daba acogida maternal, bondadosa, dulcemente cómoda a la otra realidad que ahora llevaba oculta en su corazón. Aquella tierra le tendía los brazos, comprendiéndole, dándole la bienvenida, instándole a salvar afanosa y rápidamente la distancia que todavía le separaba de ella. Y él estaba dispuesto a responder a esta llamada.

Consultó su reloj. Eran las cinco de la tarde. Había estado un día entero con el ruso, pero no tenía ganas de descansar ni de dormir. El olor almizclado de las tundras que le llegaba a través de los pequeños bosques que bordeaban los arroyos era como un tóxico que le enardecía la sangre. Antes de tumbarse a dormir de cara a las estrellas quería llegar a sus tundras. Apetecía salir de en medio de los bosques y contemplar el paisaje abierto y dilatado. ¡Cuán loco el que llamara a aquellas extensiones “tierras baldías”!

Emprendió una marcha como de atleta en unas carreras. Y mucho antes de las horas crepusculares del sueño pudieron contemplar sus ojos las dilatadas tierras que para los “mapistas” eran terrenos estériles, pero que para él eran el Paraíso. En un otero se detuvo bajo el oro solar y dio una ojeada alrededor. Dejó en el suelo el bulto de su equipaje y destocóse para sentir la caricia del viento fresco desmelenándole. ¡Ah, si Mary Standish hubiera llegado a contemplar aquel espectáculo! Extendió los brazos como si, atraído por los ojos de ella, se le quisiera acercar, mientras su nombre, que reposaba en el corazón de Alan, brotaba en un murmullo a sus labios inmóviles. Dilatábanse ante sus ojos las tundras, rasas, magníficas, sin árboles, doradas y verdes y llenas de flores, como un ritmo de vida que nunca pudiera soñarse entre bosques. Había pisado unas matas de nomeolvides y de violetas blancuzcas y amarillentas, que le enviaron una fragancia que le llenó de delicia al respirar a plenos pulmones. Un blanco mar de margaritas de áurea pupila se extendía un poco más allá hasta perderse de vista, y los iris purpúreos, que le llegarían a la rodilla, se mecían entre ellas al soplo de la brisa, que hacía ondear asimismo las juncias empenachadas

que tanto le deleitaban. Las vainas estaban verdes, y pronto, al abrirse, las tundras aparecían alfombradas de blanco.

Estuvo atento a la voz de la Naturaleza. Todo el ámbito estaba lleno de una sinfonía de pájaros, velada ya y soñolienta, aunque todavía el sol era un globo ardiente en el cielo azul. Muchas veces había observado este milagro de cómo los pequeños seres alados saben por instinto cuándo es hora de retirarse a dormir durante los meses en que no hay verdadera noche. Recogió el bulto y reanudó la marcha. Percibió un rumor que se levantaba de un charcal oculto: era el ronquido crepuscular de las ocas que se acostaban en sus nidos y el graznido de los patos silvestres. Oyó también las notas como de flauta de un solitario pato musical, y de un pardal las quejas nostálgicas; y de lejos, de donde un ribete de sombra se alargaba sobre el horizonte, provenían las ásperas y huecas notas de las grullas y las voces roncadas de los somormujos. Y de muy cerca, donde había un grupo de sauces, partían los salpicados gorjeos de un tordo, rendido de todo el día, y la dulce y amortiguada canción tardía de un petirrojo. *¡La noche!* Alan se sonrió, mientras un rosado resplandor solar le daba en la cara. *¡La hora de acostarse!* Y consultó otra vez el reloj.

Eran las nueve. Las nueve ya, y todavía las flores estaban abiertas a los rayos del cielo luminoso. ¿Y a esto le llama la gente de los Estados Unidos una tierra helada, una corteza de nieves y hielos situada al extremo del mundo, lugar donde sólo las naturalezas privilegiadas sobreviven? ¡Y pensar que a tales extremos de necesidad e ignorancia haya llegado la gente, aun en una época de superhombres inteligentes y cultos! Resultaba humorístico. Pero era trágico.

Llegó, por fin, a un lugar en donde había un lago bruñido bordeado de penachos: en esta hondonada afelpada se recogía la entreluz como una sombra en una bella copa; a la orilla se formaba una curva como un regazo. Allí amontonó Alan un poco de hierba mullida y extendió sus mantas. Se hizo un silencio profundo, sólo alterado por los gritos de los viejos somormujos y de los búhos. A las once todavía distinguía claramente las aves acuáticas en el dormido espejo. Pero las estrellas se asomaban. Se hizo más oscuro, y el sonrosado matiz del sol se convirtió en una sombra amoratada al acercarse la pálida noche: cuatro horas de descanso, sin verdadera luz ni verdadera sombra. Alan se quedó dormido, hundida la cabeza en una almohada de juncia y hierba.

Despertáronle las canciones de los pájaros y se bañó al alba en el lago, ahuyentando al ir a sumergirse a una gran multitud de patos jóvenes entre las cañas y las hierbas. Aquel día y los dos siguientes siguió su viaje a buena marcha, internándose en la tierra de las tundras, casi sin descansar. Se le ocurría pensar que todas las aves de la tierra tenían que haber salido originariamente de allí, donde por todas partes había arroyuelos y lagos y sotos, de suerte que, entre el agua y los pájaros, en las primeras horas de la mañana se hacía una verdadera Babel de sonoridades. En el dulce regazo de aquella tierra percibía un latido maternal que le

llenaba de fuerzas y de ánimo, y que le murmuraba que Dios, conociendo los requerimientos, la gloria y la fe de la vida, había creado aquella tierra donde el día duraba veinte horas y la noche era cuatro horas de crepúsculo. Allí no hay oscuridad durante los días de verano; sin embargo, en el corazón de Alan, al acercarse a su casa, había unas sombras que la luz del país no podía llegar a disipar.

Las tundras le habían dado una sensación más real de Mary Standish. Por aquellas extensiones de arbolado, cuya vastedad sólo estaba limitada por el cielo, parecía que ella andaba junto a él casi dándole la mano. A veces era como un suplicio que tenía que sufrir por su locura, y cuando pensaba cuán distintas podían haber sido las cosas y recordaba con demasiado realismo que acaso era él el que había silenciado por medio de la muerte aquella existencia gozosa que todavía alentaba en él en espíritu, se le escapaba un sollozo, pero no se avergonzaba de ello. Efectivamente, pensándolo bien, comprendía que Mary Standish no habría muerto de haberle él hablado en otra forma aquella noche a bordo. No es que ella hubiera muerto por él, mas sí por culpa de él, que no supo responder animando la voluntad que ella esperara despertarle, con lo cual destruyó la última esperanza que habría mantenido la fe de la joven. Si no hubiera sido tan ciego, de haberle inspirado Dios mayor prudencia, ella andaría a su lado sonriente en aquella aurora sonrosada, cansada de andar entre las flores, durmiendo bajo las diáfanas estrellas, feliz y confiada, y pensando en él para todo. Al menos, así lo pensaba él en su inmensa soledad.

No admitía la idea de que otras exigencias la reclamaran, y de que no fuera suya para defenderla y luchar por ella. No se le ocurría preguntarse si la habrían podido sujetar grilletes o cadenas ni si la hubieran guiado otras inclinaciones. Suspiraba por ella, que ya estaba muerta, porque creía estar seguro que su vida sólo hubiera sido para él. No se le había podido quitar esta idea de la cabeza; pero ella había desaparecido. Y él era el culpable de ello; por eso, después de cinco noches de insomnio bajo las estrellas, la lloró como un chiquillo apoyando la frente en los brazos, y a la mañana siguiente, al reanudar la marcha, el mundo le pareció más grande y más vacío que nunca.

Tenía el semblante pálido y contraído, era una cara envejecida en poco tiempo, y andaba despacio, pues hasta perdía la ilusión de encontrarse entre los suyos. No podría reírse con Keok y Nawadlook, ni lanzar el viejo grito de las tundras a Amule y Toolik y su gente, que estarían revueltos con la alegría de verle de regreso. Todos le querían. No lo dudaba. Aquellos afectos eran parte de su vida, y el comprender que su correspondencia a tanto amor no sería en el mejor de los casos más que una mísera y entrecortada frase, le llenaba de temor. Una extraña dolencia se iba apoderando de su cuerpo; le dolía la cabeza y aquel mediodía ni se preocupó de comer.

A última hora de la tarde comenzó a distinguir a lo lejos la mancha de los chopos junto a los manantiales de agua caliente, muy cerca de su casa. Muchas veces había ido al bosquecillo de chopos, oasis de follaje perdido en las inmensas tundras, donde él había construido un pequeño cobijo. Le gustaba mucho aquel sitio. Siempre le

había parecido que, de vez en cuando, debía visitar aquellos árboles desamparados para brindarles su simpatía de camarada. El nombre de su padre estaba grabado en el tronco del más viejo, y debajo del nombre se leía la fecha en que Holt padre los descubriera en medio de aquellas tierras donde ningún hombre había puesto la planta hasta entonces.

Alan había convertido aquel lugar en una especie de relicario, en un tabernáculo de memorias verde y dulcemente floreado, donde la canción de los pájaros, la paz de los veranos y la soledad fantasmal del invierno habían contribuido a la formación de su alma. Hacía meses que la imaginación le había anticipado este momento de su regreso al hogar, viendo en lontananza los viejos chopos que le reconocían y le daban la bienvenida, teniendo por fondo las descendientes estribaciones y las heladas cumbres de las montañas de Endicott. Y ahora que lo estaba contemplando, algo le impedía sentir la esperada emoción. Avanzó por el lado oeste entre dos hileras de sauces entre las cuales corría el riachuelo que formaban los manantiales, y ya habría andado un cuarto de milla cuando algo le obligó a detenerse.

Al principio le pareció percibir estampidos de escopetas, pero al pronto comprendió que no podía ser, y súbitamente cayó en la cuenta de lo que pasaba. Era el día 4 de julio y alguien echaba petardos en el bosquecillo.

En sus labios floreció una sonrisa. Se acordó de la costumbre funesta que tenía Keok de prender todo un montón de una vez, y que por tal derroche nunca dejaba de reprenderla Nawadlook. Habrían preparado una fiesta para recibirle, y seguramente Tautuk y Amuk Toolik habrían ido a buscar a Allakakat o a Tanana un buen repuesto de *bing-bangs*. El peso que le había venido oprimiendo el alma empezó a aligerársele, y la sonrisa no se le iba de los labios. Súbito, como requerido por una voz ignorada, volvió los ojos al tronco seco del árbol muerto que había estado allí como un centinela del bosque durante muchos años. En el extremo había una bandera de los Estados Unidos ondeando vistosamente al impulso de la brisa dorada de sol poniente.

Se rió por lo bajo. Allí estaba la gente que le quería, que deseaba verle de nuevo. El corazón se le aceleró al evocar una pasada felicidad. Apresuró la marcha hacia unas mimbreras que se alzaban casi tanto como los árboles. ¡Qué sorpresa se iban a llevar! La sorpresa que iba a darles les causaría asombro y regocijo.

Se acercó al primer árbol y se escondió cauteloso. Oía el estallido de los petardos sueltos, y luego sonó uno de los más grandes, de los que siempre hacían a Nawadlook llevarse las manos a sus lindas orejas. Se fue deslizado por un otero hasta una hondonada, y desde allí ganó la loma opuesta. La escena era tal como había pensado. Subida a un tronco caído, divisó a Keok a unos cien metros de él, en el momento en que echaba un montón de petardos chisporroteantes a la vez. Los demás debían estar alrededor, como espectadores, en forma que él no llegaba a verlos. Siguió avanzando sin hacer ruido, hasta ocultarse detrás de un espeso matorral, a doce pasos de ellos. Por fin estaba junto a los suyos, pero Keok continuaba de espaldas encima del tronco.

Le extrañaba no oír ni ver a nadie más. Le intrigó ver algo raro en Keok.

Súbitamente le dio un vuelco el corazón y se le paralizó. No era Keok la que tenía por peana el tronco. ¡Tampoco era Nawadlook! Se incorporó y salió del escondite. La esbelta figura de la muchacha se ladeó y Alan vio que su cabeza brillaba como si fuese de oro.

—¡Keok! —exclamó.

Pero ¿estaría loco? ¿Le habría trastornado el dolor la cabeza? Y en seguida rectificó su exclamación:

—¡Mary!... ¡Mary Standish!

Ella se volvió. Alan Holt tenía el color quebrado. ¿Era la muerta con quien había ido pensando la que se le aparecía? Pero no; era la misma y auténtica Mary Standish la que estaba subida al viejo tronco, prendiendo petardos en aquel atardecer de su regreso al hogar.

Capítulo XIII

Después de llamarla, Alan enmudeció y se quedó inmóvil. No lo podía dudar. No era una ilusión de la mente, ni un raptó de demencia. Era la realidad. La impresión que recibía le rasgaba todas sus fibras y le paraba como una estatua tallada en madera. Luego le sobrevino un relajamiento invencible. Una fuerza extraña quebrantaba su cuerpo y le hacía permanecer con los brazos caídos. ¡Allí estaba ella sana y salva! Vio que la palidez de su rostro se iba convirtiendo en rubor y la oyó dar un grito reprimido, al mismo tiempo que saltaba del tronco y se dirigía a él. Todo sucedió en unos segundos, pero a Alan le pareció mucho tiempo.

No veía nada de lo que la rodeaba; era como si se le apareciese flotando en la fría bruma del mar. Ella se detuvo a un paso de él, viendo la sorpresa que se reflejaba en su rostro. Era algo que la impresionó, por lo cual, dándose él vaga cuenta de ello, hizo un esfuerzo por volver en sí.

—Casi me ha asustado usted —le dijo ella—; le hemos estado esperando, y hasta yo me adelanté un buen trecho hace algunos minutos para vislumbrarle en las tundras. Pero el sol me daba en los ojos y no le vi venir.

Milagro parecía oír aquella voz serena, dulce y emocionante que le hablaba como si reanudaran un diálogo del día anterior y que con una contenida alegría le daba la bienvenida. Le era imposible darse cuenta en aquellos momentos de la distancia inconmensurable que separaba sus impresiones particulares. Él era simplemente Alan Holt, en tanto que ella era la muerta resucitada. Algunas veces, en medio de su dolor, se había complacido en pensar que de estar en su mano el hacer el milagro, la hubiera resucitado en aquella misma forma: también había pensado levantarla en los brazos para no dejarla caer nunca más. Pero ya que el milagro se había verificado y que ella se encontraba delante de él, no acertó a hacer el menor movimiento, sino que únicamente se le ocurrió decir:

—¿Usted?... ¡Mary Standish! Yo creí...

No pudo terminar. No era él quien hablaba, sino otra personalidad que llevaba consigo y que trataba de justificar su inmovilidad. Quería expresar en voz alta su alegría, dar gritos de alborozo, pero los nervios no le obedecían. La joven le tocó tímidamente el brazo y le dijo:

—Creí que no le importaría, que le tendría sin cuidado... que yo viniera aquí.

¡Que no le importaría! Estas palabras le hicieron el efecto de una explosión, desbaratando sus ideas, al tiempo que el roce de su mano le transmitió una sensación de fuego. Entonces lanzó una exclamación, un grito incomprensible, y al mismo tiempo la abrazó tiernamente. La estrechó contra el pecho llenándole los labios de

besos sintiendo que las manos le ardían entre su cabello y que el fino cuerpo de ella se le deshacía entre los brazos. Estaba salvada, había ido en su busca, y todas las cosas del mundo desaparecieron en aquel momento de deslumbramiento para dar sólo cabida en su mente a la extraordinaria verdad que le invadía con una deliciosa emoción. Pero de pronto se dio cuenta de que ella pugnaba y se debatía con violencia por librarse de sus brazos, empujándole con las manos en la cara para librarse. Tan cerca la tenía que al momento sólo le vio los ojos, y en ellos no encontró la expresión que él soñara, sino tan sólo una mirada de espanto. Fue un golpe que recibió en medio de su corazón, y volvió a dejar caer los brazos. Retrocedió ella, como tambaleándose un poco y con el aliento alterado y la tez muy pálida.

Le había hecho daño. Lo veía en sus ojos en la manera de mirarle, como viendo en él un peligro del que tendría que apartarse como no le infundiera valor para dominarle. Viéndola luego parada, rojos de sus besos los entreabiertos labios, revuelto su sedoso pelo, tendióle los brazos en muda súplica. Pero ella le objetó, respirando aún con fatiga:

—¿Cree que he venido para esto?

—No —dijo él—. Lamento mi precipitación. Perdón. No era de enojo la expresión que él veía en el rostro de la joven, sino más bien una mezcla de sorpresa y de dolor físico, y él se sentía observado, medido de arriba abajo, lo mismo que aquella noche en el camarote, cuando ella estaba de espaldas a la puerta. No obstante, no podía entretenerse en reconstruir y atar cabos, porque toda la atención de su pensamiento se concentraba inconscientemente en una sola cosa, en el estupendo hecho de que Mary Standish estaba viva. No se le ocurría hacerse la menor pregunta acerca de cómo había podido salvarse del mar. Sentía que las piernas le flaqueaban; tenía necesidad de reír, de llorar, de entregarse a raros extremos, como una débil mujer. Tan violento fue el choque de felicidad que acababa de experimentar. La brusca sensación fue calándole todo el cuerpo como un sutil fluido. Ella lo notó en el cambio de color de su cara, que de gris de piedra tomó un tinte más natural, y viéndole se sorprendía un poco, pero él estaba tan obsesionado por su única idea fija, que no veía el creciente asombro con que le miraba.

—¡Está usted viva! —dijo por fin, volviendo a manifestar la sola preocupación que le torturaba el cerebro—. ¡Sana y salva!

Se le antojaba que tenía que acabar de persuadirse pronunciando infinidad de veces estas palabras. La muchacha se dio cuenta de que empezaba a oscurecer. Pero todavía le preguntó:

—¿No recibió mi carta en Nome, señor Holt?

—¿Una carta suya? ¿En Nome? —Y al repetir estas palabras en forma de pregunta extraña, movió negativamente la cabeza.

—¿Así, ha estado usted creyendo todo este tiempo que yo me había muerto?

Asintió con la cabeza, porque el nudo que tenía en la garganta no le permitía expresarse de otra manera.

—Le escribí a usted allí —aclaró ella—; le escribí una carta antes de arrojarme al mar. La carta fue a Nome en el barco del capitán Rifle.

—Pues no llegó a mis manos.

—¿Que no se la entregaron?

La voz de Mary era de asombro, y si Alan se hubiese fijado habría visto que ella se explicaba en su fuero interno lo sucedido.

—Entonces —agregó ella—, ¿no ha hecho usted eso a propósito? ¿Lo ha hecho sin saber...? ¿Porque sin duda se culpaba usted de mi muerte y encontraba un gran alivio, un descanso, viendo que todavía estoy viva? ¿Es eso, no?

Y él volvió a decir irreflexivamente, moviendo la cabeza:

—Sí, es un gran descanso.

—¿Lo está viendo? —prosiguió ella—. Bien hacía yo en tener confianza en usted, aun cuando me negaba su ayuda. Tal era mi fe en usted, que llegué a confiarle mi secreto en la carta que le escribí. Para todo el mundo menos para usted he muerto ahogada... Para Rossland, para el capitán Rifle, para todos. En la carta le decía que me había puesto de acuerdo con un joven indio Thlinkit. Él deslizó su canoa por el costado del buque un momento antes de arrojarme yo al agua, y luego me recogió. Soy buena nadadora. Después me llevó remando hasta la orilla, en tanto que los botes salvavidas me buscaban.

Otra vez se había abierto entre los dos un abismo, y ella se erguía al otro lado, inasequible. Era inconcebible que un momento antes la hubiese estrechado en un abrazo. Pensar en cómo la había cogido y verla tan indiferente a ello, como si nada hubiese sucedido, le causaba una sofocante humillación. La actitud de ella le impedía añadir una sola palabra, ni aun para excusarse más cumplidamente.

—Pero ya estoy aquí —prosiguió ella de una manera decidida—. No había pensado venir cuando me eché al mar. Se me ocurrió luego. Indudablemente ha sido por haberme encontrado con un hombrecillo de bigote rojo a quien usted me señaló un día en el salón de fumar del *Nome*. Así es que... soy su huésped, señor Holt.

Lo dijo sin la menor muestra de justificarse, alisándose el cabello que él le había deshecho. Parecía una persona de aquella tierra, que siempre hubiese pertenecido a ella y que ahora sólo esperase con toda naturalidad que se le diera permiso para entrar en ella. Empezaban a desvanecerse los primeros efectos de la sorpresa que Alan había recibido, y éste se sentía ya pisando en firme. Sus imaginarias visiones, que la evocaban como cuando hacía varias semanas había paseado por el barco a su lado, viendo sus ojos llenos de ternura, se esfumaron al verla en carne y hueso, dominadora de las situaciones, con su prudente y absoluta intangibilidad. Le tendió él las manos otra vez, pero con una mirada muy distinta, y ella posó en ellas las suyas llenas de confianza.

—Ha sido como si me hubiese herido un rayo —dijo él dominando la voz por fin, aunque con tembloroso acento—. He venido pensando en usted día y noche, y acusándome angustiosamente por creerla muerta por mi culpa. ¡Y encontrarla ahora

llena de vida, y precisamente aquí!

Tan juntos estaban que al acariciarle las manos casi las apoyaba en su propio pecho. Pero había vuelto a la cordura, y comprendía la insensatez de los sueños.

—Cuesta a veces dar crédito a la realidad —añadió—. Hace poco creí estar con fiebre. Puede que, en efecto, delire. Pero ¡qué grande mi dicha si esto no es una debilidad de enfermo y usted es, en efecto, usted misma en persona! En cambio, si llego a despertar y me encuentro con que esto es un sueño, como tantos otros...

Ella se echó a reír contemplándole los ojos, que la miraban entre unas lágrimas incontenidas. Pero él no había terminado. Mary, algo separada, posó la yema de sus dedos en el brazo de Alan, mostrando la palpitación de su garganta, como la de un corazón, tal como aquella noche en el camarote.

—Sí, he venido pensando desde allá lejos en usted, minuto tras minuto, paso tras paso —prosiguió él, indicando con el ademán el camino de las tundras, adonde había por fin llegado. —Luego oí los petardos, y vi la bandera. Finalmente, usted, como salida de mis pensamientos.

Pareció apuntar en sus labios sonrientes una pronta respuesta, pero se contuvo. Alan prosiguió diciendo:

—Y al llegar a encontrarla aquí, y ver que no se desvanecía como un fantasma, temí que estaría trastornado. Sí, no debía de estar yo en mi juicio, porque de lo contrario no me hubiera conducido de esa manera. Me extrañaba, ¿comprende?, que un fantasma estuviera encendiendo petardos que sonaban de veras... y para acabar sin duda de convencerme de que su presencia era real y verdadera, tuve un mal impulso.

Desde el borde del bosquecillo llegó una voz que gritaba:

—*¡Maaary! ¡Maaary!*

Era una vocecilla clara, silvestre, que tenía un fino trémolo.

La joven dijo:

—La cena. Ha llegado usted a tiempo. Así, después iremos a casa entre dos luces.

Le hizo saltar el corazón aquella natural manera que tenía de hablar de la casa, como de su propio hogar. Adelantóse ella, mientras el sol se reflejaba en los rizos de su cabeza. Él recogió su rifle y la siguió con los ojos hechizados por su belleza y la gentileza de su figura... Era la imagen auténtica de la vida más espléndida después de imaginársela tanto tiempo como un espíritu de la muerte. Llegaron a un claro donde crecía una muelle hierba moteada de flores. Un hombre, de rodillas, cuidaba una pequeña hoguera, y a su lado había una muchacha de pie que tenía dos trenzas negras sobre la espalda. Nawadlook fue la primera en darse cuenta de la llegada de Alan acompañado de Mary, y hacia la derecha oyóse en seguida un raro chillido que sólo podía salir de una garganta humana: la garganta de Keok. Dejó caer la brazada de ramas secas que había recogido para la lumbre y se dirigió Alan, seguida de Nawadlook, que era más alta y menos selvática. En seguida fue Stampede a darle la mano. Keok se apartó disimuladamente a llorar, como siempre hacía cuando Alan

partía o regresaba, y luego era la primera en echarse a reír a lo mejor. Alan no se había fijado en que ya no llevaba trenzas (costumbre en que Nawadlook persistía, como menos inquieta), sino que se recogía el pelo en la misma forma que Mary Standish.

Estos detalles atraían su atención de una manera vaga e irreal. Nadie, ni Mary Standish, podía hacerse cargo de cómo se estaba esforzando por dominarse y recobrar la serenidad. Estaba como el náufrago que va recuperando sus sentidos, después de ser arrebatado inesperadamente por el mar, fijándose con cierta incoherencia en hechos insignificantes a medida que los percibía. Al límite de la tundra, más allá de los chopos, vio tres renos de carga paciendo, tirante la cuerda que los ataba a unas estacas. Echó al suelo el fardo y Mary Standish fue a ayudar a Keok a recoger la leña que se le había caído. Nawadlook retiró una cafetera del fuego. Stampede empezó a cargar su pipa. Y Alan comprendió que sin duda porque era esperado, si no para el mismo día, para el siguiente o para el otro, su llegada no había impresionado a nadie más que a sí mismo. Le costó un gran esfuerzo serenarse para convertirse en el Alan Holt de otro tiempo. Fue como arrojar luz en una inteligencia que estaba a oscuras.

Más tarde le hubiera sido punto menos que imposible recordar lo que sucedió durante la media hora siguiente. Fue cosa sorprendente ver a Mary Standish sentarse al otro lado del mantel que Nawadlook había extendido entre ellos para servir la cena; la forastera era la misma Mary Standish de claros ojos que en el comedor del *Nome* se sentaba también frente a él.

Hasta bastante después, cuando se sentó con Stampede Smith en el límite del bosquecillo, mientras las tres mujeres iban montadas en los renos camino de la casa, no comenzó a desbordarse la marea de preguntas que Alan había estado conteniendo. Había sido cosa de Keok el irse ellas delante, y él notó que Mary Standish acogió la idea inmediatamente. Le miró sonriendo al emprender la marcha, y ya a cierta distancia movió la mano al aire, lo mismo que Keok y Nawadlook, sin cruzar con él otras palabras. Alan se quedó mirándolas al alejarse ellas en el cálido resplandor del ocaso, y así hubiera estado hasta que desaparecieran del todo, de no cogerle fuertemente Stampede por el brazo, diciendo:

—Ahora vamos al asunto, Alan. Estoy dispuesto. Dime lo que quieras, por duro que sea.

Capítulo XIV

Con tales palabras, pronunciadas con voz perentoria, Stampede volvió a Alan al mundo de la realidad. La manera de invitarle a hablar el hombrecillo de rojas patillas fue práctica e incitadora.

—He sido un verdadero loco —confesó Stampede—. Y ahora estoy esperando.

Estas palabras fueron como la llave que abrió una puerta por donde entró una multitud de cosas en la intuición de Alan. Eran varios los locos por lo visto, y él uno de ellos. Evocó las escenas a bordo del *Nome*. Parecía que no habían transcurrido más que unas horas, que había sido la víspera, cuando la joven los había burlado a todos y él había sufrido un verdadero infierno a causa de aquel desengaño. La treta había sido sencilla, y precisamente la hacía ingeniosísima; requirió un tremendo valor, puesto que era claro que ella ni por un momento había deseado morir.

—No acierto a comprender —dijo Alan— por qué debió hacer la que hizo.

Stampede sacudió la cabeza sin adivinar, y dijo:

—No pude retenerla, a menos que la atase a un árbol. —Y añadió—: Además, la bruja me amenazó incluso con dispararme un tiro.

Brilláronle los ojos con un vivo humorismo y prosiguió:

—Ahora empieza, Alan. Estoy esperando. Merezco el peor castigo.

—¿Por qué?

—Pues, sencillamente, por dejarla venir conmigo. Por traerla hasta aquí. Por no haberla sabido engañar y abandonarla. Sin duda que no te lo explicas, ¿verdad?

Se retorció las rojas patillas, esperando una respuesta. Pero Alan estaba mudo. Mary Standish guiaba la pequeña caravana de las mujeres, que salía de una hondonada de la tundra, a un cuarto de milla de allí. Subieron al trote una pequeña loma y desaparecieron.

—No es cuenta mía —insistió Stampede—, pero me parece que no la esperabas.

—Es verdad —le interrumpió Alan, recogiendo su fardo—. No la esperaba. Creí que había muerto.

Un débil silbido escapó de los labios de Stampede. Abrió la boca como para hablar y la cerró sin hacerlo. Alan le observaba mientras se cargaba al hombro el fardo. Era evidente que su compañero no sabía que Mary Standish era la muchacha que se había arrojado desde la borda del *Nome*, y si ella había guardado el secreto no era cuenta de él revelarlo, aunque adivinase que la viva imaginación de Stampede debía vislumbrar pronto la verdad. El desconcierto en que estaba el hombrecillo empezó a disiparse al emprender la marcha con Alan hacia la casa. Había visto muchas veces a Mary Standish a bordo del *Nome*; con frecuencia había observado

que departía con Alan y se había percatado de las largas horas que pasaron juntos en Skagway. Por consiguiente, si Alan creía que ella había muerto cuando amarraron en Córdova horas después de la supuesta tragedia, no podía haber sido otra persona la que se echara al mar. Se encogió de hombros como suplicante por su imposibilidad de poner en claro la extraña relación que había entre tales hechos y Mary Standish.

—¡El diablo lo entienda! —exclamó súbitamente.

—Así es —asintió Alan.

La dura y fría razón empezó inevitablemente a chocar con la felicidad que sentía, y las preguntas que cuando estaban a bordo no se formulaba por falta de interés, ahora le asaltaban con una fuerza invencible. ¿Por qué tenía una importancia tan trágica para Mary Standish que la gente creyera que se había ahogado? ¿Qué misteriosa relación tendría con Rossland, el agente de John Graham, el más terrible enemigo de Alaska, el hombre de quien había jurado él vengarse como la suerte le deparara ocasión para ello? Ahogando toda otra emoción, se imponía con insistencia la necesidad de explicarse este hecho imposible de esclarecer. Stampede vio que se contraían las facciones de su amigo y guardó silencio, mientras los envolvía el prolongado crepúsculo y Alan se esforzaba por dar coherencia y lógica a la marea de misterio e incertidumbre en que se debatía. ¿Por qué iría a su camarote aquella noche? ¿Por qué se había valido de él tan diplomáticamente frente a Rossland, y por qué, al fin, se había adelantado ella en llegar a la casa de las tundras? Ésta era la pregunta que no podía dejar de hacerse por encima de todo. No podía ser por amor. Aunque de una manera un poco ruda, había comprobado que entre sus brazos ella había sentido una especie de desventura y un miedo que llegaba al horror. Otra causa misteriosa y poderosa la había empujado.

Pero él sentía una alegría tan grande de verla, que ni aun esta consideración se le ahogaba. Era como un hombre que recobrara la vida después de un tiempo de algo peor que la misma muerte; y en medio de su dicha se sentía envuelto en un torbellino de sensaciones contradictorias y semiconvicciones del fondo del cual, por más que se esforzaba en rechazarla, surgía la sospecha insinuándose como una sombra. Pero no era una sospecha que le helara la sangre en las venas ni le causara gran temor, pues se sentía inclinado a creer que si Mary Standish era una fugitiva que salió insólitamente de Seattle, sería por una razón desesperada. El suceso de a bordo era una prueba más, y su presencia en el rancho era ya la última confirmación. La impulsaban unas fuerzas que no había podido combatir, y en medio de su desesperación acudía a él para ampararse. Le había escogido entre todos para que la ayudase; tenía confianza en él; sentía que a su lado ningún daño podría sufrir, y así pensando Alan, tensos los músculos, apeteecía luchar por ella impetuosamente.

En tal momento empezó a darse cuenta de la canción nocturna de las tundras y del suave resplandor que se dilataba a muchas millas de distancia. Escrutó con la mirada hacia donde habían desaparecido las mujeres por si volvía a vislumbrarlas subiendo alguna nueva loma, pero los velos de sombra del crepúsculo se acercaban cada vez

más y fue vano su intento. Las canciones de los pájaros se fueron apagando; de los charcos y de la hierba salían voces de somnolencia. La misma luz del sol se fue apagando, dejando su esplendor al borde del mundo en una mezcla de vivido rosa y de suave oro. Era de noche y de día a la vez, y Alan se preguntaba cuáles serían los pensamientos de Mary Standish. La causa de que la hubiesen llevado hasta allí poca importancia tendría comparada con el hecho emocionante de que ella se encaminara a la casa un poco más adelantada que él. Al día siguiente, ella le esclarecería todo el misterio. Estaba seguro de que le haría esta confidencia. Ya que se había puesto de una manera absoluta bajo su protección, no tendría inconveniente en revelar lo que a bordo del *Nome* no se atreviera. Así, pues, no pensaba sino en el plateado trecho de crepúsculo que los separaba, y por fin dijo a Stampede:

—Te digo que casi me alegro de que la hayas traído.

—Yo no la he traído —protestó Stampede—. Fue ella la que vino. —Se encogió de hombros, gruñendo—: Y además no intervine en nada; es todo cosa suya. No vino ella conmigo, sino que vine yo con ella.

Se detuvo y rascó una cerilla para encender la pipa. Por encima de la pequeña llama miró con fiereza a Alan, por más que algo había en sus ojos que le traicionaba. Alan, que lo notó, estuvo a punto de echarse a reír alegremente. Había recuperado su penetración y su sentido humorístico, y preguntó:

—Cuéntame; ¿cómo fue la cosa?

Stampede aspiró ruidosamente el humo de la pipa, luego se la sacó de la boca y después de aspirar profundamente dijo:

—Lo primero que recuerdo es que era la cuarta noche de nuestro desembarque en Córdova. No pudimos tomar el tren de la nueva línea. No sé dónde, cerca de Chitina, llegamos a una cabaña. No llovía. No podía llamarse lluvia a aquello, Alan, porque era el mismo Océano Pacífico el que se nos venía encima trayendo dos o tres océanos detrás. Todo iba a la deriva: los caballos nadaban, el coche navegaba, el cochero iba ahogándose en el pescante. Como tenía mucha hambre quería ir hasta Chitina. Otra persona hizo lo mismo que yo, y en verdad que me pareció que sería algún loco. Algo dije entonces de que más valía perecer de hambre esperando el tren. El otro no contestó. Empecé a maldecir. Sí, Alan, empecé a perjurar como un condenado. Maldije al Gobierno por la construcción de semejante carretera, maldije la lluvia y me mal dije a mí mismo por ir desprovisto de viandas. Dije que tenía el estómago más vacío que un cartucho después de dispararlo, y lo dije en voz alta. Estaba loco. Un relámpago formidable iluminó el interior del coche. Y entonces, Alan, figúrate mi sorpresa al darme cuenta de que la persona que iba conmigo era *ella*; y vi que tenía una caja en la falda, y que me miraba con ojos expresivos. Yo chorreaba, y ella... me sonreía. Sí, señor; me miraba *sonriendo*.

Stampede hizo una pausa para ver el efecto de sus palabras. No quedó defraudado. Alan le miraba fijamente, con desconcierto.

—Eso la cuarta noche... ¿y después? —dijo delatando su ansiedad—. Continúa,

Stampede.

—En seguida empecé a buscar el pomo de la portezuela, dispuesto a deslizarme antes de que nos alumbrara otro relámpago y dejarme caer en medio del barro para des aparecer. Pero brilló otro relámpago en aquel instante y vi que ella abría la caja mientras me decía que traía abundante provisión de alimentos. Y me llamó por mi nombre, me dijo Stampede, como si me conociera de toda la vida. Y en aquel vehículo que rodaba tambaleándose por los baches, entre truenos y rayos que se amontonaban como pecados, se sentó a mi lado y, quieras o no, me empezó a dar de comer. Eso hizo, Alan, *me dio de comer*. Al resplandor de los relámpagos la veía que me miraba con sus ojos luminosos y sonriéndome, como si cuanto sucedía la llenara de felicidad, y yo creía que estaba completamente chiflada. Me contó, pues no sabía nada de ello, como tú yendo con ella, me habías señalado en la sala de fumar del barco, y que se alegraba mucho de que yo llevara el mismo camino que ella. El camino de ella, no el mío, ¿entiendes? Y así se me asoció hasta el momento que tú apareciste en el bosquecillo.

Volvió a encender la pipa y agregó:

—Pero lo que más me extraña es cómo diablos se pudo enterar ella de que yo llevaba tu mismo camino.

—No lo sabía —repuso Alan.

Tenía que saberlo, pues bien me dijo que su encuentro conmigo era uno de los momentos más felices de su vida, porque como ella se dirigía a tus tierras, yo sería una buena compañía de viaje. Una buena compañía, éstas fueron sus palabras. Le pregunté si tú sabías que ella te iba a visitar, y me contestó que, desde luego, no, y que ibas a tener una gran sorpresa. Añadió que tal vez comprase tus tierras y que, por lo pronto, quería verlas antes de tu llegada. Y parecerá raro, pero no me acuerdo de haber reparado ya más en la tormenta desde aquel momento hasta que llegamos a Chitina. Cuando volvimos al coche me preguntó infinidad de cosas sobre ti y sobre esta posesión y acerca de Alaska en general. Haz lo que quieras de mí, Alan, porque te digo que me sonsacó todo lo que le dio la gana, y tan a su gusto lo hizo, que aun me hubiera hecho morder paja, como me la diera con su mano. Luego, de una manera entre astuta y dulzarrona, me empezó a preguntar detalles sobre John Graham... y al punto volví en mí.

Al llegar aquí, Alan repitió:

—¿John Graham?

—Sí, John Graham. Y no tenía poco que decir. Desde entonces hice lo imposible por librarme de ella. Pero hasta en el momento en que me escabullía saltando a la cubierta de un barco en el río, me alcanzó y, con una frialdad de que no tienes idea, me apoyó una mano en el hombro y me dijo que no estaba a punto todavía, que tenía que hacer algunas compras, para lo cual me pidió que la acompañara, pues serían varios paquetes. Y ahora, Alan, no hay sombra de fantasía en lo que vas a oír. Me llevó calle arriba, ponderando la idea que había tenido para darte una buena sorpresa.

Afirmó que estaba segura de que llegarías a casa hacia el cuatro de julio y que había que comprar fuegos de artificio. Según ella, eres tan excelente ciudadano norteamericano que te hubiera causado un desengaño no ser recibido con estampidos. Dicho lo cual me hizo entrar en un almacén y los compró. Preguntó al tendero cuánto le llevaría por todo el polvorín de fuegos que tenía. Le dijo que quinientos dólares, y los pagó, sacándose para ello un fajo de billetes de cien dólares del grueso de una pulgada. Volvióse a mí y me dijo que le hiciera el favor de llevarle al barco los petardos, las ruedas, los cohetes, todo lo que acababa de comprar, preguntándome con mucho mimo si sería tan niño que temiera morirme por eso.

Con la emoción de descargarse de un secreto que le agobiaba hacía tiempo, Stampede no se percató del efecto que sus palabras causaban en el ánimo de su compañero. Al principio se asomó a los ojos de Alán la ironía del que no toma en serio una cosa, pero la sonrisilla se le fue de los labios al irse convenciendo de que todo aquello no debía ser que Stampede se estuviera entregando a la fantasía. Y, no obstante, le parecía imposible. Mary Standish había saltado a bordo del *Nome* como una fugitiva, y todos los objetos que poseía los había dejado en una maletilla en el camarote, antes de arrojarlos al mar. ¿Cómo pudo, pues, hacerse con aquella cantidad de dinero en Fairbanks, según Stampede decía? ¿Era posible que el indio Thlinkit le hubiera salvado también el dinero la noche en que fingió desesperadamente suicidarse? ¿Sería aquel dinero —o la forma de adquirirlo en Seattle— la causa de su huida y del hábil plan llevado luego a efecto? A la idea de que la joven hubiese cometido un crimen se le demudó el rostro. Era como si pensando en ello se tratara de aquella mujer, ya muerta, cuyo nombre estaba grabado debajo del de su padre en el tronco del viejo chopo.

Stampede, que había recobrado el aliento, agregó:

—Podrá no interesarte, Alan, pero yo continuo o doy un estallido. Tengo que contarte todo lo que ha pasado. Luego, échame, mátame, que yo no he de protestar. ¡Malditos cohetes!

—Anda, sigue —le dijo Alan con impaciencia—. Me interesa enormemente.

—Pues llevé toda la pirotecnia a bordo —continuó diciendo, llevado de su propia palabra—. Y se venía pegada a mí constantemente con su sonrisa de ángel, sin dejarme un segundo de vista, a menos que entrara en un sitio de una sola puerta, de donde no pudiera escurrirme. Después dijo que quería comprar alguna otra cosilla, lo cual significaba entrar en todas las tiendas y encargarme yo de los paquetes. Por fin compró una escopeta, y cuando le pregunté qué intentaba hacer, me contestó que era para mí, de esta manera: “Stampede, esta escopeta es para usted”. Y cuando iba a darle las gracias, aclaró su idea. “No, no quiero decir eso, sino que como intente usted otra vez escabullírseme, cuente con que le dejo hecho una criba”. ¡Ni más ni menos! Nada, que me atemorizó. Y a continuación me compró un nuevo indumento, de cabeza a pies: pantalones, camisa, sombrero, ¡hasta una corbata! A todo esto, yo sin pronunciar una palabra. Lo hizo así: me acompañó a la tienda, compró lo que quiso y

me lo hizo poner.

Stampede hizo otro alto para aspirar profundamente y encender por cuarta vez la pipa.

—Y ya me iba acostumbrando, cuando llegamos a Tanana —prosiguió gruñendo—. Lo malo empezó luego. Contrató a seis indios para cargar a hombros el equipaje y emprendimos el camino de tus tierras. “No tardará usted en descansar, Stampede”, me dijo con una dulce sonrisa y una frescura que daba ganas de comérsela viva. “No tiene usted que hacer más que enseñarnos el camino y llevar los martinets”. “¿Los qué?”, le pregunto yo. “Los martinets”, me contesta, y luego me explica que un martinete es un artefacto cargado de pólvora, que cuando estalla hace un estampido terrible. Con lo cual cargué con el fardo de los martinets. Al día siguiente, a uno de los indios se le disloca un pie, y tiene que retirarse. Era el que llevaba los petardos. Casi cien libras, y nos las tuvimos que repartir. Cuando hicimos un alto, no me podía tener en pie. Se nos iba haciendo joroba de pulgada en pulgada de terreno. ¿Que si no nos hubiera permitido soltar una parte de la carga? ¡De ninguna manera! Y los indios, que iban jadeando y resollando, la miraban con ojos suplicantes, de adoración. El último día, cuando vivaqueamos casi a la vista de estas tierras, los puso a todos en círculo a su alrededor, les dio un puñado de dinero a cada uno, y les estuvo haciendo preguntas chocantes. ¿Tenían mujer e hijos? ¿Solían pasar siempre hambre? ¿Y cuáles eran las causas de su miseria? Y te digo, Alan, que me parta un rayo si no es exacto, que jamás lengua de indios cantó tan claro. Pero la pregunta más rara fue la última. Les preguntó si habían oído hablar de un tal John Graham. Uno de ellos dijo que sí, y ella estuvo hablando con éste bastante rato. Cuando se volvió a mí tenía los ojos muy encendidos. Ni siquiera me dijo buenas noches al retirarse a su tienda. Todo te lo he contado, Alan, menos...

—¿Menos qué, Stampede? —suplicó Alan, sintiendo que el corazón le palpitaba reciamente.

Stampede hizo una pausa, y Alan le oyó reír entre dientes y vio un destello de humor en los ojos del hombrecillo.

—Pues todo está dicho, menos que aquí ha hecho lo que ha querido de todo el mundo, lo mismo que conmigo desde que salimos de Chitina; digo que todo está dicho, como no quiera ella decirte algo más. Porque has de saber que hace sólo diez días que llegó y no vas a conocer tu casa. Todo está empavesado y con banderas para recibirte. Tanto ella como Nawadlook y Keok no hacen más que acudir a todo menos a los renos. Los muchachos abandonarían a sus madres por ella, y los hombres...

Aquí Stampede carraspeó para continuar de esta manera:

—¡Pues nada, los hombres van a la doctrina del domingo que ella ha inaugurado! Yo también he ido. Nawadlook canta.

Enmudeció un momento. En seguida agregó con voz apagada:

—Alan, has sido un gran loco.

—Lo sé, Stampede.

—Esa mujer... es una flor, Alan. Vale más dinero del que hay en el mundo. Y tú pudiste casarte con ella. Estoy al corriente. Pero me temo que sea ya tarde. Sólo te lo prevengo.

—No acabo de entenderte, Stampede. ¿Por qué es ya tarde?

—Porque me gusta a mí —confesó Stampede un poco orgulloso—. Yo le voy detrás, Alan. Ahora no puedes entremeterme.

—¡Pero, cielos, cómo! ¿Dices que Mary Standish...?

—No hablo de Mary Standish —aclaró Stampede chanceando—. Me refiero a Nawadlook. A no ser por mis patillas...

Le cortó la palabra una brusca detonación que partió de la pálida oscuridad que se extendía ante ellos. Parecía un cañonazo disparado a gran distancia.

—Uno de los dichosos martinetes —dijo Stampede—, por eso se han ido en seguida, Alan. Dice *ella* que esta fiesta va a significar muchas cosas para Alaska. ¿Sabes tú lo que querrá decir?

—¡Qué sé yo! —repuso Alan.

Capítulo XV

A la media hora de andar por la tundra llegaron a lo que Alan llamaba el “Barranco de los Fantasma”, una profunda y desigual cicatriz en la superficie de la tierra, que descendía de la falda de las montañas. Era una hondura siniestra por la cual descendieron un trecho. Al fondo reinaba una negrura abismal. Por un camino labrado en la roca viva por las pezuñas de Los renos y los caribús, llegaron a una profundidad de unos cien pies. Arrodillóse Alan, y palpando entre las piedras dio con un pequeño manantial. Bebió, percibiendo el ruido que hacía el agua murmurando y gorgoteando por todo aquel abismo; ahogaba los sonidos el musgo que cubría los muros rocosos, y el gotear de las grietas era incesante. Luego vio las facciones de Stampede a la luz de otra cerilla; el hombrecillo hundía la mirada en el negro vacío que se extendía a muchas millas de montaña arriba.

—Alan, ¿te has aventurado alguna vez por esta garganta?

—Es un paseo favorito de los osos pardos y de los lince que matan a nuestros cervatillos —replicó Alan—. A mí me gusta cazar por donde nadie ha ido. Esto ha sido ya explorado. Yo le llamo “Barranco de los Fantasma”, y ningún esquimal se atrevería a entrar. Está lleno de huesos humanos.

—¿Pero nunca te ha tentado? —insistió Stampede.

—Nunca.

Alan oyó que Stampede carraspeaba, contrariado.

—Estás loco con los renos —gruñó—. Dentro de ese cañón hay oro. Dos veces he encontrado oro en sitios donde había huesos de hombre. Siempre me traen buena suerte.

—Pero los que murieron ahí dentro eran esquimales. No entraron por oro.

—Lo sé. La patrona me ha puesto al corriente. Apenas se enteró de lo que era esto, me hizo bajar con ella. Te aseguro que no le falta valor.

Calló un momento y agregó:

—Cuando llegamos a la roca goteante y viscosa donde hay un cráneo mondo como un gran hongo venenoso, en vez de chillar y retroceder, se limitó a exhalar un pequeño suspiro y me clavó los dedos en el brazo hasta hacerme daño. Era de aspecto diabólico, amarillo como una naranja podrida y empapado del agua que goteaba del musgo de encima. Lo iba a romper a pedazos de un tiro. Y a fe que lo hiciera si ella no echa mano a mi escopeta. Con una extraña sonrisilla me dijo: “No haga eso, Stampede. Ese cráneo me hace pensar en alguien a quien conozco, y no quisiera que disparase”. ¡Linda ocurrencia! ¿Te parece? Que le recordaba a alguien... Pero, dime: ¿quién diablos puede parecerse a una calavera?

Alan no quiso contestar y se limitó a encogerse de hombros. Salieron de aquella tiniebla a la luz de la llanura. Ya no era plano como la tundra ese lado del barranco. Ante ellos se levantaba ahora una colina, a la cual sucedían otras muchas como amontonadas, hasta perderse en la brumosa distancia. De lo alto de la colina divisaron una vasta tundra que se extendía entre otras colinas y las estribaciones de las montañas de Endicott en forma de amplia bahía semicircular. Detrás de la próxima loma se encontraba la casa de Alan, y no bien hubieron llegado a su vista, Stampede sacó la escopeta de la funda y disparó dos salvas al aire.

—Son órdenes que me han dado, Alan —dijo con un poco de timidez—. ¡Órdenes!

Apenas tuvo tiempo de pronunciar estas palabras, pues al punto oyeron un tremendo grito que se levantaba de las brumas que como encajes flotaban sobre la tundra. Siguieron otras muchas voces hasta formar tal griterío que comprendió que eran Tautuk, y Amuk Toolik, y Topkok, y Tatpan y todos los demás, que le daban a plenos pulmones la bienvenida. A esto siguió en seguida una serie de explosiones que hicieron retemblar la tierra.

—¡Martinetes! —gruñó Stampede—. Además, vas a ver cómo lo ha llenado todo de fanales de colores. Tenías que haber visto la cara que puso cuando vio que aquí toda la noche hay sol el cuatro de julio.

Una pálida espira luminosa se levantó del rancho, y al llegar a considerable altura se detuvo un momento como para otear el mundo todo gris, y luego estalló en innumerables pompas luminosas. Stampede no dejaba de hacer fuego al aire con su “cuarenta y cinco”, y Alan, sensible a tales demostraciones, también disparó la carga de su escopeta. Las detonaciones de sus rifles y pistolas respondían, ahogándolo un poco, al ruido que hacían allá enfrente. Les contestaron con un segundo cohete. Del suelo se levantaron dos columnas de llamas mientras subían los mejores cohetes, y a los oídos de Alan llegó el admirado coro de los muchachos mezclado a las voces de ponderación de los mayores. Toda la gente de sus tierras estaba allí. Habían bajado de la pelada meseta, de los altos lugares donde el ganado paca y de los extremos albergues de las tundras, para hacerle un buen recibimiento. Nunca se había dado una concentración tal de su gente. ¡Detrás de todo ello estaba Mary Standish! Sabía que luchaba contra un absurdo al empeñarse en evitar que ciertas cosas le estremecieran un poco el corazón.

No se enteraba de lo que Stampede le decía, contándole que Amuk Toolik y cuarenta chicos habían estado una semana ocupados sólo en recoger musgos secos y leña para hacer unas grandes hogueras. Estaban ardiendo res de las hogueras y los *tom-toms* atronaban las tundras. Alan aceleró el paso. Escaló un pequeño promontorio y aparecieron a sus ojos las construcciones del rancho. Había mucha gente que iba y venía llena de entusiasmo. Las mujeres y los niños echaban leña al fuego; los que batían los *tom-toms* estaban en semicírculo, frente al lugar por donde Alan tenía que llegar. Cincuenta faroles venecianos se mecían encendidos a la suave brisa de la

noche.

Sabía Alan perfectamente lo que esperarían de él, pues eran todos como niños. Aun sus mejores pastores de renos, Tautuk y Amut Toolik, eran unas criaturas. Fuertes y fieles, dispuestos a jugarse por él la vida en cualquier peligro o mal paso, pero almas de niño al fin. Dio a Stampede el rifle, dispuesto a llegar muy de prisa y decidido a no buscar con la mirada a Mary Standish en el primer momento. Lanzó el grito de la tundra, y hombres, mujeres, niños, todos acudieron a él corriendo. Cesó el sonido de los *tom-toms* y los que los batían daban brincos. Estaba abrumado. Se hizo un tumulto de voces, risas y gritos de los muchachos, en una regocijada Babel. Con ambas manos estrechó las de los hombres duras, recias, morenas, y las más pequeñas, suaves, morenas también, de las mujeres; levantó en brazos a los pequeños, dio amistosas palmadas a unos y otros, habló y habló sin reposo, llamando a cada cual por su nombre sin errar ni una sola vez, por más que no bajaban de cincuenta, contando a los rapaces. Ante todo, después de todo y por encima de todo, aquélla era *su gente*. Renació en él su antiguo orgullo en una sensación enardecedora de posesión y de poder. Le querían, se apiñaban en torno suyo como una gran familia. Dio dos y tres veces la mano a los mismos hombres, cogió en brazos varias veces de los de sus madres gozosas a los pequeñuelos y prodigó parabienes y saludó familiarmente con una efusión y un olvido de todo, que seguramente un poco después no hubiera tenido, percatado de la presencia de Mary Standish. De improviso la vio bajo los farolillos delante de su vivienda. De pie, a su lado, estaba Sokwenna que de puro viejo cojeaba de ambos pies y tenía mirada de brujo. Al instante desapareció la cabeza de Sokwenna y resonó un *tom-tom*. Con la misma prontitud con que todos se habían agolpado en torno de Alan volvieron a dispersarse. Los que batían los *tom-toms* volvieron a ponerse en semicírculo. Los fuegos de artificio empezaron a dispararse. Se reunieron los que querían bailar. Los cohetes silbaban en el aire. Ardieron bengalas y soltaron ruedas. La puerta de la vivienda estaba abierta y dentro funcionaba un fonógrafo. Era un obsequio particular para él; lo único que sólo sería comprendido por él. El fonógrafo tocaba la canción “Cuando Johnny vuelve a casa”.

Mary Standish había permanecido inmóvil. Estaba sola y le miró riendo. No era la Mary Standish que conoció a bordo. El temor, la constante palidez del rostro y el nerviosismo que parecía propio de su temperamento habían desaparecido de ella por completo. Ardía la vitalidad, pero no se manifestaba con palabras ni con acciones. Todo lo decían sus ojos, el rubor de sus mejillas, la postura de su cuerpo esbelto, cuando le vio acercarse, parecióle a Alan que ella se olvidaba momentáneamente de sí misma y de la sombra que la había impulsado a arrojarle al mar.

—Es magnífico —dijo por fin la joven, viéndole ya cerca—. No tenía idea de cómo deseaba verle de regreso. Debe de ser una inmensa felicidad tener gente que lo quiera a uno de la manera que le quieren a usted.

—Y yo le doy a usted las gracias por la parte que ha tomado en todo esto —repuso él—. Stampede me lo ha contado todo. Se ha tomado usted mucha molestia

con la esperanza, sin duda, de catequizar a un disidente americanizándolo. —Y movió la cabeza mirando seis banderas que adornaban su casa. —No está mal; me gustan.

—No ha sido molestia. Creo que a usted no le importará; ha sido una gran diversión.

Instintivamente dirigió la mirada a su gente al tiempo que contestaba. Entendía que no había sino una cosa que decir, y lo que tenía en la cabeza había que manifestarlo con reposo y serenidad.

—Sí, me importa —repuso—; y tanto, que no daría por todo el oro de estas montañas lo que ha sucedido, si fuera materia de transacción. Siento lo que ha pasado está atrás, en el bosque de chopos, pero tampoco lo daré por nada. Estoy muy contento de hallarla sana y salva. Soy dichoso viéndola aquí. Pero en medio de todo, algo falta. Es preciso que me hable de usted misma. Es lo único que le falta hacer después de tantas cosas juntas.

Ella le tocó en el brazo diciéndole:

—Esperemos a mañana, ¿quiere? Esperemos...

—Entonces, mañana...

—Está usted en su perfecto derecho para echarme, si no soy bien recibida. Pero que no sea hoy. Todo está desarrollándose tan bien... Dejémoslo esta noche por usted mismo, por esta buena gente que es ahora tan feliz.

Inclinó él la cabeza ahogando sus palabras en el momento en que silbaba un cohete y sonaban los estampidos de la petardería. Ella le dijo entonces, volviendo la cabeza hacia las viviendas que había detrás de la suya:

—Keok y Nawadlook me han dado casa. Estoy con ellas. —Y súbitamente añadió —: Ahora creo poderle decir que no querrá usted, Alan Holt, a su gente más que yo.

En aquel momento llegó Nawadlook, y viéndola Mary Standish, se separó de Alan tocándole antes el brazo con mano indecisa. No dejó traslucir su contrariedad, ni hizo nada por retenerla.

Ella dijo aún:

—La gente esperará algo de usted. Si dentro de un rato quiere usted sacarme a bailar, al son de los fuegos artificiales, aceptado.

Se quedó mirándola como se alejaba con Nawadlook. Mary volvió la cabeza y le envió una sonrisa. Algo decía aquella cara que aceleró los latidos del corazón de Alan. Si allá en el barco estaba espantada, ahora ya no le temía al mañana. Pensó en ello y en que las preguntas que le tenía que hacer no la iban a alarmar, y en que, de repente, como una riada, le sumergía la felicidad, que tan tenazmente le había sido esquiva. Era como si algo que se asomaba a los ojos y a la sonrisa de Mary le hubiera confiado una promesa, la de que los sueños que le habían desvelado durante varias semanas de angustia y de agonía constante se iban a realizar, y como si una voz le dijera que en la marcha de aquella noche, cabalgando por la tundra, después de su brusco encuentro, ella se había podido hacer cargo de lo que las pasadas semanas

habían significado para él. De seguro que él nunca habría sabido decírselo. Y lo que al día siguiente ella pudiera decirle poco cambiaría las cosas, pues lo que importaba es que ella estuviera viva y allí, de donde no estaba dispuesto a dejarla partir.

Se unió a los que tocaban el *tom-tom* y a los que bailaban. Se sorprendió haciendo cosas que en su vida había hecho. Su carácter era un poco misántropo, pues mostrándose atento y simpático, siempre se mantenía algo aislado. En las danzas de su gente solía ponerse al margen para limitarse a animar y a sonreír a los bailarines, pero nunca intervenía más activamente. Aquella noche desistió de su habitual reserva, y parecía presa de un nuevo sentido de libertad, y sentía la necesidad de manifestar de una manera física lo que pasaba en sus adentros. Stampede estaba bailando. Estaba pateando y aullando entre los hombres, en tanto que las mujeres se deslizaban con gracia por la flexibilidad de sus movimientos. Un coro de voces invitó a Alan. Siempre lo hacían, pero aquella noche aceptó y tomó sitio entre Stampede y Amuk Toolik. Entonces, los que batían el *tom-tom* por poco lo revientan en su ardoroso entusiasmo. Hasta que se apartó sin aliento, no se dio cuenta de que Mary Standish y Keok estaban en el círculo exterior. Keok estaba en verdad maravillada. A Mary Standish le brillaban mucho los ojos, y al fijarse en que Alan la veía se puso a batir palmas. Él procuró sonreír y movió la mano en el aire; pero no se sentía muy sereno para acercarse a ella. Luego se echó un globo. Era una esfera de seis pies, pero con toda su luz no daba más que un pálido resplandor en lo alto. Y después otra hora de apretones de manos, de palmaditas cariñosas y de preguntas solícitas sobre la salud y los asuntos domésticos. Alan retiróse, por fin, a su casa.

Contempló la amplia habitación que constituía toda su morada, y nunca se le había antojado tan acogedora y cómoda. De momento le pareció que estaba tal como él la había dejado, pues su pupitre hallábase en su sitio, en medio de la habitación la mesa grande, en las paredes los cuadros de siempre, el armero lleno de armas lucientes, las pipas, las alfombras extendidas..., pero de pronto se empezó a fijar en que todo estaba de un modo distinto. En vez de las antiguas persianas oscuras, había finas cortinas en las ventanas, un nuevo tapete en la mesa y la cama-diván recién hecha en un rincón. Encima del pupitre había dos Cuadritos con marco de color de cobre; uno representaba a George Wáshington; el otro, a Abraham Lincoln. Y detrás, clavadas en abanico en la pared, había cuatro banderitas de los Estados Unidos. Le hicieron pensar en aquella conversación que tuvo con ella una noche a bordo del *Nome* sobre si él era alaskano y no americano. Pero ella no había pensado sólo en aquellas banderolas y en aquellos retratos; en la habitación había, además, flores. Todos los días debía de haber cortado flores nuevas para cuando él llegara, mas ya en Tanana había pensado en él, pues allí había comprado la tela para las cortinas y para el tapete. Entró luego en su dormitorio y también se encontró con que había visillos nuevos, una nueva colcha y un par de zapatillas de badana que para él eran inéditas. Las cogió y no pudo menos de echarse a reír al ver cómo se había equivocado de medida.

Volvió a la habitación donde hacía toda su vida, encendió su pipa y vio que el fonógrafo de Keok, que había estado allí a primera hora, había desaparecido. Los ruidos de la fiesta se iban amortiguando afuera y la creciente calma de la noche le hizo asomarse a la ventana. Desde allí veía las habitaciones de Keok y Nawadlook, donde vivían con su padre adoptivo, el viejo y rugoso Sokwenna. Allí era donde Mary Standish había dicho que se alojaba. Largo rato estuvo Alan contemplando la casita, hasta que por fin los últimos rumores de la jornada se desvanecieron en un profundísimo silencio.

Un golpe dado con la mano en su puerta le hizo volverse, y en respuesta a su permiso penetró Stampede en la habitación.

—¡Espléndida noche, Alan; todo el mundo dichoso de verte!

—Así parece. Yo también soy feliz viéndome otra vez en mi casa.

—Mary Standish ha hecho muchas cosas. Arregló un poco esta habitación.

—Lo he supuesto —repuso Alan—. Keok y Nawadlook, la han ayudado, desde luego.

—Poco, poco. Ha sido ella. Ha hecho las cortinas. Ha puesto las banderas y los retratitos esos ahí. Ha cortado estas flores. Ha sido buena y se ha acordado de ti, ¿no es cierto?

—Y algo extraordinario —añadió Alan.

—Sí, que es guapísima.

—Ciertamente.

Stampede tuvo entonces una mirada desconcertante. Se violentaba, nerviosísimo y no encontraba las palabras que quería decir. Alan se sentó frente por frente de él.

—¿Qué estás pensando, Stampede?

—¡Muchas cosas, diablo! —soltó de súbito Stampede, desesperado—. He venido con una misión bien desagradable, y he callado hasta ahora, porque no quería aguarle la fiesta. Creo que un hombre debe callar siempre los secretos que sepa de una mujer; pero aquí se trata de un caso excepcional. Con todo, me indigna tener que hablar. Preferiría la mordedura de una serpiente. Pero es que tú me matarías cuando supieras que te lo había estado ocultando.

—¿Pero ocultando qué?

—La verdad, Alan, la verdad. Ya es hora de que te cuente quién es esa mujercita que se hace pasar por Mary Standish.

Capítulo XVI

Las muestras que daba Stampede de estar realizando un extraordinario esfuerzo para revelar algo que le era de suma dificultad formular, no sorprendió a Alan, que esperaba el secreto de su amigo. En vez de angustia, más bien parecía sentir que se le iba a quitar un peso de encima. Todo lo que le había pasado recientemente le había enseñado a ser menos exigente en cuestiones de ética, pues antes lo era tanto que casi le convertía en un ser insensible, y mientras por una parte creía que alguna causa muy apremiante e imperiosa habría llevado a Mary Standish al Norte, estaba por otra parte deseando afrontar de una vez una posible verdad, por adversa que fuese a aquella mujer. Apetecía enterarse de la verdad, y, no obstante, temía que llegara el momento en que ella misma se la tuviese que confesar. Así es que cuando vio que Stampede había de una manera u otra descubierto algo de aquella verdad y que estaba dispuesto a revelársela, sintió que se le allanaba y aclaraba la situación.

—Empieza —le dijo—. ¿Qué es lo que sabes tú de Mary Standish?

Stampede se inclinó sobre la mesa con una mirada de amargura.

—Es muy desagradable. Lo sé. Un hombre que se mete en los asuntos de una mujer a espaldas tuyas, como yo voy a hacer, merece que le peguen un tiro, y si no se tratara de algo más... *de algo más...* entonces no diría esta boca es mía. Pero es preciso que tú te enteres. Y no te puedes imaginar la repugnancia que me da descubrirla, porque tú no sabes lo que es haber ido con ella en un coche en medio de una tormenta que se traía el océano Pacífico encima, ni sabes como yo lo que es hacer el viaje en su compañía desde Chitina hasta aquí. Si tú supieras lo que es eso, comprenderías que no hay más remedio que exterminar a un individuo que va a hacer lo que yo.

—No pregunto ahora por tus impresiones particulares —objetó Alan—, que eso es cuenta tuya.

—Ése es precisamente el mal —protestó Stampede—, que no es cuenta mía, sino tuya. De haberme enterado antes de llegar al rancho, las cosas habrían cambiado. De alguna manera me hubiera desentendido de ella. Pero hasta esta noche no me he enterado de lo que esa mujer es. Ha sido al entrar de nuevo el fonógrafo en casa de Keok. Desde entonces no hago más que darle vueltas al magín sobre lo que debo hacer. Si se tratara de una simple fugitiva de los Estados Unidos, de una ladrona, de una estafadora, de una trapisondista descubierta por la policía..., en fin, cualquier cosa, cabría decir, santo y bueno. Aun si hubiera cometido un homicidio...

Stampede hizo un gesto de desesperación y prosiguió:

—¡Pero es peor que todo eso!

Se inclinó otra vez un poco, acercándose a Alan.

—Es uno de los elementos de John Graham, enviado aquí para sonsacar y espiar todos tus actos. —Y terminó con desesperación—: Lo deploro; pero tengo la prueba de ello.

Deslizó la mano por encima de la mesa, y la abrió despacio; luego la retiró; entre los dos quedaba un papel arrugado.

—Lo he encontrado en el suelo cuando entré el fonógrafo —explicó Stampede—; estaba fuertemente arrugado, y lo miré por casualidad.

Esperó que Alan leyera las breves palabras que había escritas en el pedazo de papel, observando minuciosamente el efecto que le causarían. Al cabo de un momento Alan se levantó, arrojó el papel al suelo y se acercó a la ventana. Ya no había luz en la casita donde Mary Standish había sido acogida como huésped. También Stampede había dejado su silla. Notó que Alan se encogió al punto de hombros, casi imperceptiblemente.

Y dijo Alan pasado un rato de turbio silencio:

—Esto es un eslabón perdido, y con él se encadenan muchas cosas, ¿no es cierto? Muchas gracias, Stampede. Casi... como si nada me hubieras dicho.

—Casi... —asintió Stampede.

—Y no podría reprocharte lo que has hecho. Es una mujer así... que hace pensar que todo lo que se diga contra ella es mentira. Voy a imaginarme, pues, que lo que este papel dice es mentira... hasta mañana. ¿Quieres dar un recado, cuando salgas, a Tautuk y a Amuk Toolik? A las siete me desayunaré. Diles que vengan a traerme sus informes e impresiones a las ocho. Luego iré a las laderas a ver las manadas.

Stampede asintió con la cabeza. Aquello era librar bien la batalla por parte de Alan, y no de otra manera había esperado que se tomara la cosa. Casi le avergonzaba la debilidad y la zozobra que él había demostrado. Por supuesto, nada se podía hacer con una mujer. No era cuestión de un tiro más o menos... por de pronto. Mas había un discutible mañana, si en la realidad el papel que estaba sobre la mesa confirmase lo que el análisis que habían hecho de él demostraba. En la mirada de Alan se adivinaba la promesa de algo así.

Abrió la puerta Stampede diciendo:

—Avisaré a Tautuk y a Amuk Toolik que vengan mañana a las ocho. Buenas noches, Alan.

—Buenas noches.

Antes de cerrar la puerta, Alan siguió con la mirada a Stampede hasta que desapareció.

Al encontrarse solo, su voluntad no siguió esforzándose por dominar la ansiedad que la revelación imprevista de lo que se fraguaba le había despertado. No bien hubieron dejado de oírse los pasos del otro cuando él volvía a leer aquel papel. Era evidentemente la parte inferior de una hoja de papel comercial corriente, y había sido cuidadosamente cortada de la parte más extensa de la carta. Así es que sólo se leía la

firma y media docena de líneas de grueso trazado de mano de hombre.

Lo que allí quedaba de la carta por cuyo contenido tanto hubiera dado Alan, era lo siguiente:

Si trabaja usted con tiento y oculta su verdadera identidad al proporcionar datos e informes, toda esa industria caerá en nuestras manos en un año.

Y al pie de estas palabras aparecía la recia e inequívoca firma de John Graham.

Lo menos veinte veces había visto esta firma, y el odio que a su autor profesaba y el deseo de venganza que se unía a todos sus planes como una hiedra envolvente, habían hecho que no se le pudieran olvidar aquellos trazos. Ahora, al tener en sus manos aquel papel escrito por su gran enemigo, por el enemigo de su padre, toda la indignación que había procurado ocultar a los ojos de Stampede se exteriorizaba ya libremente en el fuego que le encendía el rostro. Soltó otra vez el papel como si fuera algo sucio y apretó las manos hasta que sus nudillos chasquearon en el silencio que reinaba, mientras miraba la ventana adonde se había asomado poco antes para ver la casita donde se hallaba Mary Standish.

De manera que John Graham mantenía su amenazadora promesa, la promesa a muerte que hiciera en la hora de triunfo del padre de Alan..., en aquella hora en que Holt padre pudo haber librado a la tierra de una sierpe si sus manos no se hubieran resistido a ello en los últimos momentos desesperados, como Alan, muchacho entonces, había podido observar. ¡Y Mary Standish era el instrumento escogido para tales designios!

No podía en aquellos momentos encontrar Alan un solo motivo de duda que oponer a la convicción absoluta que sublevaba su pensamiento y le enardecía tumultuosamente el corazón y la sangre. No se le ocurrió la menor objeción al hecho de que John Graham había escrito aquella carta a Mary Standish, la cual la había ocultado primero y había intentado destruirla después, pero no pudo evitar que por casualidad Stampede encontrase un fragmento convincente de la misma. Empezó Alan a atar cabos de todo lo que había sucedido, en un torbellino de pensamientos: cómo había tenido cuidado ella de resultarle interesante desde el primer momento, la decisión con que había seguido todos sus propósitos, su audacia siguiéndole hasta el rancho y el evidente esfuerzo que había hecho por obrar contando con su confianza y reserva... Ahora que todo lo relacionaba con la firma de John Graham que estaba en el papel de encima de la mesa, parecíale de una evidencia irrefutable. La “industria” a que Graham se refería no podía ser más que la de los renos, suya y de Carl Lomen, industria que ellos habían levantado y por cuyo afianzamiento para el porvenir se estaban esforzando. Ésta era la industria por la cual Graham y sus compañeros los barones de la ternera se ponían de acuerdo con el propósito de dificultarla y destruirla. ¡Y en este juego maligno Mary Standish, habilidosa, estaba desempeñando un gran papel!

Pero ¿por qué se habría arrojado al mar?

Esta pregunta fue como una voz que de súbito se alzara en medio del tumulto de cosas que había en su cerebro, clamando contra sus argumentos y reclamando un poco de orden y de razón en lugar de las locas convicciones que le dominaban. Porque Mary Standish era la encargada de prepararle el camino de la ruina, y si era un agente de John Graham, ¿qué motivos podía tener al haber querido pasar a los ojos del mundo como una suicida que se había arrojado al mar? En verdad que semejante acto no podía relacionarse con nada que pudiera tramarse contra él. Al argumentar de esta manera en defensa de ella no pretendía desligarla en absoluto de John Graham; comprendía que era imposible. Aquel pie de carta, su conducta y muchas de las cosas que había dicho eran eslabones que la ataban inevitablemente a su enemigo, pero todas esas mismas cosas, al examinarlas de nuevo, iban adquiriendo un sentido distinto.

¿Estaría en lo posible que Mary Standish, lejos de laborar por los intereses de John Graham, trabajara contra ellos? ¿No sería que algún conflicto entre los dos la habría empujado a huir precipitadamente en el *Nome*, y que al encontrar a bordo a Rossland, el más fiel servidor de John Graham, tuvo que tomar la desesperada decisión de echarse al agua?

Pero entre ambas posibilidades había una razón aplastante, y era que aunque entonces Mary Standish luchara contra John Graham, en alguna ocasión, y no de mucho tiempo atrás, había sido un instrumento de confianza en manos de aquel enemigo: la carta, cuyo fragmento había sido descubierto, era una prueba palpable de ello. Probablemente nunca llegaría a saber cuáles fueron las causas de ruptura entre ellos que inspiraron a la joven la huida a bordo del *Nome* en Seattle, ni en aquellos momentos sentía el menor deseo de descubrirlas. Le bastaba con lo que sabía del pasado y lo que había ido sucediendo: Mary Standish había llegado a tener miedo, y viéndose acosada por el agente más perspicaz de Graham, había acudido por ayuda a su camarote, y no habiendo sido acogida, se tomó el asunto dramáticamente por sí misma. Entonces hubo una coincidencia de hechos: se cometía a la vez un atentado contra la vida de Rossland casi con pleno resultado. Los hechos demostraban, por supuesto, que ella no era directamente causante de ello, pero era mortificante pensar en semejante coincidencia, puesto que fue casi simultánea su desaparición en el mar.

Se separó de la ventana y salió al descubierto en medio de la noche. Las frescas ondas del aire hacían que los farolillos, balanceándose, produjeran un ruidillo como de tijeras, y que se agitasen suavemente las banderas con que Mary Standish había coronado la caseta de Alan. Aquello era para él un alivio, una liberación de la crisis nerviosa que acababa de pasar, una sugestión de aquel día que pasaron conversando en Skagway, apoyando ella su mano cálida en el brazo de él, animados los dos por el numen de las montañas.

A pesar de lo que fuera o hubiera sido, algo había en ella que despertaba insistentemente la admiración; era una cualidad más poderosa que su misma belleza.

No sólo había demostrado ser inteligente, sino que además tenía un ánimo extraordinario, un arrojo que en el mismo John Graham hubiera sido causa de respeto, pero que en ella, frágil y esbelta muchacha, se le antojaba una virtud que debía considerarse aparte de los fines a que se aplicaba. Ya desde el principio le había parecido una cualidad desconcertante. Un valor puro, rápido, resuelto, que salvaba todos los obstáculos donde su propia voluntad y juicio habían vacilado; era el suyo ese admirable valor femenino que no encuentra nunca, para la realización de sus propósitos, ni barrera demasiado alta, ni abismo demasiado ancho, aunque la muerte esté tendiendo los brazos al otro lado. Y, la verdad, cuando todo eso había habido en aquel caso, era porque en todo ello existía algún impulso más hondo y más bello que el propósito de destruir, el mero material, o el mero cumplimiento de una obligación para llevar a cabo tal o cual proyecto vulgar.

El pensamiento y el deseo de creer en ella que tenía Alan le hicieron murmurar casi en voz alta algunas palabras, y volvió a mirar las banderas que ondeaban suavemente en lo alto de su casa. Mary Standish no era lo que el descubrimiento de Stampede hacía creer: había algún error en ello y una insigne estupidez en ellos al razonar de aquella manera, tanto que al día siguiente ella misma desvanecería la pequeñez y la injusticia de sus sospechas. Hacía los posibles por convencerse de ello, y entró de nuevo en su habitación para acostarse, no sin dejar de seguir diciéndose que se trataba de una mentira surgida por sí sola de lo que no existía, y que, en suma, el Dios de todas las cosas era benigno con él, ya que había hecho que Mary Standish estuviese sana y salva, y no yaciendo en el fondo del mar.

Capítulo XVII

Alan durmió bien durante varias horas, pero la tensión de nervios causada por la jornada anterior le hizo perder, el sueño antes de lo que se había propuesto, y a las seis ya estaba en pie. Wegaruk no había perdido sus antiguas costumbres y ya le había preparado la bañera con agua fresca. Alan se bañó, se afeitó, se mudó la ropa y a las siete estaba desayunándose. La mesa en donde desayunaba estaba en una pequeña habitación con ventanas por las cuales se veían muchas de las habitaciones del rancho. Por contraste con las de los demás esquimales, eran casitas construidas con esmero con troncos de árboles pequeños, como cabañas de un pueblo formado por una sola calle. Tenían delante unos macizos de flores, y al final de la hilera de casitas, construidas sobre una loma que dominaba una quiebra de la tundra por donde se deslizaba un arroyo, alzábase la casita de Sokwenna, porque Sokwenna era el decano del rancho y el más sabio, y porque con él vivían sus hijas adoptivas Keok y Nawadlook, las muchachas más hermosas de la tribu de la colonia de Alan. Después de la de Alan, la casita de Sokwenna era la más grande. Mirándola Alan ya desde antes de sentarse a desayunarse, sólo percibió una espiral de humo que de ella se elevaba, como única señal de vida.

Ya estaba el sol casi en su máxima altura, aproximadamente equidistante entre el horizonte y el cenit, causando el maravilloso efecto de que se levantaba del Norte y que se dirigía al Este en vez de al Oeste. Alan sabía que los que cuidaban del ganado habían dejado el lugar horas antes para dirigirse hacia las majadas lejanas. Siempre sucedía que en las épocas en que los renos se alejan hacia los pastos de los puntos más fríos de las laderas, el rancho quedaba muy despoblado, pero además aquella mañana las mujeres y los niños, cansados de la fiesta de la víspera, no se habían levantado todavía para reanudar la jornada de actividad, para la cual la salida y la puesta del sol tenía que ver tan poco.

Al levantarse de la mesa volvió a mirar la casa de Sokwenna. Una figura solitaria había trepado por la barranca y se quedó parada bajo el sol, al borde de la quiebra. Aunque estaba distante y el sol le cegaba un poco, reconoció a Mary Standish.

Se volvió de espaldas a la ventana, estoicamente, y encendió la pipa. Estuvo luego media hora ordenando papeles y libros del rancho para estar preparado cuando llegaran Tautuk y Amuk Toolik, y cuando éstos se presentaron las agujas del reloj marcaban las ocho en punto.

En el rostro atezado de sus compañeros, que le miraban con una anhelante sonrisa, adivinaba que el tiempo de su ausencia había sido próspero, según demostrarían los papeles que estaban extendiendo, en los que habían anotado a su

ruda manera lo que había ocurrido durante el invierno. La voz de Tautuk, reposada y esforzándose en pronunciar el inglés sin un desliz, revelaba su satisfacción y sensación de triunfo, en tanto que Amuk Toolik, que hablaba precipitada y entrecortadamente, que apenas pronunciaba de un tirón una frase de más de tres o cuatro palabras y que se asimilaba como un lorito las palabrotas vulgares y los reniegos, estaba henchido de orgullo y se puso a encender la pipa y luego a restregarse las manos de gusto, haciendo un ruido con el roce que daba escalofríos a Alan.

—Ha sido un año espléndido —dijo Tautuk contestando a la primera pregunta de Alan sobre la situación en conjunto—. Hemos tenido una gran suerte.

—Un año que ni el diablo lo hace —agregó Amuk Toolik rápido como un escopetazo—. Muchas hembras. Buenos cascós. Pocos lobos. Ganado gordo. ¡Un año de albérchigos!

Después de este galimatías y con tan grata impresión inicial de los asuntos, Alan se entregó de lleno a los asuntos del rancho, a las viejas emociones, al entusiasmo que proporcionan los esfuerzos realizados, y una vez más se despertó en él el orgullo del explorador que conquista un nuevo horizonte y se apoderó de su ánimo haciéndole olvidarse del tiempo. Cien preguntas hizo y a todas ellas contestaron prestamente Tautuk y Amuk Toolik, que estaban deseosos de contarle las cosas que tanto les gustaba notificar. Su conversación llenaba la casa de una animación de triunfo. Los rebaños habían aumentado en mil cabezas durante los meses de cría de abril y de mayo, y el cruce de las reses asiáticas con los caribús salvajes de los bosques había producido cien crías de ejemplares superiores cuya codiciada carne podría suministrarse dentro de unos años a todos los mercados de los Estados Unidos. Nunca la musgosa hierba había dado tan espeso pasto bajo la capa de nieve deshelada. No había habido incendios devastadores. No había habido “pies blandos”. Se había “batido el record” de las nuevas crías, y la industria lechera allí, al borde del polo ártico, se había demostrado que era algo más que un simple ensayo, pues Tautuk tenía en la actualidad siete renos hembras que daban cada una dos veces al día una pinta y media de leche, comparable casi con la mejor de cabra, y más de veinte que ya empezaban a dar de una copa a una pinta en una sola ordeñada. A todo ello Amuk Toolik añadió la sorprendente superación de los renos de tiro: *Kauk*, de tres años, había recorrido, arrastrando un trineo sobre nieve no pisada, cinco millas en trece minutos y cuarenta y siete segundos; *Kauk* y *Olo*, uncidos al mismo trineo, habían recorrido diez millas en veintisiete minutos y cuarenta segundos; y otro día, en una formidable prueba de resistencia, Amuk Toolik había guiado a los mismos renos a lo largo de noventa y ocho millas. *Eno* y *Sutka*, los primeros de sangre cruzada con los caribús más corpulentos de los bosques, habían llevado ochocientas libras de carga durante tres días consecutivos, a razón de cuarenta millas cada jornada. Algunos agentes de la floreciente industria, procedentes de Fairbanks, Tanana y los ranchos de la península de Seward, habían llegado a ofrecer ciento diez dólares por cabeza de

ganado del nuevo cruce con los caribús de las tundras, para reproducción, y además se había dado caza a siete machos jóvenes y a siete hembras de la raza originaria de las tundras y los bosques, los cuales habían sido unidos a los que ya se tenían.

Esto significaba un gran triunfo para Alan. No es que le interesara por lo que pudiera significar de medro personal, sino que consideraba aquello como una victoria de toda su tierra, de su vasta y mal poblada tierra, denigrada y desdeñada por la ceguedad de cien millones de almas; de toda su tierra levantada, por fin, del fango de la ignorancia y las intrigas políticas, de un país que despertaba como un gigante presintiendo el día no lejano en que iba a influir en el destino de todo un continente. Era Alaska, que se levantaba lenta, pero inexorablemente, de su eterno sueño; eran las fuerzas montaraces de una gran tierra que, habiendo sido cuna de un mundo, volvía a cobrar vida propia y pujante; y los débiles esfuerzos que él hacía en aquel largo y reñido combate para sembrar las semillas del futuro poder de su país llevaban en sí mismos la mejor recompensa.

Aun mucho después de que Tautuk y Amuk Toolik se hubieron ido, seguía llenándole el corazón la alegría del éxito.

Se extrañó de lo de prisa que el tiempo había pasado cuando miró el reloj. Era cerca de mediodía cuando dejó los papeles y los libros y salió de su habitación. Oyó la voz de Wegaruk que salía de la cámara helada subterránea, excavada en el subsuelo de la tundra, y deteniéndose al ver la luz de la bujía de su vieja ama de casa, cambió el rumbo, descendió los peldaños que bajaban a ocho pies de la superficie y penetró silenciosamente en la amplia cámara cuadrada donde la tierra permanecía helada desde hacía miles de años. Wegaruk tenía la costumbre de hablar a solas en voz alta. Parecióle extraño a Alan que la buena mujer estuviera monologando sobre cuán inexplicable parecía que el suelo de la tundra, a pesar de su clima y feracidad casi tropical en verano, no se deshela nunca hasta más abajo de cuatro pies, que era desde donde empezaba la tierra siempre helada, desde tiempos tan remotos que “ni los espíritus lo sabían”. Sonrióse Alan oyendo a Wegaruk referirse al tiempo y a sus creencias mencionando a los “espíritus”, a los que no había nunca renunciado por los misioneros, y se disponía a revelar su presencia, cuando le interrumpió otra voz que partía del lado suyo. Oculta en la sombra, a la distancia del brazo extendido, debía de hallarse la persona que le hablaba.

—Buenos días, señor Holt.

Era Mary Standish, y él miró alocadamente para descubrirla en la sombra.

—Buenos días —contestó él—. A casa de usted iba cuando la voz de Wegaruk me trajo aquí. ¿Ve usted? Hasta esta cámara helada tiene algo de amistoso para mí, después de mi viaje a los Estados Unidos. —Y, dirigiéndose al ama, añadió—: ¿Ha bajado usted por carne?

La robusta y rechoncha Wegaruk volvióse para contestar, y entonces el menguado resplandor de la bujía, que sostenía dentro de una lata de tomates, alumbró claramente la figura de Mary Standish. Fue como si un foco la sacara de repente de

un pozo de tinieblas, estremeciendo a Alan, no ya por su gentileza ni por la belleza de sus ojos y su cabello, sino por algo desusado que se notaba en ella o que había en su indumento. Y esta sensación persistió aun después de salir con ella de la penumbra y del frío a la tibieza de la superficie, dejando a Wegaruk sola, oliendo el tufo de la bujía y haciéndose con la carne. Se dirigieron a la vivienda de Sokwenna y a Alan no le abandonaba la sensación del primer momento. Era una sensación desconcertante que le producía una impresión imposible de dominar ni de explicar; algo que sabía que podía comprender, pero se resistía a ello. Parecióle que la causa de aquel misterio se hallaba también escrita en el rostro de la joven, a la cual llenaba de dulce turbación, mientras le decía que Keok y Nawadlook se habían ido de la habitación para dejarlos solos, pues ella le había esperado. Así, pues, podría hacerle cuantas preguntas quisiera, sin que nadie los molestara. En medio de su ligera turbación y rubor, Alan notó que Mary no tenía miedo ni mostraba indecisión.

En la habitación principal de la caseta de Sokwenna, que se construyó imitando la suya, se sentó y se halló rodeado por el color y el aroma de varios ramos de flores. Sentóse también la joven cerca de él y esperó que comenzara a hablar.

—Veo que le gustan las flores —dijo él con un esfuerzo—. Debo darle las gracias por las que puso usted en mi habitación, y por lo demás.

—Es ya costumbre en mí el gusto por las flores —respondió— y no las había visto nunca como éstas. Flores... y pájaros. Nunca me imaginé que hubiera tantos en esta tierra.

—Ni nadie —comentó él—. Se ignora lo que es Alaska.

Alan contemplaba intrigado, sin acabar de descifrar lo que tanta sorpresa le causaba. Ella comprendía lo que a él le pasaba, pues la extraña e inquieta emoción que le dominaba no podía menos de descubrirle. Mary perdió el color de las mejillas; los labios se le contrajeron, y, no obstante, en su actitud de espera no había sombra de encogimiento ni de recelo, ni indicio de que la abandonara la confianza. En aquel momento Alan no se acordaba de John Graham. La veía otra vez como a una niña; aquella niña que se había presentado a bordo en su camarote y que de espaldas a la puerta le proponía que hiciera un imposible; casi un ángel de cabello finísimo y brillante, con bellos y claros ojos y nivea garganta, que con palpitación de pájaro esperaba que ahora él, en cuyas manos estaba el poder de hacerlo, derribara la frágil valla que los separaba. Su enorme desigualdad de fuerzas, la idea de que todo lo que había pensado decir y hacer era despiadado, junto con una abrumadora sensación de superioridad brutal, indujeron a Alan a decir desesperadamente, tendiéndole los brazos:

—Mary Standish, por Dios, dígame la verdad. ¿Por qué ha venido usted?

—He venido —dijo ella mirándole fijamente— porque estoy segura de que un hombre como usted, cuando está enamorado de una mujer, libra las batallas que sean necesarias para protegerla, aunque esta mujer no llegue nunca a ser suya.

—Pero usted no sabía nada de eso —objetó él—, al menos hasta el encuentro en

el bosquecillo...

—Sí, lo sabía. Me enteré en la caseta de Ellen McCormick.

Al pronunciar estas palabras se levantó con pausa, y él se puso asimismo en pie, mirándola con la fijeza del hombre que acaba de recibir un golpe, al par que el comprender, el empezar a vislumbrar el extraño misterio de aquella mañana, añadía una mayor emoción en el espíritu de Alan. No pudo contener una exclamación de asombro.

—¿Conque estaba usted en casa de Ellen McCormick? ¡Y ella misma le entregó... *eso!*

Ella asintió moviendo la cabeza, y dijo:

—Sí, el vestido que usted llevó del barco. No me riña, señor Holt. Tenga un poco de indulgencia conmigo oyendo lo que le voy a decir. Yo estaba en la caseta la noche en que regresó usted de buscarme de la costa. El señor McCormick no se enteró. Ella, sí. Le dije alguna mentira para que, mujer al fin, no me descubriese. Comprenda que yo había perdido en gran parte mi confianza, me abandonaban ya las fuerzas y le temía a usted.

—¿Temerme a mí?

—Sí, a todo el mundo. Estaba en la habitación que había detrás de Ellen McCormick cuando le hizo a usted aquella pregunta. Yo quedé petrificada al oír lo que usted le contestó. Me maravillé y no quería dar crédito a mis oídos, pues después de lo sucedido en el buque creía que usted me tenía que despreciar, y que si me buscaba sólo lo hacía por un especial sentimiento del honor. No me acabé de convencer hasta pasados dos días, en que llegaron las cartas de usted y las leímos.

—¿Abrieron mis cartas?

—Naturalmente. Una de ellas tenía que leerse en seguida, la otra cuando se me encontrara... pero yo acababa de encontrarme a mí misma. Acaso no fuera del todo digno. Pero ¿cómo quiere usted que dos mujeres resistieran semejante tentación? Yo, *además, necesitaba saber.*

Ni levantó los ojos, ni movió la cabeza hasta terminar su confesión.

Luego su mirada se cruzó con la de Alan, con una bella firmeza.

—Entonces volví a creer y me aseguré, leyendo su carta, de que usted era el único hombre capaz de ayudarme y de darme ocasión de luchar en mi defensa. Pero me he quedado desanimada... y al fin usted me echará...

Otra vez vio Alan la maravilla de sus ojos dilatados, inmóviles, llenos de lágrimas, que ella no se enjugó; antes, a través de las mismas, le sonrió como jamás le sonriera una mujer. Y con las lágrimas parecía poseerla un orgullo que la ponía por encima de toda confusión, un espíritu lleno de voluntad, de ánimo y de femineidad que disipaba las nubes de toda sospecha y el temor de que ningún recelo hiciera presa en Alan. Él hizo un esfuerzo y habló:

—De modo que usted ha venido porque sabe que yo la quiero... y usted...

—Debe haber habido una fe muy grande en usted, Alan, la cual desde el principio

me inspiró.

—Tiene que haber algo más —insistió él—; alguna otra causa.

—Dos —reconoció ella. Alan observó que le desaparecían las lágrimas y que volvía el color a sus mejillas.

—¿Qué causas son esas?

—Una de ellas no es posible que se la diga, y si le digo la otra, me despreciará usted. Estoy convencida.

—¿Tiene algo que ver con John Graham?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, con John Graham.

Por fin ella esquivó la mirada tras las pestañas y pareció que se arrepentía de su propósito, mostrándose impresionada por la importancia de la revelación que acababa de hacer; no obstante, las mejillas, en vez de empalidecerse, se le encendieron vivamente, y cuando volvió a mirar a Alan de frente, tenía los ojos llenos de ardiente fulgor.

—John Graham —insistió la joven—. El hombre a quien usted odia y cuya muerte desea.

Esto fue bastante. Alan se volvió despacio hacia la puerta, diciendo:

—Después de comer saldré para inspeccionar las manadas de las vertientes. En cuanto a usted, considérese bien venida entre nosotros.

Parado un momento en la puerta, percibió el suave respiro y la nueva luz en la mirada con que ella acogía sus últimas palabras.

—Gracias, Alan Holt —exclamó suavemente—. ¡Oh, cómo agradecerélo!

Mas a la postre lanzó un grito que detuvo a Alan. Fue como si no hubiera podido dominarse.

Él la miró de frente, y ambos permanecieron breves instantes en silencio.

—Siento mucho, muchísimo —dijo ella—, lo que le dije y lo que hice aquella noche en el *Nome*... Le acusé de dureza, de crueldad, de falta de nobleza... de algo aún más injusto, y quiero retractarme de todo ello, porque es usted noble, recto y generoso, ya que es capaz de alejarse ahora mismo dejándome aquí sabiendo que estoy contaminada del trato con la persona que tanto daño le ha causado, y de decirme que soy bien recibida. Pero quisiera que no se fuese usted todavía. Me ha obligado usted con su caballerosidad a decirle quién soy y a qué he venido. Quiera Dios que sea usted indulgente conmigo cuando lo sepa todo.

Capítulo XVIII

En un instante el mundo había cambiado para Alan. Había un absoluto silencio en la habitación, sólo turbado por el respiro de la joven, la cual se acercó a la ventana para contemplar la tundra inflamada de sol. Oyó la voz de Tautuk que llamaba a Keok para que se separase del cerco o corral de los renos, y la jovial risa de ella al contestarle. Un tordo gris y osado se posó en el tejadillo de Sokwenna y comenzó a cantar. Fueron dos notas que dieron un poco de descanso a su ánimo tenso, como muestra de la hermosura, del gozo y de la inmortal esperanza de la vida. Mary Standish volvió de la ventana con los ojos radiantes.

—Todos los días se pone a cantar ese tordo en nuestro tejadillo —comentó.

—Puede que sea en honor de usted —repuso él.

Ella le miró muy seria, y dijo:

—También se me ha ocurrido pensar que era por hallarme yo aquí. Y creo en una porción de cosas increíbles. Nada me parece más bello que el espíritu que pueda alojar el cuerpecillo de un pájaro. Sin duda que lo que más me gustaría en el trance de la muerte es tener cerca un pájaro que cantara. No puede haber abandono tan grande al cual no llegue siquiera la música de las aves.

Movió él la cabeza como en respuesta. Se encontraba incómodo. Cerró Mary la puerta, que él había dejado a medio abrir, y le indicó que volviera a sentarse otra vez en la silla que hacía poco había dejado. Ella se sentó la primera y sonrió pensativa y pesarosa al decir de esta manera:

—He sido una loca. Lo que le voy a confiar debí habérselo dicho a usted a bordo del *Nome*. Pero es que tenía miedo. Ahora, no; pero, en cambio, me siento avergonzada de tener que revelarle la verdad. No obstante, no me arrepiento de lo ocurrido, porque, de lo contrario, no hubiera llegado a esta región que es su mundo y que, con su gente y con su vida, ha venido a pesar tanto en la mía. Lo comprenderá al final de mi confesión.

—No —protestó él casi con rudeza—; no lo quiero. No me parece bien que plantee así la cosa. Si como amigo puedo ayudarla en algo, cuénteme usted lo que quiera, pero no a manera de confesión, que implicaría falta de confianza en mí.

—¿Pero de veras confía usted en mí?

—Tanto, que el sol se oscurecería y la canción de los pájaros sería otra para mí si la perdiera a usted, como estuve creyendo que había sucedido desde la escena del buque.

—¡Ah! ¿Lo dice de veras?

Pronunció estas palabras con un extraño, agudo, pero contenido grito. Y él, que

parecía absorbido por sus ojos, no dejó de ver que las mejillas se le empalidecían más que los pétalos de las margaritas de la tundra que estaban detrás de ella. Mientras el corazón le latía a Alan, estremecido por lo que acababa de declarar, le extrañaba en gran manera verla a ella palidecer de tal forma.

—¿Lo dice de veras? —repitió por lo bajo ella—. ¿Después de lo ocurrido?... ¿A pesar del fragmento de la carta... que Stampede le mostró anoche?

Estas palabras sorprendieron a Alan. ¿Cómo había descubierto lo que él creía un secreto suyo y de Stampede? Su imaginación llegó a una conclusión de un salto, y ella, leyéndole el pensamiento, agregó:

—No, no ha sido Stampede quien me lo ha dicho. Fue también casual. ¿Ya pesar de esa carta... sigue creyendo en mí?

—No tengo más remedio. Sería desgraciado si no lo hiciera. Tengo una esperanza acaso insana en la felicidad. Me dije a mi mismo que lo que vieron mis ojos sobre la firma de John Graham era mentira.

—En absoluto, no. Pero no se refería a usted y a mi. Era un fragmento de una carta escrita a Rossland. Me había enviado algunos libros cuando íbamos a bordo, y entre dos páginas, olvidada, una hoja de carta como señal. Leyendo el contenido, aquel pie tenía poca importancia. La otra media carta está escondida en la chinela que no le entregó usted a McCormick. No es la primera vez que ve usted que una mujer pone un papel en unas zapatillas para rellenarlas.

Alan se hubiera puesto a gritar y a agitar los brazos riéndose como lo hicieran Tautuk, Amuk Toolik y los otros la víspera, al batir los *tom-toms*, pero él no lo hubiera hecho por regocijo, sino a impulsos de una intensa felicidad. Pero la voz de Mary Standish, que seguía hablando como si se tratara de una cuestión naturalísima, le mantuvo callado; y no es que ella no se percatase del efecto que hizo a Alan su sencilla explicación sobre el uso de la carta de Graham.

—Estaba en el cuarto de Nawadlook cuando vi que Stampede recogía del suelo aquel pedazo de carta —prosiguió diciendo—. Poco antes había estado mirando mi zapatilla, lamentando que se hubiera dejado usted la pareja del otro pie en mi camarote del barco, y entonces debió de caer el trozo de papel. Vi que Stampede lo leía y se impresionaba profundamente. Lo dejó en la mesa y salió. Apresuradamente leí lo que había encontrado, pero oyendo que él volvía, dejé el papel en el mismo sitio y desaparecí otra vez en el cuarto de Nawadlook, desde donde vi que Stampede se lo llevaba luego a usted. No sé cómo no me precipité para evitarlo. No había razón para ello. Pero fue sin duda por intuición, o porque en aquel momento me aborrecía tanto a mí misma que estaba dispuesta a dejarme desollar viva, que era lo menos que usted iba a hacer al enterarse de la prueba que Stampede le llevaba. No merezco otra cosa que la muerte. ¡Es lo único que espero de sus manos!

—¡Pero si no es cierta la prueba! La carta iba dirigida a Rossland —protestó Alan.

No se asomó a sus ojos una chispa de alegría en contestación a tal descargo, sino

que dijo con una infinita desesperanza:

—Más valiera que lo fuese y que, en cambio, fuera falso lo que es cierto. La vida daría por no ser otra cosa más que lo que esas líneas suponían: inmoral, espía, criminal de cierta ralea... Todo lo aceptaría a trueque de lo que en realidad soy. ¿Empieza usted a comprender?

—Creo que no ha de serme posible pensar nada.

Aunque él insistía en no creer, el dolor que humedecía de rocío los aterciopelados ojos de la mujer se le clavaba en el corazón, y tenía miedo de lo que se ocultaba en ellos. Mas volvió a decir:

—Sólo sé que estoy contentísimo de que esté usted aquí, y mi alegría va en aumento cada hora que pasa.

Inclinó ella la cabeza, y la luz del claro día puso una radiación de bellas irisaciones en su cabello; él observó que le temblaban las sedosas pestañas sobre las mejillas. Súbito, Mary Standish se incorporó, recobró el aliento y dijo, con las manos cruzadas en la falda:

—¿Tendría usted la bondad de contarme lo que sabe de John Graham? —le dijo suavemente—. Yo le conozco, un poco por lo menos, pero facilitaría mucho las cosas que usted me hablara de él.

Se puso en pie Alan y la miró un instante; luego se acercó a la ventana y volvió otra vez a su sitio. Ella seguía en la misma postura. Le miró de frente y sus ojos tenían la elocuencia de la pregunta que acababa de formular su voz. Él sintió un impulso de confiarse en ella como en nadie; de revelar, para ella sola, lo que hacía años venía albergando en su alma. Estaba tan hermosa mirándole, casi adivinando sus sentimientos, con un oscuro fulgor en los ojos, que él exclamó, riéndose con cierta extraña contención, al tiempo que extendía los brazos hacia ella:

—Creo comprender de qué manera debió de querer mi padre a mi madre. Pero no puedo hacérselo comprender a usted. No puedo esperarlo. Murió ella siendo yo tan niño, que sólo pienso en ella como en un dulce sueño. Mas para mi padre nunca murió, y conforme yo fui creciendo, también para mí se hacía más presente cada vez, tanto, que en las expediciones que hacíamos solíamos hablar de ella tal como si nos estuviera esperando en casa al regreso. Y mi padre nunca pudo pasar mucho tiempo sin acercarse al lugar donde ella descansaba para siempre. Lo llamaba *el hogar*; es una pequeña hondonada al pie de la montaña donde en verano salta un torrente, un pequeño paraíso de flores y pájaros, rodeado de todo lo que ella amaba. También allí estaba la caseta, la pequeña vivienda donde yo nací, que daba la espalda a la mole de la montaña y toda ella adornada con las labores que mi madre hiciera... Allí, con su voz franca, que llegaba hasta media montaña, mi padre solía reír y cantar, y cuando yo fui mayorcito, algunas veces me impresionó vivamente el milagro de evocación que realizaba, dándome la absoluta sensación de que mi madre se hallaba entre nosotros... Pero ¿qué es eso? ¿Se asusta usted, señorita Standish? Parecerá, contado ahora, embrujamiento y cosa fantasmal, pero es tal como digo, y tan evidente que

bastantes noches he pasado de claro en claro preocupado por ello y deseando que no hubiera sido cierto.

—Entonces ha deseado usted un gran pecado —objetó la joven con voz que apenas parecía un susurro de sus labios entreabiertos—. Deseo que un día alguien se acuerde de mí en la misma forma.

—Es que usted no sabe que en ello está el origen de la tragedia, de lo que usted me ha dicho que le hablara —dijo él abriendo las manos y volviéndolas a cerrar tan apretadamente que la sangre le hinchó las venas de las mismas—. Los grandes intereses iban acercándose allí; los tentáculos de la codicia y del poder se iban aferrando, poniendo cada vez un cerco más estrecho a nuestro pequeño cuenco al pie de la montaña. Pero mi padre no sospechaba que pudiese llegar a pasar lo que pasó. Sucedió durante la primavera del año en que me llevó por vez primera a los Estados Unidos. Yo tenía dieciocho años. Estuvimos cinco meses ausentes, cinco meses que fueron de tortura para él, pues día y noche suspiraba por mi madre y por el pequeño hogar que esperaba al amparo de la montaña. Cuando por fin regresamos...

Alan fuese otra vez a la ventana, pero estaba sordo a las voces que daba Tautuk desde el corral, y ciego al resplandor del sol dorado de la tundra.

—Cuando regresamos —dijo otra vez reanudando el relato con voz fría y dura—, el pequeño paraíso de mi madre había sido invadido por una colonia de constructores compuesta de cien hombres. La casita había desaparecido. Desde la cascada había sido abierto un canal, pasando precisamente por donde estuvo la tumba de mi madre. Obraron lo mismo con diez mil tumbas de indios que habían sido profanadas y destruidas. Habían desparramado los huesos de ella entre la arena y el lodo... Desde el momento en que mi padre vio aquello puede decirse que dejó de salir el sol para él. Se le murió el corazón, aunque al parecer vivió todavía... algún tiempo.

Mary Standish había hundido la cara entre las manos. Él vio como le temblaban sus leves hombros, y cuando volvió a separarse de la ventana y ella levantó los ojos, le parecía contemplar la pálida belleza de una de las flores blancas de la tundra.

—Y el hombre que eso hizo... —dijo ella a manera de pregunta, para contestarse a sí misma con la voz desapasionada del que sabe de antemano lo que se le iba a revelar—. El hombre que eso hizo era John Graham.

—Sí, John Graham, que se hallaba allí representando formidables intereses. El jefe que se hallaba al frente de las obras hizo objeciones a lo que se proyectaba, muchos de los obreros protestaron; algunos, que conocían a mi padre, dejaron el trabajo antes que tomar parte en la perpetración de semejante atentado... Pero John Graham tenía todo el poder, y dicen que se reía, como si para él fuera un bromazo que se tuvieran por obstáculos a sus designios una casita y una tumba. Y también osó reírse cuando mi padre y yo fuimos a verle; sí, se rió, de esa manera suya, apagada, viscosa, que hace pensar en la risa de una serpiente. Le encontramos entre los obreros. No tiene usted idea de cuál era mi odio. Veíale corpulento, fofo, poderoso, jugando sus dedos con la cadena del reloj que le pendía del bolsillo del chaleco,

mirando a mi padre con su habitual suficiencia, mientras le decía cuán necio era de creer que una casucha y una tumba pudieran ser para él un obstáculo. Le hubiera matado, a no ser que mi padre me contuviera poniéndome una mano en el hombro, con reposado pero firme ademán, diciéndome: “Es cosa mía, Alan; déjalo para mí, es un deber”. Y luego pasó lo inevitable. Mi padre tenía más edad que Graham, pero Dios le infundió una fuerza en aquella ocasión como nunca, y entre sus manos pereciera el bárbaro de no intervenir yo soltándoselo de las manos. En presencia de toda su gente, Graham quedó hecho una masa pulposa, pero él, sin moverse del suelo, maldijo a mi padre y me maldijo a mí. Juró no olvidarse en los días de su vida y que nos perseguiría hasta hacernos pagar mil veces lo que le habíamos hecho. Entonces mi padre lo arrastró como a una rata hasta detrás de unos matorrales, y allí le arrancó las ropas hasta dejarlo en cueros; y comenzó a darle con un látigo hasta no poder más. John Graham quedó convertido en una masa impotente de carne. Terminada la escena, nos internamos en las montañas.

Mientras Alan había hecho su relato, Mary Standish no había apartado de él los ojos, y las manos se le habían ido cerrando hasta tener los puños crispados como él, y el rostro y la mirada se le habían encendido como si esperara saltar sobre una presa invisible que se hallara entre los dos.

—¿Y después, Alan, y después...?

Le llamó Alan, familiarmente, sin darse cuenta, pero tampoco él estaba para fijarse en nada.

—John Graham guardó su promesa —respondió agriamente—. Con su influencia y con los capitales que a espaldas suyas se mueven nos ha perseguido dondequiera que hayamos estado. Mi padre emprendió varias de sus empresas con éxito, pero siempre a la postre se esterilizaron sus esfuerzos. Una mina que descubrió, en la cual cifraba grandes esperanzas, se vio obligado, por fin, a abandonarla por orden superior de los Estados Unidos. Un hotel de Dawson, del que era socio, tuvo que quebrar. Se sucedían uno tras otro los fracasos debido a una mano oculta, y cada vez mi padre recibía de John Graham unas líneas en que, simulando una fórmula amistosa, se condolía de tales contratiempos. Pero a mi padre le tenía ya muy sin cuidado el perder el dinero. El corazón se le reseca y la vitalidad de su sangre se le iba en la nostalgia de su casita y de la tumba destruida al pie de la sierra... Pasaron así tres años, hasta que una mañana mi padre fue encontrado muerto en la playa de Nome.

—¡Muerto!

Alan no vio el gesto de Mary Standish; únicamente oyó el sollozo con que repitió esta palabra, pues mientras hablaba no la miraba a ella, sino que tenía fija la mirada a lo lejos, por la ventana.

—Sí, lo habían asesinado... y no dudo que fue obra fraguada por John Graham, que aunque su mano no lo hiciera materialmente, su dinero pudo hacerlo. No le contaré de qué manera ha venido ahogándome a mí luego por medio de su posición influyente y de su dinero, cómo hizo que fuera destruida la primera majada de renos

que tuve, y cómo por medio de infundios en la Prensa me combatió burlescamente durante mi viaje del pasado invierno a los Estados Unidos, mientras yo me esforzaba porque la gente de allá empezara a saber algo de lo que en realidad es Alaska. Pero yo aguardo. Sé que llegará un día en que tendré a John Graham como lo tuvo mi padre al pie de aquella nuestra montaña. Ahora él tendrá unos cincuenta años. Pero no le valdrá, llegado el momento. Nadie le arrancará de mis manos como yo lo hice de las de mi padre. Y Alaska entera lo celebrará, porque su poder y su dinero se han convertido en dos monstruos gemelos que están aniquilando a Alaska del mismo modo que destruyeron la vida de mi padre. Hasta que muera y termine así el poder que le dan los grandes capitales, no dejará de ir haciendo de este espléndido país un hueso del que él y los de su ralea sacan toda la carne. Y precisamente en estos momentos ha llegado la amenaza del peligro más aplastante...

Al llegar aquí miró a Mary Standish, a quien la muerte parecía haber asaltado en aquella actitud, sentada. No se la notaba respirar, y tan pálida se había puesto que Alan se alarmó. Pero entonces ella le miró también, con unos ojos que eran abismos de tortura y de espanto, nuevos para él. Asombróle la delgadez de su voz cuando empezó a hablarle, causándole un intenso estremecimiento con la frialdad casi mortal de sus palabras:

—Creo que ahora comprenderá usted por qué me arrojé al mar, por qué necesitaba que todo el mundo me diera por muerta, y por qué temía revelarle a usted la verdad —dijo. Y añadió por fin—; *¡Es que yo soy la mujer de John Graham!*

Capítulo XIX

Lo primero en que pensó Alan fue en la monstruosa incongruencia de semejante afirmación, la imposibilidad casi material de una unión de la especie que Mary Standish le revelaba. La veía joven y hermosa, con una expresión y unos ojos que hacían pensar en todo lo grato y dulce de la vida, y detrás imaginaba la silueta sombría de John Graham, el hombre férreo y sin piedad, desprovisto de conciencia y de alma, endurecido en su poder, alevoso y cauto en sus iniquidades, y bastante viejo para ser más bien el padre que el marido de aquella criatura.

Sus labios modularon una lenta sonrisa, pero él no se dio cuenta de haberse sonreído. Se reconcentró herméticamente para no dejar traslucir el violento esfuerzo que la situación le imponía, en tanto que buscaba palabras adecuadas para ayudar a desvanecer la nube de angustia y desolación que velaba los ojos de Mary:

—En verdad que me parece eso una cosa bastante absurda.

Así dijo Alan, con la sensación de que le costaba arrancar las palabras como astillas de un tronco, y de que las pobres palabras que le salían eran muy poca cosa comparadas con lo que debía decir y hacer en tan desusada circunstancia.

—Es verdad —contestó ella—, pero la gente no lo quiere entender. Así es la vida.

Y hablando en esta forma alcanzó un libro que estaba en la mesa donde se apiñaban las margaritas de la tundra. Era un libro escrito en la primera época de la vida exploradora de Alaska, libro procedente de su propia biblioteca, escrito en estilo seco, pero cuidado y que tenía un gran valor estadístico. Ella se puso a leerlo. Le impresionó a él este rasgo como prueba de la lucha interior que también ella estaba sosteniendo, de un esforzado ánimo en el empeño de salir victoriosa de las asechanzas con que la vida debía de haberla acosado. Todavía se le hacía imposible asociarla íntimamente a John Graham. No obstante, tenía el rostro frío y pálido.

Con mano temblorosa sacó ella un recorte de periódico de entre las páginas, lo desdobló y se lo dio a leer sin pronunciar palabra.

Encabezando dos columnas impresas había un retrato de una linda joven. En un óvalo, sobre el hombro de ésta, se veía el retrato de un hombre de unos cincuenta años. Ambos le eran desconocidos. Leyó sus nombres y luego el encabezamiento, que decía así: “Un Amor de Cien Millones de Dólares”. Y la palabra amor iba acompañada de un capcioso signo del dólar. Juventud y avanzada madurez, belleza y riquezas, grandes fortunas unidas. Comprendió la alusión y miró a Mary Standish, sin poderse acostumbrar a considerarla como a Mary Graham.

Ella dijo:

—Saqué este recorte de un periódico, en Córdova. Esto nada tiene que ver

conmigo. Ella vive en Texas. ¿Pero no adivina usted algo en sus ojos? ¿No lo advierte aún en el grabado? Lleva el traje de boda. Pero cuando la vi me pareció ver en sus ojos una expresión de angustia, de desesperanza, de abandono, en vano disimulados a los ojos de la gente. Es una prueba más, una entre tantas, de que tan monstruosas cosas pasan en la realidad.

Él empezó a sentir una oscura y suave calma; era el estoicismo que se apoderaba de su ánimo siempre que se hallaba ante lo inevitable. Se sentó en el suelo, e inclinando la cabeza sobre la falda de ella le cogió una de sus lindas manos, posadas en su regazo. Había perdido toda tibieza. Estaba helada, inerte. Se la acarició aprisionándola entre sus morenas y musculosas manos, y la contemplaba sin darse cuenta de nada. El reloj de Keok fue lo único que con su ruidito se oyó durante un rato. Por fin él se dio cuenta de que tenía la mano de la mujer entre las suyas, y la dejó caer otra vez en la falda. Ella había estado mirando fijamente el mechón gris de la cabeza de Alan. Y a sus ojos se asomó una luz, una lumbre que él no advirtió, y sus labios temblaron imperceptiblemente, y acercó la cabeza a la suya.

—Perdone, no podía sospecharlo —dijo Alan—. Ahora comprendo lo que debió sentir en el bosquecillo.

—¡No, no lo comprende usted! —protestó ella.

Él vio que instantáneamente parecía animarse otra vez la joven con una vida vibrante y encendida. Era como si las palabras que le había dicho hubieran levantado un fuego, un algo secreto en su alma, como si acabara de abrir una puerta de ella, cerrada por la mano de una amarga desesperanza. Se asombró de la presteza con que sus mejillas recobraron el color.

—No lo comprende usted —dijo Mary—, pero estoy decidida a que lo sepa. Preferiría la muerte a dejarle irse de mi lado con la idea que adivino. Me despreciará; mas prefiere serlo por la verdad que por la cosa horrible que está usted pensando. — Y al pronunciar estas palabras forzó una pálida sonrisa—. ¿No es verdad que las Belindas Mulrooneys estaban muy bien en su tiempo, pero que hoy día no resultan? Si una mujer comete un error y trata de remediarlo con una vida de luchas y esfuerzos, tal como hiciera Belinda Mulrooney en aquellos días en que Alaska era joven...

Se interrumpió con un leve gesto de desesperación.

—Yo he cometido una gran torpeza —prosiguió con cierta reticencia e indecisión—. Ahora veo claramente el camino que debía haber seguido. Usted me dirá si no es tarde todavía, así que yo le cuente... Pero me mira con una dureza de roca.

—Es que su tragedia es mía también —repuso Alan.

Ella apartó los ojos de los de él. Las mejillas se le sonrosaron más. Fue un febril y vivido fulgor.

—Nací rica, riquísima; inmensa, odiosamente afortunada —dijo luego en voz baja y desapasionada, en confesión—. No recuerdo a mi padre ni a mi madre. Siempre viví con mi abuela Standish y con mi tío Pedro Standish. Hasta los trece

años tuve la sombra del tío Pedro, del hermano de mi abuelo, que vivía con nosotros. Mi cariño por él era una veneración. Estaba tullido. Desde niño había vivido metido en un sillón de ruedas, y al morir rayaba en los setenta y cinco años. Siendo yo muy niña, aquella silla de lisiado y los pasos que yo daba con él por toda la casa eran mi delicia. El tío Pedro compendia para mí los afectos maternal, paternal y todos los cariños. A veces en mi inconsciencia se me ocurría que si Dios era tan bueno como el tío Pedro, debía de ser un maravilloso Dios. El tío Pedro fue quien, año tras año, me contaba las viejas historias y leyendas de los Standish. Y siempre estaba contento, siempre alegre y ciego a todo lo que no fuese la luz del sol, a pesar de que durante casi setenta años había estado sin poderse poner en pie. Cinco días antes de cumplir yo trece años, él murió. Creo que fue para mí lo que debía de ser para usted su padre.

Alan movió la cabeza. Ya no tenía su cara color de piedra, y la imagen de John Graham había desaparecido por completo de su mente.

—Entonces —prosiguió Mary— viví sólo con el abuelo. No me quería como el tío Pedro, y creo que yo no le quería a él. Sin embargo, me sentía orgullosa de que fuera mi abuelo. Creía que todo el mundo debía admirarlo como yo. De mayorcita fui comprendiendo que era temido por todos: banqueros, presidentes del Estado, aun las más grandes figuras de los grandes intereses financieros. Se le temía a él y a sus socios los Graham, lo mismo que a Sharpleigh, de quien el tío Pedro me había dicho que era el abogado más inteligente de la nación, y que se había desenvuelto siempre dentro de los negocios de las dos familias. Mi abuelo tenía sesenta y ocho años a la muerte del tío Pedro, de modo que era John Graham la verdadera personificación de toda la fuerza que actuaba al amparo de la fortuna combinada de ambas casas. Recuerdo ahora que a veces el tío Pedro parecía un chiquillo y se esforzaba por hacerme comprender cuál no sería la fortuna de mi abuelo diciéndome que si a cada uno de los ciudadanos de los Estados Unidos, de ambos sexos, se les dieran dos dólares, la gran suma que ello importara se tendría aún que aumentar para igualar la fortuna de él con los Graham, de la cual las tres cuartas partes pertenecían a mi abuelo. También me acuerdo de la mirada de desconcierto que ponía el tío Pedro cuando le preguntaba en qué se empleaba todo aquel dinero. Nunca me contestó conforme a mis deseos, y nunca le comprendí. Ignoraba por qué eran temidos mi abuelo y John Graham. Nada sabía del formidable poder que el dinero de mi abuelo les había valido. Desconocía por completo —continuó bajando mucho la voz, como susurrando— el uso que hacían de su fortuna, en Alaska, por ejemplo. No podía imaginarme que el capital fuera aumentando a costa de la ruina, del hambre y de la muerte de tantas víctimas. Ni creo que el tío Pedro estuviera enterado.

Se quedó mirando a Alan con fijeza, y en sus ojos grises parecía arder una lumbre lentamente.

—Pues bien: ya entonces, en vida del tío Pedro, yo era un factor fundamental en todos sus proyectos. No era posible que yo sospechara que John Graham pidiera por anticipado la mano de una niña de trece años, ni cabía que yo adivinara que mi abuelo

Standish, tan severo, tan venerable, con sus barbas y su cabeza blanca, tan semejante a un dios bondadoso cuando se hallaba entre otras personas, estuviera ya entonces disponiendo que yo había de ser para John Graham, con tal que su formidable combinación económica aumentara todavía fabulosamente gracias a la prestidigitación financiera a que se dedicaba. Y para poder llevar a cabo mi sacrificio pusieron en juego a Sharpleigh, porque Sharpleigh era de aspecto dulce y bondadoso, y tenía una amabilidad como la del tío Pedro. Yo le quería por ello y tenía confianza en él, sin la más remota sospecha de que bajo su cana cabeza se alojara un cerebro tan astuto y despiadado como el de John Graham. ¡Y qué bien, Alan, qué bien cumplió esta misión!

Por segunda vez le nombraba así, de una manera suave y natural. Ataba y desanudaba con dedos nerviosos un pañuelo, teniendo sus manos en la falda. Y reanudó el relato después de un silencio en el cual el reloj de Keok pareció latir de una manera violenta y recia.

—Mi abuelo —prosiguió— murió cuando yo tenía diecisiete años. Quisiera que comprendiera usted todo lo que luego pasó, sin necesidad de decirle cómo me apoyé moralmente en Sharpleigh, como si fuera mi padre, y cuán hábil y amablemente fue inculcándome la idea de que era razonable y justo, de que era mi mayor deber en esta vida cumplir la voluntad de mi abuelo casándome con John Graham. Por otra parte me dijo que si este enlace no se realizaba, antes de cumplir los veintidós años, me vería sin un solo dólar, pues todo lo habría perdido la casa de los Standish; mas como quiera que era bastante listo para comprender que el dinero solo no era bastante para decidirme, me mostró una carta que me dijo que había dejado escrita el tío Pedro para que me fuese leída al cumplir los diecisiete años, y en esta carta el tío me instaba para que consagrara mi vida al prestigio del nombre Standish y que accediera a la unión de las dos grandes fortunas, como siempre habían deseado el abuelo Standish y él. No sospeché entonces que semejante carta fuese una impostura. Así, pues, a la postre se salieron con la suya y yo di mi palabra.

Estaba, al terminar esta parte de su relato, sentada, con la cabeza abatida, estrujando nerviosamente el pañuelo entre las manos.

—¿Me desprecia usted? —le preguntó.

—No —repuso Alan con voz inalterada y contenida—. La amo a usted.

Ella quiso mirarle con serenidad y ánimo. Vio que tenía otra vez una expresión petrificada y que en sus ojos brillaba oscuramente un fulgor sombrío.

—Di mi palabra —volvió a decir, como si quisiera borrar la impresión de su pregunta—. Pero se trataría de un mero negocio, de un negocio frío y sin sentimiento alguno. Me desagradaba John Graham. No obstante, me casaría con él. Sería su mujer ante la ley y a los ojos del mundo, pero de aquí las cosas no pasarían. Estuvieron de acuerdo; confiaban en mi inexperiencia.

Y en seguida agregó:

—Yo no veía la trampa; no advertía el malvado triunfo del corazón de John

Graham. No hubiera habido razón bastante poderosa para hacerme creer que lo único que quería era hacerme su víctima, que era bastante monstruoso para desearme aun sin amor, que era una araña abyecta, y yo el incauto insecto que caía en la red. Y lo que me presentaba más amarga mi situación era que yo había vivido desde la muerte del tío Pedro una existencia de extraños y hermosos sueños. Me había fraguado yo un mundo a la medida de mis deseos, y leía, leía mucho, al paso que se iba robusteciendo en mi conciencia la sensación de haber vivido anteriormente, no sé dónde, y que yo procedía de los tiempos en que el mundo era honrado, cuando el amor contaba para algo, pues consistiendo la riqueza en grandes tierras donde no había sospecha del poder ni del dinero, nada estaba por encima de la misma gloria de vivir, hombres y mujeres, humanamente. Esto es lo que a mí me seducía, y a pesar de todo, porque otros me habían modelado el porvenir, y también por orgullo de mi apellido, estaba dispuesta a esclavizarme a John Graham.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Faltaban pocos meses para que yo cumpliera veintidós años, y en este tiempo fui conociendo mejor qué clase de hombre era aquél; empecé a percibir ciertos rumores; hice por enterarme un poco y en seguida encontré la causa del odio que se le tenía y la razón que había para ello, razón que ahora, viniendo a Alaska, he comprobado definitivamente. Por fin, casi me había convencido de que era un monstruo, pero todo el mundo había dado en decir que yo tenía que ser su esposa; Sharpleigh, con su paternal hipocresía, se había convertido en mi sombra, y John Graham me trataba con tanta cortesía y tan fríamente, que no podía sospechar las intenciones aviesas que albergaban su corazón y su cerebro. Y me aventuré a seguir adelante: *me casé con él*.

En este punto respiró profundamente, como libre del peso más difícil de su relato, y viendo la imperturbable cara de Alan, dio un pequeño e impetuoso grito, que sonó como un disparo, al tiempo que se ponía de un salto en pie. De espaldas a las flores de la tundra fue a continuar con voz incierta, en tanto que él la miraba de pie también, frente por frente.

—No es preciso que diga usted más —interrumpióla, con una voz tan apagada y dura que le hizo sentir un temblor, como ante una amenaza—. No siga usted. Yo le ajustaré las cuentas a John Graham, si Dios quiere.

—¡Y me lo dice ya, sin esperar que yo alegue mi único motivo de dignidad! —protestó ella—. Pero sí, puede usted estar seguro de que no caí en la cuenta de la locura y de la maldad que cometía hasta después de consumado todo. Bien lo sabe Dios. A usted, Alan, que tiene limpia la conciencia como esas montañas y llanuras que han constituido una parte de su misma vida, se le antojará, lo comprendo, imposible que yo me casara con un hombre a quien al principio temía, para seguir encontrándole fastidioso y por fin mortalmente aborrecible; que yo me sacrificara creyendo que cumplía un deber; que fuera tan débil, tan ignorante, tan blanda como la arcilla en manos de aquellos en quienes ponía mi confianza. Pero le aseguro que ni

por un momento, por ciega que le parezca haber sido, sospeché el morboso peligro en que me hundía voluntariamente. Hasta una hora antes de la ceremonia no lo barrunté, pues se había planeado todo tan fríamente como una gran operación bancaria. Y tan imperturbablemente lo habíamos hecho todo, que yo no temí nada hasta el último instante, a no ser ese sentimiento extraño que produce el renunciar a la absoluta y propia libertad. Y no tuve prueba de ello hasta que pronunciamos la última de las breves palabras que nos hacían marido y mujer. Entonces vi en los ojos de Graham algo que nunca se había asomado a ellos. Y Sharpleigh...

Se oprimió el pecho con ambas manos. Sus ojos grises parecían llamear.

—Entré en mi habitación. No cerré la puerta, pues nunca lo había creído necesario. No lloré. No, ni una lágrima. Pero me pasaba algo extraño que acaso se hubiera disuelto en llanto. Parecióme que había muchas paredes antes de llegar a mi cuarto. Desfallecía. Aparecían y desaparecían ventanas, y en este desvarío llegué a la cama. Entonces se abrió la puerta y entró John Graham, que cerró con llave. ¡En mi cuarto! Había osado entrar en mi dormitorio, y lo imprevisto de la escena, el horror que me causaba y el ultraje que suponía, me hicieron levantarme llena de estupor. Salté frente a él, que permaneció fijo mirándome, al alcance de los brazos. Entonces vi plenamente confirmados los intentos suyos, que no había sabido descubrir ni temer hasta entonces. Me tendió los brazos, diciendo: “Eres mi mujer”. ¡Ah, cómo lo comprendí todo! “Eres mi mujer”, repitió. Hubiera gritado, pero no podía, y luego, luego sus brazos me envolvieron. Los sentí anillándome como una gran serpiente. El veneno de sus labios me tocaba la cara... y me di por perdida, segura de que no había poder capaz de salvarme de aquel hombre que había penetrado en mi habitación... y que era mi esposo. No tengo la menor duda de que fue el tío Pedro quien en aquel trance me inspiró, devolviéndome el habla, ordenando mis ideas, despertando una sonrisa en mis labios... sí, me reí, y casi le acariciaron mis manos. Este cambio mío le desconcertó, le dejó como de piedra, de suerte que me soltó cuando le dije que le agradecía que en aquellas primeras horas de mi día de bodas me dejara estar un poco sola, y que por la noche acudiera a encontrarme. Hablé sin dejar de sonreír, cuando lo que apetecía era matarle. Y me miró, como una gran bestia dominadora, seguro de que mi fidelidad matrimonial le iba a valer lo que tan innoble y deshonrosamente había procurado... y me dejó otra vez sola.

Mary Standish no interrumpió más que momentáneamente su confesión:

—No se me ocurrió más que huir. Mi situación no era dudosa. Volví sobre mí, me rehíce, me escudé en lo más hondo de mi alma. Los años pasados en compañía del tío Pedro revivieron en aquel momento. Éste no era su mundo; nunca lo había sido... y tampoco el mío. En un instante se había convertido todo en un mundo de monstruos. No quería sentirme otra vez en él, ni volver a ver los ojos de ninguno de aquellos que me habían rodeado. Y así pensando puse una porción de objetos de viaje en un maletín, dominada por una fiebre de locura. A mi lado estaba el tío Pedro dándome prisa, advirtiéndome que no tenía un minuto que perder, pues el hombre que acababa

de dejarme era astuto y podía recelar lo que ocultaban la sonrisa y las zalemas con que le había engañado.

”Salí furtivamente por la parte trasera de la casa, y al bajar oí la risa ahogada de Sharpleigh en la biblioteca. Era una risa nueva. Y también la voz de John Graham. Yo no pensaba más que en el mar. En un taxi fui a mi Banco y saqué una cantidad regular de dinero. Me dirigí a los muelles, sin otro propósito que el de meterme en un barco, fuera el que fuese; el tío Pedro me guiaba, y así llegué a un gran vapor que iba a zarpar con rumbo a Alaska... y usted, Alan Holt, es testigo de lo que pasó.

Escondió, sollozando, la cara entre las manos. Pero fue momentáneo. En seguida volvió a dirigir la mirada a Alan, y sin lágrimas en las mejillas, más bien con una suave expresión de gozo y de entusiasmo.

—¡Ni sombra de John Graham —exclamó—, ni sombra que me empañe!

Él permanecía quieto, retorciéndose las manos como sumido en la impotencia, y fue él, no la joven, quien tuvo que inclinar la cabeza para ocultar unas lágrimas indiscretas. A ella le brillaban los ojos, luminosos y limpios como estrellas.

—¿Me desprecia usted?

—La amo —se limitó a decir él, sin moverse.

—Me alegro —susurró Mary, que miraba por la ventana hacia la llanura soleada.

—De manera que Rosslund, que también iba en el *Nome*, viéndola a usted a bordo, mandó un aviso a Graham —dedujo él, esforzándose por no avanzar hacia ella.

Contestóle afirmativamente con un movimiento de cabeza:

—Sí, y por eso acudí a usted, y como me falló este recurso, no tuve más remedio que arrojarme al mar para que todos me dieran por muerta.

—Pero Rosslund fue herido.

—De manera bien extraña, por cierto. Me enteré en Córdova. Los hombres como Rosslund no es raro que acaben extrañamente.

Alan abrió la puerta que ella había cerrado, y contempló las azules ondulaciones y detrás de ellas las níveas cumbres. A poco ella se le acercó y se detuvo a sus espaldas.

—Comprendo —dijo tocándole suavemente el brazo—, estará usted pensando qué camino me queda, y sólo uno se le aparece posible: que regrese a mi tierra a vivir otra vez con las personas a quienes aborrezco, y que busque la libertad de la manera de antes. Tampoco yo veo otra salida. Vine arrastrada por mis impulsos, y también mis impulsos me tienen que reintegrar a mi casa, pasada ya la locura. Pero lo deploro y me da miedo. Preferiría la muerte.

—También yo —respondió él, que recobraba su dominio y señalaba con el dedo las montañas y la lejana tierra—. Allá están los rebaños —agregó—. Tengo que ir a las montañas. Estaré cosa de una semana, lo menos. ¿Me promete no moverse de aquí en tanto?

—Si usted lo desea, sí.

—Es mi deseo.

Tan cerca de él estaba que pudo haber besado su radiante cabeza.

—A su regreso yo me tendré que ir. No veo más remedio.

—Así lo creo yo.

—Será muy duro. Al fin y al cabo es que soy muy cobarde. Pero tener que afrontar ahora de nuevo a todos aquellos... sola...

—No estará usted sola —repuso él sin dejar de contemplar los lejanos montes—. Si usted se vuelve, yo la acompaño.

Parecía que ella hubiese dejado de respirar por un momento a su lado. Luego, ahogando un sollozo, se separó de él y entreabrió la puerta del cuarto de Nawadlook; la gloria que irradiaban sus ojos era la gloria que él había soñado durante aquellos días de angustia en que había caminado como un loco imaginándose que la llevaba de la mano a través de las tundras, pero dándola por muerta.

—Me alegro de haber estado yo en la cabaña de McCormick el mismo día en que usted paró en ella —dijo Mary—. Y doy gracias a Dios por haberme dado ánimo y locura para venir a usted. Ahora nada podría atemorizarme, Alan... porque yo también le quiero.

Y mientras la puerta del dormitorio de Nawadlook se cerraba detrás de ella, Alan salió, como tambaleándose, a la luz del sol. El corazón le palpitaba con violencia, y en su cerebro todo daba vueltas, hasta que perdió el sentido y la noción del lugar, de los sonidos y del espacio.

Capítulo XX

Así las cosas, estando sumido el bello paisaje en la luz del sol y en la bruma de las tundras, que convertía las colinas y las sierras en castillos de ensueño, Alan Holt partió con Tautuk y Amule Toolik, dejando a Stampede con Keok y Nawadlook junto a la empalizada del redil. Stampede no lamentaba el quedarse solo para guardar el rancho. En su corazón había arraigado un propósito, y se sentía un poco impresionado y medroso ante la proximidad del mayor drama de su vida. Volvió Alan los ojos al cabo de cinco minutos y vio que Keok y Nawadlook estaban solas. Stampede se había ido. La loma que se hallaba después de la hondonada de la que Mary Standish había salido con flores silvestres pronto se interpuso como una puerta cerrada entre Alan y la caseta de Sokwenna, y a lo lejos perdíase la ruta que conducía a las montañas, por la cual avanzaba Alan con Tautuk y Amuk Toolik, seguidos de una caravana de siete renos de transporte que llevaban provisiones para los pastores.

Apenas había dicho Alan una palabra a sus acompañantes. Comprendía que la fuerza que le llevaba adelante no era un mero impulso, sino que era debida casi a una inspiración nacida de la necesidad. Cada paso que daba con su cabeza y su corazón presas de un torbellino de locura, era un esfuerzo que hacía a base de mucha voluntad. Quería volverse atrás; sentía que algo le impelía a caer en la debilidad de olvidarse de que Mary Standish estaba casada. Había estado a punto de ser víctima de su egoísmo y de su pasión en el momento en que ella de pie en la puerta del cuarto de Nawadlook, le dijo que le quería. Una mano de hierro le había hecho salir de la casa, y ahora, a pleno sol, la misma mano férrea le hacía dirigirse a las montañas, aunque en su cerebro seguían resonando las palabras de ella con su propia voz aquellas palabras que habían hecho para él del mundo un volcán.

Se hacía cargo de que lo que le había pasado aquella mañana no era simplemente un hecho importante o esencial de la vida, como suele pasarles a la mayoría: había sido una verdadera catástrofe en su existencia. Probablemente, hasta para ella misma sería imposible comprenderlo del todo. Necesitaba encontrarse solo para rehacer sus fuerzas y recuperar la serenidad de su pensamiento, a fin de poder hacer frente al problema que se le presentaba y que constituía una complicación tan imprevista que la estoica ecuanimidad que le habían infundido aquellas montañas había quedado temporalmente trastornada. Su felicidad era casi una locura. Se había hecho realidad aquel sueño en el cual Alan anduvo vagando con el espíritu de los muertos; era el antiguo idilio con sus personajes reencarnados, su padre, su madre... y a sus espaldas, en la casita del otro lado de la loma, un amor le llamaba. Y le daba miedo volver. Se rió de esto abiertamente, sintiéndose dichoso y con un regocijo

irreprimible al avanzar delante de la caravana de provisiones, y en medio de su desvarío acudieron a sus labios algunas palabras sólo para él inteligibles, pues se decía que Mary Standish era suya, y que hasta el fin de la eternidad afrontaría todas las luchas necesarias para defenderla y retenerla. Seguía avanzando de cara a las montañas y tal paso llevaba, que Tautuk y Amule Toolik quedaron muy atrás con los renos, de modo que, a ratos, las ondulaciones de la tundra hacían que le perdiesen de vista.

Continuaba entregado a su obsesión, y por fin tuvo la triunfante sensación de que había sido justo con Mary Standish. Seguía sin considerarla como Mary Graham. Pero era en realidad la esposa de Graham. Y si se hubiese dejado llevar de un impulso ciego en el gozoso momento de la confesión que ella le hizo de pie, a la entrada del cuarto de Nawadlook; si hubiera traicionado la confianza de ella cuando, precisamente por la fe que le inspiraba, podía decirse que le había puesto el mundo a los pies, entonces él habría caído al mismo nivel de John Graham. El pensamiento de lo poco que le había faltado para entregarse al primer deseo loco de llamarla para que saliera del cuarto de Nawadlook y estrecharla entre los brazos otra vez, como lo hiciera en el bosquecillo de chopos, le hizo sonrojarse intensamente. Algo más poderoso que su misma voluntad le había hecho tomar la puerta de salida. Para la propia Mary Standish, con su esforzado ánimo, con su entusiasmo confiado y amoroso que sus ojos irradiaban, con el concepto que tenía de él, como de un verdadero hombre. No había temido ella declararle los sentimientos de su corazón, porque sabía cómo se iba a conducir él. A media tarde se detuvo, en espera de Tautuk y Amuk Toolik, junto a un ribazo, en un lugar donde crecían densos y verdes sauces y donde ondeaban unas juncias que llegaban a la rodilla. Los pastores llegaron con el rostro sudoroso. A partir de allí, Alan anduvo con ellos hasta que el sol tocó su plano más bajo y llegaron a los primeros cerros de los montes de Endicott. Allí descansaron hasta que refrescó el crepúsculo y una media luz dorada bañó la tierra. Entonces reanudaron la marcha hacia la montaña.

El calor del verano y los numerosos insectos de los terrenos bajos habían hecho que las manadas se subieran a los lugares más frescos, a las mesetas y valles elevados. En aquellas alturas se habían dividido en columnas, que avanzaban como arroyos hacia los pasos que daban a los lugares propicios para el pasto, hasta que los renos de Alan, que sumaban diez mil cabezas, llegaron a formar tres grupos, dos de los cuales marchaban en dirección oeste, y el otro, más reducido, que contaba mil cabezas, avanzaba por el Norte y el Este. Los dos primeros días los pasó Alan con los grupos más próximos al Sur. Al tercero partió con Tautuk y dos ciervos cargados hacia un espacio de la montaña donde se hallaba el segundo grupo, que era el más numeroso. Allí empezó a perder las ganas de ir aprisa; era una sensación que iba en aumento al paso que avanzaba millas y transcurrían horas. Le agitaban el ánimo una multitud de emociones cuando pensaba que llegaría al rancho y que Mary Standish se tendría que ir. Tenía un riguroso sentido del honor, especialmente cuando se trataba

de mujeres, y aunque no concedía derecho a los vínculos que unían a John Graham a la mujer a quien él amaba, reconocía que ella no podía menos de regresar a su país. La acompañaría a Tanana; la llevaría a los Estados Unidos. Se tenían que arreglar las cosas de una manera razonable e inteligente, y al volverse para Alaska podría llevarla a ella otra vez consigo.

Pero estos propósitos tan firmes estaban en lucha con los sentimientos ocultos que no lograba domeñar del todo, sentimientos extraños que le impulsaban con inevitable insistencia a no dejar escapar la ocasión que la suerte le deparaba para acabar con John Graham, si llegaba el caso, de la manera loca que él imaginaba en los momentos en que el fuego de la tentación ardía con más intensidad en su alma.

Dijo la cuarta noche a Tautuk:

—¿Qué harías tú si Keok se enamorase de otro?

Vaciló el pastor antes de dirigirle la mirada, y en sus ojos se adivinaba una muda pregunta, como si al pronto hubiera asaltado su imaginación una sospecha que no había tenido nunca. Alan le puso tranquilizadamente la mano en el hombro.

—No presumo que vaya a ser así, hombre —le dijo riendo. —Sé que eso no es posible. Pero tú eres un pretendiente tan bobo, tan pobre de recursos, tan lamentable, que ella puede con todo derecho cambiar de inclinaciones en tanto no esté casada. Pero en mera suposición, ¿qué harías tú en el caso de que ella se casara con otro?

—¿Acaso mi hermano...? —preguntó Tautuk.

—No es eso.

—¿Algún pariente?

—No. Supón que se tratara de un extraño. De alguien, por ejemplo, que te hubiese ofendido o perjudicado. De alguien a quien Keok odiara, pero que se hubiera valido de artimañas para hacerla su mujer.

A lo que Tautuk respondió sin inmutarse:

—Le mataría.

Aquella noche la tentación fue para Alan más fuerte que nunca. ¿Por qué, se preguntaba, Mary Standish tenía que volver a su casa? Había renunciado a todo con tal de escapar a la realidad horrible de allí. Había abandonado a sus parientes y su fortuna. Había prescindido de miramientos y conveniencias; había puesto su vida en manos del azar, y finalmente había llegado al lado de él. ¿Por qué no retenerla consigo? John Graham y todo el mundo creería que había perecido. En aquellas latitudes él era dueño. De cruzársele alguna vez John Graham en el camino lo despacharía, según el consejo de Tautuk. Más tarde, cuando Tautuk dormía profundamente y el mundo estaba sumido en un suave resplandor, y un valle que se abría al fondo se llenaba de húmedas ondas vaporosas de las que partía el rumor de las pisadas de los renos y el ruido vago de la multitud de reses que pacían, vino la reacción, que él estaba seguro de que a la postre tenía que llegar.

A la mañana del quinto día partió solo hacia los hatos del lado Este, y al sexto llegó a unirse con Tatpan y sus pastores.

Tatpan, lo mismo que las hijas adoptivas de Sokwenna, Keok y Nawadlook, tenía cierta mezcla de sangre de blancos, y cuando Alan llegó a su vista, se hallaba tendido en una roca tocando una siringa, con la que interpretaba el *Yankee Doodle*. En cuanto llegó, Tatpan le dijo que no haría aún dos horas que había llegado un desconocido, exhausto de cansancio, preguntando por él, y que se había tumbado a dormir, al parecer más muerto que vivo, después de encargarle que le llamara al cabo de dos horas, puntualmente. Los dos fueron a observarle.

Era un hombrecillo de rostro colorado, que tenía el pelo de color de zanahoria, y que doblado como estaba en su profundo sueño, como una navaja entreabierto, parecía tener trazas de muchacho. Tatpan consultó con su enorme reloj de plata y contó a Alan cómo había llegado arrastrando los pies el forastero, tan cansado que no podía ya andar, y que se había dejado caer en el sitio donde se había quedado dormido, al enterarse de que Alan estaba con alguno de los otros hatos.

—Debe de venir de muy lejos —comentó Tatpan— y habrá andado muy de prisa.

Alan creyó ver a alguien conocido en el que dormía. Mas no podía precisar quién era. Tenía un revólver que había dejado desenfundado al alcance de su mano, sobre la hierba. Su barbilla era prominente y aguda, y se había dormido poniendo el pulgar sobre la culata y el índice sobre el gatillo de su revólver, detalle que delataba su cautela y experiencia.

—Si tanta prisa le corre el verme, debieras despertarle —dijo Alan.

Se retiró un poco hacia donde corría un arroyo, y se arrodilló para beber el agua de las nieves. Y oyó a Tatpan llamando al mensajero para que despertara. Cuando hubo bebido, miró en torno y vio que el hombrecillo del pelo de zanahoria se había levantado. Alan se acercó a él y le recibió con una sonrisa; la cara se le puso más colorada; sus ojos azules hacían un guiño especial, y al pronto, después de un momento de embarazo, cogió el revólver con una extraña presteza, que arrancó a Alan una exclamación de asombro.

Nunca había visto, sino a una sola persona, poner el revólver en la pistolera de aquella forma. Una sonrisa de desconcierto le cambió la expresión, y a Tatpan se le agrandaron los ojos. Por fin exclamó:

—¡Stampede!

Stampede movió la cabeza cortésmente, al tiempo que se frotaba el mentón con la mano.

—El mismo —dijo—. No he tenido más remedio. Tenía que renunciar a las patillas o a ella. Era difícil de resolver. Consulté con los dados, y ganaron las patillas. Probé a las cartas, y las patillas ganaron. Hice otras pruebas, y las patillas desbancaron el juego. Perdí el tino y me afeité al raso. ¿Estoy muy feo, Alan?

—Te has rejuvenecido veinte años —declaró Alan, conteniendo la risa ante la seriedad del otro.

Stampede se tocaba la barbilla muy preocupado.

—Entonces —se decía—, ¿por qué diablos se reirán? Mary Standish no sólo se

rió, sino que lloró de risa. Estaba de pie y se reía. Se sentó y seguía riendo. Cayó en la cuenta de que era yo aquella rareza. Y Keok se rió tanto que no pudo más y se tuvo que acostar. Ahora Keok me llama Pinkey, y Mary Standish dice que no se rió porque me encontrara ridículo, sino porque fue tan inesperado el cambio que no lo pudo resistir. Nawadlook dice que el mentón así me da mucho carácter.

Alan le dio la mano, y en el acto Stampede se transformó. Sus ojos azules adquirieron un brillo acerado y la barbilla se le endureció al apretar los dientes. Por fin la naturaleza no traicionaba la manera de ser de Stampede, y Alan tuvo para él otra mirada que delataba su emoción al estrecharle la mano. Al fin y al cabo aquél era el hombre que había ido delante de él explorando en todos sentidos la sierra, el hombre que con su valor reflexivo e inalterable, su desprecio a la muerte y su certera rapidez de tirador, había escrito páginas estupendas en la historia de Alaska, hechos que nunca serían olvidados. Así como al pronto se había reído de buena gana, ahora sentía una formidable emoción y admiración por los hombres de la época heroica, los cuales, ante Stampede, confesaban hallarse en presencia de un maestro. Era como si el viejo Stampede hubiera renacido. Y Alan sabía el porqué. Le estrechó la mano, y él correspondió de la misma manera.

—Si la suerte nos acompaña, siempre aparece una mujer para hacernos el mundo digno de vivir en él, Stampede —dijo Alan.

—Así es —repuso Stampede, y añadió mirando firmemente a Alan—: Y comprendo que amas a Mary Standish, por la cual estás dispuesto a jugarle la vida.

—Sí lo haría.

—Entonces es hora de que te pongas en marcha —advirtióle Stampede significativamente—. Yo he venido a todo correr doce horas seguidas. Ella me ha dicho que aligerara y lo he hecho. Me refiero a Mary Standish. Me ha asegurado que era cuestión de vida o muerte el que te encontrase cuanto antes. Ante el peligro, yo no me quería mover; pero dice que eres tú el que hace falta. Rossland está en el rancho.

—¡Rossland!

—Sí. Y si no me equivoco, el propio John Graham está cerca. Husmeo grandes cosas, Alan. No hay más remedio que volver a toda prisa.

Capítulo XXI

Stampede había salido en uno de los dos renos de silla que quedaban en el rancho, pero no había tenido en cuenta lo que significaba montar un reno a toda marcha y guiarlo con seguridad, y a las seis millas de camino tuvo que abandonarlo y continuar a pie. Como quiera que Tatpan no tenía renos de silla y hubiera llevado varias horas enviar, aunque fuera el mejor corredor de los pastores, al hato de Amuk Toolik por ellos, Alan emprendió la marcha a la media hora de haber llegado. Stampede se sentía tan fortalecido después de su breve descanso y del ágape que siguió al sueño, que no hubo manera de hacerle descansar más para seguir más tarde a Alan.

Sus ojos de luchador y tirador consumado se llenaron de una lumbre evocadora y reminiscente al andar la primera media hora entre cerros, camino de las tundras. Alan no le veía y no podía observar la expresión enérgica del otro, que le iba a la zaga. La imaginación se le engolfaba en conjeturas y preguntas desconcertantes. Lo menos asombroso de lo que pasaba era que Rossland se hubiera enterado de que Mary Standish estaba viva. Pudo saberlo pronto por medio de McCormick o de Ellen, su mujer. Lo en verdad sorprendente era que se hubiese podido descubrir su ruta a lo largo de mil millas al Norte, lo cual sólo de una manera misteriosa podía haber logrado, y la circunstancia de atreverse a llegar en persona al rancho y darse a conocer. Le latía impetuosamente el corazón, porque estaba convencido de que todo obedecía a órdenes directas de Graham.

Luego tuvo la idea de hacer a Stampede confidente de todo lo que había pasado y lo que le había dicho ella el día en que luego partieron para la sierra. Y lo hizo sin ambages ni vacilaciones, pues tenía un formidable presentimiento de lo que iba a suceder.

No se mostró sorprendido Stampede ante las revelaciones de Alan. En sus ojos había el mismo ardor y seguían inmóviles sus facciones. Únicamente se le suavizó la dureza de éstas al oír que Alan repetía literalmente la confesión de Mary Standish junto a la puerta del cuarto de Nawadlook.

En los labios de Stampede asomó una sonrisa extrañamente zumbona.

—Eso hace tiempo que lo sé —dijo—. Lo sospeché aquella noche de tormenta en que fui en el coche con ella a Chitina. Y ya estaba persuadido de ello antes de salir de Tanana. No es qué me dijera nada, pero había que estar ciego para no verlo. Lo que me extrañó y me alarmó fue aquella nota, aquel papel que ella había puesto en una zapatilla. Y Rossland me ha dicho, antes de irme, que era inútil que fuera a buscarte, pues él pensaba llevarse en seguida a la esposa de John Graham.

—¿Y la has dejado sola habiéndote dicho eso?

Stampede se encogió de hombros mientras procuró ponerse al mismo paso de Alan, que lo había apresurado de pronto.

—Ella lo ha querido. Ha dicho que era cosa de vida o muerte para ella. Y así debe ser, a juzgar por lo pálida que estaba. Más blanca que el papel, después de hablar con Rossland... Además...

—¿Qué?

—Sokwenna no se dormirá en tanto que no llegemos nosotros. Está enterado de la situación. Se lo he dicho. Y se ha apostado junto a la ventana de la buhardilla armado de una *Savage 303*. El otro día vi como tocaba un pato a doscientas yardas.

Apresuraron la marcha. Al cabo de un rato dijo Alan con un temor que no podía expresar y que le atenazaba el corazón:

—¿Por qué dices que John Graham no debe de estar lejos?

—Apostaría la cabeza —dijo endureciendo más su expresión. —¡Sí, la apostaría!

—¿Ésa es toda la prueba?

—Claro que no. Creo que el mismo Rossland se lo ha dicho a ella. Estaba tan pálida... Cuando me ha dado la mano me ha parecido coger un pedazo de cal helada. Se leía en sus ojos. Además, Rossland ha tomado posesión de tu vivienda como si fuera su hotel. Creo que esto supone que a sus espaldas hay una fuerza que le protege, y en la que confía. Me preguntó cuántos hombres teníamos. Se lo dije estirando un poco la cifra. Se sonrió con esperanza. No pudo ocultar esta sonrisa. Parecía que en aquel momento asomase a su cara un demonio que llevara metido en el cuerpo.

De pronto, Stampede se detuvo y cogió a Alan por un brazo. Su mentón se hizo más pronunciado. El sudor le chorreaba por la cara. Estuvieron casi medio minuto mirándose con una interrogación en los ojos.

—Alan, somos cortos de vista. Que me parta un rayo si me engaño pensando que hay que hacer que bajen al rancho todos los pastores con escopetas cargadas.

—¿Tan mal crees que está la cosa?

—Es muy posible, como Graham siga los pasos de Rossland acompañado de hombres armados.

—Estamos a dos horas y media del hato de Tatpan —dijo Alan con un tono de voz frío e impasible—. Sólo tiene media docena de hombres, y tardarán unas cuatro horas más en ir a avisar a Tautuk y a Amule Toolik. En el grupo de hacia el Sur hay dieciocho hombres, y en el de más al Norte, veintidós. Eso, contando los muchachos. Haz lo que te parezca. Todos ellos están armados. Puede que sea inútil, pero cedo a tu barrunto.

Se dieron un apretón de manos.

—No lo dudes, Alan, es algo más que un barrunto —dijo Stampede bajando la voz—. Y te recomiendo que procures dar largas al asunto, por lo que más quieras.

Partió Stampede, y mientras su figura de muchacho andaba hacia los cerros con tanta presteza que parecía que corría, Alan marchó hacia el Sur, de suerte que no

tardaron más de un cuarto de hora en perderse mutuamente de vista en las ondulaciones de la tundra.

Nunca había andado Alan como a última hora del sexto día a partir de su salida del rancho. Estaba relativamente descansado, pues el camino que había hecho hasta el hato de Tatpan no había sido muy pesado, y su perfecto conocimiento del terreno le daba gran ventaja sobre el mismo Stampede. Creía que en diez horas podía llegar, pero tenía que añadir cuatro o cinco de descanso por la noche. Eran las ocho. A las nueve o las diez de la mañana siguiente se hallaría frente a Rossland. Aproximadamente a la misma hora los ágiles mensajeros de Tatpan llegarían junto a Tautuk y Amule Toolik. Contaba con la rapidez con que los pastores dejarían los hatos y bajarían a la tundra. Hacía dos años que Amule Toolik, con una docena de sus esquimales, había marchado durante cincuenta y dos horas sin descansar ni comer, recorriendo ciento diecinueve millas. Estos pensamientos le llenaban de orgullo. Él no podía hacer otro tanto; pero su gente podía hacerlo y lo haría. Los veía apresurarse hacia el Sur, dejando las reses apenas conocieran la noticia; se imaginaba verlos descender de los últimos cerros, y correr por la tundra como lobos en ahincada carrera hacia el rancho... y por fin los veía afrontar la guerra, si llegaba el caso.

Comenzó a trepar por las laderas el crepúsculo con sus velos de bruma fría, surgida del horizonte. Y siguió andando hora tras hora, comiendo de vez en cuando un pedazo de tasajo cuando sentía hambre, y bebiendo en las arroyadas que encontraba, cuya agua era fresca y limpia. Y no hizo alto para descansar hasta que empezó a sentir que un calambre le mordía una pierna. Era la una. Contando su viaje al hato de Tatpan, llevaba ya diecisiete horas de buena marcha.

Hasta que se tendió de espaldas en una hondonada llena de hierba, surcada por un arroyuelo de un pie de ancho que hacía un grato murmullo, no se dio cuenta de lo rendido que estaba. De momento procuró no dormirse. Creía que le bastaba con estar echado; no se atrevía a cerrar los ojos, pero le venció la fatiga y acabó por quedarse dormido. Cuando despertó, el canto de los pájaros y el sol fueron como una mofa para él. Se incorporó vivamente y luego se puso en pie de un salto, alarmado. El reloj le sacó de dudas. Había pasado seis horas durmiendo, en vez de estar descansando tres a cuatro, con los ojos abiertos, como se había propuesto.

Al cabo de un rato, reanudada la marcha, no lamentaba del todo lo que había pasado; se sentía como empeñado en una lucha. Respiró profundamente; se desayunó con tasajo al tiempo que andaba, y se dispuso a recuperar las horas perdidas en el sueño. De las doce menos cuarto a las doce fue casi corriendo sin parar.

En este cuarto de hora alcanzó la loma desde donde se divisaba el rancho. Al parecer, nada anormal había sucedido. Exhaló un gran suspiro de alivio, y hasta se rió lleno de gozo. La rareza de aquella risa le reveló más que nada la violenta tensión en que hasta entonces se había hallado su ánimo.

Al cabo de media hora salió de la hondura a la cual daba la parte trasera de la casa de Sokwenna, y empujó la puerta. Estaba cerrada; una voz contestó a su llamada, y él

dijo en voz alta su nombre. Se corrió el cerrojo, se abrió la puerta y entró. Nawadlook estaba junto a la puerta de su habitación empuñando una escopeta. Keok estaba frente a él armada de un gran cuchillo, y entre ambas, con los ojos clavados en él, aparecía Mary Standish. Avanzó ésta a su encuentro. Notó Alan que Nawadlook murmuraba algo al oído de Keok, y las dos se fueron por la otra puerta del otro cuarto.

Mary Standish le tendió las manos un poco a ciegas, y el temblor de su garganta y el azorado mirar de sus ojos delataban el esfuerzo que hacía para no desmayarse y echarse a llorar de alegría. Aunque Alan veía la desesperación y la tortura que aquello revelaba, sintió que el gozo le inundaba el corazón. Le retuvo las manos apretadamente y sonrióle de tal manera, que los ojos de la muchacha se abrieron mucho, como para convencerse de algo que le parecía imposible. Ella dio un rápido suspiro y le oprimió más las manos. Dijérase que la esperanza perdida renacía, a juzgar por la expresión de su rostro. Él no estaba agitado ni se había alterado, ni aun ahora que veía el resplandor de sus ojos y sabía que estaba a salvo. Pero allí estaba su amor. Ella lo veía y sentía su fuerza tras aquella gran calma con que el le sonreía. Ahora Mary lanzó un sollozo, tan leve que apenas fue más que un breve respiro; fue un imperceptible grito nacido de la sorpresa, de la comprensión y de la indecible fe que ponía en aquel hombre que le sonreía confiadamente a las puertas de la tragedia que amenazaba destruir su vida.

—En su caseta está Rossland —dijo ella casi en un murmullo—. Y John Graham está acercándose al rancho. Dice Rossland que si no me voy con él de buen grado, entonces...

Advirtió el estremecimiento de la joven.

—Comprendo lo demás —dijo él.

Estuvieron de pie y silenciosos durante unos minutos. El tordo de cabeza gris cantaba en la techumbre. Entonces, como si ella fuera una niña, Alan le cogió la cabeza con las manos y la miró en los ojos, tan de cerca, que sentía la tibieza de su respiración.

—¿Está usted segura de que no se engañaba el día en que partí para la montaña? —le preguntó—. ¿Me quiere usted?

—Sí.

Todavía la miró un rato fijamente a los ojos. Luego se separó. Hasta los oídos de Keok y Nawadlook llegó la risa de satisfacción de Alan. Y pensaron que era, al parecer, absurdo que Keok empuñara un cuchillo y que Nawadlook no soltara la escopeta, cantando el tordo en lo alto, Alan riendo y estando Mary perfectamente tranquila.

Al cabo de un rato, el viejo Sokwenna, que continuaba su vigilancia con la escopeta sobre las rodillas, vio desde su apostamiento, junto a la ventana de la buhardilla, que su amo cruzaba el trecho que separaba sus casas, y algo notó en su manera de andar que le evocó un día ya lejano en que resonaron gritos de guerra en el Barranco de los Fantasmas. Y las manos del viejo, ahora retorcidas y sarmentosas,

habían tomado parte en la heroica resistencia de los suyos ante el ímpetu de los opresores, que aquella vez bajaron del extremo Norte.

Vio a Alan acercarse a la caseta que Rossland ocupaba, y sus dedos tablearon suavemente en el viejo *tom-tom* que estaba junto a él. Dirigió la mirada a las montañas distantes, y en voz baja entonó la vieja canción de guerra, olvidada ya por todos, excepto por Sokwenna; luego cerró los ojos y en su mente surgió la visión de serpenteantes senderos por los que acudían numerosos luchadores de hosco semblante, dispuestos a lanzarse al combate.

Capítulo XXII

Rossland estaba sentado ante el escritorio de la habitación de Alan, cuando se abrió la puerta a su espalda y apareció el dueño del rancho. No se alteró al ver quién era el recién llegado, sino que se levantó para recibirle. Se había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa. No trataba de disimular que había estado husmeando los papeles y los libros de Alan.

Avanzó tendiéndole la mano. No era el mismo Rossland que le dijo a bordo del *Nome* que no se metiera en sus asuntos. Su actitud era la del que da la bienvenida a un amigo, sonriente y afable ya antes de despegar los labios. Algo inspiró a Alan para que correspondiera a la sonrisa. La suya ocultaba el asombro que le causaba la presencia de ánimo de aquel hombre. Estrechó la mano del intruso, y no había lugar a dudas de que por parte de éste se trataba de un apretón efusivo.

—¿Cómo está usted, Paris, querido amigo? —le dijo al saludarle, con buen humor—. Hace poco le he visto entrar a saludar a su Elena; así es que le he esperado. Ella parece estar un poco asustada. No la podemos censurar, aunque Menelao está más que furioso. Tampoco, entiéndalo, Holt, tampoco le censuro yo a usted. Me divierte en exceso el caso. Ha sido lista..., endiabladamente lista. Se basta para hacerle rodar a cualquiera la cabeza. Lo único que yo quisiera es encontrarme en el lugar de usted. Acaso me hubiera vuelto traidor si a bordo del *Nome* me llega a manifestar alguna inclinación.

Sacó un cigarro, un largo y grueso habano que ostentaba un anillo dorado. También estuvo inspirado Alan y lo aceptó y lo encendió. El pulso se le precipitaba, pero Rossland no lo pudo advertir. Lo único en que se fijaba era en la sonrisa fría y ambigua de Alan, y en la aparente indiferencia con que afrontaba la situación. Esta conducta agradó al agente de Graham. Volvió a sentarse en la silla del escritorio e invitó a Alan a tomar otro asiento, cerca de él.

—Creo que le hirieron a usted de gravedad —dijo Alan—. Maldito puñal...

Rossland se encogió de hombros y dijo:

—Vea usted las consecuencias de dejar que un lindo palmito se vaya con uno. Una muchacha de los Thlinkit que, como usted sabe, estaban en la cubierta inferior, fue la causa de lo que me pasó. Era una monada, ¿sabe? Pues se las compuso para entrar en mi camarote. Pero no era como otras muchachas indias a quienes he tenido ocasión de conocer. A la noche siguiente, alguien que sería hermano suyo, o novio, o lo que fuese, me hirió por la ventana. No tuvo importancia. A la semana me daban de alta en el hospital. Tuve suerte de que me llevaran allí, pues de lo contrario no habría visto una mañana por la ventana a la señora Graham. ¿Verdad que la suerte de las

personas depende a veces de una nada? A no ser por aquella joven india, por la puñalada, y por el hospital, yo no me encontraría aquí en estos momentos; Graham no tendría el corazón partido de ansiedad... ni a usted, Holt, se le presentaría la ocasión más estupenda que podía soñar en su vida.

—Creo que no le entiendo a usted.

Ésta fue la respuesta de Alan, que procuraba encubrir un poco su cara con el humo del cigarro, y hablaba con una indiferencia simulada que hizo efecto en el ánimo de Rossland. Y agregó:

—La presencia de usted me hace suponer que precisamente la suerte me está volviendo las espaldas. ¿De qué puedo beneficiarme?

Una expresiva seriedad se asomó a los ojos de Rossland, y la voz de éste se volvió fría y dura, al decir:

—Como quiera que somos hombres a quienes no asustan las cosas imprevistas, creo, Alan, que debemos jugar de una vez la carta decisiva. ¿Qué le parece?

—Perfectamente —dijo Alan.

—¿Está usted enterado de que Mary Standish se llama realmente Mary Standish Graham, como mujer que es de John Graham?

—Lo sé.

—Y probablemente estará usted enterado de por qué ella se apresuró a embarcar y a huir de John Graham.

—Estoy al corriente.

—Así nos ahorraremos muchas explicaciones. Pero la historia tiene otro aspecto que acaso usted desconozca. A John Graham le importa un ardite la fortuna de Mary Standish. Lo que él quiere es que la muchacha sea suya; es lo único que le ha interesado siempre. Él la ha visto hacerse mujer. Desde que ella cumplió catorce años, todos sus planes y pensamientos han ido encaminados a hacerla suya. Sabrá usted cómo se las compuso para casarse con ella y lo que luego pasó. Ahora bien: a él le tiene sin cuidado que ella le aborrezca o no. La quiere, y nada más. Y he aquí que este lugar —al decirlo extendió los brazos significativamente— es el más bello del mundo para que él la recobre. He hecho cálculos sobre lo que he visto en los libros de su contabilidad. Sus haciendas no valdrán más de cien mil dólares, tal como se encuentran hoy con sus rebaños. Yo he venido para ofrecerle a usted cinco veces más a cambio de ello. En otras palabras: Graham quiere renunciar a toda acción legal con que podría perseguirle por haberle secuestrado la esposa. Y, en cambio, le dará a usted quinientos mil dólares para que le deje pasar aquí su luna de miel, y convertir este sitio en una residencia campestre donde su mujer viva indefinidamente, esperando que la visite su esposo, cuando lo tenga por conveniente. Habrá, por supuesto, una condición, y es que usted se comprometerá a guardar el secreto de estos pormenores y que saldrá de esta tierra. Creo que me explico.

Alan se puso en pie y comenzó a dar pasos por la habitación, muy caviloso. Rossland vio en seguida, por lo menos, el efecto brusco que su proposición definitiva

causaba en el ánimo de Alan. No se había entretenido en menudencias. Había llegado a la conclusión final sin el menor rodeo, y tenía bastante sentido de la realidad para comprender lo que la oferta de medio millón de dólares significaba para un individuo que estaba luchando por la vida al borde de una frontera desierta. Alan se detuvo dándole la espalda y mirando por una ventana. Al contestarle, procuró reprimir cuanto pudo el tono de su voz. Pero este síntoma le pareció a Rossland también muy natural.

—Temo no haber comprendido bien —dijo—. ¿Dice usted que si le vendo a Graham el rancho, si hago las maletas y me voy, si me comprometo a no decir una palabra a nadie, me dará medio millón de dólares?

—Ése es el precio. Además, podrá llevarse a su gente, pues Graham tiene la suya. Alan se quiso reír.

—Me parece que veo la cosa. Los quinientos mil dólares no los da por la señorita Standish... digo, por la señora de Graham. Lo que él quiere pagar es el *aislamiento*.

—Exactamente. Fue una idea que se le ha ocurrido a última hora al arreglar las cosas de una manera pacífica. Hemos venido a buscar a su mujer, y pensábamos hacerlo de distinta manera de como lo estamos procurando, ¿comprende? Ha dado usted con la palabra al decir “aislamiento”. ¡Qué locuras es capaz de hacer un hombre por una cara bonita! Piense usted bien... medio millón de dólares.

—Parece un sueño —murmuró Alan sin dejar de mirar por la ventana—. ¿Y por qué es tan generoso en su oferta?

—Tenga en cuenta las condiciones, Holt. Eso vale mucho. Es preciso que sea usted mudo. Adquirir el rancho a un precio normal no nos daría garantía alguna. Pero al aceptar usted una cantidad así, se convierte en parte interesada en el asunto, y su suerte depende de la lealtad con que guarde el secreto. Me parece que es claro, ¿no?

Alan se volvió, por fin, hacia la mesa. Estaba sumamente pálido, y otra vez hacía los posibles por cubrirse de una nube de humo al fumar.

—Por supuesto —observó— no permitirá que la señora de Graham vaya a los Estados Unidos, donde podría causarle algún trastorno.

—Eso sería arrojar el dinero por la ventana, y no está dispuesto a ello —replicó Rossland.

—Ella tendría que permanecer aquí indefinidamente.

—Indefinidamente.

—Probablemente no saldría nunca más.

—Es extraordinario lo bien que da usted en el clavo. ¿Y por qué tendría que salir? Todo el mundo cree que ha muerto. Los periódicos lo difundieron. El pequeño secreto de que está viva no ha salido de nosotros. Y esta tundra sería un delicioso lugar de vacaciones para que Graham pasara los veranos. Maravilloso clima. Hermosas flores. Pájaros. Y la mujercita a quien ha visto crecer y a quien ha deseado desde que cumplió catorce años.

—Y que le odia.

—Cierto.

—Que la engañaron para casarla, y que antes se dejaría matar que hacer con él vida marital.

—Pero piense, Alan, que es cosa de Graham el que ella viva, y que nos debe tener a nosotros sin cuidado. En caso de que muriera, tendría usted ocasión de comprar su rancho, y otra vez sería suyo a precio módico.

Rossland le mostró un papel, diciendo:

—Aquí va inmediatamente el primer pago... doscientos cincuenta mil dólares. Aquí en el escritorio están los documentos listos para la firma. En cuanto haga usted cesión de todo, podrá partir conmigo para Tanana, donde le haré entrega del resto.

Alan cogió el cheque y dijo:

—Creo que sólo un loco rechazaría un ofrecimiento así.

—Loco habría de ser, en efecto.

—*Pues ese loco soy yo.*

Tan tranquilamente lo dijo Alan, que al pronto no se percató bien Rossland de la enorme fuerza de tales palabras. El humo dejó de cubrir la cara de Alan, el cual, arrojando el cigarro al suelo, lo pisó con rabia. Luego, el cheque cayó roto en pedazos. Toda la ira que había estado conteniendo, con esfuerzo punto menos que sobrehumano, le encendía ahora los ojos.

—Diez años daría por tener a Graham, en lugar de usted, delante, sentado en esa silla. Le aseguro que sería éste el último día de su vida. Y a usted... a usted...

Dio Alan unos pasos atrás como alejándose de una tentación, mientras, como una bestia, Rossland le contemplaba, pasmado.

—Lo que me ha dicho usted de ella —prosiguió Alan— le condenaría a usted a muerte. Y de buen grado ejecutaría aquí mismo la sentencia si no me interesara que le llevase a Graham mi respuesta. Vaya a decirle que Mary Standish, no Mary Graham, es tan pura y tan digna como el día en que nació. Dígale que es mía. Que la amo. ¿Lo ha oído usted bien? Es mía. Con todo el dinero del mundo no se podría pagar un solo cabello suyo. La llevaré a los Estados. Presentaré una querrela, y todo el mundo se enterará de su historia. Nada tiene que ocultar. Nada en absoluto. Vaya, vaya a decírselo a John Graham de mi parte.

Así diciendo, avanzó hacia Rossland, que se había levantado, y al avanzar apretaba los puños y le miraba con dureza de hierro.

—Salga pronto; salga si no quiere que pierda los estribos y dé cuenta de su vil pellejo.

La energía con que todas las fibras de sus músculos le impelían a arrojarse sobre Rossland, hizo que derribara la mesa con estrépito contra la pared.

—¡Largo de aquí si no quiere que le mate!

Seguía avanzando conforme lo increpaba, y Rossland, convertido en una informe mole humana, atemorizado ante una amenaza de muerte tan imprevista, se apresuró a ganar la puerta y desapareció. Se encaminó hacia los corrales, y Alan le siguió con

los ojos hasta que se perdió por el lado sur, acompañado de dos hombres cargados con unos bultos. Hasta que estuvo bastante lejos no recobró Rossland el ánimo para detenerse y volver la cabeza. Su voz, falta de alientos, llegó a los oídos de Alan con un mensaje ininteligible. Pero no se atrevió a volver para recuperar el sombrero y la chaqueta.

Reaccionó luego Alan al ver el estropicio que había hecho con la mesa. De prolongarse un par de minutos la escena, el demonio que llevaba dentro hubiera puesto manos a la obra. No le aborrecía mucho menos que al mismo John Graham, y el haberle dejado ir con vida le parecía un milagro. Se resentía de la tensión violenta en que había estado durante la escena; pero estaba contento. Algún diosencillo con sentido común había dominado sus impulsos, permitiéndole conducirse con cordura. Ahora Graham se enteraría de su recado, y entre ambos no habría ya sombra de equívoco.

Se puso a mirar los papeles en desorden que cubrían el escritorio cuando notó que la puerta se abría y volvió la cabeza. Mary Standish estaba mirándole.

—¿Lo ha echado usted? —dijo con dulzura.

Le irradiaban los ojos, tenía la sonrisa en los labios, y una claridad de esperanza le hermoseaba el rostro. Vio la mesa derribada, el sombrero y la chaqueta de Rossland en una silla, y comprendió en el acto la escena y la precipitada huida del intruso. Otra vez volvió sus ojos a los de Alan, y lo que éstos vieron en aquéllos acabaron de decidir al hombre a llevar a cabo sus propósitos; así es que se acercó a ella sin reparos y la abrazó. No hizo nada ella por librarse de aquellos brazos, como hiciera cuando el encuentro en el bosquecillo de chopos, sino que, por el contrario, le brindó la boca en un beso, y él le hizo apoyar luego la delicada cabeza en su hombro. No tenía palabras para decir todo lo que bullía en su pecho, pero acariciándole la cabeza y abrasándole la cara en la sedosa hoguera de su cabello, le empezó a contar cómo la quería, y que estaba decidido a jugarse el todo por el todo para defenderla, porque ya no había poder alguno en la tierra que pudiera arrebatársela. Así estuvo hablándole hasta que ella levantó la cabeza, que había descansado en su pecho, y, muy ruborizada, se dejó besar otra vez antes de librarse gentilmente de sus brazos.

Capítulo XXIII

Estuvieron separados un rato, y ni en la delicada dulzura que irradiaba el rostro de Mary Standish, ni en la actitud tranquila de Alan, había rastro de pesar ni de vergüenza. Habían derribado en un momento la barrera que los convencionalismos habían levantado entre uno y otro, y ahora sentían la inevitable emoción que dan el gozo y el triunfo, y no la humilladora turbación de la deshonra. No trataban de disimular su felicidad ni el vivo latir de sus corazones. Las cosas venían solas, y los dos se alegraban de ello. No obstante, no se volvieron a acercarse demasiado. Una fuerza superior imponía a Alan la inviolabilidad del breve espacio que los separaba, rodeando de un algo sagrado a la joven, y en los ojos de ella se adivinaba la satisfacción y el orgullo que robustecían su confianza, viendo que él la respetaba de aquella manera. Alan le tendió una mano, y ella le dio la suya, mientras los labios le temblaban encendidos de los recientes besos; e inclinó delicadamente la cabeza; de suerte que él le miraba los sedosos cabellos que acarició unos momentos antes.

—Doy gracias a Dios —exclamó Alan.

No le fue posible continuar expresando los sentimientos de gratitud que le inflamaban, porque se imponía el silencio, con la elocuencia muda de tales circunstancias, y ella le comprendió perfectamente. No daba gracias a Dios meramente por la dicha de aquel momento, sino por haber permitido que llegara a ser realidad lo que tanto tiempo había anhelado. Parecíale que aquello era el fin del mundo en que hasta entonces había vivido, y el comienzo de una nueva existencia. Retrocedió, notando que los brazos le temblaban. Por hacer algo, levantó la mesa derribada, y Mary le miraba tranquila y satisfecha, como sin acabarse de convencer. Estaba enamorada de él, había sentido la opresión de sus brazos y le había ofrecido los labios. Volvió él a su lado y sonrió irónicamente al mirar el camino de la tundra por donde Rossland se había puesto a salvo.

—¿Cuánto puedes tardar en prepararte para el viaje? —le preguntó.

—¿Quieres decir...?

—Que hay que salir esta misma noche o mañana por la mañana. Iremos por el camino del bosquecillo de chopos a encontrar la antigua ruta de Nome. Si Rossland no ha mentado, Graham debe de andar por la ruta de Tanana.

—¿Volveremos a mi país? ¿Es eso?

—Iremos a Seattle. Es lo que procede. ¿Tienes miedo?

—Contigo, no.

—¿Y querrás volver aquí conmigo cuando todo esté arreglado?

Así diciendo, Alan miraba a lo lejos, sobre las tundras, y sintió que la mejilla de Mary, leve como una pluma, le tocaba el hombro.

—Sí, volveré contigo.

—¿Cuándo estarás lista?

—Ya estoy a punto.

El resplandor del sol en las llanuras se reflejaba en los ojos de él; una telaraña de niebla dorada se levantaba de la tierra, en la cual danzaban espectros y ondulantes visiones que le hacían señas: era el hálito de vida, de calor, de todo lo que crecía entre su casa y los chopos; era un alegre mar en el que deseaba sumergirse, sin espera, al sentir apoyarse aquella mejilla en su hombro y aquella mano en su brazo. Ella se había entregado francamente a él, y en la voz se le notaba. Había terminado allí su lucha... porque había puesto su defensa en las manos de Alan.

La sensación de desamparo en que ella se hallaba y la fe que tenía en él le hicieron pensar, poco a poco, en la cruda realidad de todo lo que había sucedido aquel día. Todo el horror de la situación se le hacía ahora claro, y la significación de lo que Rossland le había dicho le parecía nueva y más peligrosa que en el momento de oírle. Instintivamente volvió a adquirir la expresión de odio de antes, y dirigió una mirada hacia el punto por donde el otro se había ido, y no acertaba a adivinar qué parte de la incomprensible amenaza contra Mary que suponían aquellas proposiciones le habría sido también revelada a ella por Rossland. El caso es que Mary se mostraba muy serena. ¿Habría hecho bien en dejarle marchar? ¿No debía haberle matado como se hace con una serpiente? Porque el caso es que Rossland había mostrado un gran placer; era el eco de los apetitos groseros de Graham, como si formara parte de su alma vil; un egoísta que hacía víctimas de su bajeza a las mujeres, y que en aquella ocasión se había brindado a terciar en un asunto en que se pretendía llevar a cabo un crimen inaudito. Pero todavía estaría a tiempo, todavía podría darle alcance entre las hondonadas de la tundra...

La mano que le oprimía el brazo se le achicaba más. Miró al suelo. Mary Standish había leído claro en su cara, y había tal fortaleza en la actitud serena de la muchacha que, viéndola, Alan tuvo que volver en sí. En aquel momento comprendió que Rossland se lo había dicho todo, y, no obstante, ella no mostraba temor, como no fuera por la idea que tenía Alan en aquel momento.

—Ya estoy lista —le dijo, recordándole lo de la partida.

—Pero pienso que debemos esperar que vuelva Stampede —repuso él volviendo a la razón—. Quedó en estar aquí a una hora u otra esta noche o mañana por la mañana. Ahora que empiezo a sentir libres mis nervios de la obsesión de Rossland, veo cuán necesario es un hombre como Stampede entre nosotros y...

No terminó la frase, pero ella adivinó lo que se callaba. Ella estaba de pie cerca de la puerta, y él volvió a sentir un irreprimible deseo de volverla a estrechar entre los brazos.

—Él está por el camino de Tanana.

—¿Te lo dijo Rossland?

—Sí, y deben de ser muchos, porque se echó a reír cuando le dije que vosotros no les dejaríais que me llevaran.

—¿Y entonces no temiste... que yo consintiera en que se te llevasen?

—Desde que leí la carta que confiaste a McCormick no he dudado un momento de tu conducta, Alan.

Él advirtió cómo le brillaron los ojos, la alegría que irradiaban; pero ella se fue al punto, sin darle tiempo de añadir una palabra. Keok y Nawadlook se acercaban con ansiedad, y viéndola salir se fueron presurosas hacia ella. Todavía venía Keok apretando los dientes, cuchillo en mano. Alan las observaba, y veía también hacia el fondo una ventanita bajo una techumbre donde se asomaba la cabeza de fantasma de Sokwenna, con rostro de Muerte en guardia. El corazón le latía ya con un poco más de celeridad. La soledad de las tundras, lo ilimitado de aquellos espacios en los que no se percibía el menor signo de vida humana, el dilatado escenario que esperaba el desarrollo de un drama inminente, aquel escenario lleno de sol, de canciones de pájaros, de rumores y de esencias que eran el aliento de las flores que se abrían, todo eso le dio una nueva sensación; y volvió a dirigir la mirada al ventanuco donde Sokwenna estaba como un espíritu de otro mundo advirtiéndole con su callada vigilancia que algo amenazador y mortífero se arrastraba acercándose a ellos por aquellas latitudes que tan exentas parecían estar de maldad. Le hizo un signo con la mano y volvió a entrar en su casa. En tanto, Sokwenna bajaba de su puesto y salió renqueando al aire libre. Alan le veía desde la ventana acercarse encorvado como un zambo, con aire de brujo, por su edad tan avanzada, y no obstante, los ojos le brillaban y sus movimientos eran tan ágiles que le hizo estremecer.

No tardó en penetrar en la casa el viejo. Iba murmurando. Decía en su jerga entrecortada, apenas comprensible para el mismo Alan y a la que no había renunciado ni para el catecismo, que él percibía rumor de pasos y olor de sangre; que los pies eran muchos y la sangre estaba cerca; y que tanto el olor de sangre derramada como el ruido de pisadas venían del barranco donde todavía había cráneos amarillos que chorreaban agua que un día fue roja. Alan era uno de los pocos que habían logrado, a fuerza de voluntad, conocer la historia del barranco, contada por Sokwenna. Era que siendo todavía muy joven Sokwenna, en cierta ocasión descendió una tribu hostil de más al Norte, cayó sobre los suyos, matando a los hombres y raptando a las mujeres; Sokwenna, con un grupo de hombres que pudieron salvarse, huyeron llevando a las mujeres que pudieron defender, e hicieron alto en el barranco; allí prepararon una emboscada a sus enemigos y los mataron a todos, sin excepción. El único superviviente de aquella hazaña era ahora Sokwenna.

Al principio se arrepintió Alan de haber indicado a Sokwenna que bajara. No era ya el viejecillo animoso y alegre del rancho, el viejecillo que celebraba regocijado la gentileza y los juegos de Keok y Nawadlook, que amaba los pájaros y las flores y los niños y que, a pesar de su edad considerable, tenía una vivacidad de muchacho. Ahora estaba cambiado; era la encarnación del fatalismo, musitaba palabras incoherentes, un espíritu de mal agüero asomaba a sus hundidos ojos, y sus escuálidas manos empuñaban como garras su rifle. Alan dominó el malestar que la presencia de Sokwenna le causaba, y le encargó concretamente que vigilara la llanura del Sur

desde la cresta de una loma, a unas dos millas en dirección a Tanana. Al llegar el sol a la línea del horizonte tenía que volver.

Sentíase inspirado Alan por una prudente cautela, un sombrío presentimiento le llenaba de inquietud y malestar. Apenas partió Sokwenna, se puso a hacer sus preparativos. Por una parte le espoleaba el deseo de partir inmediatamente, sin esperar una hora más, y por otra se esforzaba en convencerse de la gran locura de semejante precipitación. Esta vez el viaje sería largo. Acaso tardaría en volver varios meses, un año. Y había muchas cosas que resolver, eran muchos los detalles en que debía pensar, y tenía que hacer un montón de recomendaciones y advertencias antes de partir. Por lo menos tenía que ver a Stampede y dejar ciertas instrucciones para Tautuk y Amuk Toolik. Conforme avanzaban los preparativos y persistía el presentimiento, no hacía más que decirse a sí mismo cuán absurdos eran sus celos y cuán lejos estaban de todo peligro. Se empeñaba en convencerse de que era una tontería el haber llamado a los pastores. Lo más probable era que Graham no compareciera; al menos tardaría bastantes días o semanas; y si lo hacía sería para tratar razonablemente, no por la violencia.

Y a pesar de todo, los temores no se le desvanecían. Pero a medida que iba cayendo la tarde, crecía en él de una manera imperiosa el oscuro deseo de irse con Mary por el camino que partía del bosquecillo de chopos. Desde el mediodía hasta las cinco la había visto dos veces. Durante esas horas había redactado todas sus instrucciones. Miró detenidamente sus escopetas. Se aseguró de que el rifle favorito y la pistola automática funcionaban a maravilla, y luego se rió de sí mismo porque se llenaba las cartucheras de una cantidad exorbitante de municiones. La parte de municiones que le quedaba y otras dos escopetas las llevó a la caseta de Sokwenna, pensando que en caso necesario aquella casa del borde de la quebrada era la más a propósito para hacer resistencia a un posible asalto. ¿Quién sabía si no se vería Stampede en el caso de tener que pensar en parapetarse y en hacer buen uso de aquellas armas en tanto que él marchaba con Mary Standish camino de Nome?

Después de la cena, cuando el sol, muy bajo ya, proyectaba desde el horizonte largas sombras sobre la tierra, Alan volvía a dar un vistazo a su casa y de buscar la comida que Wegaruk le había preparado para poderla llevar en su mochila. Encontróse con Mary al borde de la quebrada, contemplando el crepúsculo que iba amontonando sombras sobre las distantes ondulaciones de las tundras.

—Ahora te tengo que dejar un ratito —le dijo—; pero Sokwenna está aquí y no estarás sola.

—¿Pero adonde vas ahora?

—Sólo me acercaré a los chopos.

—Voy contigo.

—Es que pienso ir muy de prisa.

—No más que yo, Alan.

—Es que quiero persuadirme de si el terreno está libre de enemigos antes de que

la noche cierre.

—Te ayudaré a explorar. —La mano de ella se asió a la de él—. Yo voy contigo, Alan —volvió a decir.

—Sí, veo que lo conseguirás —repuso él con una alegre risa.

De pronto inclinó la cabeza y le besó fuertemente la mano, y así, de la mano cogidos, emprendieron aquel camino que no habían vuelto a pisar desde el día en que él llegara de Nome.

La expresión de ella era radiante, y había algo suave y dulce en sus ojos, que no apartaba de él. Y así le hizo olvidarse de los chopos, de las llanuras, de sus recelos, y de la advertencia de Sokwenna de guardarse de los escondites del Barranco de los Fantasmas y de los que había más allá.

Ella le iba hablando:

—He estado pensando en muchas cosas durante el día. Como me has dejado tan sola por tus preparativos, he tenido ocasión de pensar en ti, y estos pensamientos me hacían maravillosamente dichosa.

—Yo creía estar en la gloria —contestó él.

—¿No crees que yo sea mala?

—Antes creería que el sol no se iba a levantar más.

—¿Ni que haya cometido nada indigno de una mujer?

—Eres lo que siempre he soñado que es magnífico en las mujeres.

—Pero te he seguido... me he confiado a ti, podías hacer de mí lo que quisieras.

—De lo cual doy gracias a Dios —aseguró él fervorosamente.

—Y te he dicho que te quería, y me he dejado abrazar y besar por ti...

—En efecto.

—Y ahora ando a tu lado, dándote la mano.

—Y yo seguiré apretándola, mientras sea posible.

—Pero soy la esposa de otro —dijo ella con un estremecimiento.

—Tú eres mía —afirmó él con pertinacia—. Tú lo sabes, y lo sabe Dios. Suena a blasfemia, es una profanación hablar de ti como mujer de Graham. Lo que pasa es sólo que las leyes humanas te han puesto en sus manos; pero libre eres en cuerpo y alma.

—No, no soy libre.

—¡Sí lo eres!

Entonces ella se le acercó más para decirle muy bajito:

—Te diré por qué no soy libre, a ti que eres el hombre de sentimientos más nobles y caballerosos. No soy libre, porque mi corazón y mi alma son tuyos.

No se atrevía él a mirarla, y notando Mary la lucha que estaba librando por contenerse, apartó de los suyos sus ojos y se puso a mirar delante, con una maravillosa sonrisa en los labios. Y dijo otra vez:

—Sí; eres el hombre de más nobles sentimientos.

Y se hallaron en medio de las ondulaciones de la tundra, hablando del colorido

del firmamento, de las flores, de los pájaros, del ocaso, cuando Alan escudriñó el horizonte para ver si percibía señal de seres humanos. Anduvieron una milla y otra. A la tercera miraron a la lejana oscuridad gris, donde estaba el barranco.

Cosa rara. En aquellas circunstancias se acordó él de su carta... de la carta que dirigió a Ellen McCormick. Le dijo a Mary lo que estaba pensando, mientras ella miraba también la muralla de oscuridad que los separaba de los chopos.

—Me hacía el efecto —dijo— de que no se la escribía a ella, sino a ti. Y creo que si no hubieses llegado aquí me habría vuelto loco.

—Yo guardo la carta. Aquí la llevo —dijo ella posando una mano en su pecho—. ¿Te acuerdas de lo que decías en ella?

Él afirmó con un movimiento de cabeza.

—Decía que para mí eras más que mi propia vida.

—Y que querías en especial que si me encontraban me cortaran una trenza para ti.

Él volvió a mover afirmativamente la cabeza, y agregó:

—Ya cuando te sentabas frente a mí, en el comedor del *Nome*, yo adoraba tu cabeza, sin darme cuenta. Y desde entonces... desde que te encontré de nuevo... cada vez que te he mirado... —se interrumpió, como tragándose algunas palabras.

—Sigue, Alan.

—He deseado verte el pelo suelto —terminó precipitadamente—. Es una ocurrencia tonta, ¿verdad?

—¿Por qué? —protestó ella abriendo mucho los ojos—. ¿Por qué ha de ser tonto querer ver una cosa si nos gusta?

—Temí que te pareciera una ocurrencia peregrina —terminó él tímidamente.

Nunca había oído nada tan dulce como la risa de Mary al apartarse un poco de él volviéndose de espaldas, de manera que el sol doraba sus hombros y su cabeza con sus postrimeras luces. Con dedos diestros y ágiles empezó ella a deshacerse los rizos de su tocado, hasta que toda la cabellera cayó en ondas radiantes, cubriéndole el dorso con su sedoso esplendor, lo cual llenó de asombro a Alan y le hizo prorrumpir en una exclamación de alegría.

Entonces se volvió para mirarle, y en sus ojos lucía el suave fulgor de sus cabellos.

—¿Encuentras bonito mi pelo, Alan?

Él, por toda contestación, se acercó, cogió aquellas onduladas hebras, y las besó hundiéndose en ellas la cara.

En esa actitud se hallaba cuando notó que ella se estremecía de súbito. Fue como una ligera sacudida. Percibió cómo contuvo el aliento y sintió que retiraba rápidamente de su cabeza inclinada la mano que acababa de posar en ella. Al erguir la frente para mirarla, la encontró con los ojos clavados en la bruma gris de la tundra, y estaba tan inmóvil, como si la hubieran asustado, que él no se atrevió a hablar, ni a moverse.

—¿Qué pasa? —preguntó por fin.

Y miró en derredor, tratando de ver lo que había alarmado a Mary. En aquel momento una sombra densa comenzó a extenderse rápidamente sobre la tierra, oscureciendo la media luz crepuscular que precede a la noche cerrada. El sol de medianoche desapareció, como una inmensa lámpara que se rodeara de una densa nube purpúrea impenetrable a sus rayos, como una gran cortina tendida sobre la tierra ártica. Con frecuencia había presenciado este fenómeno al aproximarse las tormentas de verano a las tundras, pero se le antojaba que nunca el cambio había sido tan rápido y completo. En vez de ver el rostro de su compañera bañado en rubia claridad, ahora lo veía pálido en la tiniebla. Creyó que lo que la asombró era aquel prodigio de la súbita noche ártica, y se echó a reír.

Pero ella le cogió del brazo, exclamando con voz quebrada:

—Los he visto. Los he visto allá enfrente, a contraluz... aún no había caído esta nube... Algunos de ellos corrían a cuatro patas; eran como animales...

—¡Sombras! —exclamó él—. Las sombras de las zorras, alargadas desde lejos por lo bajo que está el sol, de las zorras o bien de los grandes conejos grises, como no fuera una loba con sus cachorros...

—No, nada de eso —insistió ella conteniendo la respiración y apretándole más el brazo—. No eran sombras. ¡Eran hombres!

Capítulo XXIV

Mientras permanecía en el silencio conteniendo los latidos del corazón para no perder el más leve rumor, Alan percibió el ruido de una suela que daba con la punta en una piedra. Nadie en su tribu podía hacer aquel ruido, como no fuera Stampede Smith o él mismo.

—¿Eran muchos?

—No puedo asegurarlo. Oscurecía. Pero lo menos cinco o seis eran los que corrían.

—¿Siguiéndonos?

—Sí.

—¿Nos habrán visto?

—Seguramente. Ha sido un instante, y venían confundidos con esta oscuridad...

Él le estrechó la mano fuertemente; los dedos de ella se trenzaron en los suyos y se oía el palpitar del corazón de la muchacha mientras él abría la funda de su pistola automática.

—¿Crees que han llegado? —susurró ella, con voz fría, de miedo.

—Es posible. Los nuestros no llegarían por este lado. ¿Tienes miedo? ¿Verdad que no tienes miedo?

—No; no tengo miedo.

—Pero tiemblas.

—Es por esta extraña oscuridad, Alan.

Nunca el crepúsculo ártico había sido envuelto en tal negrura. Ni había visto más de media docena de veces durante su vida ese fenómeno en las tundras, donde el quedar el sol oscurecido tras el nublado de una tormenta poco antes de la puesta total es un fenómeno tan raro que causa mayor asombro todavía que el embrujado juego de las luces boreales. Antojábasele a Alan que lo que estaba sucediendo era un milagro; la intervención de una mano poderosa poniendo ante él un camino de salvación. Una verdadera muralla de negras sombras privaba al mundo del tenue resplandor que aun a medianoche era propio de aquellas latitudes. Y se iba extendiendo rápidamente; sombras y más sombras se aglomeraban espesando las tinieblas y se venían encima dejando toda la tundra sumida en un embrujado caos, que ni era la noche ni el crepúsculo y que obligaba a esforzar la mirada vanamente para penetrar aquel misterio.

Y al paso que tanta oscuridad iba estrechando el círculo de lo que podía ver, Alan pensó una multitud de cosas precipitadamente. En un segundo comprendió lo que significaban las siluetas que su compañera había descubierto. La gente de Graham estaba muy cerca, los habían visto; iban a cortarles la retirada al rancho. Era posible

que sólo se tratara de un grupo explorador y, de no exceder el número de cinco o seis, que eran los que Mary había contado, se sentía perfectamente seguro de la situación. Pero es que podía haber una docena, o acaso llegaran a los cincuenta. Estaba muy en lo posible que Graham y Rosslund forzaran su avance sobre el rancho con todas sus fuerzas. No se preguntaba hasta dónde estas fuerzas llegarían, pero se aseguraba a sí mismo que con la abrumadora influencia que le amparaba, tanto política como financiera, y encendido de pasión por Mary Standish, pasión que casi rayaba en la demencia, Graham no dudaría en infringir todas las leyes divinas y humanas para la realización de su propósito. Indudablemente jugaría su partida en tal forma que las sutilezas de la ley lo protegieran aun llegando a una solución trágica. Sus pistoleros se sentirían sin duda investidos, hasta cierto punto, de autoridad. Porque Graham aparecía como un esposo burlado que se proponía rescatar a su mujer, en tanto que él, Alan Holt, era el seductor de la dama y su actual amante, es decir, un sujeto sobre el cual se podía disparar sin consideración alguna.

Comenzó a avanzar acariciando con la mano que tenía libre la culata de la pistola. Gracias a la oscuridad que había invadido la tierra tan súbitamente, no podía verse en su rostro el horror que sentía al pensar lo que para Mary Standish significaba aquel “rescate” a que se lanzaba su esposo. Inmediatamente se sintió poseído de una fría y como mortal resolución, y todos los nervios de su cuerpo se contrajeron prontos a afrontar cualquier situación que se presentara, por trágica que pudiera presentarse.

Si los hombres de Graham los habían descubierto y corrían para cortarles la retirada, la salida de la trampa se hallaba delante, y hacia allá se dirigía Alan con tal presteza que la joven casi tenía que correr para seguirle. Tan ligeros eran los pasos de ella que él no los percibía. No le soltaba la mano, y la seda de su cabello suelto le acariciaba el rostro. Durante media milla no acortó el paso, atento a toda sombra y a todo ruido que pudiera descubrirse. De pronto se detuvo. Atrajo a Mary entre los brazos y ella apoyó la cabeza en su pecho. Respiraba con violencia y se percibía el palpitar de su corazón. Alan le dio un beso en la boca.

—¿Verdad que no estás asustada? —volvió a preguntarle.

Ella movió la cabeza vivamente sobre su pecho al decir:

—¡No!

Él se rió por lo bajo del valor con que ella mentía:

—Aunque suponiendo que nos hayan visto, ahora ya estamos fuera de su alcance —observó él para animarla, y añadió: —Ahora daremos la vuelta hacia el Este por detrás del rancho. Siento haberte hecho correr así. Iremos más despacio.

—Tenemos que ir más de prisa —insistió ella—. Quiero correr.

Otra vez se dieron la mano al reanudar la marcha. De vez en cuando hacían alto, miraban en torno y aguzaban el oído, pero nada percibían. Por dos veces Alan creyó oír algún ruido distinto de los rumores nocturnos. La segunda vez la pequeña mano de ella le apretó más fuerte, pero él no dijo nada, aunque notó que ella, además, contenía un instante el aliento.

Pasada otra media hora, empezó a disiparse la tiniebla, pero el soplo de la tormenta seguía aproximándose. Había refrescado el aire que les acariciaba el rostro, y alrededor de ellos se multiplicaban sus remolinos y se oían los susurros de la sedienta tierra, que se despertaba ante el cambio súbito. Se disipaba la tiniebla porque la espesa nube iba dilatándose por el espacio y haciéndose más tenue. Y entonces Alan vio nuevamente la cara y la mata de pelo de la muchacha. Las hondonadas y las prominencias de la tundra iban definiendo sus formas cuando la pareja llegó a una hondura donde Alan reconoció un grupo de sauces detrás del cual había un charco.

Aquel lugar distaba sólo media milla de las casas. Al lado brotaba un manantial, y allá condujo a la joven, y le preparó un sitio donde arrodillarse mostrándole cómo podía cogerse el agua en el hueco de las manos. Al inclinarse ella para beber, él le levantó el pelo que le caía por la espalda y se lo besó. Y oyó cómo se le escurría el agua entre los dedos y una risita entre gozosa y medrosa, que fue insólitamente cortada por un grito al mismo tiempo que él se incorporaba para hacer frente a un cuerpo que como una catapulta se le venía encima saliendo del escondite de los sauces.

Una gran conmoción en la espesura siguió al ataque. Mary Standish lanzó otro grito, un chillido agudo, viendo que Alan caía de rodillas revolviéndose desesperadamente para deshacerse de dos zarpas que le agarrotaban. También él notó que la muchacha estaba luchando, pero que ya no gritaba. Parecióle al punto que la cabeza le daba vueltas, y comprendía cuán inútil sería todo esfuerzo por alcanzar su escopeta, en aquella situación en que una cara dura y horrible en medio de la sombra le miraba cruelmente, en tanto que aquellas manos despiadadas le iban arrancando la vida. Pero de pronto oyó un grito, una pujante voz de triunfo y de entusiasmo, y se sintió caer de espaldas; parecía que le arrancaban la cabeza. Retorcióse todo él espasmódicamente, y con la fuerza que le restaba dio un golpe con el pie. No pudo darse cuenta claramente de lo que en el momento siguiente sucedió, pero las manos que le atenazaban le habían soltado; el rostro enemigo había desaparecido y el hombre que iba a matarle cayó de espaldas. Perdió unos preciosos momentos respirando profundamente para reaccionar. En seguida buscó su pistola. Pero la funda estaba vacía.

Volvió a oír el jadear de la muchacha, su anhelante respiración muy cerca de él; se sintió nuevamente impulsado por su energía vital. Otra vez se le acercaba el hombre que le había atacado, andando sobre las manos y las rodillas. Como un gato salvaje se levantó Alan y le acometió. Dio con el puño en una cara barbuda; llamó fuertemente a Mary al dar el golpe, y sin dar reposo a los puños la vio a ella que había caído también de rodillas acometida por otra sombra al borde mismo del arroyo que formaba el manantial donde había bebido. Alan profirió una maldición. Estaba dispuesto a matar, deseaba destruir, aniquilar al que ahora tenía entre sus manos para poder saltar igualmente sobre el que amenazaba a Mary Standish retorciéndole el cabello. El hombre barbudo, desvanecido a golpes que tenían la fuerza de un mazo,

sintió tambaleársele la cabeza hacia atrás; y los dedos de Alan se hundieron entonces en su cuello, que era recio como el de un toro. Apretó cuanto pudo para romperlo. Diez segundos..., veinte... medio minuto a lo sumo... y aquellos músculos hubieron cedido a su opresión; pero antes de que la voz se le helara en la garganta a su presa, la otra sombra se abalanzó sobre Alan.

No tuvo tiempo para prevenirse contra este nuevo ataque. Había perdido casi todas las fuerzas, y un golpe terrible lo dejó tambaleándose. A ciegas procuró coger a su adversario. Hasta no dar con los brazos de éste no se dio bien cuenta de cuán agotado salía de la lucha con el otro. Se llenó de espanto al percatarse de su debilidad y prorrumpió en un involuntario lamento. Se hubiera cortado la lengua antes de revelar así su angustia a los oídos de la muchacha. Ésta se acercaba andando con las rodillas y las manos, pero él no la veía. Le arrastraba el cabello por el suelo removido por las pisadas y por el agua fangosa del arroyo; iba palpando con las manos hasta dar con lo que buscaba.

Levantóse, por fin, cogiendo la piedra en que había apoyado una de sus manos al beber arrodillada. El hombre barbudo había logrado levantarse e iba a echarse otra vez sobre Alan tambaleándose, pero ella lo evitó interponiéndose. Dio un golpe con la piedra. Entonces fue cuando Alan vio a Mary; oyó el ruido del rápido y decisivo golpe que había dado haciendo rodar a su enemigo sin rechistar. Vaciló un momento sobre sus piernas y cogió entre sus brazos a la joven, que también vacilaba.

Otra vez se levantaba el hombre de la barba. Casi de pie estaba ya, cuando Alan volvió a cogerle por la garganta y ambos rodaron al suelo. Mary oyó varios golpes, por fin uno decisivo, y Alan se puso en pie lanzando una exclamación de victoria. Casualmente su mano dio con la pistola, que se le había caído... Quitó el seguro. Estaba dispuesto a disparar, a continuar la lucha con el arma.

—Ven —dijo con voz extrañamente insegura y áspera.

Volvió ella a darle la mano y él la encontró húmeda y pegajosa del barro de la tundra. Subieron a la amplitud de la llanura, dejando el charco y los sauces.

El aire les enviaba ahora distintamente rumores extraños que salían de la tiniebla crepuscular, y entre estos ruidos de tormenta, procedentes del Oeste, oyeron una voz de alerta, que fue contestada desde enfrente. Alan oprimió la pequeña mano llena de barro y apresuró la marcha hacia las casas del rancho, que era el sitio de donde habían contestado a la primera voz. Comprendió lo que pasaba. La gente de Graham era más lista de lo que había creído. Habían rodeado el lado de la tundra que daba al rancho, mientras algunos se dirigían hacia el hoyo del charco y los sauces. El grito de alerta que se había oído habíalo lanzado el compañero del hombre barbudo. Les extrañaba que el grito no se repitiera, y se daban cada vez más prisa.

Todos los nervios de Alan estaban apercebidos para entrar en rápida y violenta acción, pues lo desesperado de la situación en que se hallaban le infundía un fogoso valor, increíble, pero cierto. De permanecer en los sauces le habrían matado. Eran lobos y no hombres los que corrían por el llano, capitaneados por dos monstruos

humanos como Graham y Rossland. La lascivia y el crimen, en forma de ciega pasión, se agazapaban en la sombra; y la ley, el orden y la civilización habían quedado a cientos de millas de distancia. Si Graham vencía, no saldría la hazaña de aquellas tundras inexistentes en los mapas, y aquella noche quedaría sumida en el olvido, del mismo modo que lo quedó en las profundas y negras fauces del barranco la tragedia, recordada por Sokwenna, de hacía más de medio siglo. Y la joven que iba a su lado, que las manos de aquellos malhechores habían ya manchado y desgredado...

Pero no pudo seguir pensando, porque de sus labios salió en forma de grito mal reprimido una protesta de indignación. Ella creyó que lo hacía porque aquellas sombras iban corriéndose a cortarles el paso. En efecto, se les aparecieron dos hombres y ella lanzó un grito cuando les dieron la voz de alto. Percibió Alan el rápido movimiento de un arma, pero la suya fue más ligera. Dé su pistola partieron tres llamaradas, y el hombre que había levantado su escopeta cayó al suelo retorciéndose, mientras el otro se desvanecía con presteza en la tiniebla. Y los gritos salvajes que empezó a dar atraían a sus compañeros, mientras las detonaciones de la pistola de Alan resonaban en la tundra.

Ni una palabra salió de los labios de Mary Standish ante lo imprevisto de los disparos, que eran de trágico efecto; ante la caída del hombre herido y la huida del otro. Pero estaba sollozando. Bañada por el tenue resplandor que se filtraba por la densa nube roja, miró de frente a Alan, sumamente pálida y con los ojos dilatados. Cubrirla su cabellera como un velo reluciente, y entre las ondas que le caían sobre el pecho entreabierto, Alan vio con gran sorpresa que sacaba ella la mano, empuñando asimismo una pistola. Reconoció al punto el arma. Era una pistola de tiro rápido procedente de un juego que le había regalado por Navidad, hacía algunos años, su amigo Carl Lomen. Se sintió lleno de orgullo y de vigoroso entusiasmo. Hasta entonces había mantenido oculta el arma, pero había estado a punto de entrar en lucha, de batallar con él contra sus enemigos. Hubiera querido detenerse y abrazarla, y decirle con besos lo mucho que valía. Pero en vez de hacerlo así, aceleró más el paso, y ambos llegaron a la negra zanja que se extendía como una estrecha barrera entre ellos y el rancho...

Por allí pasaba una pista, poco más ancha que las roderas de un carro, abierta entre montecillos, juncias y hoyos fangosos, por las hachas y palas de su gente. Al llegar a este camino, Alan hizo una pequeña parada, seguro de que estaban ya a salvo. La muchacha se apoyó sobre él, que sintió tener en los brazos un peso muerto. Las últimas doscientas yardas habían acabado con las fuerzas de Mary. Tenía echada hacia atrás la cabeza, y la cara muy blanca; Alan le separó el pelo del rostro y la besó en los labios y en los ojos, mientras la pistola de ella se apoyaba en su pecho. Mary le sonrió, no pudiendo hablar de cansancio. Cogióla Alan en brazos y partió por la estrecha senda, que había de ser difícil de descubrir para sus perseguidores si seguían ellos dos fuera del alcance de sus miradas. Le divirtió ver lo poco que pesaba. Parecía

un chiquillo en sus brazos, una diosecilla triunfante, recatada entre sus cabellos; y él la estrechó fuertemente en su precipitado huir, porque ella no se sostenía con bastante fuerza asida a su cuello. Corría sintiendo la dulce caricia de la respiración de Mary, y se sentía fuerte y se alegraba del desamparo que la hacía suya.

Así salieron del hondo camino cuando empezaban a sentir en el rostro las primeras gotas de la lluvia que se acercaba. Ahora se veía algo más: la mirada de Alan alcanzaba hasta la mitad del camino por donde habían pasado. Al subir una cuesta, Mary saltó de sus brazos y le miró, manteniéndose en pie con renovada energía. Él respiraba de una manera entrecortada, y señaló a lo lejos: se vislumbraban ya las sombras, vagas aún, de las casas del poblado. No se veía luz ninguna que delatara las ventanas, Reinaba un silencio de muerte.

Algo se levantó entonces del suelo, casi a sus pies. Un grito ensordecido siguió al movimiento, un grito fantasmal y escalofriante, y apareció junto a ellos Sokwenna. Masculló precipitadamente algo que sólo pudo comprender Alan. Su aparición había tenido algo de espectral, de sobrenatural. Tenía la cabeza y la barba mojadas, y le chispeaban los ojos al mirar aquí y allá, inquieto. Parecía un fantástico y pavoroso gnomo, tal como hablaba y accionaba en su jerga, sin apartar sus vigilantes ojos de la tenebrosa hondonada. Cuando terminó de explicarse, los hizo seguir hacia el grupo de casas, sin esperar contestación.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la joven.

—Que se alegra de vernos sanos y salvos. Había oído los disparos y salía a nuestro encuentro.

—¿Y qué más? —insistió ella.

—El pobre Sokwenna es supersticioso y todo nervios. Me decía cosas que tú no entenderías. Acaso le tomaras por loco si le oyeras asegurar que los espíritus de sus camaradas de antaño, asesinados en el barranco, están esta noche con él, previniéndole de ciertos acontecimientos que se avecinan. De todos modos ha sido cauto. No bien habíamos salido del poblado, mandó a todas las mujeres y niños afuera, camino de la montaña. Keok y Nawadlook no se han querido ir. Me alegro, porque si las sorprendieran y persiguieran por ahí hombres de la calaña de Graham y Rossland...

—Más les valdría la muerte —concluyó Mary Standish, apretándole más fuertemente el brazo.

—Sin duda —añadió él—. Pero ahora ya no puede ocurrir. En campo raso tenían ellos todas las ventajas. Ahora podemos resistir en la casa de Sokwenna hasta que lleguen Stampede y los pastores. Habiendo dos rifles dentro, no osarán asaltar la casa con las manos vacías. Ahora las ventajas son nuestras. Nosotros podremos disparar, pero ellos no se aventurarán a hacer fuego con sus rifles.

—¿Por qué?

—Porque tú estarás dentro. Graham te quiere viva, no muerta; y las balas...

Habían llegado a la puerta de la casa de Sokwenna. Se volvieron de repente para

mirar a través de la oscuridad por donde habían ido. Acababan de oírse varias voces al extremo de los corrales. Los que hablaban no lo hacían disimuladamente. Habían descubierto las casas. Unos hombres dieron varias voces, que fueron contestadas desde distintos puntos de la tundra. Se oían pasos rápidos y voces de orden; algunas partían de entre la maleza, donde andaban despistados los enemigos, y por fin éstos se precipitaban por el camino hondo hacia el rancho.

A Alan se le paralizó el corazón. El rápido asalto de sus enemigos daba la sensación de algo calculado con la deliberación con que se plantea un negocio. Los oyó entrar en su caseta. Las puertas se abrieron. Se rompió con estrépito una ventana, empezaron a esconderse algunas luces en medio de la bruma gris.

Entonces oyeron un disparo sobre sus cabezas, que era el recibimiento que daba Sokwenna a aquella gente, parapetado tras la ventana de la buhardilla. Un solo disparo; un chillido, e inmediatamente un fulgor breve que salió de la ventana, al disparar el viejo guerrero todos los cartuchos que cargaba su arma. Antes de sonar los cinco tiros rápidos, Alan estaba cerrando la puerta de la caseta. En el suelo había varias bujías encendidas, pero provistas de pantallas, y junto a ellas estaban Keok y Nawadlook. De una ojeada se hizo cargo de todo lo que Sokwenna había dispuesto. La habitación era un verdadero arsenal. Había varias escopetas en el suelo preparadas para su uso. Al lado, montones de proyectiles, y los ojos de Keok y Nawadlook estaban llenos de fulgores profundos y tenaces, mientras sus manos cogían los cartuchos para ir cargando las recámaras tan presto como éstas fueran vaciadas.

En medio de la habitación se quedó de pie Mary Standish. Del modo como estaban dispuestas las pantallas, la luz no descubriría las ventanas, pero daban una claridad imperceptible al rostro de Mary, que estaba mirando a Alan, suelto el peinado y los ojos llenos de espanto.

Iba él a tranquilizarla, diciendo que Graham no se atrevería a disparar, cuando una descarga infernal resonó en medio de la noche. A los disparos de Sokwenna respondía el fragor de muchos fusiles, y una granizada de balas se estrellaban en las paredes. Dos balas penetraron por las ventanas, silbando como serpientes. De un salto Alan se acercó a Mary y la hizo echarse al suelo, junto a las otras dos mujeres. Estaba pálida. El cerebro le ardía como un horno.

—¡Nunca creyera que osaran disparar contra una mujer! —exclamó Alan, con una dureza que daba miedo—. Me he equivocado. Pero creo que ya comprendo...

Acercóse cautelosamente a una ventana empuñando el rifle. Ya no se disimulaba la verdad. Se veía bien claro lo que Graham pensaba, lo que planeaba, lo que intentaba hacer, y era espantoso. Tanto él como Rossland sabían que Alan hallaría la manera de que Mary se refugiara en algún escondrijo de la caseta de Sokwenna, mientras que él lucharía hasta morir. Era un plan refinado y astuto; equivalía al asesinato; y por tal combinación de las circunstancias y del ardid, él era la víctima predestinada.

Había cesado el tiroteo, y el reposo que se hizo tuvo una gran significación para

Alan. Le daban unos minutos de tregua para que pudiese poner a buen recaudo a los que se hallaban bajo su defensa. En el suelo de la caseta de Sokwenna había una escotilla que daba a una pequeña despensa y bodega en la cual se abría una ventana ventiladora sobre la quebrada. A la débil luz de las bujías, Alan vio que la compuerta estaba entreabierta ya por medio de un palo. Era que Sokwenna había previsto el caso.

Agachado al pie de la ventana, dirigió la vista a las muchachas. Keok, con una escopeta cargada en las manos, había gateado hasta el pie de la escalera que subía a la buhardilla. Empezaba ya a subir para proveer a Sokwenna. Alan señaló imperativamente a la compuerta de la escotilla.

—¡Pronto; entrad ahí! Es el único sitio seguro —ordeno—. Podéis cargar ahí abajo y darme los rifles a mí.

Mary Standish le miraba fijamente, sin moverse. Sus manos cogían con fuerza un rifle. Tampoco se movía Nawadlook. Sólo Keok siguió escaleras arriba y desapareció por la boca de la buhardilla.

—¡Digo que bajéis al punto! —increpó Alan con energía—. Como no lo hagáis...

Y en aquellas circunstancias Mary tuvo una sonrisa para él. Era como un rayo de luz gloriosa mostrando un camino en medio de las sombras; y sin apresurarse se acercó, agachada, a Alan para entregarle el rifle, empuñando en la otra mano la pequeña pistola. Tenía la cabeza cerca de los pies de él, y le miraba sin dejar de sonreír, con la cabeza envuelta en la cascada de su cabellera, y así le dijo con una vocecilla estremecida:

—Voy a ayudarte a luchar.

Nawadlook se deslizó también a gatas en pos de ella, armada igualmente de una escopeta y llevando en el delantal una buena provisión de municiones.

Arriba, por la negra abertura de la ventana, Sokwenna había descubierto otra sombra en medio de la gris penumbra nebulosa, y su rifle volvió a lanzar un reto a John Graham y a toda su gente. Lo que siguió cortó la sonrisa de los labios de Mary. De su pecho brotó un sollozo viendo que el hombre a quien amaba se levantaba con desprecio de la vida y se asomaba a la ventana, afrontando la muerte alada, que estaba tabaleando sobre los troncos de las paredes de la caseta.

Capítulo XXV

Inmediatamente después de que Sokwenna disparó su rifle no cabía ya dudar de que, llevado por su ardiente anhelo, por su pasión y su arrogancia, John Graham no tenía el menor reparo en atropellar toda ley y razón, y de que creía que Holt habría puesto a Mary bien a salvo.

Cuando el estrépito de la fusilería rasgaba la densa oscuridad gris, Alan enfiló su rifle por la ventana que en la habitación inferior Sokwenna había preparado para la defensa, dejando sólo una abertura de aspillerera como de ocho pulgadas. Percibía distintamente el silbido y el baque de los proyectiles. Hacían un rumor de enjambre irritado al pasar con la rapidez de una estela inacabable de fuego por encima de la techumbre, y el choque de las balas en los troncos producía el mismo ruido que hacen los nudillos golpeando la corteza de una sandía madura. Este último ruido tenía algo encantador y sugestivo. No parecía que el espanto de la muerte iba en él, con lo cual Alan perdió por completo la noción del temor y el peligro mientras miraba por la aspillerera para descubrir las sombras que estaban disparando. Distinguía unas rayas blanquecinas, y a ellas apuntaba disparando con la mayor presteza que le era posible, arrojando los cartuchos y apretando el gatillo. Luego se agachó con el rifle vacío. Mary Standish le ofrecía otro recién cargado, mortalmente pálida como la cera. Sus ojos, que no se apartaban de él, brillaban de una extraña manera, revelando un miedo angustioso. Nada temía que le pasara a ella. Todo su miedo era por él. Tenía su nombre entre los labios, en una especie de fervorosa plegaria dicha sin aliento, sin voz, y en aquel instante penetró una bala por la aspillerera ante la cual Alan había estado disparando hacía un momento. Pasó como serpiente violenta y silbante, que, en su mortífero furor, fue a morder algo al otro lado de la habitación. Lanzando un grito, Mary le echó los brazos al cuello, pues él estaba con la cabeza agachada, y exclamó:

—¡Por Dios, que si sigues ahí te matarán! —y, gimiendo, añadió—: Entrégame a ellos, Alan; si me quieres, entrégame, y que paren de tirar.

Saltó una mota de polvo de un impacto que se vio en la penumbra del amortiguado resplandor de las bujías, tan cerca de Nawadlook, que se le heló la sangre en las venas. Las balas se iban abriendo paso por entre los resquicios de los maderos, que estaban ensamblados con barro y musgo. Los brazos de Alan estrecharon instintivamente el cuerpo de Mary, y lleno de energía llevóla hasta la puerta de la escotilla y la obligó a protegerse en la bodega. En seguida empujó a Nawadlook al mismo sitio. Luego cogió la escopeta descargada y el delantal lleno de proyectiles. La energía con que obraba daba a su rostro una dureza satánica.

—¡Como salgáis de ahí, abro la puerta y salgo a disparar fuera! ¿Lo oís bien? ¡Que no se mueva nadie!

Las amenazó con el puño. Sus palabras casi eran gritos. Vio otro impacto salpicando el polvo, y la bala se estrelló en algún objeto de metal. Inmediatamente se oyó un chillido. Era Keok, en la buhardilla.

En aquella habitación alta, llena de sombra, a Sokwenna se le había caído con estrépito el rifle. El viejo guerrero se doblaba por la cintura, llevándose las débiles manos al costado. Estaba de rodillas, y su aliento se convirtió en un resuello doloroso. Se levantó otra vez con gran esfuerzo, dijo unas palabras tranquilizadoras a Keok al atisbar por la ventana de nuevo, con el rifle que ella había vuelto a cargar.

No bien había lanzado Keok su grito de espanto cuando ya Alan estaba en lo alto de la escalera, llamándola. Acercóse a él la muchacha palpando en la sombra, diciendo entre sollozos que Sokwenna estaba herido; y Alan alargó el brazo y la cogió, arrastrándola hasta el lugar donde se hallaban Nawadlook y Mary Standish.

Y acudió con presteza a su ventana, llena el alma de vehementes deseos de distinguir a sus enemigos, para matar, para vengar. Y como respondiendo, a su deseo de ver dónde apuntar, se incendió de una manera extraña su caseta; una gran luz oscilante y amarilla se recortaba con precisión en el marco de las ventanas, y por una puerta abierta de par en par se desbordaba por la negra noche. Daba tanto resplandor que Alan veía la diminuta lluvia neblinosa poco más densa que una bruma, que una cortina de vapor que humedeciese la tierra. El corazón le daba saltos viendo que por segundos las llamas crecían. Habían incendiado su casa; ya no eran hombres civilizados, sino verdaderos salvajes.

Aunque el corazón le latía con violencia, sentía un frío espantoso. Atisbaba con ojos de cazador fatal por la trayectoria que señalaba el cañón. Sokwenna no hacía ruido alguno. Probablemente estaría muerto. Keok seguía sollozando en la bodega subterránea. Entonces Alan vio una silueta que crecía a contraluz del incendio, y supuso lo que ellos debían creer, que en la caseta acribillada habían perdido las últimas fuerzas para continuar la resistencia. Pedía a Dios que el que se acercaba bajo la amenaza de su rifle fuese Graham, y disparó. La sombra se echó al suelo como un hombre que cae muerto. Y disparó rápidamente a los otros —uno, dos, tres, cuatro—, y de los cuatro hizo blanco en dos. Pensó con orgullo que no era mala puntería en semejantes circunstancias.

Saltó hacia atrás para coger otro rifle, y allí estaba Mary poniéndoselo en las manos, sacando por la compuerta del suelo la cabeza y el busto. Acto seguido, desde el refugio de las otras casas perdidas en la sombra, más allá de la que ardía en llamas, reanudaron un fuego nutrido que cada vez llenaba la noche con mayor estrépito. Se tendió cuan largo era buscando la defensa del larguero inferior de la pared. No se hubiera mantenido en pie ningún ser viviente, pues las balas penetraban por las ventanas y por las juntas de los troncos rellenas de barro y musgo, produciendo chasquidos de metal y de cristal en el ajuar y en la vajilla; una de las bujías saltó

apagada de un impacto, y en medio de semejante infierno, Alan oyó un grito y vio que Mary Standish salía de la bodega para ir hacia él. ¡Como se había echado al suelo tan de prisa, ella lo creyó herido! Él la increpó con un grito, y con el corazón helado de pánico la vio con las trenzas colgando, de pie en medio del cuarto, desafiando el fuego desencadenado, en extremo pálida y valiente. No le dio tiempo a dar un solo paso; incorporóse él y cogiéndola entre sus brazos se precipitó con ella en el subterráneo.

Silbó una bala por encima de sus cabezas. Tan fuerte la había oprimido que, de momento, se dijera que ella había quedado inerte.

De pronto, una corriente de aire fresco le dio en el rostro. Había perdido de vista a Nawadlook. Pero en seguida la vio que se movía al fondo de las sombras, donde aparecía un hueco cuadrado con la incierta claridad exterior. Ella volvía de allá. Dio un golpecito en el brazo de Alan.

—¡Por allí... podemos salir! —exclamó ahogando la voz—. He abierto la puertecilla; podemos saltar por esta ventana y salir a la quebrada.

Estas palabras y el cuadro de la ventana fueron una revelación. No había pensado hasta entonces que Graham podía convertir lo que era casa en una fosa de muerte, y las palabras de Nawadlook le dieron de súbito una emocionada esperanza.

Las descargas y el tiroteo iban cesando poco a poco mientras Alan ordenaba su nueva estrategia precipitadamente. Se haría fuerte en la caseta. Mientras él disparara desde dentro, Graham y su gente no se atreverían a entrar, y mientras tanto las tres mujeres podían deslizarse por la quebrada. Por aquel lado nadie les cortaría el paso, y tanto Keok como Nawadlook conocían bien los caminos que iban a la montaña. Era la salvación de ellas. En tanto, él no dejaría de hacer fuego desde su baluarte esperando que llegasen en su ayuda Stampede y los pastores.

La pálida cara que se apoyaba en su pecho estaba helada y había perdido toda expresión. Alan sintió miedo. Veía que su plan fracasaría, porque Mary no le quería dejar, aunque no había pronunciado palabras de protesta.

—Vete, por ellas, ya que no por ti ni por mí —insistió él separándola—. ¡Piensa, por Dios, en la suerte de Keok y Nawadlook si caen en manos de esas fieras! Graham es tu marido y te protegerá, como es natural, pero a ellas no las espera sino una suerte peor que la misma muerte. Serán como dos corderinos entre lobos: las martirizarán, las destrozarán...

Los ojos de Mary estaban llenos de horror. Keok sollozaba, y Nawadlook prorrumpió en un lamento que en vano trató de ahogar esforzadamente en el pecho.

—¿Y tú? —suspiró Mary.

—Tengo que seguir aquí. No hay más remedio.

Casi sin sentido se dejó conducir ella junto a Keok y Nawadlook. Saltó Keok la primera por la abertura; siguióla Nawadlook, y luego Mary Standish. No volvió a abrazar a Alan. No hizo el menor movimiento hacia él, ni pronunció una palabra, y la última impresión que a él le quedó al encontrarse solo entre sombras fue la de sus

ojos. En aquella última mirada le había entregado toda el alma, y no había acompañado a la misma una caricia, ni una palabra de despedida.

Lo último que él les dijo fue:

—Id con mucho cuidado a lo largo de la barranca.

Vio como sus siluetas se perdían hasta desvanecerse en la oscuridad.

Apresuradamente empuñó un rifle cargado y fuese a su ventana convencido de que tenía que continuar matando hasta que le mataran. Sólo en esta forma podía contener un rato a Graham y su gente para dar tiempo a que las fugitivas se pusieran a salvo. Cautelosamente enfiló el cañón. Veía enfrente su caseta convertida en un horno llameante; salían chorros de luz por las ventanas y la puerta; cuando buscaba algún signo de presencia humana donde apuntar, un crujido de los pisos que se hundían le contuvo el aliento, y vio que se sostenían como delgadas hojas las paredes, y que lo que había sido su vivienda estaba convertido en una ingente antorcha cuyos resplandores cegaban más que el mismo sol.

De improviso apareció al claro de la hoguera una figura ondeando un blanco lienzo atado al extremo de un largo palo. Comenzó a avanzar, al principio recelosamente, como temiendo lo que pudiera suceder. Y por fin se detuvo tranquilo, ofreciendo un espléndido blanco para un fusil que apuntara desde la ventana de Sokwenna. Entonces distinguió quién era. Retiró el fusil y siguió observando con asombro la inaudita maniobra. Aquel hombre era Rossland. A pesar de lo intensamente dramático de la situación, Alan no pudo reprimir una acre sonrisa. Rossland era un hombre de recursos absurdos. Ahora intermediaba para parlamentar. Hacía poco que había huido ignominiosamente por miedo a ser atacado frente a frente, en tanto que ahora, con un derroche de valor que no podía dejar de causar pasmo, se exponía a una muerte rápida y brusca, sólo amparado por el signo de tregua que enarbolaba sobre su cabeza. Ni por un momento se sintió Alan, en el fondo, respetuoso con aquel signo, porque el que lo enarbolaba era un asesino, un hombre, si cabe, más degradado que un criminal, y para un ser así la tierra es lo más indicado. Sólo la sangre fría que en aquel momento demostraba Rossland y la necesidad de saber lo que quería parlamentar, hicieron que Alan no se valiera de la venganza segura que tenía a su alcance.

Esperó. Rossland avanzó hasta unos cien pasos de la casa. Al oír Alan que pronunciaba su nombre sintió que un pensamiento rápido le sacudía. No se veían otras figuras, y la casa incendiada iluminaba perfectamente las ventanas desde donde él y Sokwenna habían disparado. ¿No era también posible que lo de Rossland fuera una treta para que, aprovechando aquellos instantes de parlamento, la veintena de rifles que tenía escondidos pudieran disparar a traición? Se encogió de hombros y se agachó tras el parapeto de la ventana. Graham y su gente eran capaces de semejante crimen.

La voz de Rossland se oyó en medio del chisporroteo y los crujidos del incendio.

—¡Alan Holt! ¿Está ahí?

—Sí, aquí estoy —voceó Alan, enfilando el rifle al corazón, y apuntando con el dedo puesto en el gatillo—. ¿Qué es lo que quiere?

Hubo un silencio, como si aquellas palabras le hubiesen revelado a Rossland la arriesgada situación en que se había puesto. Por fin, le dijo:

—Alan Holt, le damos la última ocasión. ¡No sea tan loco, por Dios! Todavía está en pie el ofrecimiento que le hice. Si no acepta las condiciones, la ley se encargará del asunto.

—¿La ley? —exclamó Alan en un grito salvaje.

—Sí, la ley que nos asiste. Estamos en nuestro perfecto derecho de reclamar una esposa secuestrada, hecha cautiva con malvada intención. Pero no queremos forzar la ley, como no nos obligue a ello. Usted y su viejo esquimal han matado a tres de los nuestros y han herido otros dos. Esto quiere decir la horca del verdugo como caiga vivo en nuestras manos. Pero si está dispuesto a aceptar nuestro ofrecimiento, todo quedará olvidado. ¿Qué contesta?

Alan estaba estupefacto. Le abandonaba la voz al ver la seguridad con que Rossland y Graham estaban jugando su partida. Y como su contestación se hiciera esperar, Rossland hizo hincapié en sus razonamientos, creyendo que Alan estaría ya a punto de rendirse.

Arriba, en la buhardilla, aquellas voces habían resonado en los oídos de Sokwenna como palabras de fantasmas ultraterrenos. Yacía tras la ventana, y el frío de la muerte empezaba a apoderarse de su cuerpo. Pero las voces le incorporaron. No eran para él voces desconocidas, sino que provenían de un pasado de hacía muchos años, y le llamaban y le apremiaban con urgentes e insistentes imperativos: oía nombres familiares, lamentos de mujeres, llantos de niños. Como sostenido por unas manos de sombra, en un último momento se levantó delante de la ventana, iluminados los ojos por el resplandor de la casa en llamas. Hizo un enorme esfuerzo para levantar el rifle, y a sus espaldas oía en su delirio las voces de su gente, mientras apoyaba en el repecho el arma, y respirando con fatiga la levantó, poniéndola en dirección de algo que se movía entre él y el resplandor de aquel sol magnífico fingido por el edificio que ardía. Por fin, con gran trabajo, movió los dedos, apretó el gatillo, y el último proyectil disparado por Sokwenna partía a cumplir su misión.

Al sonar el disparo Alan miró por la ventana. Rossland se quedó un momento inmóvil. Luego el palo que enarbolaba osciló y cayó al suelo. Rossland también cayó sin lanzar una queja, y en el suelo quedó convertido en un bulto negro.

Vivamente impresionó a Alan la rapidez con que Rossland había pasado de la vida a la muerte. De momento se apoderó de él el espanto, y se quedó mirando abstraído el cuerpo yacente, olvidado de su propio peligro, en tanto que un silencio terrible seguía al certero disparo. Por fin, como la voz de un solo hombre, alteró el silencio el grito de múltiples gargantas. Fue un mensaje estremecedor y fatal que volvió a la realidad a Alan. Rossland había sido muerto bajo la enseña de la tregua, y los mismos hombres de Graham sentían una especie de respeto ante ese símbolo. No

podía esperar compasión alguna, sino la más terrible de las venganzas en sus manos. Volvió a esconderse al pie de la ventana e increpó por lo bajo a Sokwenna, sintiendo a la vez la satisfacción de saberlo vivo todavía.

No había sonado aún el menor disparo afuera cuando ya él había trepado por la escalera y se agachaba para examinar el cuerpo caído del esquimal.

—¡Vente abajo! —le ordenó—. No hay más remedio que huir por la bodega.

Puso su mano en la cara de Sokwenna; vaciló un instante, palpó en las sombras hasta apoyar la palma de su mano sobre el corazón del viejo guerrero. Aquel pecho no tenía ya el menor latido de vida. Sokwenna estaba muerto.

Otra vez rompieron el fuego los rifles de Graham. Una tras otra iban incrustándose las balas en la caseta mientras Alan descendía. Y al precipitarse éste en el subterráneo oyó claramente el silbar de los proyectiles que se abrían paso por las rendijas y las ventanas.

Alan se llenó de asombro al encontrarse con que Mary Standish había regresado y estaba esperándole.

Capítulo XXVI

No había saltado todavía Alan a la bodega cuando desde el borde de la escotilla se quedó mirando, perplejo, el pálido rostro de Mary, que tan inesperadamente se le aparecía, y en su asombro no se daba cuenta del terrible tiroteo que acribillaba la habitación. Se asustó al pronto de ver que Mary no había seguido a Keok y Nawadlook, porque eso significaba la pérdida de unos preciosos minutos por los que en vano habría estado él luchando: con lo cual resultaba completamente perdido el inestimable tiempo de ventaja que el parlamento de Rossland le había proporcionado.

Percatándose ella de su asombro y del peligro que corría, se apresuró a cogerle de una mano y hacerle saltar al lado de ella.

—No creo que supusieras que yo iba a irme —dijo, con una voz que ya no delataba miedo ni turbación—. No esperarías que fuese cobarde. Mi lugar está junto a ti.

Nada acertó a responder él, porque sentía sobre sí la mirada de aquellos hermosos ojos, y le llenaba el pecho una hoguera ardiente que le ponía un nudo en la garganta.

—Sokwenna ha muerto, y Rossland ha caído también, bajo una enseña de tregua —dijo Alan—. No podemos perder los instantes que nos quedan.

Y lo dijo mirando el cuadro de la ventana por donde, desde el subterráneo de la bodega, se salía a la barranca. Había pensado escapar por allí y huir sosteniendo un fuego de retirada al aire libre, si le perseguían; pero con Mary era una desesperada aventura.

—¿Dónde están Keok y Nawadlook? —le preguntó.

—Corriendo por la tundra hacia las montañas. Les he dicho que tu plan era que yo volviera a buscarte. Vi que dudaban, y las amenacé con entregarme a los enemigos como no me obedecieran. Ahora, Alan, la quebrada está llena de oscura niebla bajo la llovizna...

Y le oprimía la mano que ella misma le había hecho posar sobre su pecho.

—Ésa es la única ventaja que nos resta —contestó él.

—¿No estás contento, Alan? ¿No te alegras un poco siquiera de que yo no me haya ido sin ti?

A pesar de lo angustioso de la escena, él se dio cuenta del dulce y tembloroso juego de los labios de ella, que modulaban una sonrisa en la oscuridad, y el tono de su voz le pareció como de reproche en broma. Pero sobre todo triunfaba la certidumbre de su amor, que tal prueba le daba.

—Sí, me alegro —repuso él—. Y me maravilla sentirme en semejantes momentos tan feliz. Como nos den un cuarto de hora...

La condujo con presteza a la ventana, y saltó el primero afuera en medio de la espesa niebla. No llegaba, a ser lluvia, pero sintió que se cubría de gotas; por lo alto pasaban desgarrando el aire las balas silbantes. El resplandor de la caseta que seguía ardiendo se extendía por los lados de la casa de Sokwenna, pero en la barranca se hacía más impenetrable la sombra. Fue cosa de unos segundos el encontrarse los dos envueltos en la capa de niebla.

Los tiros se hicieron más nutridos y las balas pasaban por lo alto; mas, de pronto, cesó el tiroteo. No era eso lo que Alan esperaba. Los hombres de Graham se habían enfurecido con la muerte de Rosslund y se precipitaron rabiosamente a la caseta de Sokwenna. Así lo pensó Alan al oír que cesaba el fuego, cuando percibió unas voces que crecían por momentos, y ruido de pisadas, a lo cual siguió el golpear con algún objeto pesado a la puerta atrancada de la casa de Sokwenna. Si tardan un minuto o dos en huir, habrían sido descubiertos y una horda de perseguidores se hubiera arrojado sobre ellos en la barranca. Mary le tiró de la mano, suplicando:

—¡Démonos prisa!

La escena que siguió a estos momentos pareció a Mary cosa de locura, pues Alan cambió de dirección inopinadamente; dándole fuertemente la mano, le seguía corriendo, al parecer a la vista de los enemigos. El corazón se le llenó de sobresalto cuando entraron en la zona iluminada por el resplandor del incendio. Cruzaron como sombras hasta el sitio donde el terreno era más bajo, junto a los rediles, y hasta que no hicieron un alto allí no se dio cuenta de lo peligroso de la resolución que había tomado. Ya estaban los hombres de Graham saltando a la barranca.

Alan, dijo con regocijo:

—Tardarán en sospechar que les hemos dado esquinazo. Entre tanto, corramos hacia el Barranco de los Fantasmas. Stampede y los pastores llegarán dentro de unas horas, y entonces...

Le cortó la palabra una queja lastimera. A unos doce pasos de ellos había un hombre retorcido contra una de las puertas del corral.

—Es un herido —murmuró Mary después de una pausa.

A lo que Alan replicó despiadadamente:

—Sin duda. Mala suerte la nuestra si no se muere y les indica a los otros por dónde hemos escapado.

Lo dijo de una manera que la hizo temblar. Había llegado el momento de perder hasta la compasión; a sus espaldas estaban los salvajes. Al deslizarse hacia las sombras más densas de detrás de los corrales, en dirección de la oscura hondonada, volvieron a oír los lamentos del herido. Y de súbito se dio Mary cuenta de que no sentía ya la niebla en la cara. Estaba clareando. Veía a Alan con mayor precisión, y llegaron al angosto camino por donde ya había pasado una vez aquella noche, y que se extendía al frente como una cinta de color oscuro. No bien llegaron al caminito, cuando sonó detrás de ellos, a corta distancia, un disparo de rifle. Fue seguido de otros dos tiros, y después se oyó una voz. No fue un grito. Tenía algo de horrible y

ahogado, pero la oyeron perfectamente.

—El herido —dijo Alan con desaliento—. Está llamando a los otros. ¡Debí matarle!

Marchaba Alan casi corriendo, y la muchacha le seguía ligera al lado. Había recobrado todo su ánimo y energía. Respiraba con alivio y llevaba tal paso, que casi le iba él a la zaga. Llegaron al borde del desnivel a cuyo fondo estaban los sauces y la balsa, y pasada ésta se detuvieron y aguzaron el oído. Acostumbrado a los distintos rumores de la tundra, Alan percibía ruidos que su compañera no advertía. Aquel hombre herido había conseguido avisar a sus compañeros, y ahora corrían en pos de ellos persiguiéndoles por la llanura.

—¿Puedes correr un poco más?

—¿Hasta dónde?

Él señaló enfrente y ella echó a correr delante con el cabello suelto, donde ya la claridad naciente empezaba a brillar. Alan la seguía, distante unos pasos. Le asustaba la luz. Gracias a la gran oscuridad de aquella noche se habían salvado hasta entonces. Y si se disipaba la bruma densa dando paso a los rayos del nuevo sol antes de que llegaran al barranco, se verían en el caso de batirse en retirada defendiéndose en campo raso. De tener a Stampede a su lado, celebraría una ocasión de probar sus disparos con los del enemigo, porque a campo raso conocían ellos muy bien todas las ventajas del terreno para una lucha así. Pero le atemorizaba el ir en compañía de una joven. Al fin y al cabo, el objeto de persecución era ella. Él era sólo un incidente. A él sólo le esperaba el pagar su actitud como Sokwenna; mas a ella la esperaba la pasión y la lascivia de Graham. Pero corno consiguieran llegar al barranco y meterse en el escondite frente al risco, podrían reírse de la cuadrilla de bestias de Graham, en espera de que llegara el justo castigo que los esperaba en cuanto aparecieran Stampede y los reneros.

Miró al cielo. Clareaba muy de prisa.

Hasta en las hondonadas empezaba a desvanecerse la niebla, dando lugar a los tintes rosados de la nueva luz. Era la aurora, y el sol empezaba a derramar una luminosidad dorada sobre la niebla que entre el cielo y la tierra se iba ya disolviendo, y a cien pasos se veían los objetos sin el equívoco de las sombras.

Ella no se detuvo, sino que continuó corriendo a una sorprendente marcha en la dirección que él le había señalado. Le extrañaba a Alan aquella resistencia. Y comprendía que sin que él se lo dijera, había adivinado que los estaban persiguiendo. De improviso ella se detuvo. Tembló como una caña, y se hubiera caído si él no la llega a sostener.

—¡Eres valiente! —le dijo él.

Mary descansaba un poco para tomar nuevo aliento. El corazón le iba corno una diminuta dínamo.

Habían llegado al borde de una quebrada de escasa profundidad, cuyo extremo opuesto estaba a media milla del Barranco de los Fantasmas. Era el refugio que Alan

había querido alcanzar, y el ánimo decidido de Mary lo había hecho posible.

La cogió él en brazos y avanzó con ella, como lo había hecho otra vez al pasar por la hondonada. En semejante trance todos los minutos, todos los pasos tenían una enorme importancia. El radio de visión se iba ensanchando. Se veían grandes manchas doradas como charcos de sol por la llanura. Un cuarto de hora más tarde todos los objetos serían fácilmente discernibles a una milla de distancia.

Llevando Alan su preciosa carga y sintiendo tan cerca los labios de Mary que casi respiraba su aliento, empezó a darse cuenta, con el corazón agitado, de lo incongruente que resultaba el que por todas partes estuvieran ya cantando los pájaros. Era inconcebible que un día tan lleno de esplendor y de frescura, saludado por la gaya voz de todos los seres vivientes, llegara para él bajo una amenaza de tragedias y espanto. Sentía ganas de protestar reciamente clamando que todo era un engaño, y que era absurdo que él se viera en desventaja con el estorbo y el peso de su rifle, cuando sus brazos no apetecían otra carga que no fuera el suave tesoro de aquel cuerpo.

Al cabo de un momento Mary volvía a correr por sí misma a su lado. De vez en cuando él subía a los bordes de la quebrada para atisbar la tundra. Por dos veces vio algunos hombres y, a juzgar por sus movimientos, debían creer que ellos se habían escondido en algún desnivel de la tundra, no lejos del poblado.

Pasados tres cuartos de hora salieron de la quebrada y ante ellos se extendía un llano de media milla, que debían cruzar para llegar al barranco. Descansaron un poco, y Mary se alisó el pelo y se lo partió en dos trenzas. Alan, en tanto, la animó, sin ocultarle la realidad de su situación. Le dijo que el cruzar aquella media milla de tundra era la parte más peligrosa de su aventura, y le detalló los peligros que iban a correr. La instruyó sobre lo que debía hacer según se presentaran las cosas. Sería verdaderamente casual que cruzaran aquel trecho sin ser vistos, pero les llevarían la ventaja a sus enemigos que estarían fuera de su alcance hasta llegar a la meta. Mas si tropezaban con algún enemigo cortándoles el paso, tendrían que buscar inmediatamente defensa en alguna roca para repelerlo desde allí. En caso de que los perseguidores les ganaran terreno, en vez de detenerse ella junto a él debía continuar esforzadamente la carrera en dirección del barranco, pues él se encargaría de cubrir la retirada retardando el paso de los hombres de Graham, disparando contra ellos hasta que ella llegara al refugio. Una vez logrado, él se uniría a ella a toda velocidad.

Reanudaron la huida. A los cinco minutos se hallaban ya a campo raso. Por todas partes se dilataban las llanuras doradas por el primer sol. A sus espaldas se movían, como a media milla hacia el rancho, algunas siluetas; más distantes aparecían otros grupos a los lados del Este y del Oeste. Casi al borde de la quebrada se veían dos hombres, que los hubieran descubierto de no haberse apresurado a esconderse en ella. Alan vio que se arrodillaban para beber en el arroyuelo que corría al fondo de la misma.

—No te precipites —dijo Alan, que acababa de tener una idea—; avanza a cierta

distancia de mí en sentido paralelo. No pueden discernir si eres una mujer, y acaso crean que se trata de dos buscadores como ellos. Detente cuando yo me pare. Sigue mis movimientos.

—Muy bien.

Bajo la luz del amanecer, Mary ya no tenía miedo. Se le encendían las mejillas y le brillaron como estrellas los ojos al contestar a Alan haciendo que sí con la cabeza. Tenía tiznadas la cara y las manos del barro de la tundra, el vestido roto y sucio, por lo cual viéndola Alan se rió y exclamó amablemente:

—¡Eres una divina vagabunda!

Devolvióle ella la sonrisa con dulzura para infundirle nuevo ánimo, y después empezó a observarle cuidadosamente, siguiendo tan hábilmente sus instrucciones, que lo hacía mejor que él mismo. Salvaron así una tercera parte de la distancia, cuando Alan se acercó a ella presurosamente, diciéndole:

—¡Ahora corre!

De una ojeada se dio ella cuenta de lo que ocurría. Los dos hombres, que habían llegado a la quebrada, salían ya de ella, yéndoles a la zaga.

Con viveza de pájaro se adelantó ella en dirección de un altozano de piedra que él le había señalado, y que se hallaba al borde del barranco. Siguiéndola de cerca, él le gritó:

—No vaciles un momento. Siempre adelante. Así que se acerquen un poco, los voy a tumbar. Pero tú no te vuelvas para nada.

Él corría volviendo de continuo la cabeza. Los dos hombres le iban aventajando rápidamente. Alan calculó el tiempo que tenían cuando estaba a menos de doscientas yardas de ellos. Y se acercó a Mary.

—¿Ves aquello? Cuando lleguemos a ese desnivel dentro de uno a dos minutos, yo me pararé y dispararé, porque ellos no tendrán dónde esconderse. Pero tú no debes dejar de seguir corriendo. Yo te alcanzaré cuando llegues al barranco.

Ella, sin replicar, forzó el paso; y al llegar al lugar por él señalado notó que sus pasos se hacían más lentos, y el corazón estuvo a punto de saltársele comprendiendo que había llegado el momento en que él debía hacer frente a sus enemigos. Pero no olvidaba la orden que le había dado, y que más bien era una prevención; así es que no volvió la cabeza, sino que continuaba con los ojos fijos en aquella piedra, que ya no estaba muy lejos. Casi la había alcanzado cuando a sus espaldas sonó el primer disparo. Sin hacer ningún ruido que pudiera alarmarla a ella, Alan se había tumbado fingiendo que se caía. Estuvo boca abajo un rato, como petrificado, y luego se arrodilló. Los dos hombres de Graham que le perseguían se dieron cuenta demasiado tarde del ardid que les había jugado, pues ya el cañón del rifle de Alan se enfilaba reflejando la luz del sol. La rapidez con que le habían perseguido iba a ser su perdición. Buscando donde esconderse para disparar, en la duda de echarse en seguida al suelo, pasaron un instante de indecisión que fue fatal para ellos, pues al punto uno de los dos cayó al primer disparo. Sin darle tiempo a disparar de nuevo, el

otro se tendió al suelo, y Alan, ágil como una zorra, saltó y emprendió una veloz carrera hacia el barranco. Apoyada en la inmensa roca, Mary respiraba con dificultad cuando él llegó a su lado. Silbó una bala sobre sus cabezas como una irritada amenaza. Sin contestar al disparo, Alan condujo rápidamente a Mary al otro lado de la roca.

—No se atreverá a levantarse en tanto que los otros no lleguen —dijo él para darle ánimo—. Acabaremos por vencerlos, nena, como tú resistas un poquito más.

Miróle la muchacha sonriente, a pesar del enorme esfuerzo que hacía para recobrar el aliento. Parecíale a ella imposible descender por el caos de peñascos que había entre las sombrías paredes del barranco, y lanzó un débil grito cuando Alan la cogió y la hizo bajar por una piedra lisa que daba a una rampa como una tabla. Rióse él de aquel miedo mientras la iba bajando por el risco escalonado, hasta una senda escondida que conducía más abajo, bordeando un precipicio. Ensanchábase el camino conforme iban bajando, y por fin se encontraron en lo más profundo, envueltos en sombras, al abrigo de aquella sima milenaria. Monstruosas e imponentes rocas ennegrecidas y resbaladizas se alzaban por todas partes, y entre ellas avanzaron oyendo como goteaba el agua de las filtraciones. Mary Standish se estremeció al contacto del aire viscoso que había allí dentro. No se percibía el menor latido de vida... antes bien, todo lo llenaba un murmullo que se dijera exhalado por la misma muerte; y cuando oyeron las voces de los hombres de Graham, que se reunían arriba, ellos estaban ya perdidos en lo hondo como fantasmas.

Aquello significaba estar a salvo. Mary se iba dando cuenta de ello conforme avanzaba entre las gigantescas moles de peña, por aquel antro frío y oscuro. Un impulso irrefrenable la hacía acercarse mucho, de miedo, a Alan, cada vez que sus manos tocaban la superficie de la piedra, aunque no dejaba de sentirse protegida con su sola presencia. Aquellos peñascos eran verdaderos colosos que se creyera labrados por manos desaparecidas hacía muchísimo tiempo, y conservados por espíritus cuya voz apagada y secreta fuera el misterioso ruido que hacían los goterones y los regueros invisibles del agua filtrada. Aquél era el lugar donde fueron acosados unas víctimas mucho antes de que ella viniera al mundo; en aquellas fauces de la tierra la venganza y la muerte se habían saciado. Por eso, cuando resonaba detrás de ellos alguna piedra arrojada por los hombres de Graham, desde lo alto, Mary no podía reprimir un leve grito. Estaba asustada, pero como nunca lo había estado. No era la muerte lo que temía, ni el horror de la persecución a la que había escapado, sino algo desconocido e inexplicable, de lo que no habría podido dar razón. Se asió del brazo de Alan, y cuando llegaron adonde la grieta en lo alto se abría dando entrada a una claridad que hacía más fácil la marcha, vio Alan que la palidez de Mary era como de muerte.

—Podemos cantar victoria —le dijo él para tranquilizarla. —Y algún día le tendrás tú también el apego que yo le tengo a esta garganta tan oscura. Y por ella iremos hasta las montañas.

Se encontraron con un gran montón de arenisca que llegaba hasta la mitad del risco, y subieron para dar luego en un paso alto de piedra llana, que terminaba en una pendiente abrupta, formada por una depresión del terreno de cuarenta y cinco pies de alto por veintitantos de anchura, con un fondo llano y arenoso. Nunca olvidaría Mary la impresión que le causó la vista de aquel lugar. Dijérase que los duendes habían acarreado la arenilla para tender una alfombra en aquel escondite impenetrable al azote de la nieve, la lluvia y el viento. Y para darle más sensación de realidad a lo fantástico, Mary creyó ver en un reborde que subía casi hasta el alto borde de la caverna un camino sólo transitable para las hadas. Las hadas que por allí bajarían serían de la tundra y descenderían con flores y bañadas de luz, entrando por aquella grieta para ocultarse y ponerse a salvo de los mismos espíritus malignos de la caverna. Estos pintorescos pensamientos la hicieron sonreír dirigiendo una mirada a Alan, por lo cual ella volvió los ojos a lo alto, que era adonde él miraba. Y al punto se le desvanecieron todos los ensueños de hadas.

Los hombres de Graham se acercaban a ellos por aquel caos de rocas. Eran bastantes los que ya se veían en la parte de la garganta donde todavía entraba algo de luz. Al frente de ellos iba uno en quien los ojos de Mary se clavaron con espanto. Más pálida que nunca, volvió entonces ella la mirada a Alan. Él comprendió quién era aquel hombre.

—¿Es ése, no? —preguntóle, no obstante.

—Sí —contestó ella moviendo la cabeza.

—¿John Graham?

—El mismo.

Alan levantó con lentitud y cautela el rifle, acerados los ojos y llenos de fuego.

—Creo —dijo al mismo tiempo— que no ha de serme imposible matarlo desde aquí.

Ella le cogió por el brazo, clavándole las pupilas en los ojos. Habían perdido el miedo, y en la mirada de ella había una claridad de súplica.

—Pienso —le hizo notar— la importancia que esta acción debe tener para nuestro porvenir, en los años en que yo viva contigo. No puedes matar a Graham en tanto hay otros recursos, Alan. No debes...

Le cortó la palabra el chasquido de un gatillo, que resonó por las rocas, y una bala zumbó. Oyó Mary el choque del proyectil, y el corazón se le paralizó y se quedó toda ella como muerta, al ver que al punto se le demudaba el rostro al hombre en quien había puesto todo su amor. Él intentó una sonrisa, mientras una mancha de sangre brotaba en su frente, junto al mechón gris de su pelo. Luego se agachó, falto de fuerzas, a los pies de ella, y su rifle cayó con estrépito en las peñas.

¡Se lo habían matado! Le pareció que se le rompía alguna vena de la cabeza y que el cerebro se le inundaba de sangre. Lanzó un chillido. Vacilaron los asaltantes, y al oír el terrible grito de Mary se sobresaltaron. En seguida oyeron que ella decía:

—¡Yo, John Graham, yo misma te voy a matar!

Y recogiendo el rifle, Mary Standish se aprestó a la venganza.

Capítulo XXVII

Mary esperó un poco. Se sentía invadida de la misma fiereza que siente la madre que defiende a sus pequeños, y gemía de dolor y desesperación conforme pasaban los instantes. Pero no quiso disparar ciegamente, porque estaba persuadida de que no tenía más remedio que matar a John Graham, y sólo a él. Lo que más la entorpecía era una especie de velo que le cubría con insistencia los ojos. No se daba cuenta de que, mientras tenía el rifle enfilado, sollozaba. Las siluetas se fueron acercando velozmente, pero ella había perdido de vista a John Graham. Llegaban ya al montón de arenisca y empezaban a subir, y ella, deseando discernir a John Graham, se subió a lo alto del declive que les había servido de refugio. Los hombres eran todos iguales, conforme llegaban, saltando y agazapándose como las grandes liebres de las tundras. Súbitamente se le antojó que todos eran John Graham, y que tenía que disparar con presteza y buen tino. Sólo las escondidas hadas podían adivinar cuán turbada estaba su razón. Por poco cae desplomada, sin ánimo, en el momento en que comenzó a disparar. No respondieron en seguida, porque su tiro había sido certero, y apenas sonó el disparo, se oyó el ruido de un cuerpo que caía entre las peñas. Y siguió disparando, hasta que el ruido seco del gatillo le advirtió que se había terminado la carga del rifle. Los estampidos y las sacudidas de la culata contra su hombro le despejaron la cabeza. Los hombres se acercaban cada vez más, de suerte que ya vislumbraba sus rostros. Otra vez su alma clamaba su deseo de matar a John Graham.

Volvióse y cayó un momento de rodillas al lado de Alan. Éste tenía un brazo por encima de la cara. Rápidamente la muchacha le sacó la pistola automática de la funda y volvió a lo alto de la roca para seguir disparando. No le daban lugar a escoger asegurando la puntería, porque sus enemigos se hallaban allí mismo. Puso todas sus fuerzas en continuar haciendo fuego con la mayor precisión posible; pero la pistola era muy grande para su mano, y todo el brazo le temblaba mientras lanzaba, al azar, los proyectiles. Había perdido en la huida su pequeño revólver, se encontraba, llena de espanto, con que había disparado todas las balas, cuando ya aquellos forajidos estaban dándole alcance. De improviso, como un monstruo creado por espíritu maligno, apareció a su lado John Graham. Le miró un instante, atónita ante la dureza y el orgullo de su expresión; tenía los ojos llenos de un fuego pasional que le daba aspecto de loco al inclinarse sobre ella. La rodeó con sus brazos. Ella sintió que se desvanecía, y se defendió de tan brutal abrazo; pero al fin cayó inerte en ellos. No había perdido el sentido, pero estaba desfallecida, y de forzar Graham un poco más el abrazo, habría perecido ahogada.

Pero entonces percibió claramente unos disparos distantes sueltos fuera del barranco, que se hacían rápidamente más nutridos, y a los cuales siguieron los gritos y el vocear extraño de los pastores esquimales.

Graham aflojó los brazos. Sus ojos se hicieron en un instante cargo del lugar, y viendo el lecho de arena, se le encendió el rostro de regocijo. Y dirigiéndose a un hombre que había llegado con él, dijo:

—Martens, no podíamos haber encontrado un lugar más propicio. Déjame cinco hombres. Sal tú con los otros a ayudar a Schneider, y si no lográis dispersar a esa gente, retiraos hacia aquí, que seis rifles acabarán pronto con ellos desde esta emboscada.

Mary oyó que nombraban a los hombres que se tenían que quedar. Los otros salieron a toda prisa. El tiroteo se hacía continuo. Pero las voces habían cesado. Sólo resonaba el siniestro estampido de la fusilería.

Otra vez la ciñeron los brazos de Graham. La levantó en brazos y se la llevó más adentro del barranco. Y en un recodo de la piedra que formaba una concavidad oscura y reservada, dejó el cuerpo de Mary tendido en la arena.

Por la abertura de la escabrosa grieta que la erosión del agua había abierto hacía muchos siglos, apareció un gnomo muy ágil y de cara rojiza, que respiraba aceleradamente de tanto correr. Y bajaba sin hacer ruido por un sitio donde era inverosímil que una criatura viviente pudiera andar y sostenerse. El duende era Stampede Smith.

Desde el borde superior del precipicio había sorprendido los últimos momentos de la escena que se estaba desarrollando al fondo. Y bajaba con sorprendente seguridad por aquel reborde que en otras circunstancias hubiera juzgado él mismo el camino de la muerte. En las yemas de sus dedos sentía el hormigueo de sus mejores años y en la sangre un estremecimiento que había creído apagado para siempre. Era la emoción de mirar sobre el cañón y la guía del riñe los ojos de su enemigo. El tiempo había retrocedido, y era el Stampede Smith de antes. Presenciaba la pasión, la concupiscencia y la muerte agitándose allí dentro, como tantas veces las viera en su vida; no había barrera alguna que le cerrara el paso para cumplir su deber, que era su mayor deseo culminara en una magnífica lucha, y en aquella ocasión lo iba a cumplir poniendo la última página en la historia de una vida dramática que ya estaba cerca de su fin. ¡Ah, qué batalla iba a ser aquella, como llegara a poner la planta en aquel lecho de arenilla! ¡Seis contra uno! Seis hombres provistos de sendos rifles y pistolas. ¡Qué desenlace más heroico por una mujer... y por Alan Holt!

Bendecía el ruido de los tiros, que hacía que los hombres estuvieran mirando hacia arriba. Daba gracias a Dios de que sus pisadas y el topar de las piedras no se notaran en medio de las resonancias de la batalla que se estaba librando. Había llegado casi al fondo cuando se rompió, desprendiéndose, una piedra al poner el pie en ella y se cayó sobre el reborde por donde bajaba. Dos cabezas se volvieron; pero en aquel instante sucedió otra cosa que los distrajo. Se oyó un grito, un chillido

estremecedor; la voz de una mujer, mezcla de desesperación y de locura, salió de lo profundo de la caverna, y los cinco hombres volvieron la cabeza hacia aquel lado. Y siguiendo a sus gritos, Mary Standish corría, esquivando los brazos de John Graham. Le volaba suelto el cabello; tenía el rostro pálido como la arena del suelo. Y Graham la seguía con mirada de demonio, sólo con la obsesión de ella. La volvió a coger. Su débil cuerpo cayó entre sus brazos lastimeramente, mientras las delicadas manos daban inútilmente en el rostro del hombre.

Entonces se oyó un grito como jamás se oyera en el Barranco de los Fantasmas.

Era Stampede Smith. Había dado un salto cayendo en la alfombra de arena desde veinte pies de altura y agitando al propio tiempo un arma en cada mano; y en el momento en que tocó con los pies en el hueco formado al pie del reborde, comenzó a disparar haciendo que tres de los guardianes se tambalearan y cayeran, antes de que los otros dos tuvieran tiempo de aprestar sus fusiles. Sólo uno de ellos pudo disparar un tiro. También el otro cayó, como si le hubieran dado un bastonazo en las piernas. Por fin, el que había disparado vaciló hacia delante y cayó de bruces, después de hacer una reverencia a la muerte.

Volvióse Stampede Smith al punto hacia John Graham, el cual ante aquella escena, que fue cosa de unos segundos, se había quedado petrificado, con la mujer amarrada contra su pecho. Estaba detrás de ella, amparándose en su cuerpo, protegiendo su corazón con la linda cabeza. Stampede vio que sacaba un revólver y que en la cara se le adivinaba la perversa confianza de que no podía disparar contra él sin grave riesgo de matar a Mary. Lo horrible de la situación estremeció a Stampede. Vio que la pistola de Graham se levantaba despacio, alevosamente. Vio el arma inmovilizada, mientras Graham se sonreía fríamente en su diabólico triunfo. Stampede sólo le veía la cara, que acaso no estuviera a más de cinco pulgadas sobre la de la joven. No veía más que eso, el brazo que se extendía, el dedo doblado y la negra boca de la pistola que le apuntaba al corazón. En un último segundo, recto a los ojos horrorizados de la muchacha, brilló el cañón del arma de Stampede, y el rostro que sobresalía de su cabeza se esfumó. No fue la joven, sino Stampede quien cerró los ojos, y cuando al abrirlos de nuevo vio que ya estaba ella sollozando sobre el cuerpo tendido de Alan, mientras Graham yacía de bruces en la arena, levantó el rifle, y acercando el cañón, todavía caliente, a los labios, lo besó con reverencia.

Luego se acercó a Alan. Le levantó la cabeza colgante, en tanto que Mary hundía la cara entre sus manos. En su angustia deseaba de todas veras morir ella también, porque sin él, aun en aquellos momentos de triunfo sobre Graham, no había alegría ni esperanza para ella. Alan había sucumbido. No era posible que bajo aquella herida que le ponía una espantosa mancha de sangre en la frente, junto a su mechón gris, hubiera otra cosa que la muerte. Y sin él la vida no tenía sentido para Mary.

Extendió los brazos suplicando:

—¡Déjemelo a mí; déjemelo!

Las lágrimas que le quemaban los ojos no le dejaban ver la expresión de la mirada

de Stampede, pero en cambio oyó su voz, que le decía:

—No es una herida de bala. El proyectil dio en la roca, y lo que se le ha clavado en la frente, sobre los ojos, es un fragmento de piedra arrancado por la bala al chocar. ¡No está muerto, ni morirá!

No le fue posible más tarde a Alan decir cuánto tiempo había pasado desde que perdió el sentido en el antro de los fantasmas. Pero sabía que durante muchísimo tiempo se había sentido flotando en una nube suave y blanca, persiguiendo por el espacio a una joven que llevaba las trenzas sueltas y que se elevaba asimismo en una nube delante de él. Luego la nube, endurecida al pronto como un bloque de hielo, se resquebrajó, y él se vino abajo, en tanto que ella se desvanecía. Inmediatamente dio un salto para alcanzarla y retenerla. Luego empezó a ver luces extrañas, y súbitas negruras y ruidos como redobles de tambor, confundidos con muchas voces. Por fin un largo sueño, para despertarse acomodado en una cama, bajo la mirada de unos radiantes ojos que le observaban muy de cerca a través de un mar de lágrimas.

Una voz le susurró, dulce, suave, gozosamente:

—¡Alan!

Hizo un esfuerzo para mover los brazos. Aquel rostro se acercó más al suyo; le rodearon unos tiernos brazos, y unos labios aún más tiernos le besaron en la boca y en los ojos, y hubo un suspirar de amor que le reveló que había llegado al fin de la lucha, y que había vencido.

Eso sucedió a los cinco días de la contienda en el barranco. Al sexto ya se incorporó apoyado en las almohadas, y le visitaron Stan, pede, y luego Keok y Nawadlook, con Tatpan. Topkolc y Wegaruk, la vieja ama. Pero Tautuk y Amuk Toolik no fueron a verle, y en la cara de Keok, que estaba muy cambiada, leyó que habían muerto. No obstante, no se atrevía a preguntarlo para estar seguro, porque había querido a aquellos dos camaradas de las tundras de una manera muy particular.

Stampede fue el primero que se decidió a contarle lo que había pasado, pero él se hubiera quedado corto al llegar a lo de la última escena, en el interior de la gruta donde se habían parapetado últimamente, y entonces Mary se lo contó.

Luego Stampede prosiguió:

—Graham tenía más de treinta hombres, de los cuales sólo diez se han salvado. Dieciséis han sido enterrados, y en los corrales cuidamos a siete heridos. Ahora que Graham ha muerto están muy asustados, temiendo que los denunciemos, y saben que, sin la defensa de Graham o de Rosslund, están perdidos.

—¿Y los nuestros? ¿Y mi gente? —preguntó débilmente Alan.

—Pelearon como fieras.

—Sí, ya; pero...

—No descansaron ni una hora al bajar de las montañas.

—Ya sabe lo que quiero decir, Stampede...

—No han sido muchas las bajas. Nos mataron a siete, contando a Sokwenna. —Y los fue nombrando—. A Tautuk y Amuk Toolik, no.

—¿Pues Tautuk...? —preguntó Alan.

—Tautuk está herido. Se ha salvado por muy poco, con lo cual casi se nos muere también Keok de sentimiento. Ahora no se aparta de él ni de día ni de noche, y se siente celosa como un gatito si alguien intenta sustituirla en algún cuidado.

—Siendo así, casi celebro que hayan herido a Tautuk —dijo Alan sonriendo—. ¿Y dónde está Amuk Toolik?

Stampede bajó la cabeza sonrojándose como un colegial.

—Eso hay que preguntárselo a ella, Alan.

Con lo cual, Alan se lo preguntó a Mary.

También ella se sonrojó ligeramente, y Alan vio en sus ojos misteriosos un resplandor que le llenó de perplejidad.

—Ten paciencia —le dijo ella.

Y no quiso decir más, aunque él la cogía por su sedosa cabeza, dispuesto a no soltarla hasta que se lo dijese. Por toda respuesta le envió una rápida mirada de satisfacción y ocultó su cara encendida en el cuello de él, diciéndole que estaba dispuesta a aceptar el castigo que mereciera por lo que había dispuesto. Pero continuó siendo un misterio el lugar donde Amuk Toolik se hallara y lo que estuviera haciendo.

—Para mí no hace falta el médico; pero has tenido una gran idea mandándole llamar para los demás.

Y se reconvino así, por no haber caído antes en la cuenta de dónde habría ido Amuk Toolik:

—¡Seré majadero! Naturalmente que hay quien necesita el médico más que yo.

Mary asintió con la cabeza, y agregó:

—Pero ante todo pensaba en ti, al mandar a Amuk Toolik a Tanana. Partió montando sobre *Kauk*, y de un momento a otro estará al llegar.

Y se volvió de espaldas, de modo que Alan no le veía más que el borde de clavel de su oreja.

—Pronto me levantaré —dijo él—, y podremos ir a los Estados para realizar nuestros planes.

—Tendrás que hacer el viaje solo, porque yo voy a estar muy ocupada arreglando la nueva casa.

Lo dijo con voz tan natural y deliciosa, que él se quedó gratamente sorprendido. Y ella prosiguió:

—He dado ya instrucciones para que corten nuevos troncos en el monte. Lamento que te parezcan tan apremiantes tus negocios en los Estados Unidos, Alan, porque voy a estar un poco desolada sin ti.

El suspiró, exclamando:

—¡Mary!

Al pronto no se volvió.

—¡Mary! —dijo otra vez.

Y cuando le miró de frente, él percibió una vez más el palpar de corazón de su garganta.

En seguida se enteró del secreto, porque ella le murmuró, oprimiendo dulce y suavemente en su rostro los labios:

—No mandé por el médico, Alan, sino por el sacerdote. Es necesario que case a Stampede y Nawadlook, a Tautuk y Keok. Nosotros, por supuesto, no tenemos prisa...

Pero no terminó muy convencida, pues apareció en sus labios una expresión de amor que arrancó de su corazón un sollozo de alegría.

Y luego Alan oyó de labios de Mary Standish cosas que nunca había sospechado ni esperara oír. Estaba un poco alborotada, un poco aturdida tal vez, pero lo que le decía le llenaba de satisfacción, de una felicidad de la que no creía posible que otro pudiera tener nunca la menor idea. No tenía ganas Mary de volver a los Estados Unidos. No quería ir nunca. Nada quería de aquel país, ni nada que procediese de la fortuna de los Standish, como no fuera para invertirlo todo en beneficiar a Alaska. Y aun en tal caso temía que ello hubiera de redundar en perjuicio de su ilusión. Porque no había más que una cosa que pudiera hacerla feliz, y era el mundo de él. Le gustaba y lo amaba tal como era, con sus inmensas tundras, su gente, sus montañas, sus rebaños, y todo con la gloria y la grandeza de Dios, entre horizontes abiertos. Ahora comprendía ella lo que él había querido decir al afirmar que no era norteamericano, sino alaskano. También ella era, de allí en adelante, alaskana, y por Alaska lucharía al lado de él hasta donde fuera preciso. Parecíale a Alan que se le rompía la garganta de un sollozo, y mientras ella le había estado contando sus sentimientos y propósitos, él acarició el sedoso cabello, deshaciéndoselo hasta que todo se lo desparramó sobre el pecho; y se lo besó al mismo tiempo que se le saltaban las lágrimas, desde hacía mucho rato contenidas.

Así la felicidad les llenaba el alma, y hasta que se oyeron voces fuera, no levantó Mary la cabeza y se asomó a la ventana, en cuyo marco estuvo parada un momento como una dulcísima aparición, envuelta en su esplendorosa cabellera. Por fin lanzó un leve grito y se volvió para mirar a Alan con ojos como brillantes estrellas.

—Es Amuk Toolik —dijo— que está de vuelta.

—¿Viene solo? —preguntóle Alan, paralizado el corazón en espera de la respuesta.

Ella se aproximó a él un poco vacilante y le arregló la almohada, y le alisó el pelo hacia atrás.

—Tengo que ir a peinarme, Alan —dijo—. No estaría bien que me encontraran así.

Y, de pronto, sus manos se enlazaron y se apretaron, mientras en el tejado de la caseta de Sokwenna el tordo de cabecita gris reanudaba su canción.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan El valor del Capitán Plum (1908), Los buscadores de oro (1909), El valle de los hombres silenciosos (1911), Kazán, perro lobo (1914), El Valle de los hombres silenciosos (1920), El bosque en llamas (1921),

El cazador negro (1926) y Las llanuras de Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas El Oso (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] *Tundra* o *toondra*, llanuras y terrenos ondulados cubiertos de vegetación musgosa, a veces pantanosa, que se extienden en las latitudes boreales. <<

[1] Los ciudadanos de los Estados Unidos de la América del Norte se llaman a sí mismos americanos por antonomasia. <<

[1] Nombre popular de San Francisco de California. <<

[4] 4 <<

[5] 5 <<

[6] 6 <<

[7] 7 <<

[8] 8 <<

[9] 9 <<

[10] 10 <<

[11] 11 <<

[12] 12 <<

[13] 13 <<

[14] 14 <<

[15] 15 <<

[16] 16 <<

[17] 17 <<

[18] 18 <<

[19] 19 <<

[20] 20 <<

[21] 21 <<

[22] 22 <<

[23] 23 <<

[24] 24 <<

[25] 25 <<

[26] 26 <<

[27] 27 <<

[28] 28 <<

[29] 29 <<

[30] 30 <<

[31] 31 <<

[32] 32 <<

[33] 33 <<

[34] 34 <<

[35] 35 <<

[36] 36 <<

[37] 37 <<

[38] 38 <<

[39] 39 <<

[40] 40 <<

[41] 41 <<

[42] 42 <<

[43] 43 <<

[44] 44 <<

[45] 45 <<

[46] 46 <<

[47] 47 <<

[48] 48 <<

[49] 49 <<

[50] 50 <<

[51] 51 <<

[52] 52 <<

[53] 53 <<

[54] 54 <<

[55] 55 <<

[56] 56 <<

[57] 57 <<

[58] 58 <<

[59] 59 <<

[60] 60 <<

[61] 61 <<

[62] 62 <<

[63] 63 <<

[64] 64 <<

[65] 65 <<

[66] 66 <<

[67] 67 <<

[68] 68 <<

[69] 69 <<

[70] 70 <<

[71] 71 <<

[72] 72 <<

[73] 73 <<

[74] 74 <<

[75] 75 <<

[76] 76 <<

[77] 77 <<

[78] 78 <<

[79] 79 <<

[80] 80 <<

[81] 81 <<

[82] 82 <<

[83] 83 <<

[84] 84 <<

[85] 85 <<

[86] 86 <<

[87] 87 <<

[88] 88 <<

[89] 89 <<

[90] 90 <<

[91] 91 <<

[92] 92 <<

[93] 93 <<

[94] 94 <<

[95] 95 <<

[96] 96 <<

[97] 97 <<

[98] 98 <<

[99] 99 <<

[100] 100 <<

[101] 101 <<

[102] 102 <<

[103] 103 <<

[104] 104 <<

[105] 105 <<

[106] 106 <<

[107] 107 <<

[108] 108 <<

[109] 109 <<

[110] 110 <<

[111] 111 <<

[112] 112 <<

[113] 113 <<

[114] 114 <<

[115] 115 <<

[116] 116 <<

[117] 117 <<

[118] 118 <<

[119] 119 <<

[120] 120 <<

[121] 121 <<

[122] 122 <<

[123] 123 <<

[124] 124 <<

[125] 125 <<

[126] 126 <<

[127] 127 <<

[128] 128 <<

[129] 129 <<

[130] 130 <<

[131] 131 <<

[132] 132 <<

[133] 133 <<

[134] 134 <<

[135] 135 <<

[136] 136 <<

[137] 137 <<

[138] 138 <<

[139] 139 <<

[140] 140 <<

[141] 141 <<

[142] 142 <<

[143] 143 <<

[144] 144 <<

[145] 145 <<

[146] 146 <<

[147] 147 <<

[148] 148 <<

[149] 149 <<

[150] 150 <<

[151] 151 <<

[152] 152 <<

[153] 153 <<

[154] 154 <<

[155] 155 <<

[156] 156 <<

[157] 157 <<

[158] 158 <<

[159] 159 <<

[160] 160 <<

[161] 161 <<

[162] 162 <<

[163] 163 <<

[164] 164 <<

[165] 165 <<

[166] 166 <<

[167] 167 <<

[168] 168 <<

[169] 169 <<

[170] 170 <<

[171] 171 <<

[172] 172 <<

[173] 173 <<

[174] 174 <<

[175] 175 <<

[176] 176 <<

[177] 177 <<

[178] 178 <<

[179] 179 <<

[180] 180 <<

[181] 181 <<

[182] 182 <<

[183] 183 <<

[184] 184 <<

[185] 185 <<

[186] 186 <<

[187] 187 <<

[188] 188 <<

[189] 189 <<

[190] 190 <<

[191] 191 <<

[192] 192 <<

[193] 193 <<

[194] 194 <<

[195] 195 <<

[196] 196 <<

[197] 197 <<

[198] 198 <<

[199] 199 <<

[200] 200 <<

[201] 201 <<

[202] 202 <<

[203] 203 <<

[204] 204 <<

[205] 205 <<

[206] 206 <<

[207] 207 <<

[208] 208 <<

[209] 209 <<

[210] 210 <<

[211] 211 <<

[212] 212 <<

[213] 213 <<

[214] 214 <<

[215] 215 <<

[216] 216 <<

[217] 217 <<

[218] 218 <<

[219] 219 <<

[220] 220 <<

[221] 221 <<

[222] 222 <<

[223] 223 <<

[224] 224 <<

[225] 225 <<

[226] 226 <<

[227] 227 <<

[228] 228 <<

[229] 229 <<

[230] 230 <<

[231] 231 <<

[232] 232 <<

[233] 233 <<

[234] 234 <<

[235] 235 <<

[236] 236 <<

[237] 237 <<

[238] 238 <<

[239] 239 <<

[240] 240 <<

[241] 241 <<

[242] 242 <<

[243] 243 <<

[244] 244 <<

[245] 245 <<

[246] 246 <<

[247] 247 <<

[248] 248 <<

[249] 249 <<

[250] 250 <<

[251] 251 <<

[252] 252 <<

[253] 253 <<

[254] 254 <<

[255] 255 <<

[256] 256 <<

[257] 257 <<

[258] 258 <<

[259] 259 <<

[260] 260 <<

[261] 261 <<

[262] 262 <<

[263] 263 <<

[264] 264 <<

[265] 265 <<

[266] 266 <<

[267] 267 <<

[268] 268 <<

[269] 269 <<

[270] 270 <<

[271] 271 <<

[272] 272 <<

[273] 273 <<

[274] 274 <<

[275] 275 <<

[276] 276 <<

[277] 277 <<

[278] 278 <<

[279] 279 <<

[280] 280 <<

[281] 281 <<

[282] 282 <<

[283] 283 <<

[284] 284 <<

[285] 285 <<

[286] 286 <<

[287] 287 <<

[288] 288 <<

[289] 289 <<

[290] 290 <<

[291] 291 <<

[292] 292 <<

[293] 293 <<

[294] 294 <<

[295] 295 <<

[296] 296 <<

[297] 297 <<

[298] 298 <<

[299] 299 <<

[300] 300 <<

[301] 301 <<

[302] 302 <<

[303] 303 <<

[304] 304 <<

[305] 305 <<

[306] 306 <<

[307] 307 <<

[308] 308 <<

[309] 309 <<

[310] 310 <<

[311] 311 <<

[312] 312 <<

[313] 313 <<

[314] 314 <<

[315] 315 <<

[316] 316 <<

[317] 317 <<

[318] 318 <<

[319] 319 <<

[320] 320 <<

[321] 321 <<

[322] 322 <<

[323] 323 <<

[324] 324 <<

[325] 325 <<

[326] 326 <<

[327] 327 <<

[328] 328 <<

[329] 329 <<

[330] 330 <<

[331] 331 <<

[332] 332 <<

[333] 333 <<

[334] 334 <<

[335] 335 <<

[336] 336 <<

[337] 337 <<

[338] 338 <<

[339] 339 <<

[340] 340 <<

[341] 341 <<

[342] 342 <<

[343] 343 <<

[344] 344 <<

[345] 345 <<

[346] 346 <<

[347] 347 <<

[348] 348 <<

[349] 349 <<

[350] 350 <<

[351] 351 <<

[352] 352 <<

[353] 353 <<

[354] 354 <<

[355] 355 <<

[356] 356 <<

[357] 357 <<

[358] 358 <<

[359] 359 <<

[360] 360 <<

[361] 361 <<

[362] 362 <<

[363] 363 <<

[364] 364 <<

[365] 365 <<

[366] 366 <<

[367] 367 <<

[368] 368 <<

[369] 369 <<

[370] 370 <<

[371] 371 <<

[372] 372 <<

[373] 373 <<

[374] 374 <<

[375] 375 <<

[376] 376 <<

[377] 377 <<

[378] 378 <<

[379] 379 <<

[380] 380 <<

[381] 381 <<

[382] 382 <<

[383] 383 <<

[384] 384 <<

[385] 385 <<

[386] 386 <<

[387] 387 <<

[388] 388 <<

[389] 389 <<

[390] 390 <<

[391] 391 <<

[392] 392 <<

[393] 393 <<

[394] 394 <<

[395] 395 <<

[396] 396 <<

[397] 397 <<

[398] 398 <<

[399] 399 <<

[400] 400 <<

[401] 401 <<

[402] 402 <<

[403] 403 <<

[404] 404 <<

[405] 405 <<

[406] 406 <<

[407] 407 <<

[408] 408 <<

[409] 409 <<

[410] 410 <<

[411] 411 <<

[412] 412 <<

[413] 413 <<

[414] 414 <<

[415] 415 <<

[416] 416 <<

[417] 417 <<

[418] 418 <<

[419] 419 <<

[420] 420 <<

[421] 421 <<

[422] 422 <<

[423] 423 <<

[424] 424 <<

[425] 425 <<

[426] 426 <<

[427] 427 <<

[428] 428 <<

[429] 429 <<

[430] 430 <<

[431] 431 <<

[432] 432 <<

[433] 433 <<

[434] 434 <<

[435] 435 <<

[436] 436 <<

[437] 437 <<

[438] 438 <<

[439] 439 <<

[440] 440 <<

[441] 441 <<

[442] 442 <<

[443] 443 <<

[444] 444 <<

[445] 445 <<

[446] 446 <<

[447] 447 <<

[448] 448 <<

[449] 449 <<

[450] 450 <<

[451] 451 <<

[452] 452 <<

[453] 453 <<

[454] 454 <<

[455] 455 <<

[456] 456 <<

[457] 457 <<

[458] 458 <<

[459] 459 <<

[460] 460 <<

[461] 461 <<

[462] 462 <<

[463] 463 <<

[464] 464 <<

[465] 465 <<

[466] 466 <<

[467] 467 <<

[468] 468 <<

[469] 469 <<

[470] 470 <<

[471] 471 <<

[472] 472 <<

[473] 473 <<

[474] 474 <<

[475] 475 <<

[476] 476 <<

[477] 477 <<

[478] 478 <<

[479] 479 <<

[480] 480 <<

[481] 481 <<

[482] 482 <<

[483] 483 <<

[484] 484 <<

[485] 485 <<

[486] 486 <<

[487] 487 <<

[488] 488 <<

[489] 489 <<

[490] 490 <<

[491] 491 <<

[492] 492 <<

[493] 493 <<

[494] 494 <<

[495] 495 <<

[496] 496 <<

[497] 497 <<

[498] 498 <<

[499] 499 <<

[500] 500 <<

[501] 501 <<

[502] 502 <<

[503] 503 <<

[504] 504 <<

[505] 505 <<

[506] 506 <<

[507] 507 <<

[508] 508 <<

[509] 509 <<

[510] 510 <<

[511] 511 <<

[512] 512 <<

[513] 513 <<

[514] 514 <<

[515] 515 <<

[516] 516 <<

[517] 517 <<

[518] 518 <<

[519] 519 <<

[520] 520 <<

[521] 521 <<

[522] 522 <<

[523] 523 <<

[524] 524 <<

[525] 525 <<

[526] 526 <<

[527] 527 <<

[528] 528 <<

[529] 529 <<

[530] 530 <<

[531] 531 <<

[532] 532 <<

[533] 533 <<

[534] 534 <<

[535] 535 <<

[536] 536 <<

[537] 537 <<

[538] 538 <<

[539] 539 <<

[540] 540 <<

[541] 541 <<

[542] 542 <<

[543] 543 <<

[544] 544 <<

[545] 545 <<

[546] 546 <<

[547] 547 <<

[548] 548 <<

[549] 549 <<

[550] 550 <<

[551] 551 <<

[552] 552 <<

[553] 553 <<

[554] 554 <<

[555] 555 <<

[556] 556 <<

[557] 557 <<

[558] 558 <<

[559] 559 <<

[560] 560 <<

[561] 561 <<

[562] 562 <<

[563] 563 <<

[564] 564 <<

[565] 565 <<

[566] 566 <<

[567] 567 <<

[568] 568 <<

[569] 569 <<

[570] 570 <<

[571] 571 <<

[572] 572 <<

[573] 573 <<

[574] 574 <<

[575] 575 <<

[576] 576 <<

[577] 577 <<

[578] 578 <<

[579] 579 <<

[580] 580 <<

[581] 581 <<

[582] 582 <<

[583] 583 <<

[584] 584 <<

[585] 585 <<

[586] 586 <<

[587] 587 <<

[588] 588 <<

[589] 589 <<

[590] 590 <<

[591] 591 <<

[592] 592 <<

[593] 593 <<

[594] 594 <<

[595] 595 <<

[596] 596 <<

[597] 597 <<

[598] 598 <<

[599] 599 <<

[600] 600 <<

[601] 601 <<

[602] 602 <<

[603] 603 <<

[604] 604 <<

[605] 605 <<

[606] 606 <<

[607] 607 <<

[608] 608 <<

[609] 609 <<

[610] 610 <<

[611] 611 <<

[612] 612 <<

[613] 613 <<

[614] 614 <<

[615] 615 <<

[616] 616 <<

[617] 617 <<

[618] 618 <<

[619] 619 <<

[620] 620 <<

[621] 621 <<

[622] 622 <<

[623] 623 <<

[624] 624 <<

[625] 625 <<

[626] 626 <<

[627] 627 <<

[628] 628 <<

[629] 629 <<

[630] 630 <<

[631] 631 <<

[632] 632 <<

[633] 633 <<

[634] 634 <<

[635] 635 <<

[636] 636 <<

[637] 637 <<

[638] 638 <<

[639] 639 <<

[640] 640 <<

[641] 641 <<

[642] 642 <<

[643] 643 <<

[644] 644 <<

[645] 645 <<

[646] 646 <<

[647] 647 <<

[648] 648 <<

[649] 649 <<

[650] 650 <<

[651] 651 <<

[652] 652 <<

[653] 653 <<

[654] 654 <<

[655] 655 <<

[656] 656 <<

[657] 657 <<

[658] 658 <<

[659] 659 <<

[660] 660 <<

[661] 661 <<

[662] 662 <<

[663] 663 <<

[664] 664 <<

[665] 665 <<

[666] 666 <<

[667] 667 <<

[668] 668 <<

[669] 669 <<

[670] 670 <<

[671] 671 <<

[672] 672 <<

[673] 673 <<

[674] 674 <<

[675] 675 <<

[676] 676 <<

[677] 677 <<

[678] 678 <<

[679] 679 <<

[680] 680 <<

[681] 681 <<

[682] 682 <<

[683] 683 <<

[684] 684 <<

[685] 685 <<

[686] 686 <<

[687] 687 <<

[688] 688 <<

[689] 689 <<

[690] 690 <<

[691] 691 <<

[692] 692 <<

[693] 693 <<

[694] 694 <<

[695] 695 <<

[696] 696 <<

[697] 697 <<

[698] 698 <<

[699] 699 <<

[700] 700 <<

[701] 701 <<

[702] 702 <<

[703] 703 <<

[704] 704 <<

[705] 705 <<

[706] 706 <<

[707] 707 <<

[708] 708 <<

[709] 709 <<

[710] 710 <<

[711] 711 <<

[712] 712 <<

[713] 713 <<

[714] 714 <<

[715] 715 <<

[716] 716 <<

[717] 717 <<

[718] 718 <<

[719] 719 <<

[720] 720 <<

[721] 721 <<

[722] 722 <<

[723] 723 <<

[724] 724 <<

[725] 725 <<

[726] 726 <<

[727] 727 <<

[728] 728 <<

[729] 729 <<

[730] 730 <<

[731] 731 <<

[732] 732 <<

[733] 733 <<

[734] 734 <<

[735] 735 <<

[736] 736 <<

[737] 737 <<

[738] 738 <<

[739] 739 <<

[740] 740 <<

[741] 741 <<

[742] 742 <<

[743] 743 <<

[744] 744 <<

[745] 745 <<

[746] 746 <<

[747] 747 <<

[748] 748 <<

[749] 749 <<

[750] 750 <<

[751] 751 <<

[752] 752 <<

[753] 753 <<

[754] 754 <<

[755] 755 <<

[756] 756 <<

[757] 757 <<

[758] 758 <<

[759] 759 <<

[760] 760 <<

[761] 761 <<

[762] 762 <<

[763] 763 <<

[764] 764 <<

[765] 765 <<

[766] 766 <<

[767] 767 <<

[768] 768 <<

[769] 769 <<

[770] 770 <<

[771] 771 <<

[772] 772 <<

[773] 773 <<

[774] 774 <<

[775] 775 <<

[776] 776 <<

[777] 777 <<

[778] 778 <<

[779] 779 <<

[780] 780 <<

[781] 781 <<

[782] 782 <<

[783] 783 <<

[784] 784 <<

[785] 785 <<

[786] 786 <<

[787] 787 <<

[788] 788 <<

[789] 789 <<

[790] 790 <<

[791] 791 <<

[792] 792 <<

[793] 793 <<

[794] 794 <<

[795] 795 <<

[796] 796 <<

[797] 797 <<

[798] 798 <<

[799] 799 <<

[800] 800 <<

[801] 801 <<

[802] 802 <<

[803] 803 <<

[804] 804 <<

[805] 805 <<

[806] 806 <<

[807] 807 <<

[808] 808 <<

[809] 809 <<

[810] 810 <<

[811] 811 <<

[812] 812 <<

[813] 813 <<

[814] 814 <<

[815] 815 <<

[816] 816 <<

[817] 817 <<

[818] 818 <<

[819] 819 <<

[820] 820 <<

[821] 821 <<

[822] 822 <<

[823] 823 <<

[824] 824 <<

[825] 825 <<

[826] 826 <<

[827] 827 <<

[828] 828 <<

[829] 829 <<

[830] 830 <<

[831] 831 <<

[832] 832 <<

[833] 833 <<

[834] 834 <<

[835] 835 <<

[836] 836 <<

[837] 837 <<

[838] 838 <<

[839] 839 <<

[840] 840 <<

[841] 841 <<

[842] 842 <<

[843] 843 <<

[844] 844 <<

[845] 845 <<

[846] 846 <<

[847] 847 <<

[848] 848 <<

[849] 849 <<

[850] 850 <<

[851] 851 <<

[852] 852 <<

[853] 853 <<

[854] 854 <<

[855] 855 <<

[856] 856 <<

[857] 857 <<

[858] 858 <<

[859] 859 <<

[860] 860 <<

[861] 861 <<

[862] 862 <<

[863] 863 <<

[864] 864 <<

[865] 865 <<

[866] 866 <<

[867] 867 <<

[868] 868 <<

[869] 869 <<

[870] 870 <<

[871] 871 <<

[872] 872 <<

[873] 873 <<

[874] 874 <<

[875] 875 <<

[876] 876 <<

[877] 877 <<

[878] 878 <<

[879] 879 <<

[880] 880 <<

[881] 881 <<

[882] 882 <<

[883] 883 <<

[884] 884 <<

[885] 885 <<

[886] 886 <<

[887] 887 <<

[888] 888 <<

[889] 889 <<

[890] 890 <<

[891] 891 <<

[892] 892 <<

[893] 893 <<

[894] 894 <<

[895] 895 <<

[896] 896 <<

[897] 897 <<

[898] 898 <<

[899] 899 <<

[900] 900 <<

[901] 901 <<

[902] 902 <<

[903] 903 <<

[904] 904 <<

[905] 905 <<

[906] 906 <<

[907] 907 <<

[908] 908 <<

[909] 909 <<

[910] 910 <<

[911] 911 <<

[912] 912 <<

[913] 913 <<

[914] 914 <<

[915] 915 <<

[916] 916 <<

[917] 917 <<

[918] 918 <<

[919] 919 <<

[920] 920 <<

[921] 921 <<

[922] 922 <<

[923] 923 <<

[924] 924 <<

[925] 925 <<

[926] 926 <<

[927] 927 <<

[928] 928 <<

[929] 929 <<

[930] 930 <<

[931] 931 <<

[932] 932 <<

[933] 933 <<

[934] 934 <<

[935] 935 <<

[936] 936 <<

[937] 937 <<

[938] 938 <<

[939] 939 <<

[940] 940 <<

[941] 941 <<

[942] 942 <<

[943] 943 <<

[944] 944 <<

[945] 945 <<

[946] 946 <<

[947] 947 <<

[948] 948 <<

[949] 949 <<

[950] 950 <<

[951] 951 <<

[952] 952 <<

[953] 953 <<

[954] 954 <<

[955] 955 <<

[956] 956 <<

[957] 957 <<

[958] 958 <<

[959] 959 <<

[960] 960 <<

[961] 961 <<

[962] 962 <<

[963] 963 <<

[964] 964 <<

[965] 965 <<

[966] 966 <<

[967] 967 <<

[968] 968 <<

[969] 969 <<

[970] 970 <<

[971] 971 <<

[972] 972 <<

[973] 973 <<

[974] 974 <<

[975] 975 <<

[976] 976 <<

[977] 977 <<

[978] 978 <<

[979] 979 <<

[980] 980 <<

[981] 981 <<

[982] 982 <<

[983] 983 <<

[984] 984 <<

[985] 985 <<

[986] 986 <<

[987] 987 <<

[988] 988 <<

[989] 989 <<

[990] 990 <<

[991] 991 <<

[992] 992 <<

[993] 993 <<

[994] 994 <<

[995] 995 <<

[996] 996 <<

[997] 997 <<

[998] 998 <<

[999] 999 <<

[1000] 1000 <<

[1001] 1001 <<

[1002] 1002 <<

[1003] 1003 <<

[1004] 1004 <<

[1005] 1005 <<

[1006] 1006 <<

[1007] 1007 <<

[1008] 1008 <<

[1009] 1009 <<

[1010] 1010 <<

[1011] 1011 <<

[1012] 1012 <<

[1013] 1013 <<

[1014] 1014 <<

[1015] 1015 <<

[1016] 1016 <<

[1017] 1017 <<

[1018] 1018 <<

[1019] 1019 <<

[1020] 1020 <<

[1021] 1021 <<

[1022] 1022 <<

[1023] 1023 <<

[1024] 1024 <<

[1025] 1025 <<

[1026] 1026 <<

[1027] 1027 <<

[1028] 1028 <<

[1029] 1029 <<

[1030] 1030 <<

[1031] 1031 <<

[1032] 1032 <<

[1033] 1033 <<

[1034] 1034 <<

[1035] 1035 <<

[1036] 1036 <<

[1037] 1037 <<

[1038] 1038 <<

[1039] 1039 <<

[1040] 1040 <<

[1041] 1041 <<

[1042] 1042 <<

[1043] 1043 <<

[1044] 1044 <<

[1045] 1045 <<

[1046] 1046 <<

[1047] 1047 <<

[1048] 1048 <<

[1049] 1049 <<

[1050] 1050 <<

[1051] 1051 <<

[1052] 1052 <<

[1053] 1053 <<

[1054] 1054 <<

[1055] 1055 <<

[1056] 1056 <<

[1057] 1057 <<

[1058] 1058 <<

[1059] 1059 <<

[1060] 1060 <<

[1061] 1061 <<

[1062] 1062 <<

[1063] 1063 <<

[1064] 1064 <<

[1065] 1065 <<

[1066] 1066 <<

[1067] 1067 <<

[1068] 1068 <<

[1069] 1069 <<

[1070] 1070 <<

[1071] 1071 <<

[1072] 1072 <<

[1073] 1073 <<

[1074] 1074 <<

[1075] 1075 <<

[1076] 1076 <<

[1077] 1077 <<

[1078] 1078 <<

[1079] 1079 <<

[1080] 1080 <<

[1081] 1081 <<

[1082] 1082 <<

[1083] 1083 <<

[1084] 1084 <<

[1085] 1085 <<

[1086] 1086 <<

[1087] 1087 <<

[1088] 1088 <<

[1089] 1089 <<

[1090] 1090 <<

[1091] 1091 <<

[1092] 1092 <<

[1093] 1093 <<

[1094] 1094 <<

[1095] 1095 <<

[1096] 1096 <<

[1097] 1097 <<

[1098] 1098 <<

[1099] 1099 <<

[1100] 1100 <<

[1101] 1101 <<

[1102] 1102 <<

[1103] 1103 <<

[1104] 1104 <<

[1105] 1105 <<

[1106] 1106 <<

[1107] 1107 <<

[1108] 1108 <<

[1109] 1109 <<

[1110] 1110 <<

[1111] 1111 <<

[1112] 1112 <<

[1113] 1113 <<

[1114] 1114 <<

[1115] 1115 <<

[1116] 1116 <<

[1117] 1117 <<

[1118] 1118 <<

[1119] 1119 <<

[1120] 1120 <<

[1121] 1121 <<

[1122] 1122 <<

[1123] 1123 <<

[1124] 1124 <<

[1125] 1125 <<

[1126] 1126 <<

[1127] 1127 <<

[1128] 1128 <<

[1129] 1129 <<

[1130] 1130 <<

[1131] 1131 <<

[1132] 1132 <<

[1133] 1133 <<

[1134] 1134 <<

[1135] 1135 <<

[1136] 1136 <<

[1137] 1137 <<

[1138] 1138 <<

[1139] 1139 <<

[1140] 1140 <<

[1141] 1141 <<

[1142] 1142 <<

[1143] 1143 <<

[1144] 1144 <<

[1145] 1145 <<

[1146] 1146 <<

[1147] 1147 <<

[1148] 1148 <<

[1149] 1149 <<

[1150] 1150 <<

[1151] 1151 <<

[1152] 1152 <<

[1153] 1153 <<

[1154] 1154 <<

[1155] 1155 <<

[1156] 1156 <<

[1157] 1157 <<

[1158] 1158 <<

[1159] 1159 <<

[1160] 1160 <<

[1161] 1161 <<

[1162] 1162 <<

[1163] 1163 <<

[1164] 1164 <<

[1165] 1165 <<

[1166] 1166 <<

[1167] 1167 <<

[1168] 1168 <<

[1169] 1169 <<

[1170] 1170 <<

[1171] 1171 <<

[1172] 1172 <<

[1173] 1173 <<

[1174] 1174 <<

[1175] 1175 <<

[1176] 1176 <<

[1177] 1177 <<

[1178] 1178 <<

[1179] 1179 <<

[1180] 1180 <<

[1181] 1181 <<

[1182] 1182 <<

[1183] 1183 <<

[1184] 1184 <<

[1185] 1185 <<

[1186] 1186 <<

[1187] 1187 <<

[1188] 1188 <<

[1189] 1189 <<

[1190] 1190 <<

[1191] 1191 <<

[1192] 1192 <<

[1193] 1193 <<

[1194] 1194 <<

[1195] 1195 <<

[1196] 1196 <<

[1197] 1197 <<

[1198] 1198 <<

[1199] 1199 <<

[1200] 1200 <<

[1201] 1201 <<

[1202] 1202 <<

[1203] 1203 <<

[1204] 1204 <<

[1205] 1205 <<

[1206] 1206 <<

[1207] 1207 <<

[1208] 1208 <<

[1209] 1209 <<

[1210] 1210 <<

[1211] 1211 <<

[1212] 1212 <<

[1213] 1213 <<

[1214] 1214 <<

[1215] 1215 <<

[1216] 1216 <<

[1217] 1217 <<

[1218] 1218 <<

[1219] 1219 <<

[1220] 1220 <<

[1221] 1221 <<

[1222] 1222 <<

[1223] 1223 <<

[1224] 1224 <<

[1225] 1225 <<

[1226] 1226 <<

[1227] 1227 <<

[1228] 1228 <<

[1229] 1229 <<

[1230] 1230 <<

[1231] 1231 <<

[1232] 1232 <<

[1233] 1233 <<

[1234] 1234 <<

[1235] 1235 <<

[1236] 1236 <<

[1237] 1237 <<

[1238] 1238 <<

[1239] 1239 <<

[1240] 1240 <<

[1241] 1241 <<

[1242] 1242 <<

[1243] 1243 <<

[1244] 1244 <<

[1245] 1245 <<

[1246] 1246 <<

[1247] 1247 <<

[1248] 1248 <<

[1249] 1249 <<

[1250] 1250 <<

[1251] 1251 <<

[1252] 1252 <<

[1253] 1253 <<

[1254] 1254 <<

[1255] 1255 <<

[1256] 1256 <<

[1257] 1257 <<

[1258] 1258 <<

[1259] 1259 <<

[1260] 1260 <<

[1261] 1261 <<

[1262] 1262 <<

[1263] 1263 <<

[1264] 1264 <<

[1265] 1265 <<

[1266] 1266 <<

[1267] 1267 <<

[1268] 1268 <<

[1269] 1269 <<

[1270] 1270 <<

[1271] 1271 <<

[1272] 1272 <<

[1273] 1273 <<

[1274] 1274 <<

[1275] 1275 <<

[1276] 1276 <<

[1277] 1277 <<

[1278] 1278 <<

[1279] 1279 <<

[1280] 1280 <<

[1281] 1281 <<

[1282] 1282 <<

[1283] 1283 <<

[1284] 1284 <<

[1285] 1285 <<

[1286] 1286 <<

[1287] 1287 <<

[1288] 1288 <<

[1289] 1289 <<

[1290] 1290 <<

[1291] 1291 <<

[1292] 1292 <<

[1293] 1293 <<

[1294] 1294 <<

[1295] 1295 <<

[1296] 1296 <<

[1297] 1297 <<

[1298] 1298 <<

[1299] 1299 <<

[1300] 1300 <<

[1301] 1301 <<

[1302] 1302 <<

[1303] 1303 <<

[1304] 1304 <<

[1305] 1305 <<

[1306] 1306 <<

[1307] 1307 <<

[1308] 1308 <<

[1309] 1309 <<

[1310] 1310 <<

[1311] 1311 <<

[1312] 1312 <<

[1313] 1313 <<

[1314] 1314 <<

[1315] 1315 <<

[1316] 1316 <<

[1317] 1317 <<

[1318] 1318 <<

[1319] 1319 <<

[1320] 1320 <<

[1321] 1321 <<

[1322] 1322 <<

[1323] 1323 <<

[1324] 1324 <<

[1325] 1325 <<

[1326] 1326 <<

[1327] 1327 <<

[1328] 1328 <<

[1329] 1329 <<

[1330] 1330 <<

[1331] 1331 <<

[1332] 1332 <<

[1333] 1333 <<

[1334] 1334 <<

[1335] 1335 <<

[1336] 1336 <<

[1337] 1337 <<

[1338] 1338 <<

[1339] 1339 <<

[1340] 1340 <<

[1341] 1341 <<

[1342] 1342 <<

[1343] 1343 <<

[1344] 1344 <<

[1345] 1345 <<

[1346] 1346 <<

[1347] 1347 <<

[1348] 1348 <<

[1349] 1349 <<

[1350] 1350 <<

[1351] 1351 <<

[1352] 1352 <<

[1353] 1353 <<

[1354] 1354 <<

[1355] 1355 <<

[1356] 1356 <<

[1357] 1357 <<

[1358] 1358 <<

[1359] 1359 <<

[1360] 1360 <<

[1361] 1361 <<

[1362] 1362 <<

[1363] 1363 <<

[1364] 1364 <<

[1365] 1365 <<

[1366] 1366 <<

[1367] 1367 <<

[1368] 1368 <<

[1369] 1369 <<

[1370] 1370 <<

[1371] 1371 <<

[1372] 1372 <<

[1373] 1373 <<

[1374] 1374 <<

[1375] 1375 <<

[1376] 1376 <<

[1377] 1377 <<

[1378] 1378 <<

[1379] 1379 <<

[1380] 1380 <<

[1381] 1381 <<

[1382] 1382 <<

[1383] 1383 <<

[1384] 1384 <<

[1385] 1385 <<

[1386] 1386 <<

[1387] 1387 <<

[1388] 1388 <<

[1389] 1389 <<

[1390] 1390 <<

[1391] 1391 <<

[1392] 1392 <<

[1393] 1393 <<

[1394] 1394 <<

[1395] 1395 <<

[1396] 1396 <<

[1397] 1397 <<

[1398] 1398 <<

[1399] 1399 <<

[1400] 1400 <<

[1401] 1401 <<

[1402] 1402 <<

[1403] 1403 <<

[1404] 1404 <<

[1405] 1405 <<

[1406] 1406 <<

[1407] 1407 <<

[1408] 1408 <<

[1409] 1409 <<

[1410] 1410 <<

[1411] 1411 <<

[1412] 1412 <<

[1413] 1413 <<

[1414] 1414 <<

[1415] 1415 <<

[1416] 1416 <<

[1417] 1417 <<

[1418] 1418 <<

[1419] 1419 <<

[1420] 1420 <<

[1421] 1421 <<

[1422] 1422 <<

[1423] 1423 <<

[1424] 1424 <<

[1425] 1425 <<

[1426] 1426 <<

[1427] 1427 <<

[1428] 1428 <<

[1429] 1429 <<

[1430] 1430 <<

[1431] 1431 <<

[1432] 1432 <<

[1433] 1433 <<

[1434] 1434 <<

[1435] 1435 <<

[1436] 1436 <<

[1437] 1437 <<

[1438] 1438 <<

[1439] 1439 <<

[1440] 1440 <<

[1441] 1441 <<

[1442] 1442 <<

[1443] 1443 <<

[1444] 1444 <<

[1445] 1445 <<

[1446] 1446 <<

[1447] 1447 <<

[1448] 1448 <<

[1449] 1449 <<

[1450] 1450 <<

[1451] 1451 <<

[1452] 1452 <<

[1453] 1453 <<

[1454] 1454 <<

[1455] 1455 <<

[1456] 1456 <<

[1457] 1457 <<

[1458] 1458 <<

[1459] 1459 <<

[1460] 1460 <<

[1461] 1461 <<

[1462] 1462 <<

[1463] 1463 <<

[1464] 1464 <<

[1465] 1465 <<

[1466] 1466 <<

[1467] 1467 <<

[1468] 1468 <<

[1469] 1469 <<

[1470] 1470 <<

[1471] 1471 <<

[1472] 1472 <<

[1473] 1473 <<

[1474] 1474 <<

[1475] 1475 <<

[1476] 1476 <<

[1477] 1477 <<

[1478] 1478 <<

[1479] 1479 <<

[1480] 1480 <<

[1481] 1481 <<

[1482] 1482 <<

[1483] 1483 <<

[1484] 1484 <<

[1485] 1485 <<

[1486] 1486 <<

[1487] 1487 <<

[1488] 1488 <<

[1489] 1489 <<

[1490] 1490 <<

[1491] 1491 <<

[1492] 1492 <<

[1493] 1493 <<

[1494] 1494 <<

[1495] 1495 <<

[1496] 1496 <<

[1497] 1497 <<

[1498] 1498 <<

[1499] 1499 <<

[1500] 1500 <<

[1501] 1501 <<

[1502] 1502 <<

[1503] 1503 <<

[1504] 1504 <<

[1505] 1505 <<

[1506] 1506 <<

[1507] 1507 <<

[1508] 1508 <<

[1509] 1509 <<

[1510] 1510 <<

[1511] 1511 <<

[1512] 1512 <<

[1513] 1513 <<

[1514] 1514 <<

[1515] 1515 <<

[1516] 1516 <<

[1517] 1517 <<

[1518] 1518 <<

[1519] 1519 <<

[1520] 1520 <<

[1521] 1521 <<

[1522] 1522 <<

[1523] 1523 <<

[1524] 1524 <<

[1525] 1525 <<

[1526] 1526 <<

[1527] 1527 <<

[1528] 1528 <<

[1529] 1529 <<

[1530] 1530 <<

[1531] 1531 <<

[1532] 1532 <<

[1533] 1533 <<

[1534] 1534 <<

[1535] 1535 <<

[1536] 1536 <<

[1537] 1537 <<

[1538] 1538 <<

[1539] 1539 <<

[1540] 1540 <<

[1541] 1541 <<

[1542] 1542 <<

[1543] 1543 <<

[1544] 1544 <<

[1545] 1545 <<

[1546] 1546 <<

[1547] 1547 <<

[1548] 1548 <<

[1549] 1549 <<

[1550] 1550 <<

[1551] 1551 <<

[1552] 1552 <<

[1553] 1553 <<

[1554] 1554 <<

[1555] 1555 <<

[1556] 1556 <<

[1557] 1557 <<

[1558] 1558 <<

[1559] 1559 <<

[1560] 1560 <<

[1561] 1561 <<

[1562] 1562 <<

[1563] 1563 <<

[1564] 1564 <<

[1565] 1565 <<

[1566] 1566 <<

[1567] 1567 <<

[1568] 1568 <<

[1569] 1569 <<

[1570] 1570 <<

[1571] 1571 <<

[1572] 1572 <<

[1573] 1573 <<

[1574] 1574 <<

[1575] 1575 <<

[1576] 1576 <<

[1577] 1577 <<

[1578] 1578 <<

[1579] 1579 <<

[1580] 1580 <<

[1581] 1581 <<

[1582] 1582 <<

[1583] 1583 <<

[1584] 1584 <<

[1585] 1585 <<

[1586] 1586 <<

[1587] 1587 <<

[1588] 1588 <<

[1589] 1589 <<

[1590] 1590 <<

[1591] 1591 <<

[1592] 1592 <<

[1593] 1593 <<

[1594] 1594 <<

[1595] 1595 <<

[1596] 1596 <<

[1597] 1597 <<

[1598] 1598 <<

[1599] 1599 <<

[1600] 1600 <<